

CIRCULO DEL CRIMEN
COSTA BARBARA
ROSS MACDONALD
FORUM
Nº 107
195 Ptas.

Malibú, California. Los bajos fondos de la sociedad se codean a diario con el lujo y los privilegios de los magnates de las finanzas, el petróleo y el séptimo arte. En uno de sus clubes sociales más exclusivos, una joven instructora de natación ha desaparecido sin dejar rastro. El detective Lew Archer, deberá encontrar a la bella y rubia tras recibir el encargo de su desesperado marido. Pero el marido parece no ser el único interesado en la joven: policías corruptos, un rudo galán de cine y un rico empresario de Hollywood se cruzarán en el camino de Archer una y otra vez. Solo el descubrimiento de que un año y medio atrás tuvo lugar un asesinato no resuelto en el mismo club hará que el detective deba poner los cinco sentidos en un caso que parecía resuelto de antemano.



Ross Macdonald

Costa Bárbara

Lew Archer - 6

El séptimo círculo - 244

Selecciones del Séptimo Círculo - 39

ePub r1.5

Titivillus 04.12.2017

Título original: *The Barbarous Coast*
Ross Macdonald, 1956
Traducción: Norma Dufour de Ras

El séptimo círculo n.º 244
Portada de José Bonomi

Selecciones del Séptimo Círculo n.º 39
Portada de Alianza-Emecé, retocada por Orhi

Colección creada por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares
Dirigida por Carlos V. Frías

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



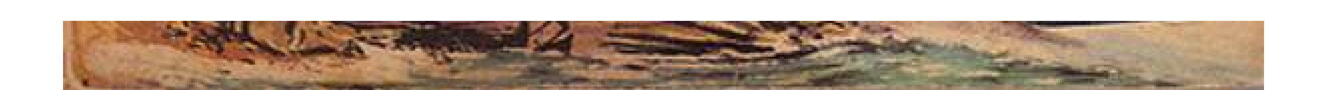
GREAT PAN

THE BARBAROUS COAST

John Ross Macdonald

A tough Lew Archer thriller

2/6



Costa Bárbara

Ross Macdonald



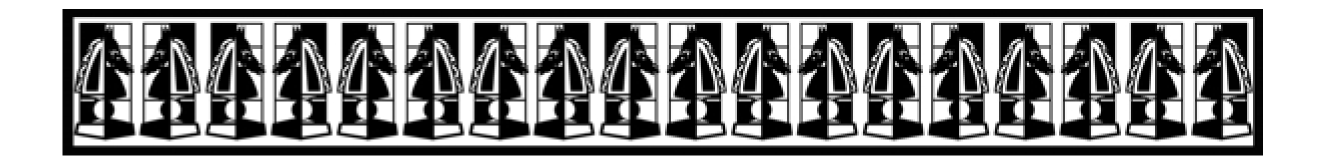
Selecciones del Séptimo Círculo

EL SÉPTIMO CÍRCULO



COLECCIÓN DIRIGIDA POR JORGE LUIS BORGES
Y ADOLFO BIOY CASARES.

Para Stanley Tenny



1

EL *CHANNEL CLUB* SE EXTENDÍA sobre una saliente de roca con vista al mar, en dirección al extremo sur de la playa de Malibú. Por encima de sus alargados edificios de color pardo, los jardines en terraza se escalonaban como una escalera ricamente alfombrada que trepaba hasta la carretera. La propiedad se hallaba rodeada por una alta alambrada que terminaba en tres hilos de púas y estaba oculta por adelfas.

Me detuve delante del portón y toqué la bocina. Un hombre con uniforme azul y una gorra puntiaguda de militar, salió de la garita de piedra.

Bajo la gorra se veía que su cabello era negro e hirsuto, salpicado de gris como limaduras de hierro. A pesar de sus orejas raídas y su nariz hundida, su cabeza tenía la mezcla de suavidad y fuerza que se ve en las viejas caras indias. Su tez era oscura.

—Lo he visto venir —dijo amablemente—. No tenía que tocar la bocina, molesta los oídos.

—Perdón.

—Está bien —se acercó arrastrando los pies, su vientre sobresaliéndole por encima del cinturón, del que pendía la pistolera. Apoyó el brazo en la puerta del auto, con aire de confianza.

—¿Qué se le ofrece?

—El señor Bassett me llamó. No dijo para qué. Mi nombre es Archer.

—Lo está esperando. Puede pasar. Está en su oficina.

Se volvió hacia el portón de alambre reforzado, haciendo tintinear su llavero. Un hombre salió entre las adelfas y pasó corriendo junto a mi auto. Era un joven grandote con traje azul. No llevaba sombrero y tenía el pelo rojizo y flamante. Corría sin hacer casi ruido, sobre los dedos de los pies, hacia el portón que se estaba abriendo. El guardián se movió rápidamente para su edad. Giró y detuvo al hombre poniéndole un brazo alrededor de la cintura. El joven trató de soltarse y empujó al guardián contra el poste del portón. Dijo algo gutural e inarticulado. De un golpe de hombro le tiró la gorra al guardián. Este se apoyó contra el poste, buscando a tientas su pistola. Sus ojos eran pequeños y sucios como los de una patata. La sangre que empezaba a gotear de la punta de su nariz cayó sobre su camisa azul donde se curvaba sobre su vientre. Apareció el revólver en su mano. Me bajé del auto.

El joven se quedó donde estaba, con la cabeza hacia un lado, medio fuera del portón. Su perfil parecía esculpido a hachazos sobre un leño, con un ojo azul y penetrante colocado en el ángulo. Dijo:

—Voy a ver a Bassett. No puede detenerme.

—Una bala en las tripas te detendrá —dijo el guardián en tono razonable—. Te mueves y disparo. Esta es una propiedad privada.

—Dígale a Bassett que quiero verlo.

—Ya se lo dije. No quiere verte —el guardián avanzó con el hombro izquierdo hacia adelante y la pistola firme en su mano derecha—. Ahora recoge mi gorra, dámela y lárgate de aquí.

El joven permaneció quieto un rato Luego se agachó y recogió la gorra. Trató inútilmente de limpiarla antes de devolverla.

—Lo siento. No quise pegarle. No tengo nada contra usted.

—Yo tengo algo contra ti, muchacho —el guardián le arrancó la gorra de las manos—. Ahora vete antes de que te rompa la cabeza.

Le toqué el hombro al joven. Era ancho y musculoso.

—Será mejor que le haga caso.

Se volvió hacia mí, acercándome la mano a la mandíbula. Era pesada y belicosa, a pesar de lo cual sus cejas claras y su boca insegura daban a su rostro un aspecto amorfo. Me desdeñó juvenilmente:

—¿Es usted otro de los pistoleros de Bassett?

—No conozco a Bassett.

—Le oí preguntar por él.

—Lo que sé es esto: siga poniendo motes a la gente y metiéndose donde no le llaman y acabará con la nariz rota. O algo aún peor.

Cerró su puño derecho y paseó su mirada entre él y mi cara. Asenté un poco mi peso, listo para defenderme y contraatacar.

—¿Es una amenaza? —dijo.

—Es una advertencia de amigo. No sé lo que le pica. Mi consejo es que se vaya y lo olvide.

—No sin ver a Bassett.

—Y por Dios, no se meta con los viejos.

—Ya me disculpé —pero su rubor lo hacía culpable.

El guardián se acercó por detrás y lo apuntó con la pistola.

—No se acepta la disculpa. Solía poder contra dos como tú con un brazo atado a la espalda. ¿Te vas a largar o tengo que hacerte una demostración?

—Me voy —dijo el joven por encima de su hombro—. Pero no puede echarme de una carretera pública y tarde o temprano él tendrá que salir.

—¿Qué asunto tiene con Bassett? —dije.

—No me interesa discutirlo con un desconocido. Lo discutiré con él —me miró durante un largo rato, mordiéndose el labio inferior—. ¿Podría decirle que tengo que verlo? ¿Qué es muy importante para mí?

—Supongo que sí. ¿De quién le digo que es el mensaje?

—George Wall. Soy de Toronto —se detuvo—. Es por mi mujer. Dígale que no me iré hasta que me reciba.

—Eso es lo que tú crees —dijo el guardián—. Márchate ahora. Vete a pasear…

George Wall se alejó por la carretera, moviéndose lentamente para demostrar su independencia. Arrastró su larga sombra matutina hasta una curva y se perdió de vista. El guardián guardó su pistola y se limpió la nariz sangrante con el dorso de la mano. Luego se lamió la mano, como si no pudiera permitirse el lujo de desperdiciar proteínas.

—El tipo es uno de esos *ciclópatas* o como los llamen —dijo—. El señor Bassett ni siquiera lo conoce.

—¿Es por él que me quiere ver el señor Bassett?

—Tal vez. No lo sé —sus brazos y hombros se encogieron sinuosamente.

—¿Cuánto hace que anda rondando?

—Desde que llegué al portón. Por lo que sé, pudo pasar la noche entre las plantas. Tendría que haberlo detenido, pero el señor Bassett dijo que no. El señor Bassett es demasiado blando para lo que le conviene. Arréglatelas tú mismo, me dice, no queremos líos con la ley.

—Y usted lo arregló bien.

—Seguramente. Hubo un tiempo en que podía contra dos como él, como dije —hizo flexión con el músculo del brazo derecho y se lo palpó con admiración. Me dirigió una sonrisa suave—. Era boxeador, y bastante bueno. Tony Torres. ¿Oyó usted alguna vez ese nombre? El Gallo de Fresno.

—Lo he oído. Le aguantó seis asaltos a Armstrong.

—Sí —asintió solemnemente—. Yo ya era viejo, treinta y cinco, treinta y seis. Mis piernas no daban más, si no hubiera aguantado los diez asaltos. Me encontraba muy bien, salvo las piernas, ¿sabe? ¿Vio la pelea?

—La oí por radio. Entonces iba a la escuela y no podía pagar la entrada.

—¿Qué me dice? —dijo con un placer ensoñador—. ¡La oyó por radio!

2

DEJÉ MI AUTOMÓVIL en el estacionamiento asfaltado, delante del edificio principal. Un árbol de Navidad invertido, pintado de rojo vivo, colgaba sobre la entrada. Era una estructura de techo plano, de piedra y madera. Sus líneas bajas, al estilo *Neutra*, y la simplicidad de su diseño, me impidieron ver lo grande que era hasta que estuve dentro. A través de la puerta interior del vestíbulo que era de cristal, podía ver una piscina de cuarenta metros de longitud, entre los pabellones en forma de U. El extremo que daba al océano se abría al espacio azul brillante.

La puerta estaba cerrada con llave. El único ser humano a la vista era un muchacho negro seccionado en dos por unos estrechos pantalones blancos. Estaba limpiando el fondo de la piscina con una aspiradora subacuática de largo mango.

Golpeé la puerta con una moneda.

Al rato me oyó y vino corriendo. Sus ojos oscuros e, inteligentes, que me observaban a través del cristal, parecían dividir el mundo en dos grupos: los ricos y los no-tan-ricos. Aparentemente yo pertenecía al segundo grupo. Al abrir la puerta dijo:

—Si vende algo no llega en el momento oportuno. El señor Bassett está de pésimo humor y, de todos modos, estamos fuera de temporada. Acaba de mandarme a paseo. No es culpa mía si tiraron los peces tropicales a la piscina.

—¿Quién lo hizo?

—La gente, anoche. El cloro del agua los mató, pobres diablos, así que tengo que sacarlos con la aspiradora.

—¿A la gente?

—A los peces. Los sacaron del acuario y los largaron a la piscina. La gente va a una fiesta, se emborracha y se olvida de las cosas decentes de la vida. Entonces el señor Bassett la toma conmigo.

—No le tengas rencor. Mis clientes siempre están de mal humor cuando me llaman.

—¿Es empresario de pompas fúnebres, o algo así?

—Algo así.

—Me parecía —una sonrisa blanca le iluminó la cara—. Tengo una tía en el negocio fúnebre. No lo puedo ni ver. Me pone la piel de gallina. Pero a ella le divierte.

—¡Qué bien! ¿Bassett es el dueño?

—No. Sólo el gerente. Si lo oye hablar creería que es el dueño, pero esto pertenece a los socios.

Seguí su espalda triangular de vigilante de la piscina a lo largo de la galería, a través de variantes luces verdes que se reflejaban de la piscina. Golpeó en una puerta gris con una placa que decía GERENTE. Una voz aguda contestó a la llamada. Me raspó el espinazo como la tiza en una pizarra.

—¿Quién es, por favor?

—Archer —le dije al vigilante.

—El señor Archer quiere verlo.

—Muy bien. Un momento.

El vigilante de la piscina me guiñó un ojo y se fue corriendo, golpeando las baldosas con los pies. Sonó la cerradura y la puerta apenas se abrió. Apareció una cara por la abertura, a nivel más bajo que la mía. Sus ojos eran pálidos y estaban demasiado separados; eran abultados como los de un pez. La boca, delgada como la de una solterona, emitió un suspiro:

—Me alegro *tanto* de verlo. Pase.

Volvió a echar la llave a la puerta y me señaló una silla delante de su escritorio. El gesto resultaba exagerado por lo nervioso. Se sentó al escritorio, abrió una tabaquera de piel de cerdo y empezó a llenar una pipa de enorme cazuela con oscuras hebras de tabaco inglés. Esto y la chaqueta de *tweed Harris*, los pantalones *Oxford*, los zapatos marrones de gruesa suela y el acento de la costa occidental encajaban en el conjunto. A pesar del prolijo teñido de su pelo castaño y el color rosado que daba a su rostro un aspecto juvenil antinatural, le calculé unos sesenta años.

Miré la oficina a mi alrededor. Carecía de ventanas; estaba iluminada por luz fluorescente y ventilada por un sistema de aire acondicionado. El moblaje era oscuro y pesado. De las paredes pendían fotografías de yates con las velas desplegadas, campeones de salto tirándose desde el trampolín, jugadores de tenis felicitándose entre sí con forzadas sonrisas. Había varios libros sobre el escritorio, sostenidos por unos sujetalibros de piedra negra pulida en forma de elefante. Bassett acercó a su pipa un encendedor de gas y tendió una cortina de humo azul, a través de la cual dijo:

—Tengo entendido, señor Archer, que es guardaespaldas profesional.

—Supongo que soy profesional. Pero no hago ese tipo de trabajo muy a menudo.

—Pero tenía entendido… ¿Por qué no?

—Porque significa vivir muy cerca de los tipos infames. Generalmente quieren un guardaespaldas porque no consiguen que nadie hable con ellos. O si no, ven visiones.

Sonrió torcidamente.

—No es precisamente un cumplido. ¿O tal vez no fue esa su intención?

—¿Está buscando un guardaespaldas?

—No lo sé bien —agregó cautamente—: Hasta que se aclare un poco más la situación, no puedo decir qué es lo que realmente necesito. Ni por qué.

—¿Quién le dio mi nombre?

—Uno de nuestros socios lo mencionó hace tiempo, Joshua Severn, el productor de televisión. Le interesará saber que lo considera muy eficaz.

—Ajá —el inconveniente de los elogios es que la gente espera que se le pague con la misma moneda—. ¿Por qué necesita un detective, señor Bassett?

—Le diré. Un cierto joven ha amenazado mi… Amenaza mi seguridad. ¡Tendría que haberlo oído por teléfono!

—¿Habló con él?

—Sólo un minuto, anoche. Estaba en una fiesta (nuestra fiesta post-navideña anual) y me llamó desde Los Ángeles. Dijo que iba a venir a asaltarme a no ser que le diera cierta información. Me impresionó mucho.

—¿Qué clase de información?

—Información que no poseo, simplemente. Creo que ahora está fuera, esperándome. La fiesta no terminó hasta muy tarde y pasé aquí lo que quedaba de noche. Esta mañana telefoneó el guardián, diciendo que había un joven que deseaba verme. Le dije que no lo dejara entrar. Poco después, cuando me repuse, lo llamé a usted.

—¿Y, qué es exactamente lo que quiere que haga?

—Quitármelo de encima. Debe tener medios y modos. No quiero violencia, por supuesto, a no ser que resulte absolutamente imprescindible —sus ojos brillaban pálidamente entre los nuevos estrados de humo—. Puede ser necesario. ¿Tiene un arma?

—En el auto. No se alquila.

—Por supuesto que no. Me interpreta mal. Tal vez no me haya expresado muy claramente. Ningún hombre puede sentir mayor aberración por la violencia que yo. Sólo quise decir que podía serle de utilidad una pistola, como un…, este…, instrumento de persuasión. ¿No podría simplemente acompañarlo a la estación o al aeropuerto y meterlo en un avión?

—No —me puse de pie.

Me siguió hasta la puerta y me tomó el brazo. Me desagradó su confianza y me desprendí de un tirón.

—Mire, Archer, no soy un hombre pudiente, pero tengo algunos ahorros. Le pagaré hasta trescientos dólares para que me libre de ese tipo.

—¿Para que lo libre?

—Sin violencia, naturalmente.

—Lo siento. No acepto.

—Quinientos dólares.

—No se puede hacer. Lo que quiere que haga es nada menos que un secuestro para la ley de California.

—¡Dios mío, no quise decir eso! —estaba auténticamente impresionado.

—Piénselo. Para un hombre de su posición está bastante poco enterado de las leyes. Deje que la Policía se encargue de él. ¿Por qué no hace eso? Dice que lo amenazó.

—Sí. A propósito, dijo algo de una paliza. Pero no se puede acudir a la Policía con cosas así.

—Sí que se puede.

—Yo no. Es tan ridículamente anticuado. Sería el hazmerreír de todo el Sur. Usted no parece asimilar el aspecto personal. Soy gerente y secretario de un *club* muy, pero muy exclusivo. La mejor gente de la costa confía sus chicos, sus hijas jóvenes, a mi cuidado. Tengo que mantenerme alejado de la menor sospecha de escándalo. ¿Sabe?

—¿De dónde viene el escándalo?

Se sacó la pipa de la boca y exhaló un tembloroso anillo de humo.

—Esperaba poder evitar las explicaciones. Realmente no esperaba un interrogatorio sobre el asunto. Y bueno. Hay que hacer algo antes de que la situación se deteriore irreparablemente.

Su elección de palabras me fastidiaba y permití que se trasluciera mi fastidio. Me dirigió una mirada de apelación que cayó en el vacío entre los dos.

—¿Puedo confiar *realmente* en usted?

—Mientras sea legal.

—Oh, cielos, es legal. Sin embargo, estoy en un aprieto, pero no por culpa mía. No es por lo que he hecho, sino por lo que la gente pueda pensar que he hecho. Hay una mujer complicada en esto.

—¿La mujer de George Wall?

Su cara se desarmó por las costuras. Trató de componerla otra vez, alrededor de la boquilla fija de su pipa que se metió en la boca. Pero no podía controlar la mueca que tiraba como ganchos de las comisuras de sus labios.

—¿La conoce? ¿Lo saben todos?

—Lo sabrán pronto si George Wall sigue rondando por aquí. Me topé con él cuando venía para acá.

—Dios santo, está en el parque entonces.

Bassett cruzó la habitación en torpe vuelo. Abrió un cajón de su escritorio y sacó una automática de calibre mediano.

—Guarde eso —le dije—. Si está preocupado por su reputación, un arma de fuego puede hundirlo hasta el mismo infierno. Wall estaba fuera del portón, tratando de entrar. No lo consiguió. Me dio un mensaje para usted: no se irá hasta que lo reciba. Cambio.

—Demonios, hombre, ¿por qué no lo dijo? Hemos estado perdiendo el tiempo.

—Lo habrá estado perdiendo usted.

—Muy *bien*. No discutiremos. Tenemos que sacarlo de aquí antes de que lleguen los socios.

Miró el cronómetro sujeto a su muñeca derecha y me apuntó accidentalmente con la automática.

—Baje ese revólver, Bassett. Está demasiado alterado para andar manipulando un arma.

Lo puso sobre la carpeta de cuero repujado que tenía delante y me dirigió una sonrisa avergonzada.

—Perdón. Estoy un poco nervioso. No estoy acostumbrado a estas alarmas e incursiones.

—¿A qué se debe el barullo?

—El joven Wall parece tener la melodramática idea de que le robé a su mujer.

—¿Lo hizo?

—No sea absurdo. La chica es tan joven que podría ser mi hija —sus ojos estaban húmedos por la vergüenza—. Mis relaciones con ella siempre fueron perfectamente correctas.

—¿La conoce, entonces?

—Por supuesto. Hace años que la conozco. Muchos más que George Wall. Ha usado la piscina para entrenarse en tirarse desde el trampolín desde que era una adolescente. No hace mucho que ha pasado de los veinte años, dicho sea de paso. No debe de tener más de veintiuno o veintidós años.

—¿Quién es?

—Hester Campbell, la campeona de salto. Quizá la haya oído nombrar. Casi llegó a ganar el campeonato nacional hace un par de años. Luego se perdió de vista. La familia se fue de aquí y ella abandonó las competiciones *amateur*. No sabía que se había casado hasta que apareció de nuevo.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace cinco o seis meses. Seis meses, en junio. Parecía haberlo pasado bastante mal. Había hecho giras con un espectáculo acuático durante un tiempo, pero perdió su empleo y se encontraba sola en Toronto. Conoció a este joven canadiense, periodista deportivo, y, en su desesperación, se casó con él. Por lo visto, el matrimonio no resultó. Lo dejó antes del año de estar juntos y volvió aquí. Estaba en las últimas y bastante abatida espiritualmente. Naturalmente, hice lo que pude por ella. Convencí a la junta directiva de que le permitieran usar la piscina para dar clases de natación por un sueldo. Trabajó bien mientras duró la temporada de verano. Y cuando se quedó sin alumnos, se lo digo con franqueza, le ayudé algo económicamente —extendió las manos blandamente—. Si esto es un crimen, soy un criminal.

—Si eso es todo, no sé qué teme.

—No entiende. No entiende la situación en que me encuentro, las enemistades y las intrigas a las que tengo que enfrentarme aquí. Hay un grupo de socios a quienes les gustaría verme despedido. Si

George Wall hiciera ver que estoy usando mi posición para conseguir mujeres jóvenes…

—¿Cómo podría hacer eso?

—Quiero decir si promoviera una acción judicial, como me amenazó. Un abogado poco escrupuloso podría hacer algún tipo de juicio contra mí. La chica me dijo que pensaba divorciarse y supongo que no fui bastante discreto. Me han visto con ella más de una vez. En realidad preparé varias cenas para ella —se ruborizó algo—. Cocinar es uno de mis *hobbies*. Ahora comprendo que no fue muy inteligente invitarla a mi casa.

—No pueden hacerle nada por eso. No estamos en la época victoriana.

—En ciertos círculos sí. No comprende lo precaria que es mi situación. Me temo que la sola acusación bastaría.

—¿No está exagerando?

—Ojalá lo estuviera.

—Mi consejo es que hable con Wall. Dígale la verdad.

—Traté de hacerlo por teléfono anoche. Se negó a escucharme. Está loco de celos. Cualquiera pensaría que tengo a su mujer escondida en algún lado.

—Pero no la tiene, ¿no?

—Por supuesto que no. No la he visto desde principios de septiembre. Se fue repentinamente sin despedirse, ni darme las gracias. Ni siquiera dejó una dirección.

—¿Se fue con un hombre?

—Es muy probable —dijo.

—Dígaselo a Wall. Personalmente.

—Oh, no, no puedo. Es un loco suelto, me atacaría.

Bassett se pasó los dedos tensos por el pelo. Sobre sus sienes estaba empapado y pequeños hilos de sudor corrían delante de sus orejas. Tomó el pañuelo doblado que estaba en el bolsillo de su chaqueta y se enjugó la cara. Empecé a sentir un poco de lástima por él. La cobardía física duele como ninguna otra cosa.

—Puedo manejarlo —dije—. Llame a la garita. Si todavía está allí iré a traerlo.

—A no ser que piense en otro sitio mejor.

—¿Aquí?

Después de un momento de tensión, dijo:

—Supongo que debo verlo. No debo permitir que ande armando alborotos en público. Varios socios están al llegar para darse el chapuzón matinal.

Cada vez que mencionaba a los socios, su voz tomaba un colorido religioso. Se diría que pertenecían a una raza superior, de superhombres, o de ángeles vengadores. Y que el propio Bassett estaba a punto de resbalar del borde del paraíso terrenal. De mala gana levantó el teléfono empotrado.

—¿Tony? El señor Bassett. ¿Ese joven maníaco todavía anda por ahí? ¿Está seguro? ¿Completamente seguro…? Bueno, muy bien. Avíseme si vuelve a aparecer. Colgó.

—¿Se fue?

—Así parece —inspiró profundamente por la boca abierta—. Dice Torres que se alejó a pie hace un buen rato. Le agradecería, de todos modos, que se quedara un poco por si vuelve.

—Muy bien. Esta visita le va a costar veinticinco dólares de todas maneras.

Captó la insinuación y me pagó en efectivo con dinero que sacó de un cajón. Luego tomó una máquina de afeitar eléctrica y un espejo de otro cajón. Me senté a observarlo. Se afeitó la cara y el cuello. Se cortó los pelitos de la nariz con unas tijeras y se arrancó algunos de las cejas. Era la típica ocasión que me hacía odiar el trabajo de guardaespaldas.

Miré los libros del escritorio. Había un *Dun* y *Bradstreet*, un Libro Azul de California del Sur, un almanaque cinematográfico del año anterior y un grueso volumen encuadernado en gastada tela verde y titulado, sorprendentemente, *La familia Bassett*. Lo abrí por la primera página, donde decía que era una relación de la genealogía y las obras de los descendientes de William Bassett, que había llegado

a Massachusetts en 1634, hasta la declaración de la guerra mundial de 1914, escrito por Clarence Bassett.

—No creo que le interese —dijo Bassett—, pero es una historia bastante interesante para un miembro de la familia. Lo escribió mi padre. Le ocupó sus últimos años. Tuvimos una verdadera aristocracia nativa en Nueva Inglaterra, sabe, gobernadores, profesores, clérigos, hombres de negocios.

—He oído rumores al respecto.

—Lo siento, no quise aburrirle —dijo en un tono más ligero, casi de auto-burla—. Es curioso, soy el último de mi rama de la familia que lleva el nombre de Bassett. Es la única razón por la cual lamento no haberme casado. Pero nunca me he preocupado por problemas de descendencia.

Inclinándose hacia el espejo, empezó a apretarse un punto negro en una de las hendiduras simétricas que partían de la base de su nariz. Me levanté a recorrer las paredes, examinando las fotografías. Me detuvo una de tres campeones de salto, un hombre y dos muchachas saltando juntos desde la plataforma alta. Los cuerpos estaban suspendidos, desprendidos del trampolín contra un claro cielo estival, arqueados como cisnes idénticos, captados en la cúspide de sus parábolas antes que la gravedad se hiciera cargo de ellos para atraerlos de vuelta a la tierra.

—La de la izquierda es Hester —dijo Bassett detrás de mí.

Su cuerpo era como una flecha. Su pelo brillante estaba peinado por el viento hacia atrás del óvalo borroso de su rostro. La chica de la derecha era morena, igualmente llamativa en su tipo de busto abundante. El hombre que estaba en medio era moreno también, de cabello negro y ondulado y músculos que parecían de bronce.

—Es una de mis fotografías favoritas —dijo Bassett—. Fue tomada hace un par de años cuando Hester se entrenaba para las nacionales.

—¿Sacada aquí?

—Sí. Le dejábamos usar nuestra piscina para entrenarse, como le dije.

—¿Quiénes son sus amigos en la foto?

—El muchacho era el vigilante de la piscina. La chica era una amiga de Hester. Trabajaba aquí en el bar, pero Hester la entrenaba para competiciones de salto.

—¿Todavía anda por aquí?

—Me temo que no —su rostro se alargó—. Gabrielle se mató.

—¿En un accidente de salto?

—No. Murió de un disparo.

—¿Asesinada?

Asintió solemnemente.

—¿Quién lo hizo?

—El crimen nunca fue aclarado. Dudo de que alguna vez lo sea. Sucedió hace casi dos años, en marzo del año pasado.

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—Gabrielle. Gabrielle Torres.

—¿Pariente de Tony?

—Era su hija.

3

SONÓ UN FUERTE GOLPE en la puerta. Bassett se espantó como un caballo asustadizo.

—¿Quién es?

Llamaron de nuevo. Fui a la puerta. Bassett me relinchó:

—No abra.

Hice girar la llave de la puerta y la abrí unos centímetros contra mi pie y mi hombro. George Wall estaba fuera. Su rostro era verde grisáceo por la luz reflejada. Un desgarrón de sus pantalones dejaba ver la carne herida y blanca de la pierna. Respiró fuertemente sobre mi cara.

—¿Está él ahí?

—¿Cómo entró?

—Salté la verja. ¿Está Bassett ahí?

Miré a Bassett. Estaba agazapado detrás del escritorio y sólo se veía el blanco de los ojos y la pistola negra.

—No lo deje entrar. No permita que me toque.

—No lo va a tocar. Deje el arma.

—No quiero. Me voy a defender si es necesario.

Le di la espalda a su terror de gatillo fácil.

—Lo oyó, Wall. Tiene una pistola.

—No me importa lo que pueda tener. Debo hablarle. ¿Está Hester aquí?

—Se equivoca de pista. Hace meses que no la ve.

—Naturalmente dice eso.

—Yo también lo digo. Trabajó aquí durante el verano y se fue en septiembre.

Su perpleja mirada azul se hizo más profunda. Su lengua recorrió el labio superior como un lento caracol rojo.

—¿Por qué no quiso recibirme antes, si ella no está con él?

—Habló de una paliza, ¿recuerda? No fue exactamente un acercamiento diplomático.

—No tengo tiempo para la diplomacia. Tengo que volar a casa mañana.

—Muy bien.

Su hombro se apoyó en la abertura. Sentí su peso sobre la puerta. La voz de Bassett subió una octava.

—¡No lo deje acercarse a mí!

Bassett estaba justo detrás de mí. Me di la vuelta, con la espalda contra la puerta, le arranqué el arma de la mano y la metí en mi bolsillo. El pobre estaba demasiado enfadado y asustado para decir una palabra. Me volví hacia Wall, que todavía trataba de entrar, pero no con todas sus fuerzas. Parecía confundido. Le puse una mano extendida sobre el pecho y le empujé hacia arriba, sosteniéndole. Su peso era grande e inerte, como el de una estatua de piedra.

Un hombre bajo, de anchos hombros, descendía los peldaños desde el vestíbulo. Venía hacia nosotros ostentosamente, casi con paso de ganso, mirando hacia la piscina y más allá al mar como si fueran sus propiedades personales. El viento despeinaba su cresta de pelo plateado. Su chaqueta de franela azul, de corte impecable, se llenaba de autoimportancia y de gordura. No le prestaba ninguna atención a la mujer que le seguía unos pasos más atrás.

—Dios mío —me dijo Bassett al oído—. Son el señor y la señora Graff. No podemos armar un alboroto delante del señor Graff. Deje entrar a Wall. ¡Rápido, hombre!

Le dejé entrar. Bassett estaba en la puerta, sonriendo y haciendo reverencias, cuando el hombre de cabellos plateados se acercó. Se

detuvo para hendir el aire con su nariz. Su rostro era tostado y de aspecto acicalado.

—¿Bassett? ¿Tiene dispuesto el servicio especial para esta noche? ¿La orquesta? ¿La comida?

—Sí, señor Graff.

—En cuanto a las bebidas, usaremos el *bourbon* corriente del bar, no el de mi bodega privada. Son bárbaros, de todas maneras. Ninguno de ellos notará la diferencia.

—Sí, señor Graff. ¡Qué disfrute de su baño!

—Siempre disfruto de mi baño.

La mujer se acercó detrás de él, moviéndose un poco insegura, como si el sol la molestara. Su cabello negro estaba peinado severamente hacia atrás desde la ancha y chata frente, a la cual se unía una nariz griega, sin mella. Su rostro estaba pálido y muerto, salvo los focos oscuros de sus ojos, que parecían contener su energía y sus sentimientos. Iba vestida con un traje negro, sin adornos, como una viuda.

Bassett le dio los buenos días. Ella contestó, con repentina animación, que era un hermoso día, para ser diciembre. Su marido se alejó hacia las cabañas. Ella le siguió como una sombra independiente. Bassett suspiró de alivio.

—¿Es el Graff de Helio-Graff? —pregunté.

—Sí.

Esquivando a Wall se acercó a su escritorio, apoyó una nalga en una esquina y empezó a manipular con la pipa y la tabaquera. Le temblaban las manos. Wall no se había movido de la puerta. Su cara tenía parches rojos y no me gustaba la mirada glacial de sus ojos. Mantuve el bulto de mi cuerpo entre los dos hombres, mirándoles alternativamente, como un árbitro de tenis.

Wall dijo guturalmente:

—No puede despistarme con mentiras. Debe de saber dónde está. Le pagó las lecciones de baile.

—¿Lecciones de baile? ¿Yo? —la sorpresa de Bassett parecía real.

—En la escuela de baile de Antón. Hablé con Antón ayer por la tarde. Me dijo que ella había tomado lecciones de baile y le había pagado con un cheque suyo.

—¡Así que eso es lo que hizo con el dinero que le presté!

Los labios de Wall se torcieron.

—Tiene respuesta para todo, ¿no? ¿Por qué le prestó dinero?

—La estimo.

—Apostaría que sí. ¿Dónde está ahora?

—Francamente, no lo sé. Se fue de aquí en septiembre. Desde entonces no he puestos los ojos encima de la señorita Campbell.

—Su nombre es señora de Wall, señora de George Wall. Es mi mujer.

—Empiezo a dudarlo, muchacho. Usaba su nombre de soltera cuando estaba con nosotros. Tengo entendido que pensaba divorciarse de usted.

—¿Quién le dijo que hiciera eso?

Bassett le dirigió una mirada cargada le sufrida paciencia.

—Si quiere saber la verdad, traté de convencerla de que no lo hiciera. La aconsejé que volviera a Canadá con usted. Pero ella tenía otros planes.

—¿Qué otros planes?

—Quería una carrera —dijo Bassett con un dejo de ironía—. Ella se crió en el Sur, sabe, y tenía la fiebre del cine en la sangre. Y, naturalmente, su éxito en las competiciones de salto la hizo saborear la fama. Honestamente hice lo que pude para disuadirla. Pero creo que no le causé ninguna impresión. Estaba decidida a aprovechar su talento… Supongo que eso explicaría lo de las lecciones de danza.

—¿Tiene talento? —pregunté.

—Cree que sí —respondió Wall.

—Vamos —dijo Bassett, con una sonrisa cansada—. Démosle a la dama lo que se merece. Es una bonita chica y podría desarrollar…

—¿Así que pagó sus lecciones de baile?

—La presté dinero. No sé cómo lo gastó. Se fue de aquí muy repentinamente, como le estaba diciendo a Archer. Un día estaba

viviendo tranquilamente en Malibú, entrenándose en sus saltos, haciendo buenas relaciones. Al otro día había desaparecido de la vista.

—¿Qué clase de relaciones? —pregunté.

—Muchos de nuestros socios están en la industria.

—¿Podría haberse ido con alguno de ellos?

Esa idea hizo fruncir el entrecejo a Bassett.

—Sin que yo lo supiera. Comprende, no hice nada por encontrarla. Si había decidido irse, no tenía derecho a interferirme.

—Yo sí tengo derecho —la voz de Wall era baja y ahogada—. Creo que está mintiendo. Sabe dónde está y trata de quitarme de en medio.

Su labio inferior y la mandíbula se proyectaron hacia delante, transformando la forma de la cara en algo deforme y feo. Sus hombros se inclinaron fuera de la puerta. Observé cómo sus puños se crispaban y los nudillos se ponían blancos.

—Pórtese como corresponde a su edad —dije.

—Tengo que averiguar dónde está, qué es lo que le pasó.

—Espere un momento, George —Bassett señalaba con su pipa como si fuera una pistola, con un hilito de humo en el extremo.

—No me llame George. Así me llaman mis amigos.

—No soy su enemigo. Le iba a decir que siento de veras que haya ocurrido esto entre nosotros. Lo siento de veras. No le he hecho ningún daño, créame, y deseo su bien.

—¿Por qué no me ayuda, entonces? Dígame la verdad: ¿Hester vive?

Bassett le miró consternado.

Dije:

—¿Qué le hace pensar que no?

—Tenía miedo. Tenía miedo de que la mataran.

—¿Cuándo fue eso?

—Anteanoche. La noche de Navidad. Llamó desde larga distancia al apartamento de Toronto. Estaba terriblemente alterada, lloraba por teléfono.

—¿Por qué?

—Alguien la había amenazado con matarla, no dijo quién. Quería irse de California. Me preguntó si la recibiría de nuevo. Lo hubiera hecho y se lo dije. Pero antes de que pudiéramos arreglar nada se cortó la comunicación. De pronto no estaba, no había nadie al otro extremo de la línea.

—¿Desde dónde llamaba?

Desde la escuela de baile de Antón, en el Boulevard Sunset. Llamó contra pago en destino, así que pude localizar la llamada. Tomé el avión para aquí en cuanto pude y vi a Antón ayer. No sabía nada de la llamada o decía no saber. Había dado una especie de fiesta para sus alumnos esa noche y las cosas estaban algo confusas.

—¿Su esposa recibe todavía lecciones de él?

—No lo sé. Creo que sí.

—Entonces él debe de tener su dirección.

—Dice que no. La única dirección que ella le dio era ésta, la del *Channel Club* —echó una mirada sospechosa en dirección a Bassett —. ¿Está seguro de que no vive aquí?

—No sea ridículo. Nunca vivió aquí. Le invito a comprobarlo. Había alquilado una casita en Malibú… Le buscaré la dirección. La dueña vive al lado, creo, y puede hablar con ella. Es la señora Sarah Lamb, una vieja amiga y empleada mía. Mencione mi nombre.

—¿Para que pueda mentir por usted? —dijo Wall.

Bassett se levantó y se fue hacia él, insistiendo.

—¿No quiere escuchar razones? Soy amigo de su mujer. Es un poco duro, ¿no le parece?, que tenga que sufrir por mis buenas acciones. No puedo pasarme el día discutiendo con usted. Tengo que preparar una fiesta importante para esta noche.

—Eso no me concierne.

—No. Y sus problemas no me conciernen a mí. Pero tengo una sugerencia. El señor Archer es detective privado. Estoy dispuesto a pagarle, de mi propio bolsillo, para que le ayude a encontrar a su

mujer. A condición de que deje de molestarme. Dígame: ¿es una propuesta justa, o no?

—¿Es detective? —dijo Wall.

Asentí. Me miró con dudas:

—Si pudiera estar seguro de que no es un trabajito preparado… ¿Es amigo de Bassett?

—Nunca le había visto hasta esta mañana. A propósito, no me han consultado sobre este arreglo.

—Entra en su especialidad, ¿no? —dijo Bassett, llanamente—. ¿Tiene alguna objeción?

No tenía ninguna, salvo que había tormenta en el ambiente, terminaba un año difícil y estaba algo cansado. Miré la cabeza rosada y rebelde de George Wall. Era un inventor de líos nato, peligrosos para él mismo y probablemente también para los demás. Tal vez si me pegara a él podría alejar los problemas hacia los cuales se dirigía. Yo era un iluso.

—¿Qué me dice, Wall?

—Me gustaría que me ayudara —dijo lentamente—. Sin embargo, preferiría pagarle yo mismo.

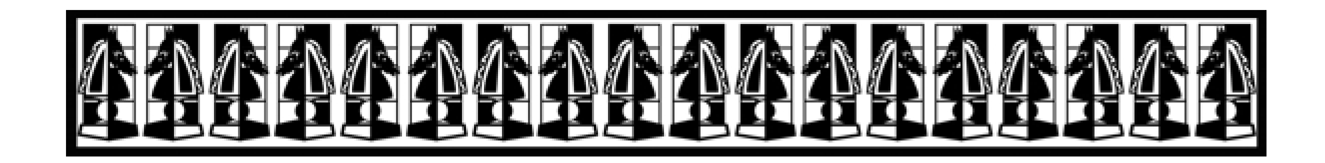
—¡En absoluto! —dijo Bassett—. Debe permitirme hacer algo también. Me interesa el bienestar de Hester.

—Así lo supongo —la voz de Wall era rencorosa.

Dije:

—Tiraremos una moneda. Cara, paga Bassett; cruz, Wall.

Tiré una moneda de veinticinco y la aplasté contra la mesa. Cruz. Yo era el hombre de George Wall. O él era el mío.



4

GRAFF ESTABA FLOTANDO de espaldas en la piscina cuando George Wall y yo salimos.

Su vientre tostado surgía de la superficie como la joroba de una tortuga de Galápagos. La señora Graff, completamente vestida, estaba sentada, sola en un rincón soleado. Su vestido negro, su pelo negro y sus ojos negros parecían anular la luz del sol. Su rostro y su cuerpo tenían la distinción que reemplaza a la belleza en la gente que ha sufrido mucho durante largo tiempo. Me interesaba, pero yo no le interesaba a ella. Ni siquiera levantó los ojos cuando pasamos.

Guié a Wall hasta mi automóvil.

—Mejor que se agache en el asiento cuando lleguemos al portón. Tony podría tratar de darle una paliza.

—¿De veras?

—Sí. Algunos de estos viejos luchadores pueden ofenderse mucho y fácilmente, en especial cuando uno les pega.

—No quise hacer eso. Estuve muy mal.

—No fue muy inteligente. Dos veces esta mañana estuvo a punto de que le disparasen. Bassett estaba lo bastante asustado y Tony lo bastante enojado como para hacerlo. No sé cómo es la gente en Canadá, pero por aquí no se puede andar buscando guerra. Muchos tipos de apariencia inofensiva llevan pistola en el calzoncillo.

Su cabeza se hundió más aún.

—Lo siento.

Hablaba más que nunca como un adolescente que no se había alcanzado a sí mismo en su crecimiento. Me caía bastante bien a pesar de ello. Tenía pasta, pero tendría que vivir para que cuajara.

—No me pida disculpas. La vida que salve puede ser la suya propia.

—Pero lo siento de veras. Sólo pensar en Hester con ese viejo afeminado…, supongo que me hizo perder los estribos.

—Vuelva a encontrarlos. Y por amor de Dios, olvídese de Bassett. No es precisamente lo que podría llamarse un seductor.

—Le dio dinero a ella. Él mismo lo reconoció.

—Lo importante es que lo haya reconocido. Probablemente ahora otro le pague las cuentas.

Dijo con voz baja y gruñona:

—Quienquiera que sea, le mataré.

—No, no lo hará.

Permaneció sentado en un silencio terco, mientras nos dirigíamos al portón. Estaba abierto. Desde la puerta de la garita, Tony me saludó con la mano y le hizo una mueca a Wall.

—Espere —dijo George—. Quiero disculparme.

—No. Quédese en el auto.

Giré hacia la carretera de la costa a la izquierda. Seguía el contorno de los riscos oscuros para luego descender gradualmente hasta el mar.

Como un tren de carga interminable y desvencijado comenzaron a pasar las casas de la playa.

—Sé lo terrible que debo parecerle —dijo George abruptamente —. No suelo ser así. Ni ando por ahí haciendo flexiones con los músculos y amenazando a la gente.

—Está bien.

—De veras —dijo—. Sólo que…, bueno, he tenido un mal año.

Me habló de su mal año. Había empezado en la Exhibición Nacional del Canadá, en agosto del año anterior. Era periodista deportivo del *Star*, de Toronto, y le habían asignado el reportaje del

espectáculo acuático. Hester era una de las campeonas que saltaban desde el trampolín. Nunca le había interesado mucho el salto —era aficionado al fútbol—, pero había algo especial en Hester, un brillo, una especie de fosforescencia. Volvió a verla en su día libre y la invitó a salir después del espectáculo.

La tercera noche, por hacer demasiado rápido un doble salto y medio, dio en el agua de plano y la sacaron inconsciente. Se la llevaron antes de que él pudiese llegar hasta ella. No apareció para su actuación de la noche siguiente. Por fin la encontró por casualidad en un hotel calle Yonge abajo. Tenía los ojos negros e inyectados de sangre. Dijo que había terminado con los saltos. Había perdido el coraje. Lloró sobre su hombro un buen rato. No sabía qué hacer para consolarla.

Era su primera experiencia con una mujer, salvo un par de veces que no contaban, en Montreal, con algunos de sus compinches del fútbol.

Durante la noche le pidió que se casara con él. Ella aceptó por la mañana. Se casaron tres días más tarde.

Tal vez no había sido con Hester tan franco como hubiera debido. Ella había deducido, por la forma en que él gastaba dinero, que debía de tener bastante. Quizá él había dejado entrever que era un personaje importante en los círculos periodísticos de Toronto. No era así. Era un cachorro, salido hacía un año del colegio, que ganaba cincuenta y cinco dólares por semana.

A Hester le costó amoldarse a la vida en un apartamento de dos habitaciones sobre la avenida Spadina. Uno de los problemas eran sus ojos, que tardaron mucho en normalizarse. Durante muchas semanas no pudo salir del apartamento. Dejó de arreglarse el pelo, de maquillarse y hasta de lavarse la cara. Se negó a cocinar para él. Decía que había perdido su apariencia, su carrera y todo lo que valía algo en su vida.

—Nunca olvidaré el invierno pasado —dijo George Wall.

Había tal intensidad en su voz que me volví para mirarlo. No me miró a los ojos. Con una expresión ensoñadora en su rostro estaba

mirando fijamente el Pacífico azul. La luz del sol invernal se arrugaba como papel metálico sobre la superficie.

—Fue un invierno frío —siguió—. La nieve crujía bajo los pies y se congelaban los pelitos en los agujeros de la nariz. La escarcha cubría las ventanas. La caldera a petróleo del sótano se apagaba continuamente. Hester se hizo bastante amiga de la encargada del edificio, una tal señora Bean, que vivía en el apartamento de al lado. Empezó a ir a la iglesia con la señora Bean, una pequeña iglesia extravagante que funcionaba en una casa vieja en Bloor. Yo solía oírlas, al volver del trabajo, hablar en el dormitorio de redención y reencarnación y otras cosas por el estilo.

»Una noche, después de irse la señora Bean, Hester me dijo que estaba sufriendo un castigo por sus pecados. Por eso se había tirado mal y se había casado en Toronto conmigo. Dijo que tenía que purificarse para que su próxima reencarnación fuese a un nivel superior. Durante un mes, desde entonces, tuve que dormir en el sofá. Dios, ¡qué frío hacía!

»La víspera de Navidad me despertó en mitad de la noche y me anunció que estaba purificada. Cristo se le había aparecido en sueños y le había perdonado sus pecados. Al principio no la tomé en serio. ¿Cómo podía hacerlo? Traté de bromear, reírme. Entonces me explicó lo que había querido decir en cuanto a sus pecados».

Wall no continuó.

—¿Qué quiso decir? —pregunté.

—Prefiero no contárselo.

Su voz era ahogada. Lo miré de reojo. La sangre ardía en su mejilla vuelta a medias y enrojecía su oreja.

—De todos modos —continuó—, tuvimos una especie de reconciliación. Hester dejó de lado la pose pseudoreligiosa. En cambio, se le desarrolló una súbita locura por la danza. Bailaba por la noche y dormía por el día. Yo no podía soportar ese ritmo. Tenía que ir a trabajar y tratar de recuperar el viejo entusiasmo por el *basquet*, el *hockey* y otros deportes. Tomó la costumbre de salir sola, de ir al *Village*.

—Creí que me había dicho que vivían en Toronto.

—Toronto tiene su propio *Village*. Es muy parecido al original de Nueva York, aunque en menor escala, por supuesto. Hester se unió a un grupo de apasionados por el *ballet*. Se desvivía por tomar lecciones con un profesor llamado Padraic Dane. Se cortó el pelo muy corto y se hizo agujerear las orejas para ponerse aros. Empezó a usar para casa camisas de seda blanca y pantalones ajustados. Siempre estaba haciendo *entrechats* o como quiera que se llame. Me pedía cosas en francés (no porque supiera francés) y cuando no le entendía me castigaba con el silencio.

»Era capaz de sentarse a mirarme sin pestañear durante quince o veinte minutos. Se diría que yo era un mueble y que ella estaba buscando un sitio mejor para él. O tal vez en esa época yo no existiera para ella. ¿Se da cuenta?».

Me daba cuenta. Había tenido una esposa y la había perdido durante esos silencios. Sin embargo, no se lo dije a George Wall. Seguía hablando, vertiendo las palabras como si hubiesen estado congeladas dentro de él durante mucho tiempo para ser finalmente derretidas por el sol de California. Probablemente hubiese volcado su alma ese día sobre un poste de hierro o un indio de madera.

—Ahora sé lo que estaba haciendo —dijo—. Estaba recobrando su confianza en sí misma, de una manera loca, irreal, tratando de centrarse para romper conmigo. La gente con la que andaba, Paddy Dane y su pandilla de excéntricos, la alentaban para que lo hiciera. Debía de haberlo visto venir.

»Montaron una especie de espectáculo de danza a finales de la primavera en un teatrito que había sido una iglesia. Hester hacía el papel de varón. Lo fui a ver, pero para mí no tenía ni pies ni cabeza. Se trataba de una doble personalidad que se enamoraba de sí misma. Después los oí tratando de inculcarle a ella una sarta de sandeces sobre ella misma. Le dijeron que estaba perdiendo el tiempo en Toronto, casada con un inútil como yo. Se debía a sí misma el irse a Nueva York o regresar a Hollywood.

»Cuando finalmente volvió a casa esa noche, libramos una verdadera batalla. Se lo dije bien claro: tenía que alejarse de esa gente y de sus ideas. Le dije que iba a dejar sus lecciones de baile y su teatro, que debía quedarse en casa, usar ropa corriente, cuidar el apartamento y cocinar un poco de comida decente».

Wall se rió desagradablemente. Sonaba como si filos mellados estuvieran rozándose dentro de él.

—Soy un gran conocedor de la psicología femenina —prosiguió—. A la mañana siguiente, cuando salí para el trabajo, fue al Banco y retiró el dinero que yo había ahorrado para comprar una casa, y tomó el avión para Chicago. Eso lo averigüé preguntando en el aeropuerto. No me dejó ni una nota. Supongo que me estaba castigando por *mis* pecados… No sabía dónde se había ido. Fui a ver a algunos de sus amigos borrachines en el *Village*, pero ellos tampoco lo sabían. Los había dejado plantados, como a mí.

»No sé cómo pasé los seis meses siguientes. No habíamos estado casados mucho tiempo y no habíamos sido unidos como deben serlo las personas casadas. Pero estaba enamorado; todavía lo estoy. Solía andar por las calles la mitad de la noche y cada vez que veía una chica con pelo rubio, sufría un impacto eléctrico. Cuando sonaba el teléfono *sabía* que era Hester. Y una noche era ella.

»Era la víspera de Navidad, anteanoche. Estaba solo en el apartamento, tratando de no pensar en ella. Me sentía como si estuviera a punto de sufrir un colapso nervioso. Dondequiera que mirase, veía su cara en la pared. Y entonces sonó el teléfono y era Hester. Ya le conté lo que dijo, que temía que la mataran y que quería irse de California. Se puede imaginar cómo me sentía cuando se cortó la comunicación. Pensé en avisar a la Policía de Los Ángeles, pero no tenía mucho asidero. Así que hice localizar la llamada y tomé el primer avión que partía de Toronto».

—¿Por qué no lo hizo seis meses atrás?

—No sabía dónde estaba. Nunca me escribió.

—Tendría alguna idea.

—Sí; pensaba que probablemente volvería aquí. Pero no tenía agallas para tratar de encontrarla. No demostré mucha sensatez durante un tiempo. Casi logré convencerme de que estaba mejor sin mí —y después de un silencio, agregó—: Tal vez fuera cierto.

—Lo único que puede hacer es preguntárselo a ella misma. Pero antes debemos encontrarla.

5

ENTRAMOS EN UN CALLEJÓN sin salida, entre la carretera y la playa. Los neumáticos se estremecían sobre los baches del asfalto. Las casas que se alineaban a lo largo de la carretera eran viejas y tenían un aspecto despreciable, pero los autos que estaban estacionados delante de ellas eran casi todos últimos modelos. Cuando apagué el motor, el único sonido que podía oírse era el del mar, que tronaba y jadeaba debajo de las casas. Sobre ellas volaban en círculo algunas gaviotas grises, chismosas.

La casa donde había vivido Hester era un cajón de tablones, que parecía en desuso, como un envase desechado. Las paredes habían sido pulimentadas por la arena. La casa de al lado era más grande y estaba mejor conservada, pero también necesitaba pintura.

—Esto es casi un arrabal —informó George—. Creía que Malibú era un famoso sitio de veraneo.

—Una parte lo es. Esta es la otra.

Subimos los escalones hasta la galería de atrás de la señora Lamb y golpeé en la oxidada puerta de alambre tejido. Una mujer vieja y corpulenta, en bata, abrió la puerta interior. Tenía una cara de bulldog agradablemente fea y el cabello teñido de un color anaranjado, chocante al sol. Un parche antiarrugas entre sus cejas, le daba un aire de calmosa excentricidad.

—¿La señora Lamb?

Asintió con la cabeza. Tenía una taza de café en la mano y estaba masticando algo.

—Tengo entendido que alquilan la casa de al lado.

Se tragó lo que tenía en la boca. Lo vi descender por su marchita garganta.

—Mejor que se lo diga desde ahora, no la alquilo a hombres solos. Pero si está casado, es otra cosa —se detuvo a la expectativa y tomó un segundo trago, dejando una media luna roja en el borde de la taza.

—No estoy casado.

De ahí no pasé.

—Mala suerte —dijo ella. Su acento nasal de Kansas zumbaba como un cable con una ráfaga de viento—. Soy partidaria del matrimonio, he salido con cuatro hombres en mi vida y me he casado con dos de ellos. El primero duró treinta y tres años, supongo que lo hice feliz. No me molestaba con su rapé de Copenhague y su mugre desparramada por la casa. Hace falta más que eso para molestarme. Así que cuando murió me casé de nuevo y ése no era tan malo. Podía haber sido mejor, o peor. Sin embargo sentí una especie de alivio cuando murió. No trabajó durante siete años. Por suerte yo tenía fuerzas para mantenerlo.

Sus ojos agudos, rodeados de arrugas concéntricas, saltaban de mí a George Wall y viceversa.

—Los dos son jóvenes de buena presencia, podrían encontrar alguna chica dispuesta a correr el riesgo —se sonrió ferozmente, hizo girar el café restante en la taza y se lo bebió.

—Tenía una esposa —dijo George Wall pesadamente—. Ahora la estoy buscando.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

—Estaba tratando de hacerlo.

—No se enfade. Me gusta ser sociable, ¿a usted no? ¿Cómo se llama ella?

—Hester.

Sus ojos se achataron.

—¿Hester Campbell?

—Hester Campbell de Wall.

—Bueno, ¡maldita sea! No sabía que estaba casada. ¿Qué pasó? ¿Se fue?

Él asintió solemnemente.

—En junio pasado.

—¿Qué me dice? Tiene menos sentido común de lo que creía. ¡Escaparse de un joven simpático como usted! —observó atentamente la cara de él a través del alambre, cloqueando en *decrescendo*—. Claro que nunca le atribuí mucha inteligencia. Está llena de cursilería desde que era una niña.

—¿Hace mucho que la conoce? —pregunté.

—Ya lo creo que sí. A ella y también a su hermana y a su madre. Esa sí que era una cabeza hueca, la madre, siempre dándose tono.

—¿Sabe dónde está ahora la madre?

—Hace años que no la veo, ni tampoco a la hermana.

Miré a George Wall. Movió la cabeza.

—Ni siquiera sabía que tenía madre. Nunca hablaba de su familia. Creía que era huérfana.

—Pues la tiene —dijo la vieja—. Ella y su hermana Rina, las dos están bien provistas de madre. La señora Campbell iba a sacar algo de ellas aunque le costara la vida. No sé cómo podía pagar las lecciones que les hacía tomar… lecciones de música, de baile y de natación…

—¿No tenía marido?

—Cuando la conocí, no. Estuvo empleada en el almacén de bebidas durante la guerra y allí la conocí, a través de mi segundo marido. La señora Campbell estaba siempre alardeando de sus hijas, pero en realidad no pensaba en el bienestar de ellas. Era lo que llaman una madre de cine, digo yo, tratando de que sus hijas la mantuvieran.

—¿Todavía vive aquí?

—Que yo sepa, no. La perdí de vista hace años. Lo que no me partió el corazón.

—Y ¿tampoco sabe dónde está Hester?

—No la he visto desde septiembre. Se mudó y punto final. La gente se renueva mucho en Malibú, puede creerme.

—¿A dónde se mudó? —dijo George.

—Eso es lo que me gustaría saber —volvió su mirada hacia mí—: ¿Usted también es pariente?

—No. Soy detective privado.

No demostró ninguna sorpresa.

—Muy bien, hablaré con usted, entonces. Venga dentro y tome una taza de café. Su amigo puede esperar fuera.

Wall no discutió; simplemente pareció descontento. La señora Lamb desenganchó la puerta de alambre y la seguí hasta la cocina blanca. Los cuadros rojos del mantel se repetían en las cortinas sobre el lavadero. El café burbujeaba sobre un calentador eléctrico.

La señora Lamb vertió un poco para mí en una taza que no hacía juego con la suya y luego un poco más para ella misma. Se sentó a la mesa y me indicó con un gesto que hiciera lo mismo frente a ella.

—No podría existir sin café. Tomé la costumbre cuando trabajaba en el bar. Veinticinco tazas por día, vieja tonta —pero parecía bastante tolerante consigo misma—. Realmente creo que si me cortara, sangraría café. El señor Finney (mi consejero en la Iglesia Espiritista) dice que tendría que cambiar por té, pero yo digo que no. Señor Finney, le dije, el día que tenga que abandonar mi vicio favorito, preferiría acostarme y tomar un lirio entre mis manos y pasar a mejor vida.

—¡Bravo! —le dije—. Me iba a decir algo sobre Hester.

—Sí. No quería decirlo delante del marido. Tuve que echarla.

—¿Por qué?

—Por ser demasiado sociable —dijo vagamente—. Esa chica está loca por los hombres. ¿No lo sabe él?

—Parece sospecharlo con una parte de su mente. ¿Algún hombre en particular?

—Uno en particular.

—¿No sería Clarence Bassett?

—¿El señor Bassett? Cielos, no. Hace casi diez años que conozco al señor Bassett. Trabajaba en el bar del *club* antes de que me fallaran las piernas. Puede creerme, él no es *tipo* de alternar. El señor Bassett era más bien un padre para ella. Supongo que hizo todo lo que pudo para que no se metiera en líos, pero no fue bastante. Lo que hice yo, tampoco.

—¿En qué clase de líos se metió?

—Líos con hombres, como le dije. No era nada que se pudiera señalar con el dedo, pero veía que iba derecha al desastre. Uno de los hombres que trajo aquí, a su casa, era el clásico pistolero. Le dije a Hester que si iba a recibir a inútiles como ése, que venían a pasar la noche, tendría que buscar otra casa. Me parecía que tenía derecho a hablarle francamente, porque la conocía desde pequeña y todo. Pero lo tomó por el lado malo; dijo que cuidaría de sus asuntos y que yo podía cuidar de los míos. Así que le dije que lo que ella hacía en mi propiedad era asunto mío. Dijo, muy bien, que si era eso lo que pensaba, se iría; dijo que era una vieja entrometida. Puede que lo sea, después de todo, pero no me gusta que me lo diga ninguna descocada que anda con pistoleros.

Se detuvo para recobrar el aliento. Una vieja nevera latía, ruidosa, en un rincón de la cocina. Bebí un sorbo de mi café y miré por la ventana que daba a la calle. George Wall estaba sentado en el asiento delantero de mi auto, con una expresión desamparada en su cara. Me volví a la señora Lamb.

—¿Quién era él? ¿Lo sabe?

—Nunca supe su nombre. Hester no quería decírmelo. Cuando le hablé del asunto me dijo que era el representante de su novio.

—¿Su novio?

—El muchacho de Torres. Lance Torres, se hace llamar. Era un muchacho bastante decente en un tiempo, por lo menos lo aparentaba cuando tenía el empleo de vigilante de la piscina.

—¿Era vigilante en el *club*?

—Lo fue durante un par de veranos. Su tío Tony le había conseguido el puesto. Pero ser vigilante de la piscina era demasiado

poco para Lance, quería ser un tipo importante. Oí decir que fue boxeador durante un tiempo y luego se metió en algún lío; creo que estuvo en la cárcel el año pasado.

—¿Qué clase de lío?

—No sé; hay demasiada gente buena en el mundo para que valga la pena seguir la pista a los vagos. Me hubieran podido golpear con un dedo cuando Lance apareció por aquí con su amigo pistolero, rondando a Hester. Creía que tenía más amor propio.

—¿Cómo sabe que era un pistolero?

—Lo vi disparar, por eso lo sé. Me desperté una mañana y oí estampidos en la playa. Sonaban como disparos y lo eran. Ese tipo estaba ahí fuera disparando a unas botellas de cerveza con una fea pistola negra en la mano. Ese fue el día que me dije: o deja de andar con malandrines o adiós Hester.

—¿Quién era él?

—Nunca supe su nombre. Esa fea pistola chata y su manera de manejarla era todo lo que necesitaba saber de él. Hester dijo que era el representante de Lance.

—¿Qué aspecto tenía?

—Se parecía a la muerte. Esos ojos marrones y vidriosos que tenía, y esa cara medio achatada, color panza de pescado. Pero le hablé bien claro, le dije que debería tener vergüenza y no disparar a las botellas donde la gente se podría cortar. Ni siquiera me miró, metió otras balas en la pistola y siguió disparando a las botellas. Probablemente le hubiera gustado estar apuntándome; por lo menos, así se comportaba.

Al recordar su indignación, enrojeció.

—No me gusta que me traten así, no es *humano*. Y soy sensible a los disparos, especialmente desde que mataron a una amiga mía el año pasado. Aquí en esta misma playa, a unos kilómetros de donde está usted sentado.

—¿No se referirá a Gabrielle Torres?

—Así es. Oyó hablar de Gabrielle, ¿eh?

—Algo. Así que era amiga suya.

—Claro que sí. Algunas personas hubieran tenido prejuicios, porque tenía sangre mexicana, pero creo que si una persona es lo bastante buena como para trabajar con uno, es bastante buena para ser su amiga —su busto monolítico subió y bajó la bata de algodón floreado.

—Nadie sabe quién la mató, oí decir…

—Alguien lo sabe. Quien lo hizo.

—¿Tiene alguna idea, señora Lamb?

Su cara permaneció inmóvil como la piedra durante un largo momento. Finalmente, sacudió la cabeza.

—¿Su primo Lance, tal vez, o su *manager*…?

—Creo que serían capaces. Pero ¿qué motivo podrían tener?

—Entonces lo ha pensado.

—¿Cómo puedo evitarlo con lo que entraban y salían de la casa de al lado, disparando tiros en la playa? Le dije a Hester, el día que se fue, que debería servirle de ejemplo lo que le había pasado a su amiga.

—¿Pero igualmente se fue con ellos?

—Supongo que sí. No la vi partir. No sé dónde se fue, ni con quién. Ese día tuve buen cuidado de irme a visitar a mi hija casada en San Berdo.

6

LE TRANSMITÍ LO MENOS posible de esto a George Wall, que empezaba a dar muestras de ponerse pesado. Camino de Los Ángeles, viré en la carretera de entrada del *Channel Club*. Echó una mirada alocada a su alrededor, como si lo estuviera conduciendo a una emboscada.

—¿Por qué vuelve aquí?

—Quiero hablar con el guardián. Puede darme alguna pista sobre su mujer. Si no, trataré con Antón.

—No veo con qué objeto. Hablé con Antón y le conté lo que me dijo.

—Quizá pueda sacarle algo más. Conozco a Antón, le hice un trabajo una vez.

—¿Cree que me escondía algo?

—Puede ser. Odia dar cosas, incluso información. Ahora quédese aquí sentado y cuide que nadie robe los neumáticos. Quiero hablar con Tony y usted parece traerle malos recuerdos.

—¿De qué sirve que me quede aquí? —dijo con acento hosco—. Me podría volver al hotel para dormir un poco.

—Esa es una buena idea.

Lo dejé en el auto, fuera de la vista del portón, y me dirigí a la carretera que se curvaba entre espesas hileras de adelfas. Tony me

oyó llegar. Salió arrastrando los pies de la garita, reluciendo el oro en las hendeduras de su sonrisa.

—¿Qué le pasó al loco de su amigo? ¿Lo perdió?

—No he tenido esa suerte. ¿Tiene un sobrino, Tony?

—Tengo muchos sobrinos —extendió los brazos—. Cinco o seis sobrinos.

—Uno que se hace llamar Lance.

Gruñó. Nada cambió en su rostro, salvo que había dejado de sonreír.

—¿Qué pasa con él?

—¿Puede darme su nombre legal?

—Manuel —dijo—. Manuel Purificación Torres. El nombre que le puso mi hermano no era bastante bueno para él. Se lo tuvo que cambiar.

—¿Sabe dónde vive ahora?

—No, no lo sé. No tengo nada que ver con ése. Durante un tiempo fue como un hijo para mí —movió la cabeza lentamente de lado a lado. Del gesto se desprendió una pregunta—. ¿Manuel de nuevo está metido en líos?

—No estoy seguro. ¿Quién es su *manager*, Tony?

—No tiene ningún *manager*. No lo dejan pelear. Fui su *manager* hace un par de años, entrenador y *manager*, las dos cosas. Lo entrenaba y lo representaba. Lo llevaba despacio y fácil, echándole una mano y enseñándole las combinaciones. Le hice vivir bien y derecho en mi propia casa: arriba a las seis de la mañana, saltar con la cuerda, bolsa de arena ligera y pesada, correr siete u ocho kilómetros por la playa. Piernas como hierro, hermosas. Y tuvo que echarlo todo a perder.

—¿Cómo?

—El mismo cuento de siempre —explicó Tony—. Lo he visto demasiadas veces. Gana dos o tres peleas, dos de cuatro *rounds* y una de seis en San Diego. En seguida es un as, *cree* que es un as. El tío Tony, el pobre viejo tío Tony es demasiado tonto para decirle lo que tiene que hacer. El tío Tony no sabe nada, le dice déjate de

mujeres y cigarrillos, vende esa ruidosa y hedionda motocicleta antes que te rompas la cabeza, tienes un futuro. Pero quiere tener todo ahora. Todo el mundo, ahora mismo.

»Entonces surgió algo entre nosotros. Hizo algo que no me gustó, no me gustó nada. Le digo: estabas deseando irte de mi casa; bueno: ahora puedes irte. No teníamos ningún contrato, nada hay entre los dos y nunca lo habrá, creo. Se subió a la moto y se fue dando bocinazos, de vuelta a Los Ángeles. Ahí estaba, convertido en un vago de Main Street, y aún no tenía veintiún años.

»Mi hermana Desideria me echó la culpa, tenía que haberlo seguido a cuatro patas —Tony movió la cabeza—. No te digo, Desideria: he vivido mucho. Tú también, pero tú eres mujer, no ves las cosas. A un muchacho se le llenan los pantalones de hormigas y no hay insecticida para eso. Que aprenda a golpes, no podemos vivir su vida por él. Y uno de esos pistoleros a los que quiere parecerse ve a Manny trabajando en el gimnasio. Le pide un contrato y Manny se lo da. Gana algunas peleas y pierde otras, gana dinero sucio. Lo gasta en cosas sucias. Le encontraron unas cápsulas en el auto el año pasado y lo llevaron a la cárcel. Cuando salió estaba suspendido; no hay peleas, está como cuando empezó, muerto de hambre».

Tony escupió en seco.

—Hace mucho traté de decirle que mi padre, su abuelo, era bracero. El padre de Manny y yo nacimos en un gallinero en Fresno, sin nada, sin nadie. Estamos marcados dos veces, le digo, tenemos que andar limpios. Pero ¿me iba a escuchar? No. Tuve que meter la cabeza bajo el hacha.

—¿Cuánto tiempo cumplió?

—Creo que todo el año pasado. No lo sé seguro. Yo tenía mis problemas entonces.

Sus hombros se movieron como si sintiera el peso del cielo sobre ellos. Le quería preguntar sobre la muerte de su hija, pero la pena de su rostro me frenó la lengua. Las cicatrices que rodeaban sus ojos,

marcadas y profundas al sol, habían sido causadas por algo más cruel que los puños. Le hice una pregunta diferente:

—¿Sabe cómo se llama el hombre que tenía su contrato?

—Su apellido es Stern.

—¿Carl Stern?

—Sí —espiando mi cara con los ojos entrecerrados pudo ver el efecto que el nombre me causaba—. ¿Lo conoce?

—Lo he visto en *clubs* nocturnos y he oído hablar de él. Si el diez por ciento de lo que se dice de él es cierto, es un personaje peligroso. ¿Su sobrino, Tony, todavía está con él?

—No sé. Apostaría a que tiene problemas. Creo que lo sabe y no me lo quiere decir.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Que lo he visto la semana pasada. Iba vestido como un actor de cine y conducía uno de esos autos deportivos —extendió las manos como para barrer algo—. ¿De dónde sacará el dinero? No puede trabajar y no puede pelear.

—¿Por qué no se lo preguntó?

—¡No me haga reír, preguntarle yo! No le daría ni la hora a su tío Tony. Está demasiado ocupado paseándose en autos veloces en compañía de damas rubias.

—¿Iba con una rubia?

—¡Claro que sí!

—¿Alguien que conoce?

—Seguro. Una que trabajaba aquí el verano pasado. Se llama Hester Campbell. Pensé que tendría bastante seso como para no andar por ahí con mi sobrino Manny.

—¿Cuánto hace que sale con él?

—No puedo saberlo. No tengo una bola de cristal.

—¿Dónde los vio?

—En la autopista Venecia.

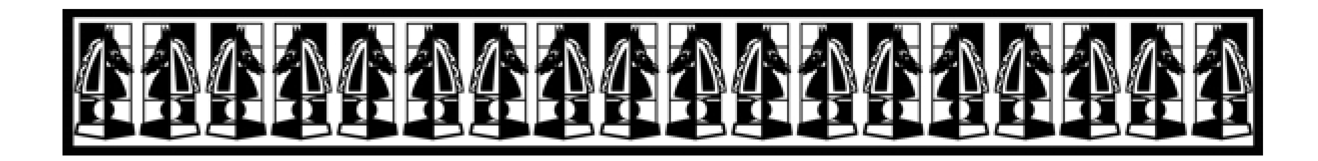
—Hester Campbell, ¿no era amiga de su hija?

Su cara se endureció y ensombreció.

—Quizá. ¿De qué se trata? Primero me pregunta por mi sobrino. Ahora por mi hija.

—Me enteré de lo de su hija esta mañana. Era amiga de la Campbell y estoy interesado por ésta.

—Yo no, y no sé nada. De nada sirve hacerme preguntas. ¿Qué es lo que sé? —su ánimo había decaído pesadamente. Puso cara de idiota—. Soy un infeliz. Mi sesera no funciona bien. Mi hija está muerta. Mi sobrino es un sinvergüenza. La gente se me acerca y me pega en la nariz.



7

LAS VENTANAS DE ANTÓN daban al bulevar desde el segundo piso de un edificio en Hollywood oeste. El edificio era relativamente nuevo, pero había sido pintado, raspado y vuelto a pintar con parches de colores rosa, blanco y celeste, para que pareciera de la orilla izquierda del Sena. Se entraba a través de un patio al que daban varias pequeñas y coquetas tiendas y que tenía una fuente en medio: una ninfa de cemento con los pies en el agua poco profunda, que se cubría pudorosamente con una mano, mientras invitaba con la otra.

Subí por la escalera exterior hasta el balcón del segundo piso. A través de una puerta abierta pude ver a media docena de muchachas, vestidas con sus trajes para ensayos, que estiraban sus ligamentos en barras sujetas a lo largo de la pared. Una mujer de pecho chato y caderas macizas daba órdenes con voz de sargento dirigiendo el orden cerrado:

—*Grand battement, s'il vous plait. Non, non, grand battement*.

Fui hasta el extremo del balcón, perseguido por el olor dulce-salado del sudor juvenil. Antón estaba en su oficina, bajo y grueso detrás de su escritorio, con un traje de gabardina color helado de limón. Tenía la cara tostada por lámpara. Se levantó muy ágilmente, para demostrar que aún era joven. Extendió una mano que lucía anillos en dos dedos, uno de sello y un brillante que hacía juego con

el que llevaba en la corbata de seda. Su apretón era como el de una langosta macho.

—Señor Archer.

Antón había estado en Hollywood más tiempo que yo, pero todavía pronunciaba mi nombre «Señor Agsheg». El acento era probablemente parte de su pose comercial. A pesar de lo cual me agradaba.

—Me sorprende que recuerde mi nombre.

—Pienso en usted con gratitud —dijo—. Frecuentemente.

—¿Por qué número de esposa va ahora?

—Por favor, es usted muy vulgar —levantó las manos en un ademán de fastidio y aprovechó para examinar sus pulidas uñas—. Por la número cinco. Somos muy felices. No lo necesitamos.

—Todavía.

—Pero no ha venido a discutir mis problemas matrimoniales. ¿Qué le trae?

—Muchacha extraviada.

—¿Hester Campbell otra vez?

—Ajá.

—¿Está trabajando para ese grandote *naif* de su marido?

—Es usted psicólogo.

—Es tonto. Cualquier hombre de su talla y su peso que corra detrás de una mujer en esta ciudad es tonto. ¿Por qué no se queda quieto y le caerán por bandadas?

—Sólo le interesa ésta. ¿Qué hay de ella?

—¿Qué hay de ella? —repitió, poniendo sus manos con las palmas para arriba para mostrar cuán limpias estaban—. Ha tomado unas lecciones de *ballet*, tres o cuatro meses de clase. Las jovencitas vienen y se van. No soy responsable de sus vidas privadas.

—¿Qué sabe de la vida privada de ella?

—Nada. No deseo saber nada. Mi amigo Paddy Dane de Toronto no me hizo ningún favor al mandármela. Es una joven muy ambiciosa. Sabía que iba a tener problemas.

—Si sabía todo eso, ¿por qué dejó a su marido a merced de Clarence Bassett?

Levantó los hombros.

—¿Qué *yo* lo dejé a merced de Bassett? No hice más que contestar a sus preguntas.

—Le hizo creer que ella estaba viviendo con Bassett. Hace casi cuatro meses que Bassett no la ve.

—¿Qué puedo saber de eso?

—Nada de juegos conmigo, Antón. ¿Conocía a Bassett antes de esto?

—*Pas trop*. Él no se acordaría, probablemente —se dirigió al balcón y abrió más las persianas. El sonido del tránsito subía desde el bulevar. Por debajo del ruido, su voz era sibilante—. Pero yo no me olvido. Hace cinco años pedí ser aceptado como socio en el *Channel Club*. Me lo negaron sin ningún motivo. Me enteré por quien me presentaba que Bassett ni siquiera había propuesto mi nombre al comité de admisión. No quería maestros de baile en su *club*.

—¿Así que pensó en complicarle las cosas?

—Tal vez —me miró por encima de su hombro con ojo brillante y vacío como el de un pájaro—. ¿Tuve éxito?

—Lo detuve antes que sucediera. Pero podía haber desencadenado un asesinato.

—Tonterías —se volvió y vino hacia mí, pisando la alfombra con suavidad felina—. El marido es un negado, un muchacho histérico. No es peligroso.

—Quién sabe. Es grande, fuerte y está loco por su mujer.

—¿Es rico?

—En absoluto.

—Entonces dígale que la olvide. He visto muchas como ella. Enamoradas de sí mismas. Creen que aspiran a un arte, el teatro, la danza o la música. Pero a lo único que aspiran realmente es al dinero y a la ropa. Si llega un hombre que les pueda dar esas cosas, allí termina su aspiración —sus manos hicieron el ademán de liberar un pájaro y tirarle un beso.

—¿Llegó alguno para Hester?

—Posiblemente. Parecía notablemente próspera en mi fiesta de Navidad. Llevaba una nueva estola de visón. Se la elogié y me dijo que tenía un contrato personal con un productor cinematográfico.

—¿Cuál?

—No me lo dijo y no importa. Estaba mintiendo. Era una pequeña fantasía para beneficio mío.

—¿Cómo lo sabe?

—Conozco a las mujeres.

Estaba dispuesto a creerle. La pared detrás de su escritorio estaba empapelada con fotografías dedicadas de mujeres jóvenes.

—Además —dijo—, ningún productor que estuviera en su sano juicio le daría un contrato a esa chica. Hay algo que le falta: talento esencial, sentimientos. Se volvió cínica muy joven y no intenta disimularlo.

—¿Cómo se comportó la otra noche?

—No la observé durante mucho rato. Tenía más de cien invitados.

—Hizo una llamada telefónica desde aquí. ¿Lo sabía?

—No lo supe hasta ayer. El marido me dijo que ella temía algo. Quizá bebió demasiado. No había nada en mi fiesta para asustar a nadie, un montón de gente joven y agradable, que se divertía.

—¿Con quién estaba?

—Un muchacho, un muchacho bien parecido —chasqueó los dedos—. Me lo presentó pero no recuerdo su nombre.

—¿Lance Torres?

Sus párpados se fruncieron.

—Posiblemente. Era bastante moreno, de aspecto español. Un muchacho buen mozo, uno de esos tipos jóvenes nuevos, con aire de *apache*. Tal vez la señorita Seeley lo pudiera identificar. Los vi hablando juntos —deslizó el puño derecho de su camisa y miró su reloj de pulsera—. Ahora ha salido a tomar un café, pero debe regresar muy pronto.

—Mientras esperamos, ¿me podría dar la dirección de Hester? La verdadera dirección.

—¿Por qué tengo que facilitarle las cosas? —dijo Antón con su sonrisa lateral—. No me gusta el tipo para el cual trabaja. Es muy agresivo. Además, yo soy viejo y él es joven. Además, mi padre era conductor de autobús en Montreal. ¿Por qué tengo que ayudar a un anglosajón de Toronto?

—¿Así que no le ayudaría a encontrar a su esposa?

—Oh, le daré la dirección. Simplemente quería expresarle mis emociones al respecto. Ella vive en el Hotel Windsor, en Santa Mónica.

—Lo sabe de memoria, ¿eh?

—La recuerdo. Otro detective me pidió la dirección la semana pasada.

—¿Detective de la Policía?

—Privado. Pretendía hacerse pasar por un abogado que tenía dinero para ella, un legado, pero su historia era muy burda y no soy ningún estúpido —miró su reloj de nuevo—. Si me disculpa, tengo que vestirme para una lección. Puede esperar aquí a la señorita Seeley, si lo desea.

Antes de que pudiera hacerle más preguntas, se fue por una puerta interior y la cerró. Me senté ante su escritorio y busqué el Hotel Windsor en la guía de teléfonos. El empleado me dijo que la señorita Campbell ya no se hospedaba allí. Se había mudado hacía dos semanas sin dejar su nueva dirección.

Estaba rumiando esta información cuando entró la señorita Seeley. La recordaba de cuando Antón se estaba divorciando de su tercera esposa, con mi ayuda. Estaba un poco más vieja y más delgada. Su traje sastre a rayas finas acentuaba lo esquelético de su figura. Pero todavía lucía con alguna esperanza volantes blancos en las muñecas y el cuello.

—¡Pero señor Archer! —se le ocurrió lo que podía implicar mi presencia allí—. ¿No tendremos problemas matrimoniales otra vez?

—Problemas matrimoniales, sí, pero no tienen nada que ver con su jefe. Dice que quizá usted me pueda dar una información.

—¿Mi número de teléfono, por casualidad? —su sonrisa era cálida y despreocupada tras la máscara del lápiz de labios.

—Me vendría bien, también.

—Me está haciendo un cumplido. Adelante. Puedo soportar un poco de galantería para variar. Una conoce muchos candidatos posibles en este negocio.

Intercambiamos algunas bromas y le pregunté si recordaba haber visto a Hester en la fiesta. Lo recordaba.

—¿Y a su acompañante?

Asintió.

—Un sueño. Un tipo realmente divino. Es decir, siempre que a una le gustara el tipo latino. No me gusta el tipo latino, pero nos entendimos muy bien. Hasta que mostró su verdadero carácter.

—¿Habló con él?

—Un rato. Era más bien tímido con toda la gente, así que lo tomé bajo mi ala. Me habló de su carrera y demás. Es actor. Los estudios Helio-Graff lo tienen bajo contrato a largo plazo.

—¿Cómo se llama?

—Lance Leonard. Es un nombre gracioso, ¿no? Me dijo que lo había elegido él mismo.

—¿No le dijo su verdadero nombre?

—No.

—¿Y tiene un contrato con Helio-Graff?

—Eso es lo que me dijo. Por cierto que tiene el físico necesario. Y el temperamento artístico.

—¿Quiere decir que le hizo insinuaciones?

—Oh, no. No lo hubiera permitido. De todos modos me di cuenta de que está loco por Hester. Más tarde estaban en el bar, bebiendo de la misma copa, juntitos, juntitos —su voz era pensativa. Agregó a manera de consuelo para sí misma—. Pero luego él mostró su genio.

—¿Qué hizo?

—Fue horrible —expresó con fruición—. Hester entró aquí para hacer una llamada telefónica. Le di la llave. Debió llamar a otro

hombre porque él la siguió y le armó un escándalo. ¡Estos latinos son tan temperamentales…!

—¿Usted estaba aquí?

—Oí cuando gritaba. Tenía algunas cosas que hacer en mi oficina y no pude *evitar* oírlo. Le dijo unas cosas terribles: r-a-m-e-r-a y otras palabras que no repetiré —trató de ruborizarle, pero fracasó.

—¿La amenazó de alguna manera?

—Puede estar seguro que sí. Le dijo que no duraría ni una semana si no seguía con la operación. Ella estaba más metida que cualquier otro y no le echaría a perder su gran oportunidad —la señorita Seeley era bastante decente, pero no conseguía frenar del todo el gozo que aleteaba en los ángulos de su boca.

—¿No dijo en qué consistía la operación?

—Al menos no lo oí.

—¿La amenazó con matarla?

—No dijo que *él* le haría algo. Lo que dijo… —miró el cielo raso y se dio unos golpecitos en el mentón—. Dijo que si ella no cumplía la pondría en manos de un amigo suyo. Alguien llamado Carl.

—¿Carl Stern?

—Puede ser. No mencionó el apellido. Sólo repetía que Carl la iba a arreglar.

—¿Qué pasó después?

—Nada. Salieron y se fueron juntos. Ella parecía bastante sumisa.

8

HABÍA UNA CABINA TELEFÓNICA fuera, en el patio, y me enfrasqué en las guías de teléfonos locales. Lance Leonard no figuraba en ellas.

Tampoco estaban Lance Torres, ni Hester Campbell, ni Carl Stern. Hice una llamada a Peter Colton, que recientemente se había retirado como investigador jefe de la oficina del procurador del distrito.

Carl Stern, me dijo, también se había retirado recientemente. Es decir, se había ido a Las Vegas, y se había puesto del lado de la ley, si es que algo se puede llamar legal en Las Vegas. Stern había invertido su dinero en un nuevo gran hotel-casino que se estaba construyendo. Personalmente, Colton desearía que perdiera hasta su sucia camisa chapada en oro.

—¿De dónde salió el oro, Peter?

—De diversas fuentes. Era un muchacho del Sindicato. Cuando Siegel rompió con el Sindicato y murió por ello, Stern era uno de sus herederos. La mayor parte del dinero lo obtuvo haciendo contactos. Cuando la Comisión del Crimen lo desbarató, durante algún tiempo financió una cadena de traficantes de narcóticos.

—Así que sin duda lo encerraron.

—Tú conoces la situación tan bien como yo, Lew —Colton parecía irritado, pero al mismo tiempo trataba de disculparse—.

Nuestra tarea es esencialmente la de una agencia de persecución. Trabajamos con lo que la Policía nos trae. Carl Stern empleaba policías como guardaespaldas. Los políticos que contratan y despiden a los policías iban a pescar con él a Acapulco.

—¿Es así como consiguió la licencia de juegos en Nevada?

—No consiguió una licencia en Nevada. Con su reputación no se la podían dar. Tuvo que conseguirse un testaferro.

—¿Sabes quién puede ser ese testaferro?

—Simon Graff —dijo Colton—. Lo habrás oído nombrar. A su local le van a llamar *Casbah de Simon Graff*.

Eso me frenó por un momento.

—Creía que Helio-Graff estaba ganando mucho dinero.

—Tal vez Graff haya visto la oportunidad de ganar más aún. Te contaría lo que pienso, pero no sería bueno para mi presión arterial —siguió hacia delante y me lo contó lo mismo—. No tienen decencia, ni sentido de la responsabilidad pública, esos malditos piojosos de grandes apellidos de Hollywood, que van a Las Vegas a hacer de señuelos para los ladrones, alcahuetes para los delincuentes y encubrir a asesinos.

—¿Stern es un asesino?

—Ha matado más de diez veces —dijo Colton—. ¿Quieres su ficha detallada?

—Ahora no. Gracias, Peter. Tranquilízate.

Conocía a un hombre en Helio-Graff, un escritor llamado Sammy Smith. La centralita del estudio me comunicó con su secretaria y ella llamó a Sammy al teléfono.

—¿Lew? ¿Qué tal va esa imitación de Sherlock?

—Me lleva de la Ceca a la Meca. A propósito, ¿qué quiere decir «Ceca»? Tú que eres escritor, deberías saber esas cosas.

—En cualquier otro momento con mucho gusto, pero ahora estoy luchando con los guiones y los copistas me persiguen. Dejo que lo sepan por mí los del departamento de investigación, sección trabajo. ¿Podrías ir al grano, muchacho? —hablaba deprisa, al ritmo de un rápido metrónomo que funcionaba en su cabeza.

—¿En qué gran proyecto estás metido?

—Tengo que tomar el avión para Italia la semana próxima para una producción. Graff está haciendo una personal sobre la historia de Cartago.

—¿La historia de Cartago?

—*Salambó*, la novela histórica de Flaubert. ¿Dónde has estado?

—En una clase de geografía. Cartago está en África.

—Estaba. El Hombre la está construyendo en Italia.

—He oído decir que también está construyendo en Las Vegas.

—¿Te refieres al *Casbah*? Ajá.

—¿No es algo extraño que un gran productor independiente meta dinero en un negocio de tragamonedas?

—Todo lo que hace el Hombre es extraño. Y modera tu lenguaje, Lew.

—¿Estás enfadado?

—No seas tonto —dijo sin convicción—. Y ahora, ¿cuál es tu problema? Si te parece que estás arruinado, yo estoy más arruinado que tú. Pregúntale a quien me ha arruinado.

—Ningún problema. Quiero ponerme en contacto con un actor nuevo que tenéis. ¿Lance Leonard?

—Sí. Lo he visto dando vueltas por aquí. ¿Por qué?

Improvisé:

—Un amigo mío, periodista del Este, quiere una entrevista.

—¿Sobre la historia de Cartago?

—¿Por qué? ¿Leonard trabaja en ella?

—Un papel secundario; el primero que hace. ¿No lees las crónicas?

—No cuando puedo evitarlo. Soy analfabeto.

—Los cronistas también. Y Leonard también, pero no le permitas a tu amigo que lo publique. El muchacho hará buen papel como bárbaro norafricano. Tiene unos músculos más bonitos que los de Brando, fue boxeador.

—¿Cómo llegó al cine?

—El Hombre lo descubrió personalmente.

—¿Y dónde viven esos lindos músculos?

—En Coldwater Canyon, creo. Mi secretaria puede darte la dirección. Pero no permitas que se sepa que te la di yo. El chico tiene miedo a la prensa. Aunque le vendría bien la publicidad — Sammy recobró el aliento. Le gustaba hablar. Le gustaba todo lo que fuera interrumpir su trabajo.

—Espero que esto no sea uno de tus trucos, Lew.

—Sabes que no. Me salió mal uno hace años. Ahora soy más cauteloso.

—Todos somos cautelosos cuando hay dinero por medio. Hasta pronto.

Conseguí la dirección de Coldwater Canyon y salí a la calle. El sol se reflejaba en el techo del auto. George Wall estaba reclinado en el asiento delantero con la cabeza echada hacia atrás. Su cara estaba enrojecida y húmeda. Tenía los ojos cerrados. El interior parecía un horno. El arranque lo despertó. Se incorporó, restregándose los ojos.

—¿Dónde vamos?

—Los dos no. Lo dejaré en su hotel. ¿Cuál es?

—Pero no quiero que me deje —me tomó el brazo derecho—. Ha descubierto dónde está, ¿no es cierto? No quiere que la vea.

No contesté. Él tiraba de mi brazo, haciéndome hacer eses con el auto.

—¿No es eso lo que piensa?

Lo empujé hacia el rincón más alejado del asiento.

—Por Dios, George, relájese. Tome un sedante cuando llegue al hotel. Vamos, ¿dónde es?

—No regresaré al hotel. No puede obligarme.

—Bueno, bueno. Si me promete quedarse en el auto. Tengo un dato que puede dar resultado o no. Pero si insiste en meterse, seguramente no saldrá bien.

—No lo haré. Lo prometo —un rato después dijo—: No comprende cómo me siento. Estuve soñando con Hester ahora,

cuando dormía. Trataba de hablarla. No quería contestar y entonces vi que estaba muerta. La toqué. Estaba fría como la nieve…

—Cuénteselo a su psicoanalista —dije con antipatía. Su autocompasión me estaba poniendo nervioso.

Se encerró en un silencio dolorido que duró todo el camino hasta Canyon. Lance Leonard vivía cerca de la cumbre, en una casa nueva de rústica madera rojiza, sostenida por una cornisa sobre la pronunciada pendiente. Estacioné más arriba de la casa y miré a mi alrededor. Leonard no tenía vecinos cercanos, aunque otras casas salpicaban las demás laderas. Las lomas bajaban de la cumbre como los pliegues de una gruesa cortina que se arrastraba hasta el mar horizontal.

Con una mirada dominante logré clavar a George en su sitio, y bajé por el camino asfaltado en pendiente hacia la casa. Los árboles del jardín delantero, limoneros y aguacates estaban recién plantados: podía ver la arpillera amarilla alrededor de sus raíces. El garaje contenía un Jaguar gris terroso, de dos puertas, y una motocicleta ligera de carreras. Toqué el timbre junto a la puerta principal y oí campanadas en la casa que cortaban suavemente el silencio.

Un joven abrió la puerta. Estaba peinándose con un peine de lentejuelas. Su pelo era negro, ondulado arriba y lacio a los lados. Debido a la altura del escalón, su cabeza quedaba al nivel de la mía. Su cara era morena y hermosa si se pasaban por alto la boca grande y los ojos ligeramente barrosos. Llevaba un pijama de *nylon* azul y sus pies tostados estaban descalzos. Era el nadador que estaba en el centro en la fotografía de Bassett.

—¿Señor Torres?

—Leonard —me corrigió. Satisfecho por la forma en que se había colocado los rizos sobre la frente, dejó caer el peine en el bolsillo del pijama. Sonrió consciente de su encanto—. Tengo un nuevo nombre para mi nueva carrera. ¿Cuál es su misión?

—Quisiera ver a la señora Wall.

—Nunca oí ese nombre. Tiene mal la dirección.

—Su nombre de soltera era Campbell. Hester Campbell.

Se puso rígido.

—¿Hester? No está casada… No está casada.

—Está casada. ¿No se lo dijo?

Miró por encima de su hombro hacia el interior de la casa y volvió la vista a mí. Sus movimientos eran veloces como los de una lagartija. Asió el picaporte y empezó a cerrar la puerta.

—Nunca he oído ese nombre. Lo siento.

—¿De quién es el peine? ¿O simplemente adora las cosas brillantes?

Se detuvo indeciso, lo bastante como para que yo pusiera el pie contra la puerta. Más allá de él podía ver a través de la casa hasta la puerta corrediza de cristal, al fondo de la sala de estar, y a través de ésta la terraza exterior que daba a Canyon. Una muchacha estaba tendida al sol sobre una tumbona de metal. Su espalda era larga y tostada; la cintura era tan pequeña que cortaba el aliento y de ella partían en arco las blancas caderas. Su cabello parecía de plumas plateadas y revueltas.

Leonard dio un paso hacia fuera que me obligó a volver al camino de lajas y cerró la puerta principal.

—Métaselos de vuelta en las órbitas. No hay espectáculos gratis hoy. Y entienda esto: no conozco ninguna Hester como-se-llame.

—Hace un momento la conocía.

—Puede ser que haya oído ese nombre alguna vez. Oigo muchos nombres. Por ejemplo, ¿cuál es el suyo?

—Archer.

—¿De qué se ocupa?

—Soy detective.

Su boca se hizo fea y sus ojos se turbaron. Había surgido rápidamente de un sitio donde se temía y se odiaba a la Policía: el odio permanecía aún en él, como una enfermedad crónica.

—¿Qué quiere de mí?

—De usted no, de Hester.

—¿Está metida en algún lío?

—Debe estarlo si vive con usted.

—Vamos, vamos. Francamente, se me escurrió —se pasó las manos rápidamente por los lados cubiertos de nylon, a modo de ilustración—. Hace mucho que no veo a esa chica.

—¿Probó a buscarla en su terraza?

Sus manos se detuvieron y se crisparon sobre sus caderas. Se inclinó hacia adelante desde la cintura y su boca se movía como una roja valva de molusco.

—Me está llamando mentiroso. Tengo una posición pública que mantener, así que me quedo aquí parado y lo tomo como un caballero. Pero será mejor que salga de mi propiedad o le pego, por más poli que sea.

—Eso resultará muy bien en los diarios. Todo el juego resultará bien.

—¿Qué juego? ¿A qué se refiere?

—Dígamelo.

Miró ansiosamente con ojos entrecerrados hacia donde estaba estacionado mi auto. La cara de George estaba suspendida en la ventanilla como una abominable luna rosada.

—¿Quién es su acompañante?

—El marido.

Los ojos de Leonard se nublaron pensativamente.

—¿Qué es esto? ¿Un allanamiento? Muéstreme la chapa.

—No tengo chapa. Soy detective privado.

—¡Mira eso! —le dijo a un confidente imaginario a su izquierda.

Al mismo tiempo su hombro izquierdo descendió. Un brazo que se balanceaba como un gancho, me hundió un puño en el estómago, debajo de las costillas. Fue demasiado rápido para que lo pudiera detener. Me senté sobre las lajas y descubrí que no me podía levantar en seguida. Tenía la cabeza fresca y clara, como un acuario, pero las brillantes ideas y nobles intenciones que nadaban en ella no tenían ninguna relación útil con mis piernas.

Leonard estaba de pie con los puños listos, esperando que me levantara. Su pelo le había caído sobre la frente, azul-negro y brillante, como virutas de acero. Los pies descalzos bailaron un poco

sobre las piedras. Traté de alcanzarlos, pero atrapé el aire. Leonard me sonrió, desde arriba, bailando:

—Vamos. Levántese. Me vendría bien un poco de ejercicio.

—Lo tendrá, guapo imbécil —dije entre jadeos.

—No de sus manos.

La puerta se abrió detrás de él y se asomó la cabecita de plumas. Usaba gafas oscuras de arlequín, cuya montura de lentejuelas hacía juego con el peine. Su cara brillaba con el aceite. Una toalla sostenida bajo las axilas se adhería a las protuberancias y depresiones de su cuerpo.

—¿Qué pasa, amor?

—No pasa nada. Vete dentro.

—¿Quién es este tipo? ¿Le pegaste?

—¿Qué te parece?

—Me parece que estás loco, arriesgándote así.

—¿Arriesgarme? ¿Quién largó el rollo por teléfono? Fuiste tú quien *trajiste* al bastardo aquí.

—Muy bien. Me la quería tomar. Cambié de idea.

—Cállate —la amenazó con un gesto del hombro—. Dije, ¡dentro!

Se oyó un ruido de pies que corrían por el camino. George Wall gritó:

—¡Hester, estoy aquí!

Lo que podía ver de la cara de ella no cambió de expresión. Leonard le puso una mano extendida sobre el pecho, la empujó hacia dentro y cerró la puerta. Se volvió al tiempo que George se abalanzaba sobre él y lo recibió con una izquierda rígida dirigida a la cara. George se detuvo en seco. Leonard esperaba, con la cara lisa y concentrada como la de un hombre que escucha música.

Me apoyé sobre las piernas y me puse de pie para verlos pelear. George había estado buscando la pelea; tenía las ventajas de su altura, peso y alcance: no me interferí. Era como observar a un hombre atrapado en una máquina. Leonard se metió en la curva de un golpe, apoyó el mentón en el pecho del hombre grande y martilló su estómago. Sus codos trabajaban como pistones en surcos

aceitados junto a su cuerpo. Cuando retrocedió un paso, George se dobló en dos. Cayó de rodillas y volvió a incorporarse, muy pálido.

En cuanto las manos de George se despegaron de las lajas, Leonard le dio con la derecha en la cara, al tiempo que enderezaba la espalda. George retrocedió hacia el césped nuevo y tierno. Miró el cielo con desilusión como si le hubiera dejado caer algo encima. Luego movió la cabeza y se dirigió nuevamente hacia Leonard. Tropezó con una manguera y estuvo a punto de caer.

Me interpuse entre ambos, enfrentándome a Leonard.

—Ya se la diste. Acábala, ¿eh?

George me hizo a un lado con el hombro. Le tomé los brazos.

—Déjeme agarrar a este desgraciado —dijo con los labios sangrientos.

—No debe lastimarse, muchacho.

—Preocúpese por él.

Era más fuerte que yo. Se soltó y me alejó de un empellón. Lanzó otro golpe salvaje que rasgó la espalda de su chaqueta, sin conseguir nada más que eso. Leonard inclinó la cabeza unas pulgadas fuera de la vertical y observó pasar el puño. George titubeó al perder el equilibrio. Leonard le pegó entre los ojos con la mano izquierda y otra vez con la derecha a medida que caía. La cabeza de George hizo un sonido seco contra las lajas. Se quedó tendido e inmóvil.

Leonard se frotó los nudillos del puño derecho con la mano izquierda, como si fuera un objeto de arte de bronce.

—No debería usarlo con aficionados.

Contestó razonablemente:

—No lo hago a menos que sea necesario. Sólo que a veces me enfurezco cuando estos grandotes inútiles creen que se pueden aprovechar de mí. Se han aprovechado bastante de mí, no tengo por qué aguantar más —se balanceó en un pie y tocó el brazo extendido de George con la punta del dedo gordo—. Tal vez sería mejor que lo llevara al médico.

—Creo que sí.

—Le pegué bastante fuerte.

Me mostró los nudillos de la mano derecha. Se estaban hinchando y poniéndose azules. Por lo demás, la pelea le había hecho bien. Estaba alegre y relajado y se movía haciendo pequeñas cabriolas, como un semental. La cabecita de plumas lo estaba mirando desde la ventana. Se había puesto un vestido de hilo. Vio que yo la estaba mirando y se ocultó de mi vista.

Leonard abrió la manguera y echó agua fría sobre la cabeza de George. Abrió los ojos y trató de sentarse. Leonard cortó el chorro.

—Se pondrá bien. No se despiertan tan rápidamente cuando están malheridos. De todos modos, le pegué en defensa propia, usted es testigo. Si hay alguna queja, puede entenderse con Leroy Frost, en Helio.

—Leroy Frost es su defensor, ¿eh?

Me dirigió una sonrisa ligeramente ansiosa.

—¿Conoce a Leroy?

—Un poco.

—Mejor sería que no lo molestáramos por esto, ¿eh? Leroy tiene muchos problemas. ¿Cuánto saca usted por día?

—Cincuenta cuando trabajo.

—Bien, ¿qué tal si le paso cincuenta y se ocupa del fiambre?

Encendió toda la fosforescencia de sus encantos.

—Dicho sea de paso, tengo que disculparme. Perdí la cabeza por un momento. No tendría que haberme hecho el listo con usted. Me la puede devolver cuando guste.

—Quizá lo haga.

—Claro que sí y se lo permitiré. ¿Cómo está el melón?

—Parece una raqueta de tenis rota.

—Pero nada de rencor, ¿eh?

—Nada de rencor.

—Estupendo. Estupendo.

Me tendió la mano. Me apoyé sobre los talones y le pegué en la mandíbula. No fue la cosa más inteligente del mundo. Mis piernas estaban envejecidas y tambaleantes. Si yo perdía coraje, él podría

dar vueltas en círculo a mi alrededor y hacerme trizas sólo con la izquierda. Pero la conexión resultó buena.

Lo dejé tendido. La puerta principal estaba abierta y entré. La muchacha no estaba en la sala, ni en la terraza. La toalla turca estaba en el suelo del dormitorio. Un sombrero de paja trenzada para sol yacía en el suelo junto a ella. La cinta de cuero dentro del sombrero decía: «Hecho a mano en México para la casa Taos».

Un motor tosía y rugía detrás de la pared. Encontré la puerta lateral que comunicaba la piscina con el garaje. Estaba al volante del Jaguar, mirándome con la boca bien abierta. Cerró la puerta de su lado antes de que yo asiera el picaporte. Entonces me lo arrancó de la mano. El Jaguar chilló en la curva, dejando una huella negra cuando se lanzó hacia la carretera. Lo dejé irse. No podía dejar a George con Leonard.

Estaban sentados frente a la casa, intercambiando veladas miradas de odio a través del sendero de lajas. George sangraba por la boca. La carne alrededor de uno de sus ojos estaba cambiando de color. Leonard no tenía marcas, pero cuando se puso de pie vi un cambio en él.

Tenía un aire de perro vencido, algo furtivo, como si lo hubiera devuelto de un solo golpe a su pasado. No cesaba de pasarse los dedos por la nariz y la boca.

—No se preocupe —le dije—, todavía está espléndido.

—¡Gracioso! ¿Le parece divertido? Lo mataría si no fuera por esto —mostró su diestra hinchada.

—Me ofreció devolverle el golpe, recuerde. Ahora estamos en paz. ¿Dónde se fue ella?

—*Usted* puede irse al diablo.

—Sería igual que me diera la dirección. Tengo el número de su matrícula. Puedo encontrarla.

—Adelante —me dirigió una mirada superior, que probablemente quería decir que el Jaguar era suyo.

—¿Por qué cambió de idea? ¿Por qué quiso irse?

—No adivino el pensamiento. No sé nada de ella. Ando con muchas mujeres, ¿sabe? Me lo piden, les doy gusto a veces. ¿Eso me hace responsable de ellas?

Quise alcanzarlo. Retiró la cara pálida y tensa.

—No me toque y quite su trasero de mi propiedad. Le prevengo que tengo una pistola cargada en la casa.

Llegó hasta la puerta y se volvió para mirarnos. George estaba ahora a cuatro patas. Pasé uno de sus brazos por encima de mi hombro y lo levanté hasta ponerlo de pie. Fui como un hombre que trata de mantener el equilibrio sobre un colchón de resortes.

Cuando me di la vuelta para echar un último vistazo a la casa, Leonard estaba en la entrada, peinándose.

9

CONDUJE POR LA LARGA carretera en declive hacia Beverly Hills lentamente, porque me sentía propenso a los accidentes. Hay días en que uno puede identificar los puntos de tensión y todo forma esquemas racionales en torno de uno. Y existen los otros días.

George me fastidiaba. Estaba sentado, acurrucado hacia delante con la cabeza en las manos, quejándose de tanto en tanto. Tenía un instinto especial, aún mejor que el mío, para meter la cara en la puerta equivocada y hacérsela romper. Necesitaba un guardián: yo parecía ser el elegido.

Lo llevé a mi propio médico, un clínico llamado Wolfson, que tenía el consultorio en el bulevar Santa Mónica. Wolfson tumbó a Wall sobre una mesa de metal acolchada, en un cubículo, le palpó la cara y el cráneo con dedos gordos y hábiles, encendió una lucecita delante de sus ojos y llevó a cabo otros rituales.

—¿Cómo fue?

—Se cayó y se golpeó la cabeza con un sendero de lajas.

—¿Quién lo empujó? ¿Usted?

—Un amigo común. No interesan los detalles. ¿Está bien?

—Puede ser una pequeña conmoción. ¿Se había lastimado antes alguna vez la cabeza?

—Jugando al fútbol, sí —dijo George.

—¿Se hizo mucho daño?

—Supongo que sí. He perdido el conocimiento un par de veces.

—No me gusta —dijo Wolfson—. Debería llevarlo al hospital. Tendría que quedarse un par de días en cama, por lo menos.

—¡No! —saltó George, empujando al médico hacia atrás. Sus ojos giraban pesadamente en las órbitas hinchadas.

—Un par de días es todo lo que me queda. Tengo que verla.

Wolfson levantó las cejas.

—¿Ver a quién?

—A su mujer. Lo abandonó.

—¿Y qué? Ocurre todos los días. Le ocurrió a usted. Tiene que quedarse en cama igual.

George balanceó las piernas para levantarse de la mesa. Se paró tambaleándose. Su cara tenía el color del cemento recién volcado.

—Me niego a ir al hospital.

—Está tomando una decisión muy grave —dijo Wolfson fríamente. Era un médico gordo que sólo amaba la medicina y la música.

—Puedo meterlo en la cama en mi casa. ¿Bastaría con eso?

Wolfson me miró con expresión de duda.

—¿Puede mantenerlo quieto?

—Creo que sí.

—Muy bien —dijo George solemnemente—, acepto el compromiso.

Wolfson se encogió de hombros.

—Si no podemos hacer nada mejor. Le daré una inyección para calmarlo y tendré que volver a verlo más tarde.

—Sabe dónde vivo —le dije.

En una casa revocada de dos dormitorios, en un bloque de quince, cerca de Olympic. Durante un tiempo no se había usado el segundo dormitorio. Luego se había vuelto a usar. Cuando por fin se había desocupado, había vendido la cama a un comerciante de muebles usados y había convertido el cuarto en un estudio. Pero por algún motivo no me gustaba usarlo.

Puse a George en mi cama. La mujer que me hacía la limpieza había estado allí por la mañana, así que las sábanas eran limpias. Mientras colgaba mi ropa rota en una silla me preguntaba qué era lo que estaba haciendo y por qué. Miré a través del vestíbulo la puerta del cuarto sin cama, donde ya nadie dormía. Una amargura con sabor a cebolla me subió al fondo de la garganta. Me parecía muy importante que George se juntara con su mujer y se la llevara a Los Ángeles. Y que después vivieran siempre felices.

Su cabeza rodó sobre la almohada. Estaba medio inconsciente, bajo el efecto del *paraldehído* y de los puños de Leonard.

—Escúcheme, Archer. Es un buen amigo.

—¿Ah, sí?

—El único amigo que tengo en tres mil kilómetros. Tiene que encontrarla.

—La encontré. ¿De qué sirvió?

—Ya lo sé. No debería haberme lanzado hacia la casa de esa manera. La asusté. Siempre hago lo que no debo. Cristo, no tocaría ni un pelo de su cabeza. Tiene que decírselo. Prométame que lo hará.

—Bueno. Ahora duérmase.

Pero tenía algo que agregar.

—Por lo menos está viva, ¿no es así?

—Para ser un cadáver, está muy vivo.

—¿Quién es esa gente con quien está mezclada? ¿Quién era ese tipo insignificante del pijama?

—Un muchacho llamado Torres. Era boxeador, si eso le sirve de consuelo.

—¿Es ése quién la amenazó?

—Aparentemente.

George se irguió sobre los codos.

—He oído ese nombre Torres. Hester tenía una amiga llamada Gabrielle Torres.

—¿Le contó lo de Gabrielle, entonces?

—Sí. Me lo contó la noche que…, que me confesó sus pecados —su mirada opaca se paseó por la habitación y se clavó en un rincón, fija en algo invisible. Sus labios secos se movieron, tratando de nombrar las cosas que veían.

—Su amiga murió de un disparo, en la primavera del año pasado. Hester se fue de California al poco tiempo.

—¿Por qué haría eso?

—No lo sé. Parecía echarse la culpa a sí misma por la muerte de la otra muchacha. Y tenía miedo de que la citaran como testigo, si el caso llegaba a la justicia.

—Eso nunca ocurrió.

Permaneció en silencio, con los ojos fijos en el rincón.

—¿Qué más le contó, George?

—Me habló de los hombres con quienes se había acostado desde que apenas era una adolescente.

—¿Con quienes Hester se había acostado?

—Sí. Me molestaba aún más que lo otro. No sé por qué me afecta.

Porque es humano, pensé.

George cerró los ojos. Bajé las persianas venecianas y me fui a la otra habitación, a hablar por teléfono. La llamada era a la jefatura de la patrulla de carreteras donde trabajaba un amigo mío, llamado Mercero. Afortunadamente estaba cumpliendo el turno de día. No, no estaba ocupado pero podría estarlo en cualquier momento, los accidentes siempre ocurrían de dos en dos o de tres en tres para complicarle las cosas. Trataría de conseguirme rápidamente un informe sobre la matrícula del Jaguar.

Me quedé sentado junto al teléfono y encendí un cigarrillo y traté de tener una intuición brillante, como los detectives de las novelas y algunos de la vida real. La única que se me ocurrió fue que el Jaguar pertenecía a Lance Leonard y que me haría entrar en un círculo vicioso.

El humo del cigarrillo resonando en mi estómago me recordó que tenía apetito. Fui a la cocina y me hice un sandwich de jamón y

queso con pan de centeno y abrí una botella de cerveza. Mi asistenta había dejado una nota sobre la mesa de la cocina:

> «Estimado Sr. Archer:
>
> Llegué a las nueve, me fui a mediodía, necesito el dinero para hoy, pasaré a recogerlo esta tarde, haga el favor de dejar 3,75 dólares en el buzón si sale. Sinceramente, Beatriz M. Jackson.
>
> P. D. Hay suciedad de ratones en la fiambrera, compre una trampa, la pondré. La suciedad de ratones no es higiénica. Sinceramente suya,
>
> Beatriz M. Jackson.

Metí cuatro dólares en un sobre, lo cerré, escribí su nombre en el anverso, y lo llevé a la galería de delante. Un par de reyezuelos que charlaban bajo el alero me hicieron varias alusiones socarronas. El buzón estaba lleno de correspondencia: cuatro cuentas adelantadas, dos peticiones de dinero de instituciones de caridad, una carta fotocopiada de mi representante en el Congreso que declaraba estar alerta ante la amenaza, un panfleto que describía un libro sobre los secretos de la felicidad matrimonial, rebajado a 2,98 y que se vendía solamente a los médicos, clérigos, trabajadores sociales y otros interesados; y una tarjeta de año nuevo de una chica que se había emborrachado conmigo en una fiesta antes de Navidad. Estaba firmada «Mona» y portaba el siguiente mensaje lírico:

> *La verdadera amistad es un hecho feliz que a hombres y ángeles hace cantar, un año comienza, el otro toca fin, ha de perdurar nuestra amistad.*

Me senté ante la mesa del vestíbulo con mi cerveza y traté de componer una respuesta. Era difícil. Mona se emborrachaba en las fiestas porque había perdido un marido en Corea y un hijo en el Hospital de Niños. Empecé a recordar que yo tampoco tenía un hijo. Un hombre se sentía solo en el desierto revocado, cerca de los cuarenta, sin chica, sin hijos. Mona era bastante guapa y bastante inteligente y lo único que quería era otro hijo. ¿Qué estaba esperando yo? ¿Una virgen bien provista, con su nombre en el Libro Azul?

Decidí llamar a Mona. El teléfono empezó a sonar en mis manos.

—¿Mercero? —dije.

Pero era la voz de Bassett, jadeante en mi oído.

—Traté de ponerme en comunicación con usted antes.

—Hace media hora que estoy aquí.

—¿Eso qué significa? ¿Que la ha encontrado o que ha abandonado?

—La encontré y la volví a perder —le expliqué cómo había sido, al acompañamiento de ¡ohes!, ¡ahes!, y ta-ta-taes desde el otro extremo de la línea.

—Hasta ahora este no ha sido uno de mis días buenos. El mayor error fue llevar a Wall conmigo.

—Espero que no esté malherido —había una veta de malicia en el interés de Bassett.

—Tiene la cabeza muy dura. Va a sobrevivir.

—¿Por qué le parece que ella se le escapó?

—Tal vez por pánico, simplemente. Tal vez no. Parece que en este caso hay algo más que un extravío de esposa. A cada rato surge Gabrielle Torres.

—¡Qué raro que la nombre! He estado pensando en ella esporádicamente toda la mañana, desde que usted hizo comentarios sobre la foto.

—Yo también. Hay tres en la foto: Gabrielle, Hester y Lance. Gabrielle fue asesinada, el asesino no ha sido encontrado. Los otros dos eran íntimos suyos: Lance era su primo, Hester su mejor amiga.

—¿No está insinuando que Lance o Hester…? —apagaba la voz, pero la llenaba de implicaciones.

—Sólo estoy especulando. No creo que Hester haya matado a su amiga. Pero sí creo que sabe algo del asesinato que nadie más sabe.

—¿Lo dijo ella?

—A mí no. A su marido. Es todo bastante vago. Salvo que casi dos años después aparece en Coldwater Canyon. De repente está floreciente y también lo está su amiguito, el de los fuertes puños.

—Le da a uno qué pensar, ¿no es así? —se rió nerviosamente—. ¿Qué piensa *usted*?

—El chantaje es lo más obvio y nunca dejo de lado lo obvio. Lance ha hecho correr la voz de que está bajo contrato con Helio-Graff. Y parece que es legal. La cuestión es: ¿cómo consiguió un contrato con un productor independiente tan importante? Es un muchacho bien parecido, pero hoy día hace falta algo más. ¿Lo conocía cuando era vigilante de la piscina en el *club*?

—Claro. Francamente, no lo hubiera contratado si no hubiese sido porque su tío era muy insistente. En general, empleamos a estudiantes, durante el verano.

—¿Tenía ambiciones de actor?

—Que yo sepa, no. Se estaba entrenando para ser pugilista —la voz de Bassett era desdeñosa.

—Ahora es actor. Podría resultar un genio natural. Cosas más extrañas se han visto…, pero lo dudo. Encima de eso, Hester también pretende tener un contrato.

—¿Con Helio-Graff?

—No lo sé. Pienso averiguarlo.

—Probablemente descubra que es con Helio-Graff —su voz se había tornado más cortante y definida—. He dudado en decirle esto, aunque es el motivo de mi llamada. En mi lugar, uno adquiere el hábito del silencio. Sin embargo, estuve hablando con cierta persona esta mañana y surgió el nombre de Hester. También el de Simon Graff. Fueron vistos juntos en circunstancias un tanto comprometedoras.

—¿Dónde?

—En un hotel en Santa Mónica… El *Windsor*, creo.

—Es lógico. Ella vivía allí. ¿Cuándo fue?

—Hace unas semanas. Mi informante los vio salir de una habitación en uno de los pisos superiores. Por lo menos, el señor Graff salió. Hester sólo llegó hasta la puerta.

—¿Quién es su informante?

—No podría decírselo de ningún modo. Es uno de nuestros socios.

—También lo es Simon Graff.

—No crea que no lo sé. El señor Graff es el socio más poderoso del *club*.

—¿No está arriesgando su pellejo al decirme esto?

—Sí. Espero que la confianza que le dispenso no sea malgastada.

—Cálmese. Soy una tumba. Pero ¿y su centralita telefónica?

—Yo mismo soy la centralita —dijo.

—¿Graff está todavía allí?

—No. Se fue hace varias horas. —¿Dónde puedo hallarlo?

—No tengo la menor idea. Va a dar una fiesta aquí esta noche, pero usted no debe acercarse. No debe ni pensar en acercarse de ningún modo.

—Muy bien —pero hice una salvedad mental—. Ese informante secreto suyo…, ¿no será la señora Graff?

—Por supuesto que no —su voz se debilitaba. O bien estaba mintiendo o la decisión de contarme el episodio del *Hotel Windsor* lo había dejado agotado—. No debe considerarlo ni como una posibilidad.

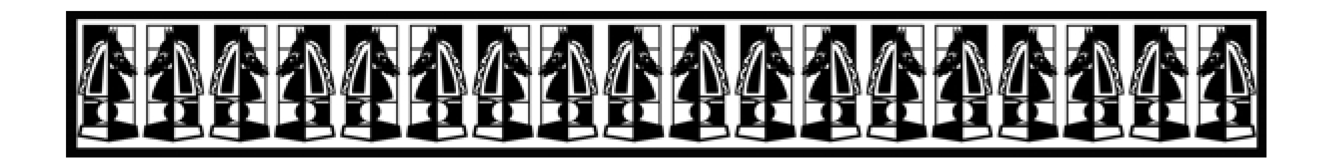
—Muy bien —dije, pensándolo.

Llamé a la patrulla de carreteras y conseguí comunicarme con Mercero:

—Lo siento, Lew. Nada que hacer. Tres accidentes desde que llamaste y me han tenido a saltos —me cortó.

No importaba. Se estaba formando un esquema del caso, como el motivo de una música discordante y agresiva. Tenía la más leve de las pistas, un sombrero de sol de una tienda en Santa Mónica. También tenía la curiosa y tumefacta sensación que se experimenta cuando algo va a estallar.

Entré a ver a George antes de irme de la casa. Estaba roncando. No debería haberlo dejado.



10

LA CASA TAOS ERA una pequeña trampa para turistas en la carretera de la costa. Vendía mantas de indios Navajos y collares de pájaros del trueno y cestos, sombreros y cerámicas en un ambiente artísticamente revuelto. Una rubia arratonada de blusa india marrón hizo sonar lánguidamente su collar de caracolillos y me preguntó qué deseaba, ¿un regalo para mi esposa, quizá?

Le dije que estaba buscando a la esposa de otro hombre. Tenía románticos ojos de color ciruela y aquel parecía el acercamiento apropiado.

Dijo:

—¡Qué fascinante! ¿Es detective? Le dije que sí.

—¡Qué fascinante!

Pero cuando le conté lo del sombrero, movió la cabeza tristemente.

—Lo siento. Estoy segura de que es uno de los nuestros…, los importamos nosotros mismos de México. Pero vendemos tantos que no podría de ninguna manera… —señaló con un delgadísimo brazo una bandeja con sombreros apilados en el extremo más alejado del mostrador.

—¿Tal vez si la describiera?

La describí.

Sacudió la cabeza lamentándose.

—Nunca he podido diferenciar una rubia de Hollywood de otra.

—Yo tampoco.

—Noventa y nueve coma cuarenta y cuatro por ciento de ellas no son rubias teñidas, de todos modos. Podría ser rubia si quisiera, con sólo aclararse el pelo de vez en cuando. Pero tengo demasiado orgullo personal —se inclinó hacia mí y su collar indio se balanceó insinuante sobre el mostrador—. Siento no poder ayudarlo.

—Gracias por tratar. Era una posibilidad remota, de cualquier modo…

Empecé a salir y me volví.

—Su nombre es Hester Wall, dicho sea de paso. ¿No le sugiere nada?

—¿Hester? Conozco una Hester, pero su apellido no es Wall. Su madre trabajaba aquí.

—¿Cuál es su apellido?

—Campbell.

—Esa es. Campbell es su apellido de soltera.

—Pero ¿no es fascinante? —se sonrió con una alegría de hoyuelos y sus ojos se iluminaron—. ¡Qué cosas más excitantes les ocurren a las personas! ¿No le parece? Supongo que la busca por la herencia.

—¿Herencia?

—Sí. Por eso la señora Campbell dejó su empleo; por la herencia de su hija. ¡No me diga que ha recibido otra fortuna!

—¿De quién heredó la primera?

—De su esposo, su difunto esposo —se detuvo y su suave boca tembló—. Es más bien triste, cuando uno lo piensa, nadie hereda a no ser que otro muera.

—Es cierto. ¿Y dice que su esposo murió?

—Sí. Se casó con un hombre rico en Canadá y murió.

—¿Es eso lo que Hester le dijo?

—No. Me lo dijo la señora Campbell. No conozco a Hester personalmente.

Su cara se turbó repentinamente.

—Espero que no sea una falsa alarma. ¡Estábamos tan excitados cuando la señora Campbell recibió la noticia! Ella es un encanto, realmente, un verdadero tesoro para su edad, y había tenido dinero, sabe. Nadie le envidia su buena suerte.

—¿Cuándo lo supo?

—Hace un par de semanas. Dejó de trabajar a principios de esta semana. Se va a vivir con su hija.

—Entonces podrá decirme dónde vive su hija. Si usted me dice dónde vive ella.

—Tengo la dirección en algún lado.

—¿No tiene teléfono?

—No. Usa el de una vecina. La pequeña Campbell lo ha pasado mal estos últimos años —se detuvo y me dirigió una mirada líquida—. No le daré su dirección si le acarreará problemas a ella. ¿Por qué está buscando a Hester?

—Uno de sus parientes canadienses quiere comunicarse con ella.

—¿Uno de los parientes de su marido?

—Sí.

—Júrelo por su vida.

—Lo juro —dije. Sentí que era el tipo de mentira capaz de traerme mala suerte. Así era—. Que me muera.

La señora Campbell vivía en una calle modesta de casas de revoque y madera, medio escondidas por grandes y ancianos robles. En las sombras moteadas de sol, los niños en edad preescolar jugaban a sus juegos mortíferos: bang-bang, ¡estás muerto! ¡Yo no estoy muerto, tú estás muy muerto! Un camión recolector de basura, que cumplía su recorrido, inició un coro de perros que ladraban resentidos por el robo de la basura de sus amos.

La casa de la señora Campbell se levantaba tras una descascarillada pared de estuco en la cual un portón oxidado permanecía siempre abierto. Había un cartel nuevo que rezaba EN VENTA, sujeto con alambres al portón. En el patio, un par de geranios habían atravesado unos árboles de lima enanos convirtiéndolos en arbustos de flores rojas, que parecían arder al sol.

El fuego espinoso y más brillante de la Santa Rita o buganvilla trepaba por la galería y el techo.

Me detuve debajo de su sombra fresca y golpeé en la puerta de alambre, que tenía taponcitos de algodón para evitar que pasaran las moscas. Una ventana con barrotes se recortaba en la puerta interior. La persiana de ésta se abrió y un ojo me miró. Era un ojo celeste, algo descolorido, rodeado de pestañas curvadas y provisto de una voz parecida a la de los gorriones en los robles.

—Buenos días, ¿viene de parte del señor Gregory?

Murmuré algo ininteligible que podría haber sido: sí, así es.

—¡Qué bien!, lo he estado esperando —corrió el cerrojo de la puerta y la abrió de par en par.

—Pase, señor…

—Archer —dije.

—Estoy absopositivamente encantada de verle, señor Archer.

Era una mujer pequeña, de cuerpo recto, de vestido azul demasiado corto y demasiado lleno de volantes para su edad, que tendría alrededor de cincuenta años, aunque todo en ella conspiraba para negarlo. Por un instante, en el cajón oscuro que era el pasillo, su voz de pájaro y su gracia ligera crearon la ilusión de que era una rubia adolescente.

En la sala soleada, la ilusión pereció. Las secas líneas de la experiencia se notaban alrededor de sus ojos y boca, y su sonrisa no lograba borrarlas. Su cabello de corte varonil y color rubio ceniciento se estaba volviendo gris y su cuello estaba marchito. Sin embargo, me resultaba más bien agradable. Ella lo notó. No era estúpida.

Se movía de puntillas por la pequeña sala, levantando ceniceros limpios y volviendo a dejarlos.

—Tome asiento, ¿o preferiría quedarse de pie para echar un vistazo? ¡Qué bien que le interese mi nidito! Por favor, fíjese en la vista al mar, es uno de mis pequeños lujos. ¿No es hermosa?

Posó su cuerpo delgado y pequeño, extendió el brazo hacia la ventana y lo mantuvo tieso y quieto, apenas doblado en el codo, con

los dedos separados. Había una vista del mar: una angosta cinta azul, enredada entre las ramas del roble.

—Muy hermosa —pero me estaba preguntando ante qué público fantasma o personaje muerto estaba representando. Y por cuánto tiempo me seguiría tomando por un posible comprador.

La habitación estaba abarrotada de muebles oscuros y viejos, hechos para una pieza mayor y para más gente: una mesa frailera tallada, flanqueada por sillas españolas de altos respaldos; un sofá de terciopelo rojo, demasiado relleno; gruesas cortinas rojas a cada lado de la ventana. Esto hacía un contraste poco feliz con las paredes y el cielorraso de yeso, que eran verde oscuro y estaban manchados por las viejas goteras del techo.

Me pescó mirando las manchas de humedad.

—No volverá a suceder, se lo puedo asegurar. Hice reparar el techo el otoño pasado y, a propósito, estaba ahorrando para redecorar esta habitación. Pero de pronto tuve un golpe de fortuna. He tenido una suerte maravillosa, ¿sabe? O mejor dicho, la ha tenido mi hija —se detuvo en la dramática actitud de quien escucha, como si fuera a recibir un mensaje en clave—. Pero déjeme contárselo con un café. Pobre hombre, parece fatigado. ¡Sé lo que es andar buscando casa!

Su generosidad me inquietaba. No quería aceptar nada de ella bajo falsos pretextos. Pero antes de que pudiera pensar una respuesta, se había alejado hacia la cocina, danzando a través de una puerta de vaivén. Volvió con una bandeja de desayuno sobre la cual brillaba orgullosamente un juego de café de plata, la apoyó en la mesa y empezó a revolotear alrededor. Era un placer verla servir. Le alabé la cafetera.

—Muchas gracias, amable señor. Fue uno de mis regalos de boda, lo he conservado durante estos años. He guardado muchas cosas y ahora me alegro de haberlo hecho, ahora que me mudo otra vez a la casa grande.

Se tocó los labios con la punta de los dedos y rió musicalmente.

—Pero naturalmente, no sabe de lo que estoy hablando, a no ser que el señor Gregory se lo haya dicho.

—¿El señor Gregory?

—Gregory, el vendedor de fincas —se posó sobre el diván, a mi lado, confidencialmente—. Por eso quiero vender sin ganar un céntimo, con tal de sacar lo que me corresponde por esta casa. Me mudo a principios de semana para ir a vivir con mi hija. Sabe, mi hija se irá a Italia en avión durante un mes aproximadamente y quiere que me quede en la casa grande, para cuidarla mientras ella no está. Cosa que haré con mucho gusto, se lo aseguro.

—¿Se muda a una casa más grande?

—Sí. Por supuesto que sí. Me mudo de nuevo a mi propia casa, donde nacieron mis hijas. Usted no lo creería, a no ser que tuviera muy buen ojo para los muebles de calidad, pero yo vivía en una gran casa en Beverly Hills —asintió vigorosamente con la cabeza, como si la hubiese contradicho—. La perdí…, la perdimos hace mucho, antes de la guerra, cuando mi marido nos abandonó. Pero ahora esa hija mía tan inteligente la ha vuelto a comprar. ¡Y me ha pedido que vaya a vivir con ella! —se abrazó el escuálido pecho—. Cómo debe amar a su madre, ¿eh? ¿Eh…?

—Por cierto que sí —dije—. Parece que le ha caído algún dinero.

—Sí —me pellizcó la manga—. Le *dije* que sucedería eso si tenía fe, trabajaba duro y se hacía agradable a la gente. Le dije a las chicas, el mismo día que nos fuimos, que algún día volveríamos. Y así fue, ha sucedido. Hester ha heredado ese dinero del uranio.

—¿Encontró uranio?

—El señor Wallingford lo encontró. Era un magnate de las minas en Canadá. Hester se casó con un hombre mayor, como hice yo en mi tiempo. Desgraciadamente, el pobre hombre murió antes del año de casados. Nunca lo conocí.

—¿Cuál era su nombre?

—George Wallingford —dijo—. Hester recibe una entrada mensual importante de la propiedad. Y además tiene su dinero del cine. Parece que todo le salió bien al mismo tiempo.

La observé de cerca, pero no pude ver ninguna señal de que estuviera mintiendo conscientemente.

—¿Qué hace en el cine?

—Muchas cosas —dijo con un ligero ademán de la mano—. Baila, nada y salta desde el trampolín… Era campeona de salto profesional… Y por supuesto, actúa. Su *padre* era actor, en sus buenos tiempos. ¿Ha oído nombrar a Raymond Campbell?

Asentí. El nombre pertenecía a un temerario actor del cine mudo que había tratado de hacer la transición al cine hablado, pero había tropezado con los años y con una voz de tenor. Recordaba una época a principios de la década de los veinte, cuando las series de Campbell llenaban las salas de Long Beach los sábados por la tarde. Me habían llenado de inspiración: su serie como Inspector Fate de Limehouse me había ayudado a hacerme policía, para bien o para mal. Y cuando la Policía se echó a perder, el recuerdo del Inspector Fate había ayudado a arrancarme de la policía de Long Beach.

Dijo:

—Recuerda a Raymond, ¿no es cierto? ¿Lo conocía personalmente?

—Sólo en la pantalla. Hace mucho tiempo. ¿Qué le ocurrió?

—Murió —dijo—. Murió de pena, allá por la depresión. Hacía años que no hacía una película, sus amigos le habían dado la espalda, tenía unas deudas terribles. Así que murió —sus ojos se nublaron con las lágrimas, pero sonrió valientemente a través de ellas, como una heroína de una de las películas de Raymond Campbell—. Sin embargo, yo seguí la tradición. También había sido actriz, antes de subordinar mi vida a la de Raymond, y eduqué a mis hijas para que siguieran sus pasos, como él hubiera querido. Una de ellas, por lo menos, lo ha aprovechado.

—¿Qué hace su otra hija?

—¿Rina? Es enfermera psiquiátrica, ¿se da cuenta? Siempre me ha intrigado que dos chicas de casi la misma edad y aspecto pudieran tener temperamentos tan diferentes. En realidad, Rina no tiene temperamento. Con la educación artística que le di, resultó ser

fría, dura y práctica como ninguna. ¡Me moriría de un síncope si Rina me ofreciese un hogar! ¡No! —gritó melodramáticamente—, Rina prefiere pasar el tiempo con gente loca. ¿Por qué será que una chica guapa quiere hacer una cosa así?

—Tal vez quiera ayudarles.

La señora Campbell parecía confundida.

—Podría haber buscado una manera más femenina de hacerlo. Hester da un placer real a los demás, sin desmerecer ella misma.

Una expresión extraña debió de pasar por mi rostro. Me miró astutamente, luego abrió los ojos y volvió a brillar su mirada.

—Pero no debo aburrirle con mis problemas de familia. Vino a ver la casa. Tiene sólo estas tres habitaciones pero es *muy* cómoda, especialmente la cocina.

—No se moleste, señora Campbell. He estado abusando de su hospitalidad.

—No, de ninguna manera.

—Sin embargo es así. Soy detective.

—¿Detective? —sus dedos arañaron mi brazo y lo asieron. Dijo con una voz nueva, una octava más baja que su tono de pájaro:

—¿Le ha ocurrido algo a Hester?

—Que yo sepa, no. La estoy buscando, simplemente.

—¿Tiene algún problema?

—Puede ser.

—Lo sabía. Tenía tanto miedo de que algo saliera mal. Las cosas nunca resultan bien para nosotros. Siempre sale mal algo —se tocó la cara con las yemas de los dedos; parecía un papel arrugado—. Estoy en un maldito apuro —dijo con voz ronca—. Dejé mi empleo a cuenta de esto y tengo deudas con medio pueblo. Si Hester me falla ahora, no sé qué haré —dejó caer las manos, y levantó el mentón—. Bueno, deme las malas noticias. ¿Todo es una sarta de mentiras?

—¿Qué es una sarta de mentiras?

—Lo que le he estado contando, lo que ella me contó. Sobre el contrato de cine, el viaje a Italia y el marido rico que murió. Tenía mis dudas al respecto, ¿sabe? No soy tan tonta como parezco.

—Una parte puede ser verdad. Otra parte no lo es. Su marido no está muerto. No es viejo, ni rico y quiere que ella vuelva con él. Y en eso intervengo yo.

—¿Es eso todo? No —sus ojos me miraban con dura sospecha. El golpe había precipitado en ella una segunda personalidad y me preguntaba qué parte de la dureza le pertenecía a ella y qué parte a la histeria—. Me está ocultando algo. Admitió que está en un aprieto.

—Dije que quizá lo estuviera. ¿Por qué está tan segura?

—Es difícil sacarle información —se puso de pie delante de mí, plantando los puños sobre las caderas insignificantes e inclinándose hacia delante como un gallo de pelea—. Ahora no trate de evadirse, aunque Dios sabe que estoy acostumbrada a ello, después de treinta años en este pueblo. ¿Está o no está en apuros?

—No puedo contestar a eso, señora Campbell. Por lo que sé, no hay nada contra ella. Sólo quiero hablar con ella.

—¿Sobre qué tema?

—El tema de volver con su marido.

—¿Por qué no le habla él mismo?

—Es lo que piensa hacer. En este momento está algo abatido y nos ha costado mucho trabajo localizarla.

—¿Quién es él?

—Un joven periodista de Toronto, llamado George Wall.

—George Wall —dijo—. George Wallingford.

—Sí —dije—, coincide.

—¿Qué clase de hombre es ese George Wall?

—Creo que es bueno, o lo será cuando crezca.

—¿Está enamorado de ella?

—Muy enamorado. Tal vez demasiado.

—Y lo que usted quiere de mí ¿es la dirección de ella?

—Si la sabe.

—Debo saberla. He vivido allí casi diez años. Manor Crest Drive, número catorce, Beverly Hills. Pero si eso es lo que quería, ¿por qué no lo dijo? Me dejó charlar y pasar por tonta. ¿Por qué me hizo eso?

—Lo siento. No estuve muy bien. Pero este caso puede ser algo más que el de una esposa fugitiva. Usted misma sugirió que Hester está metida en un lío.

—Lío es lo que significa la palabra detectives para mí.

—¿Ha estado metida en líos antes?

—No vamos a analizarlo ahora.

—¿La ha visto a menudo este invierno?

—Muy poco. Pasé un fin de semana con ella. El penúltimo fin de semana.

—¿En la casa de Beverly Hills?

—Sí. Acababa de mudarse allí y quería que la aconsejara sobre la decoración de algunas habitaciones. La gente que la tenía antes de Hester no la había sabido mantener, no como cuando nosotros teníamos el matrimonio japonés —su mirada azul se esforzó por ver a través de las décadas y volvió al presente—. De todos modos, Hester y yo lo pasamos bien. Un maravilloso fin de semana para las dos solas, charlando y repasando su ropa como en otros tiempos. Y terminó con la invitación de Hester a mudarme a principios de año.

—Eso fue muy amable de su parte.

—¿No es cierto que sí? Estaba tan sorprendida y tan contenta. Hacía varios años que no nos sentíamos tan unidas. En realidad, casi no la había visto. Y entonces, de golpe y porrazo, me pide que vaya a vivir con ella.

—¿Por qué le parece que lo hizo?

La pregunta pareció tocarle el lado realista. Se irguió en el borde de la silla, en posición pensativa, con las yemas de los dedos en la sien.

—Es difícil saberlo. Desde luego que no fue por mis bonitos ojos azules. Naturalmente, como tiene que irse, necesita que alguien se quede en la casa para cuidarla. También creo que se siente sola.

—¿Y asustada?

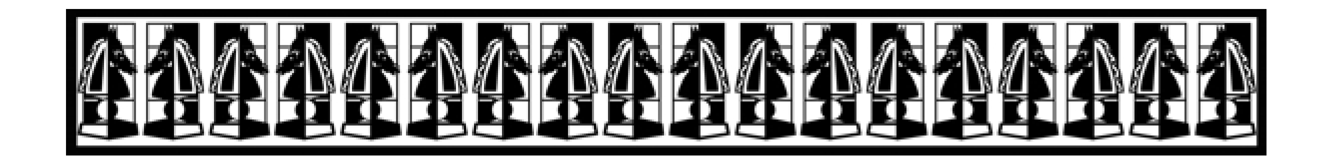
—No se comportó como si estuviese asustada. Quizá lo estuviera. No me lo hubiera dicho, si fuera así. Mis chicas no me dicen nada —se puso el nudillo del pulgar derecho entre los dientes y

arrugó la cara como un monito joven—. ¿Aún podré mudarme el primero de año? ¿Cree que podré?

—No contaría con ello.

—Pero la casa debe pertenecerle. Si no, no gastaría tanto dinero en redecorarla. Señor Archer, ¿es ése su nombre, Archer? ¿De dónde viene el dinero?

—No tengo la menor idea —dije, aunque tenía varias.



11

MANOR CREST DRIVE ERA una de esas silenciosas avenidas de palmeras alineadas, que había sido trazada poco antes que la década de los veinte sufriera sus convulsiones finales. Las casas no eran enormes y fantásticas como algunos de los palacios rococós de las lomas circundantes, pero tenían pretensiones. Algunas tenían fachadas de piedra y vigas imitación de mansiones estilo seudo Tudor. Otras eran imitación de un estilo español con gruesas paredes y ventanas estrechas, como fortalezas de estuco construidas para resistir a imaginarios moros. La calle era buena, pero tenía un aire de decepción, como si los moros hubieran estado y se hubieran ido.

El número 14 era una de las fortalezas españolas de dos pisos. Se levantaba bastante lejos de la calle, detrás de un cerco de cipreses Monterrey. El agua de un sistema de riego danzaba en el aire por encima de la cerca, y parecía por un instante un arco iris, mientras yo pasaba. En la carretera de entrada estaba estacionado un Jaguar gris terroso.

Dejé mi auto delante de una de las casas vecinas, volví sobre mis pasos y me dirigí hacia el Jaguar. Según la tarjeta adherida a la barra de la dirección, estaba registrado a nombre de Lance Leonard.

Me volví y observé la fachada de la casa. Pequeñas ráfagas de agua del aparato de riego me mojaron la cara. Eran la única señal de vida alrededor. La puerta de roble negro estaba cerrada, las

ventanas tenían pesadas cortinas. El techo de tejas rosas oprimía la casa como una tapa.

Subí al pórtico, apreté el timbre y oí el zumbido eléctrico que sonaba en el interior de la casa. Me pareció oír pasos que se acercaban a la puerta reforzada de hierro. Después me pareció oír respirar. Golpeé en la puerta y esperé. La respiración del otro lado, si era realmente respiración, se alejó o cesó.

Golpeé unas cuantas veces más y esperé otro poco, en vano. Al volver hacia la carretera alcancé a divisar un movimiento con el rabillo del ojo. El borde de la cortina, en la última ventana, se había movido. Cuando la miré de frente, había vuelto a su sitio. Extendiendo el brazo por encima de un espinoso *crataegus*, di unos golpecitos en la ventana, por puro gusto. Darme el gusto fue todo lo que conseguí.

Regresé a mi automóvil, retomé la calle en el primer cruce, volví a pasar por delante de la casa de techo rosa y estacioné donde podía ver la fachada por mi espejo retrovisor. La calle estaba muy silenciosa. A ambos lados, las frondas de las palmeras pendían en el aire como explosiones verdes y extáticas, sorprendidas por una cámara. A media distancia, la torre de la municipalidad de Beverly Hills se erguía chata y blanca, contra el azul del cielo. Nada sucedía que marcara el paso del tiempo, salvo que las agujas de mi reloj señalaron las dos y continuaron su marcha.

Aproximadamente a las dos y diez apareció un auto que venía de la dirección del municipio. Era un viejo Lincoln negro, largo y pesado como un coche fúnebre, con cortinas grises en las ventanillas posteriores, que completaban la semejanza. Un hombre de sombrero de fieltro negro iba al volante. Iba como a setenta y cinco kilómetros en una zona de cuarenta como máxima. Al entrar en la manzana donde yo estaba, empezó a aminorar la velocidad.

Tomé un diario del día anterior del asiento trasero y lo apoyé sobre el volante para ocultarme la cara. Los titulares parecían historia antigua. El Lincoln parecía tardar mucho en pasar a mi lado. Entonces lo hizo. La cara del conductor tenía los ojos pequeños, la

nariz como una montura y la boca de goma: era inolvidable. Inolvidablemente fea.

Giró en la entrada para automóviles del número 14, entrando en mi espejo retrovisor, estacionó junto al Jaguar y se bajó. Se movía rápida y suavemente, sin balancear los brazos. Con su largo abrigo raglán gris oscuro, su cuerpo de hombros caídos parecía un torpedo deslizándose sobre su base.

La puerta se abrió antes de que llamara. No pude ver quién la abría. La puerta se cerró durante un rato, dos o tres largos minutos, y luego volvió a abrirse. Lance Leonard salió de la casa. Con unos curiosos pasos rápidos, como los de un títere movido por alambres, descendió los escalones y cruzó el césped hacia el Jaguar, sin prestar atención al regador, aunque le mojó la camisa de seda blanca de cuello abierto y le salpicó los pantalones de color beige claro.

El Jaguar retrocedió rugiendo hasta la calle. Al pasarme a toda velocidad con un chirrido de neumáticos, alcancé a divisar la cara de Leonard. Su color era amarillo pálido y muerto. La nariz y el mentón estaban tensos. Los ojos negros brillaban. No me vieron.

El Jaguar se sumió en el silencio. Saqué la 0.38 Especial que guardaba en la guantera y crucé la calle. El Lincoln estaba registrado a nombre de un tal Theodore Marfeld, que vivía en una dirección del Coast Highway, en Malibú sur. Su interior de cuero negro estaba estropeado y olía a gato. El asiento posterior y el suelo estaban cubiertos con hojas de grueso papel de envolver. El reloj del tablero se había detenido a las once y veinte.

Me dirigí hacia la puerta de la casa, levanté el puño para golpearla y vi que estaba ligeramente entreabierta. La empujé un poco y entré a un vestíbulo oscuro de redondo techo morisco. Hacia mi derecha, un tramo de escalones de mosaico rojo ascendía pesadamente a través del techo. A la derecha, una puerta interior proyectaba un abanico doblado de luz sobre el suelo y el lado ciego de la escalera, de yeso blanco.

Una sombra de sombrero se movió hasta entrar en la luz y taparla casi por completo. La cabeza y el hombro de Nariz de Montura se

inclinaron desde el vano de la puerta.

—¿Señor Marfeld? —dije.

—Sí. ¿Quién diablos es usted? No tiene derecho a meterse en una residencia privada. ¡Lárguese, demonios!

—Quisiera hablar con la señorita Campbell.

—¿Sobre qué? ¿Quién lo mandó? —vociferó.

—En realidad, me mandó su madre. Soy amigo de la familia. ¿Es usted amigo de la familia?

—Sí. Amigo de la familia.

Marfeld levantó la mano derecha hasta la cara. La izquierda estaba oculta detrás del marco de la puerta. Yo tenía la pistola en el bolsillo con el dedo en el gatillo. Marfeld parecía confundido. Se tomó la parte inferior de la cara y la movió a un lado. Quedó una mancha roja en la yema del pulgar. Le dejó una impresión digital roja en el lado de la nariz hundida.

—¿Se cortó?

Dio la vuelta a la mano para mirarse el pulgar y cerró el puño sobre él.

—Sí. Me corté.

—Soy experto en primeros auxilios. Si le duele, tengo un poco de ester ácido monoacético de ácido salicílico en el auto. También tengo tintura de yodo al cinco por ciento para contrarrestar el peligro de intoxicación u otra infección grave.

Su mano derecha se sacó las palabras de la cara. La neurosis sonaba sorprendentemente aguda en su voz.

—Cállese, maldito sea, no puedo soportar la charla de doble sentido —consiguió dominarse y regresó a su personalidad de registro más bajo—. Me oyó decirle que se largara de aquí. ¿Qué está esperando?

—Esa no es manera de hablar un amigo de la familia a otro amigo de la familia.

Sus hombros redondos se inclinaron fuera del vano de la puerta y una varilla de metal brilló en su mano izquierda. Era un atizador de bronce. Se lo pasó a la mano derecha y se adelantó bruscamente

hacia mí, tan cerca que podía oler su aliento. Era un aliento agrio de amenazas.

—Maldito tramposo.

Podía haberle disparado a través del bolsillo. Quizá debiera haberlo hecho. El problema era que no lo conocía tan bien como para dispararle y confiaba en la velocidad de mis reflejos, olvidando que Leonard me había derribado de un golpe y que aún quedaba languidez en mis piernas.

Marfeld levantó el atizador. De su punta ganchuda voló una gota oscura que fue a dar contra el revoque de la pared como una salpicadura de pintura roja fresca. Mi ojo se detuvo en ella una milésima de segundo de más. El atizador me rozó y heló el lado de la cabeza. Fue un golpe desviado o hubiera perdido del todo el conocimiento. Aun así, el suelo se levantó y me golpeó las rodillas, los codos y la frente. Mi pistola salió resbalando por un agujero en la luz quebrada.

Trepé por el suelo inclinado hacia ella. Marfeld me pisó los dedos. Puse la mano en uno de sus pies, el hombro contra su rodilla y lo tiré hacia atrás. Cayó pesadamente y se quedó tendido, tratando de respirar convulsivamente.

Busqué a tientas el arma entre los pedazos dentados de la luz. La brillante habitación más allá del vano relampagueó ante mi visión angular, con la claridad de una alucinación. Era blanca, negra y roja. La muchacha rubia de vestido de hilo yacía sobre una alfombra blanca delante de una chimenea elevada y negra. Su cara estaba dada la vuelta. Una mancha de oscuridad rojilla se extendía a su alrededor.

Oí pasos detrás de mí y al volverme, la parte delantera del *Sunset Limited* me golpeó un lado de la cabeza y me hizo saltar de los rieles a la oscuridad profundamente roja.

Volví en mí, consciente de movimientos y de un rumor en mi estómago, que poco a poco se fue desprendiendo de mí para convertirse en el sonido del motor de un automóvil. Estaba sentado y sostenido en medio del asiento delantero. Había hombros apretados

contra mí a ambos lados. Abrí los ojos y reconocí el reloj del tablero que se había detenido a las once y veinte.

—La gente se muere por entrar ahí —dijo Marfeld desde mi derecha.

Mis ojos se movieron ásperamente en sus órbitas. Marfeld tenía mi pistola sobre sus piernas. El conductor, a mi izquierda, dijo:

—Hermano, me matas. Cuentas el mismo viejo chiste del archivo cada vez que pasamos por este sitio.

Estábamos pasando por un cementerio lujoso. Sus Campos Elíseos estaban distorsionados por curvas movedizas, olas de calor en el aire, o detrás de mis ojos. Sentí una avasalladora nostalgia de paz. Pensé que sería muy bonito acostarse en ese bonito cementerio y escuchar música de órgano. Luego me fijé en las manos del conductor sobre el volante. Eran grandes manos sucias, con grandes uñas sucias y me enfurecieron.

Quise alcanzar la pistola sobre las piernas de Marfeld. La alejó como quien quita caramelos a un bebé. Mis reacciones eran tan débiles y confusas que me asusté. Me golpeé los nudillos con el cañón de la pistola.

—¿Qué tal? El dormido se despierta.

Mi lengua de madera castañeteó en mi boca reseca y emitió algunas palabras:

—Oigan, chistosos, ¿saben cuál es la pena por secuestro?

—¿Secuestro? —el conductor tenía una cara retorcida que surgía curiosamente de un cuerpo macizo. Me dirigió una mirada en tirabuzón—. No he oído nada sobre un secuestro últimamente. Habrá estado soñando.

—Sí —dijo Marfeld—. No trate de engañarme, espía. Estuve en la Policía del Estado quince años. Y conozco la ley, lo que se puede y no se puede hacer. No se puede andar atropellando en casas ajenas con un arma mortal. Se había pasado de la raya y tenía derecho a detenerlo. Cristo, lo podía haber matado y ni siquiera me hubieran detenido.

—Puede estar agradecido —dijo el conductor—. Ustedes los espías se portan como si tuvieran derecho a matar.

—Algunos lo tienen.

Marfeld se volvió violentamente en el asiento y apretó la boca de la pistola contra un lado de mi estómago.

—¿Cómo es eso? Dígalo otra vez. No le entendí.

Mis sentidos estaban todavía diseminados por el distrito de Los Ángeles. Los que conservaba conmigo eran apenas suficientes como para manejar un par de ideas. Ellos no podían estar seguros, salvo que se lo dijera, de que había visto a la joven muerta en el cuarto brillante. Si estaba muerta, y sabían que lo sabía, estaba bien encaminado hacia un funeral con ataúd cerrado.

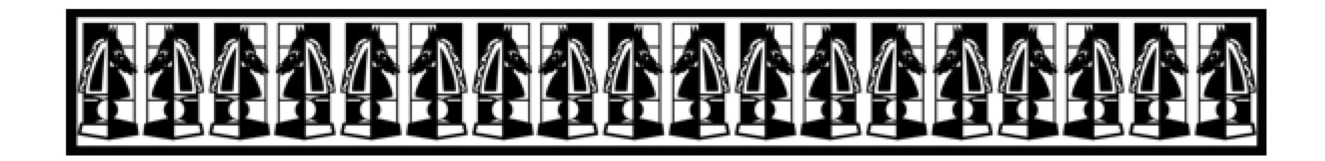
—¿Qué dijo de matar?

Marfeld se apoyó fuertemente sobre la pistola. Puse en tensión los músculos de mi estómago contra la presión. El sabor a las semillas del pan de centeno me llenó la garganta. Me concentré en impedir que subiera.

Marfeld se cansó de acicatearme pasado un rato y se recostó en el asiento con el arma sobre las piernas.

—Muy bien. Podrá hablar con el señor Frost.

Lo decía como si jamás pudiera sucederme nada peor.



12

LEROY FROST NO SÓLO era el jefe de la fuerza de Policía privada de Helio-Graff. Tenía otras obligaciones, a la vez importantes y oscuras. En ciertas zonas podía solucionar el caso del conductor ebrio o del traficante de narcóticos. Sabía cómo ejercer presión para arreglar lejos de un tribunal un juicio de divorcio o una acusación de estupro. En sus hábiles manos, los suicidios con barbitúricos se convertían en accidentes por dosis excesivas. Como había trabajado un tiempo como jefe de seguridad de una agencia en Washington, aconsejaba al departamento editorial sobre la compra de guiones y al departamento de personal sobre empleos y despidos. Yo lo conocía poco, tanto como podría desear.

El estudio ocupaba una manzana rodeada por un alto muro blanco de hormigón, en el lado más lejano de San Fernando. El de la cara torcida estacionó el Lincoln en la calzada semicircular. La fachada colonial, con blancas columnas, que pertenecía al edificio de la administración, sonreía vacuamente al sol. Marfeld descendió, puso mi pistola en el bolsillo de su chaqueta y me apuntó desde el bolsillo.

—Marche.

Yo marché. Dentro del vestíbulo, un guardián de uniforme azul estaba sentado en una jaula de vidrio. Un segundo guardián salió del maderamen de roble blanco. Nos siguió por una rampa curva, a lo largo de un corredor sin ventanas, con suelo de corcho y techo de

cristal, delante de fotografías de tamaño mayor que el natural: las cabezas que Graff, y Heliopoulos antes que él, habían proyectado sobre las pantallas cinematográficas del mundo.

El guardián abrió con una llave una puerta que tenía una chapa de bronce pulido que decía: SEGURIDAD. La habitación era grande y estaba escasamente amueblada con archivos y mesas con máquinas de escribir, una de las cuales estaba ocupada por un hombre con un magnetófono que escribía a máquina como un loco. Pasamos a una antesala, donde había un solo escritorio y Marfeld desapareció a través de otra puerta más, que ostentaba el nombre de Leroy Frost.

El guardián se quedó conmigo, la mano derecha cerca de la pistola en la cadera. Su cara era pesada y vacía y estaba satisfecha de ser pesada y vacía. La mitad inferior sobresalía como el extremo de un jamón, en el cual la boca era un tajo insignificante. Se paraba con el pecho hacia delante y el estómago hacia dentro, luciendo su uniforme no-oficial como si fuera muy importante para él.

Me senté en una silla contra la pared y no traté de entablar conversación. El cuarto deslucido tenía el aire de la sala de espera de un dentista fracasado. Marfeld salió de la oficina de Frost, como si el dentista le hubiera dicho que se tenía que sacar todos los dientes. El uniforme que andaba como un hombre me hizo una seña para que entrara.

Nunca había visto la oficina de Leroy Frost. Era impresionantemente grande, por lo menos del tamaño de la de un director que no producía y que tenía contrato a largo plazo. Los muebles eran pesados pero heterogéneos, probablemente heredados de distintas habitaciones en épocas diversas: sillas de cuero, un sofá inglés de respaldo curvo y un abultado escritorio Imperio, de palo de rosa, lo bastante grande como para jugar al *ping-pong*.

Frost estaba sentado detrás del escritorio, sosteniendo el teléfono junto a su cabeza.

—Ahora mismo —dijo—; quiero que se ponga en comunicación con ella ahora mismo.

Colgó y levantó la vista, pero no hacia mí. Me tenía que demostrar lo poco importante que era. Se echó hacia atrás en su silla giratoria, se desabrochó el chaleco, se lo volvió a abrochar. Tenía botones de nácar. Detrás de él, en la pared, había sables de caballería cruzados y fotografías dedicadas de varios políticos.

A pesar de este ambiente y del rótulo de la puerta exterior, Frost parecía inseguro. La autoridad que brindaban a su cara las espesas cejas oscuras era falsa. Bajo ellas, sus ojos eran opacos y amarillentos. Había perdido peso y la piel debajo de sus ojos y de su mandíbula estaba floja y acolchonada como la de una víbora medio despellejada. El corte juvenil de su cabello sólo acentuaba el hecho de que estaba enfermo y prematuramente envejeciendo.

—Está bien, Lashman —le dijo al guardián—. Puede esperar fuera. Lew Archer y yo somos amigos desde hace mucho tiempo.

Su tono era irónico, pero también quería decir que había almorzado con él en Musso y había cometido el error de dejarle pagar porque él tenía gastos de representación y yo no. No me invitó a sentarme. Me senté lo mismo, sobre el brazo de uno de los sillones de cuero.

—No me gusta esto, Frost.

—Si a *usted* no le gusta. ¿Cómo le parece que me siento yo? Creía que éramos amigos, como dije, creía que había una base para un vive-y-deja vivir mutuo. Dios mío, Lew, la gente tiene que tener fe y confianza en los demás, si no el edificio se desmorona.

—¿Se refiere a los trapitos sucios que está lavando en público?

—¿Qué manera de hablar es ésa? Quiero que me tome en serio, Lew; cuando no lo hace ofende mi sentido de la corrección. No es porque yo importe personalmente. Sólo soy un tipo más que trabaja para ganarse la vida… Un pequeño engranaje en una gran máquina —bajó los ojos con humildad—. *Realmente* una gran máquina. ¿Sabe cuál es nuestra inversión en el estudio, los contratos, las películas sin estrenar y demás?

Se detuvo retóricamente. A través de la ventana, a mi derecha, podía ver locales de sonido, en forma de hangares, y una serie de

sets abiertos: la fachada de piedra, el pueblo del medio oeste, el pueblecito marinero y la calle del oeste por donde habían ido hacia la muerte decenas de héroes del celuloide. El estudio parecía estar cerrado y los sets eran desiertos escenarios de sueño, abandonados por las mentes que los habían soñado.

—Cerca de quince millones —dijo Frost con el tono de un sacerdote revelando un misterio—. Una inversión enorme. ¿Y sabe de qué depende su seguridad?

—¿De las manchas del sol?

—De las manchas del sol, no —dijo suavemente—. El tema no es divertido, quince millones de dólares no son una diversión. Le diré de qué depende. Lo sabe, pero se lo diré lo mismo —sus dedos formaron un arco gótico a pocos centímetros de su nariz—. El número uno es *glamour* y el número dos es buena voluntad. Las dos cosas son interdependientes y están interrelacionadas. Algunas personas creen que desde la guerra el público se traga cualquier cosa, cualquier porquería, pero sé que no es así. He estudiado el problema. Aceptan hasta cierto punto y después los perdemos. Especialmente en estos tiempos, cuando la industria está sufriendo ataques por todos los lados. Tenemos que conservar el *glamour* intacto para el público. Tenemos que aferrarnos a nuestra buena voluntad estratégica. Es la guerra psicológica, Lew, y estoy en la línea de fuego.

—Así que envía a sus tropas a provocar a los ciudadanos. ¿Quiere mi testimonio?

—Usted no es un ciudadano común, Lew. Se mueve tanto y comete tantos errores. Entra atropellando en la casa de Leonard, invade su intimidad y se hace el fuerte. Hablé por teléfono con Lance ahora mismo. No fue muy ingenioso lo que hizo, no fue ético y nadie se lo va a perdonar.

—No fue muy ingenioso —admití.

—Pero fue brillante comparado con lo demás. Dios Santo, Lew, creía que tenía algún sentido de la realidad. Cuando llegamos a lo último, usted tratando de entrar por la fuerza en la casa de una dama

a quien no nombraré… —extendió los brazos y los dejó caer, imposibilitado de abarcar la extensión de mi infamia.

—¿Qué ocurre en esta casa? —dije.

Se mordió las comisuras de los labios, observándome la cara.

—Si fuera ingenioso, tan ingenioso como creía, no haría esa pregunta. La dejaría estar. Pero está tan interesado en conocer los hechos, que le diré uno muy cierto: cuanto menos sepa, mejor para usted. Cuanto más sepa, peor para usted. Tiene fama de discreto; demuéstremelo.

—Creí que lo era.

—Ajá, no es tan estúpido como para eso, muchacho. Nadie lo es. Está arriesgando su pellejo y lo sabe. ¿Me va siguiendo, o tengo que deletreárselo en palabras de una sílaba?

—Deletréelo.

Salió de detrás del escritorio. Su mirada enferma y amarilla esquivó la mía, al acercarse. Se apoyó en el respaldo de mi sillón. Su susurro alusivo estaba perfumado con el olor aromático de su cabello o de su boca.

—Un tipo agradable como usted, que hace tanto bien donde no lo llaman, podrá dejar de meterse en lo que no entiende, punto.

Me puse de pie y lo enfrenté.

—Estaba esperando eso, Frost. Me estaba preguntando cuándo llegarían las amenazas.

—Llámeme Leroy. Demonios, no lo amenazaría —repudió la idea con movimientos de los hombros y las manos—. No soy hombre de violencia, usted lo sabe. Al señor Graff no le gusta la violencia y a mí tampoco. Es decir, cuando se puede evitar. El inconveniente de las operaciones de alta tensión como ésta, es que a veces hay que llevarse por delante a la gente que se cruza en el camino. Mire, nuestra misión es hacer amigos y tenemos amigos en todas partes, Las Vegas, Chicago, en todas partes. Algunos de ellos son algo brutos y pueden tener malas ideas en sus cabezas… Sabe cómo son.

—No, soy lento para entender. Dígame algo más.

Se sonrió con la boca, sus ojos eran de piedra opaca y amarilla.

—El hecho es que me cae bien, Lew. Me alegra saber que está en la ciudad, gozando de buena salud y demás. No quisiera que su nombre fuera tema de una discusión telefónica de larga distancia.

—No sería la primera vez. Todavía estoy vivo y me siento bastante bien.

—Vamos a tratar de que siga así. Le debo la franqueza, como un amigo a otro. Hay cierto pistolero que lo volaría en pedazos en un minuto si supiera lo que está haciendo. Lo haría por razones propias, a su tiempo. Y tal vez sepa cómo hacerlo. Esto es una advertencia amistosa.

—He escuchado otras más amistosas. ¿Puedo saber el nombre?

—Lo conoce, pero no vamos a entrar en detalles.

Frost se inclinó sobre el respaldo del sillón y sus dedos se hundieron en el cuerpo.

—Sea sincero con usted mismo, Lew. ¿Está tratando de hacerse matar y de arrastrarnos a nosotros con usted, o qué?

—¿Por qué tanto melodrama? Estaba buscando a una mujer. La he encontrado.

—¿La encontró? ¿Quiere decir que la vio, que habló con ella?

—No logré hablar con ella. Su matón me detuvo en la puerta.

—¿Así que en realidad no la vio?

—No —mentí.

—¿Sabe quién es?

—Sé su nombre. Hester Campbell.

—¿Quién le encargó que la encontrara? ¿Quién está detrás de todo esto?

—Tengo un cliente.

—Vamos, no me esgrima el artículo quinto ahora. ¿Quién le paga, Lew?

No contesté.

—¿Isobel Graff? ¿Es ella quién le mandó seguir a la chica?

—Está fuera del campo, a la izquierda.

—Yo jugaba en el ala izquierda. Permítame que le diga algo, por si es ella. Esa mujer no es más que un problema: esquizofrénica desde hace tiempo. Podría decirle cosas sobre Isobel, que no creería.

—Trate.

—¿Es ella?

—No conozco a esa señora.

—¿Palabra de *scout*?

—Palabra de *Aguila Scout*.

—Entonces, ¿de dónde vienen las complicaciones? Tengo que saberlo, Lew. Mi deber es saberlo. Tengo que proteger al hombre y a la organización.

—¿De qué debe protegerlos? —dije experimentalmente—. ¿De una acusación de asesinato?

El experimento dio resultado. El miedo cruzó la cara de Leroy como una sombra perseguida por otras sombras. Dijo muy suave y razonablemente:

—Nadie ha dicho ni una sola palabra de asesinatos, Lew. ¿Por qué menciona problemas imaginarios? Tenemos bastantes de los reales. El problema que tengo delante en este momento en Hollywood es un espía llamado Lew Archer, que es medio despierto y medio estúpido y que se está metiendo en camisas de once varas —mientras hablaba su miedo se estaba convirtiendo en malicia.

—¿Va a contestar a mi pregunta, Lew? Le pregunté quién es su jefe y por qué.

—Lo siento.

—Lo va a sentir aún más.

Dio la vuelta al sillón y me miró de arriba abajo y de un lado a otro, como si fuera un sastre que me estuviera midiendo para hacerme un traje. Luego me dio la espalda y tocó un botón de su intercomunicador.

—¡Lashman! ¡Venga aquí!

Miré hacia la puerta. No pasó nada. Frost se dirigió otra vez al intercomunicador, con voz que subía de tono:

—¡Lashman! ¡Marfeld!

Ninguna respuesta. Frost me miró y sus ojos amarillos se dilataron.

—No le pegaría a un viejo enfermo —dije.

Dijo algo con voz gutural, que no entendí. Fuera de la ventana, como su eco vastamente amplificado, unos hombres empezaron a gritar. Alcancé a entender algunas palabras:

—Viene por tu lado —y más lejos—. Ya lo veo.

Un hombre de pelo rosa y traje oscuro pasó corriendo debajo de la ventana, persiguiendo una sombra desesperada a través del suelo desnudo. Era George Wall. Corría mal, tambaleándose de un lado a otro y cayéndose casi. Detrás de él, muy cerca, como una segunda sombra más grande que trataba de entrar en contacto con sus talones, corría Marfeld. Tenía una pistola en la mano.

Frost dijo:

—¿Qué está ocurriendo?

Abrió la ventana y gritó la misma pregunta. Ninguno de los dos hombres lo oyó. Siguieron corriendo sobre el polvo, por la calle Western, a través de la simulada calma de un pueblo del oeste. Las piernas de George bombearon débilmente y Marfeld estaba acortando la distancia entre ambos. Delante de George, en el pueblo de los Mares del Sur, Lashman saltó desde la esquina de una choza de techo de palmas.

George lo vio y trató de esquivarlo. Sus piernas no le respondieron. Se levantó, tambaleándose de indecisión al tiempo que Lashman y Marfeld caían juntos sobre él. El hombro de Marfeld le dio en un costado y volvió a caer. Lashman lo arrastró hasta ponerlo de pie y el bulto oscuro de Marfeld le ocultó la cara.

Frost estaba apoyado en el antepecho de la ventana observando las figuras distantes. El hombro de Marfeld, inclinado sobre George, se movía con un ritmo convulsivo de un lado al otro. Empujé a Frost a un lado —era ligero como paja—, salí por la ventana y crucé el terreno. Marfeld y Lashman estaban fascinados y abstraídos. Marfeld estaba fustigando a George con la pistola mientras Lashman

lo sostenía. La sangre chorreaba por su cara enceguecida y manchaba su traje de color gris oscuro. Tomé nota del hecho fútil de que el traje me pertenecía: lo había visto por última vez colgado en mi ropero. Me acerqué a ellos con furia helada, puse una mano en el cuello de Marfeld y la otra en el cañón resbaladizo de la pistola. Hice fuerza. El hombre y el arma se separaron. El hombre cayó hacia atrás. El arma se me quedó en la mano. De todos modos me pertenecía. La di la vuelta y apunté a Lashman:

—Suéltelo. Déjelo caer con cuidado.

La boca pequeña y cruel de su gran mandíbula se abrió y se cerró. La fiebre se fue de sus ojos. Acostó a George sobre la blanca arena importada. El muchacho estaba inconsciente, con los ojos fijos y en blanco.

Tomé la pistola de la cadera de Lashman, retrocedí un paso e incluí a Marfeld en la doble línea de fuego.

—¿Qué creen que están haciendo, pareja de cobardes? ¿O lo hacen para divertirse?

Marfeld se puso de pie, pero permaneció callado. Lashman respondió cortésmente a las pistolas en mis manos:

—El tipo está chiflado. Se metió en la oficina del señor Graff, amenazando con matarlo.

—¿Por qué querría hacer eso?

—Tenía algo que ver con su esposa.

—Cierra la boca —gimió Marfeld—. Hablas demasiado, Lashman.

Se oyeron pasos apagados en el polvo detrás de mí. Rodeé a Marfeld y a Lashman y retrocedí contra la pared de bambú de una choza. Frost y el guardián del vestíbulo estaban cruzando el set hacia nosotros. El guardián tenía una carabina en el brazo. Se detuvo y la puso en posición de fuego.

—Déjela caer —dije—. Dígale que la deje caer, Frost.

—Déjela caer —le dijo al guardián.

La carabina cayó con un golpe seco al suelo y levantó una nubecita de polvo. Yo era dueño de la situación. Pero no me gustaba.

—¿Qué está pasando? —dijo Frost en tono quejumbroso—. ¿Quién es?

—El marido de Hester Campbell. Maltrátelo un poco más si realmente quiere tener mala publicidad.

—¡Jesucristo!

—Mejor que consiga un médico.

Nadie se movió. Frost deslizó la mano bajo su chaleco y tanteó sus costillas para ver si el corazón se le había detenido. Dijo desmayadamente:

—¿Usted lo trajo aquí?

—Usted lo sabe mejor que yo.

—El tipo trató de matar al señor Graff —dijo Lashman virtuosamente—. Estaba persiguiendo al señor Graff alrededor de su oficina.

—¿Y Graff, está bien?

—Sí, por cierto. Oí gritar al tipo y lo saqué corriendo antes de que hiciera ningún daño.

Frost se volvió al guardián que había dejado caer la carabina.

—¿Cómo consiguió entrar?

El hombre parecía confuso, luego resentido. Separó los labios con dificultad.

—Tenía una tarjeta de periodista. Dijo que tenía una cita con el señor Graff.

—No la controló conmigo.

—Usted estaba ocupado; me dijo que no lo molestara…

—¡No me diga lo que dije! ¡Váyase de aquí! Aquí ha terminado. ¿Quién lo empleó?

—Usted, señor Frost.

—Me merezco un disparo, por eso. Ahora, ¡quítese de mi vista! —su voz era muy suave—. Cuéntele a cualquiera esto, a cualquiera, y será mejor que deje la ciudad, se ahorrará cuentas de hospital.

La cara del hombre se había vuelto de un blanco granulado, del color del arroz con leche. Abrió y cerró la boca varias veces sin hablar, giró sobre sus talones y fue pesadamente hacia la puerta.

Frost miró al hombre ensangrentado sobre la arena. Se quejaba lastimosamente, para sí mismo.

—¿Qué voy a hacer con él?

—Mueva el trasto y consígale una ambulancia.

Frost me midió con la mirada. Sobre ella ensayó una sonrisa de Santa Claus que no combinaba. Un tic revoloteaba por uno de sus párpados y le daba un aire de tener un entendimiento secreto conmigo.

—Hablé un poco bruscamente allá en la oficina. Olvídelo, Lew. Me cae bien. De veras me cae muy bien.

—Consiga una ambulancia —dije— o la necesitará para usted.

—Sí, claro, en un momento —giró los ojos hacia el cielo como un productor inspirado—. Hace rato que estoy pensando, mucho antes de que surgiera esto, que podemos aprovecharlo en la organización, Lew. ¿Le gustaría ir a Italia, con los gastos pagados? Ningún trabajo, realmente; tendría hombres a sus órdenes. Serán unas vacaciones gratis.

Miré su cara enferma e inteligente y las dos crueles caras estúpidas de los hombres que estaban a su lado. Hacían juego con los edificios irreales que se levantaban como una ficción cruel y enfermiza de ciudad.

—No le permitiría que me pagara el pasaje hasta la playa de Pismo. Ahora dese la vuelta y ande, Frost. Ustedes también, Marfeld, Lashman. Quédense juntos. Vamos a un teléfono a llamar al hospital. Hemos perdido bastante tiempo.

Tenía muy pocas esperanzas de salir de allí llevando a George conmigo. Las pocas que tenía murieron de muerte rápida. Dos hombres aparecieron delante de nosotros en la ciudad del medio oeste, corriendo agazapados detrás de una blanca cerca de estacas. Uno era el guardián, a quien Frost había despedido. Ambos llevaban metralletas. Me vieron y se escondieron tras un profundo pórtico delantero, donde había una hamaca antigua. Frost y sus matones se detuvieron. Le dije a Frost por la espalda:

—Tendrá que manejar esto con cuidado. Será el primero en ser perforado. Dígales que salgan en medio de la calle y que dejen sus metralletas.

Frost se volvió para mirarme, moviendo la cabeza. Por el rabillo de mi ojo izquierdo vi a un tercer hombre que corría agazapándose hacia mí, apoyándose en las paredes de las chozas de los mares del sur. Tenía una pistola para tumultos. Me sentí como si se hubiera roto una huelga importante. Frost imitó una expresión lúgubre que le iba bien con sus arrugas.

—Nunca saldría con vida —levantó la voz—. Déjelas caer, Lew. Contaré hasta tres.

El hombre en el rabillo de mi ojo estaba arrastrándose sobre los codos y las rodillas. Se quedó quieto y apuntó, al tiempo que Frost empezaba la cuenta. Dejé caer las pistolas al contar dos. Marfeld y Lashman se volvieron al oír el ruido.

Frost asintió con la cabeza.

—Ahora sí que está haciendo algo inteligente.

Marfeld recogió las armas. Lashman se adelantó un paso. Tenía una pequeña cachiporra de cuero negro en la mano derecha. El hombre de la pistola para tumultos estaba de pie ahora, corriendo. Los comandos salieron de detrás del pórtico, cautelosamente al principio y luego más rápidamente. El que Frost había despedido tenía una sonrisa tonta y enfermiza. Estaba avergonzado de lo que estaba haciendo, pero no podía dejar de hacerlo.

A lo lejos, al otro lado del set, Simon Graff estaba parado en el vano de una puerta, observando a Lashman balancear su cachiporra.

13

EL TIEMPO REANUDÓ irregularmente su tictac. El dolor alumbraba mi mente como un relámpago en una nube, se dilataba y contraía con los latidos de mi corazón. Yacía de espaldas sobre una superficie dura. En algún sitio más elevado Lance Leonard dijo, entre excitado y admirado:

—Este es el lindo rinconcito que tiene Carlie. He venido aquí muchas veces. Me da permiso para usarlo. Cuando no está puedo utilizarlo. Es formidable para mujeres.

—Cállate —era Frost.

—Sólo estaba explicando —la voz de Leonard parecía ofendida—. Conozco este sitio como la palma de mi mano. Cualquier cosa que quieran, cualquier clase de bebidas o vino, se la puedo conseguir.

—No bebo.

—Yo tampoco. ¿Toma drogas?

—Sí, drogas —dijo Frost amargamente—. Ahora, cállate. Estoy tratando de pensar.

Leonard se apaciguó. Permanecí acostado en ese silencio no bendito, durante un rato. La luz solar era cálida sobre mi piel y roja a través de mis párpados. Cuando los levantaba algo, unos bisturíes de luz hurgaban el interior de mi cabeza.

—Sus párpados pestañean —dijo Leonard.

—Mejor que le des un vistazo.

Unas botas rasparon el hormigón. Sentí la punta de un pie en un costado. Leonard se puso en cuclillas y abrió uno de mis ojos. Yo los había vuelto hacia arriba.

—Todavía está inconsciente.

—Arrójale un poco de agua. Hay una manguera al otro lado de la piscina.

Esperé hasta sentir que el chorro me caía en la cara, caliente por el sol, luego tibio. Dejé que un poco de agua me entrara en la boca seca.

—Sigue inconsciente —dijo Leonard sombríamente—. ¿Y si no revive?, ¿qué hacemos?

—Ese es el problema de su amigo Stern. Sin embargo, revivirá. Tiene la cabeza muy dura, puro hueso. Casi desearía que no volviera en sí.

—Carlie tendría que haber llegado hace rato. ¿Cree que el avión se habrá venido abajo?

—Sí, creo que su avión se vino abajo. Y eso te convierte en un maldito huérfano.

La voz de Frost silbaba como una serpiente de cascabel.

—Se está burlando, ¿no? ¿No es cierto? —Leonard estaba desanimado.

Frost no le contestó. Hubo otro silencio. Mantuve los ojos cerrados y envié un par de mensajes por las avenidas iluminadas de rojo detrás de ellos. El primero tardó mucho en llegar, pero cuando lo hizo se movieron los dedos de mi mano derecha. Quise que los dedos de mis pies se movieran rápidamente y se movieron. Era muy alentador.

Detrás de una pared, sonó el teléfono.

—Apostaría a que es Carlie —dijo Leonard alegremente.

—No le contestes. Nos quedaremos aquí sentados y adivinaremos quién es.

—No necesitas ponerte sarcástico. Flake puede contestar. Está ahí dentro mirando la televisión.

El teléfono no volvió a sonar. Una puerta corrediza silbó sobre el riel y chocó. La voz de Cara Torcida dijo:

—Es Stern. Está en Victorville, quiere que lo vayan a buscar.

—¿Está todavía al teléfono? —preguntó Leonard.

—Sí. Quiere hablar con usted.

—Vete a hablarle —dijo Frost—. Arráncalo de su padecer.

Los pasos se alejaron. Abrí los ojos, miré el deslumbrante cielo azul donde el sol poniente pendía como un quemador invertido. Levanté mi cabeza, llena de latidos, poco a poco. Una piscina ovalada estaba rodeada por tres lados de una cerca de Fiberglass azul y el cuarto por la pared de cristal de una casa desierta color adobe. Entre la piscina y yo estaba Frost, estirado tranquilamente en una larga silla de aluminio, bajo una sombrilla azul. Me daba la espalda a medias, escuchando hacia el otro lado un murmullo de palabras que venía de la casa. Una automática colgaba, floja, de su mano derecha.

Me senté lentamente, apoyando mi peso sobre los brazos. Mi visión tenía tendencia a hacerse borrosa. La concentré en la nuca de Frost. Parecía el delgado pescuezo de un gallo desplumado, fácil de retorcer. Moví las piernas. Me era difícil controlarlas y un zapato raspó el hormigón.

Frost oyó el ruido. Sus ojos giraban hacia mí. Su pistola se levantó. Me arrastré hacia él de todos modos, chorreando agua rojiza. Se levantó torpemente de la silla y retrocedió hacia la casa.

—¡Flake! ¡Venga aquí!

Cara Torcida apareció en la abertura de la pared.

No podía pensar bien y mis movimientos eran lentos. Me levanté, me quise arrojar tambaleando sobre Frost, pero me quedé corto y caí de rodillas. Dirigió un puntapié a mi cabeza. Fui demasiado lento para evitarlo. El cielo estalló en luces. Otra cosa me pegó y el cielo se puso negro.

Me balanceé en el espacio negro, sostenido por una especie de gancho celestial, sobre la brillante escena. Podía mirar hacia abajo y ver todo muy claramente. Frost, Leonard y Cara Torcida estaban

parados alrededor de un hombre postrado, hablando con doble sentido. Por lo menos me parecía que era con doble sentido. Estaba ocupado con mis profundos pensamientos propios. Pasaban por mi mente como las brillantes láminas de una linterna mágica: Hollywood comenzó como un sueño sin sentido, inventado para sacar dinero. Pero los colores se corrían, salían por los agujeros en las cabezas de la gente, se desparramaban a través del paisaje y se solidificaban. El norte y el sur a lo largo de la costa, el este a través del desierto, a través del continente. Ahora estábamos atados al sueño sin sentido. Se había vuelto una pesadilla en la cual vivíamos. Profundos pensamientos.

Comprendí con alguna turbación que el cuerpo postrado me pertenecía. Hice llegar aire hasta él y me arrastré dentro otra vez, una rata que vivía en un espantapájaros. Era familiar, hasta cómodo, salvo por las pérdidas. Pero algo me había pasado. Estaba un poco alucinado, y la autocompasión se abrió delante de mí como una piscina azul y tentadora, donde un hombre podía ahogarse. Me zambullí. Sin embargo, nadé hasta el otro lado. Había barracudas en la piscina, hambrientas por mi sexo. Salí fuera. Recobré mis sentidos y vi que no me había movido. Frost y Leonard se habían ido. Cara Torcida estaba sentado en la silla de aluminio y me veía incorporarme. Él estaba desnudo hasta la cintura. El vello negro le hacía diseños peludos en el torso. Tenía pechos como una gorila. La inevitable pistola estaba en una de sus zarpas.

—Así está mejor —dijo—. No sé nada de usted, pero el viejo Flake tiene ganas de entrar a ver la televisión. Hace un calor infernal aquí fuera.

Era como andar sobre zancos, pero conseguí entrar, a través de una habitación ancha y baja, hasta una más pequeña. Estaba revestida de madera oscura y dominada por el gran ojo ciego de un aparato de televisión.

Flake señaló con su pistola el sillón de cuero junto al aparato.

—Siéntese ahí. Consígame una película del oeste.

—¿Y si no puedo?

—Siempre hay una película del oeste a esta hora del día.

Tenía razón. Permanecí sentado durante lo que me pareció un largo rato y escuché el clop-clop y el bang-bang. Flake estaba sentado muy cerca de la pantalla, fascinado por la virtud simple que vencía a la perversidad simple con puños, armas y rústica filosofía. El viejo argumento se repetía como el sueño satisfactorio de un débil mental. En los intervalos el locutor trabajaba obstinadamente en crear nuevos y pequeños deseos mecánicos. El coronel Risko le aconseja comprar *Bloaties*, son mmmmmmdeliciosos, mmmmmmmnutritivos. Obtenga su supersecreto distintivo de socio. Le encanmmmmmmmtarán los *Bloaties*.

De rato en rato movía mis brazos y piernas y trataba de generar fuerza de voluntad. Había una lámpara de bronce sobre el aparato de televisión. Tenía una base gruesa y parecía lo bastante pesada como para ser usada como arma. Si podía tener la voluntad para usarla y si Flake se olvidaba de su pistola durante dos segundos consecutivos…

La película terminó con un casto abrazo que llenó de lágrimas los ojos de Flake. O bien sus ojos lagrimeaban de cansancio. La pistola se hundió entre sus piernas separadas. Me levanté y tomé la lámpara. No era tan pesada como parecía. De todos modos lo golpeé en la cabeza con ella.

Flake pareció simplemente sorprendido. Disparó por reflejo. El locutor, en la pantalla de televisión, estalló en medio de una frase imperecedera. En medio de la granizada de vidrio le di un puntapié a la pistola que Flake tenía en la mano. Saltó por el aire, golpeó contra la pared y se disparó otra vez. Flake agachó su cabeza abollada y me embistió.

Me eché a un lado. Su puño salvaje rajó un panel de la pared. Antes de que recobrara el equilibrio, le di un medio *nelson* y luego un *nelson*. Era un hombre difícil de doblegar. Lo conseguí y le golpeé la cabeza contra el borde del aparato de televisión. Se cayó de lado arrastrándome a través de la habitación. No lo solté y entrecrucé las manos detrás de su nuca. Golpeé repetidamente su cabeza contra

uno de los ángulos de acero del aparato de aire acondicionado que había en la ventana. Se puso blanco y lo dejé caer.

Me puse de rodillas y encontré la pistola, pero me costó mucho trabajo levantarme de nuevo. Estaba débil y tembloroso. Flake estaba peor: roncaba con la nariz rota.

Pude llegar a la cocina, bebí un poco de agua y salí. Anochecía. No había autos en el estacionamiento, sólo una bicicleta inglesa con los neumáticos desinflados y una motocicleta que no quería arrancar, al menos a mí. Pensé quedarme allí esperando a Frost, Leonard y Stern, pero todo lo que se me ocurría que podía hacer con ellos era matarlos a tiros. Estaba enfermo y harto de violencia. Una escena más de violencia y podrían reservarme una habitación en Camarillo, en uno de los pabellones de atrás. O por lo menos, esa era mi opinión en ese momento.

Me encaminé por la polvorienta carretera privada. Descendía desde una pequeña elevación hacia el lecho de un arroyo seco, en medio de un valle ancho y plano. Había cadenas de montañas en los lados del valle, altas en el sur y medianas en el oeste. En las laderas de la cadena del sur, había montones de nieve que brillaban imposiblemente blancas entre los bosques de un azul profundo. La cadena occidental se recortaba negra y escarpada contra un cielo donde la última luz se fundía en todos los colores.

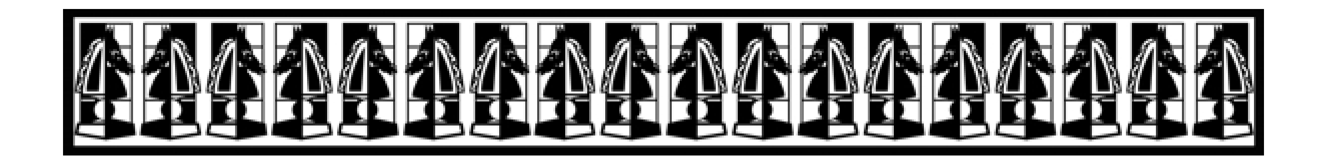
Fui hacia la cadena occidental. Al otro lado estaba Pasadena. A mi lado, en medio del valle, los diminutos automóviles corrían por una carretera recta. Uno de ellos giró hacia mí, con los faros balanceándose hacia arriba y hacia abajo en cada bache. Me tendí sobre unos matorrales, junto al camino.

Era el Jaguar de Leonard y él lo conducía. Logré divisar la cara que estaba a su lado: un óvalo pálido y chato, como una fuente, sobre la cual había pintados unos ojos también chatos, un mentón en punta apoyado sobre una corbata de pajarita con lunares. Había visto esa vieja cara joven anteriormente, en los diarios después de la muerte de Siegel, por televisión durante el juicio de Kefauver, una o

dos veces en los clubs nocturnos, flanqueada por guardaespaldas. Carl Stern.

Me mantuve alejado de la carretera, cortando en ángulo a través del alto desierto hacia la otra carretera. El aire se hacía fresco. En la oscuridad que se levantaba de la tierra para extenderse por el cielo, la estrella vespertina pendía solitaria. Me sentía algo aturdido y de cuando en cuando creía que la estrella era algo que había perdido, una mujer, un ideal o un sueño.

La autocompasión me perseguía, olfateando mi rastro. Era invisible pero podía olerla, un olor malicioso. Una o dos veces trató de lamerme adulonamente las piernas y una vez le propiné un puntapié. Los árboles me saludaban con sus brazos y se reían burlonamente.



14

HICE SEÑAS CON un dedo a los automovilistas. El cuarto se detuvo. Era un viejo auto desvencijado y con un par de esquíes atados al techo, conducido por un estudiante que iba a Westwood. Le dije que mi auto había volcado en una carretera interior. Era lo bastante joven como para aceptar mi historia sin preguntar demasiado y lo bastante decente como para permitirme dormir en el asiento trasero.

Me llevó a la entrada para ambulancias del Hospital St. John. Un cirujano residente me dio unos puntos en el cuero cabelludo, me hizo ver las estrellas y me dijo que me fuera a la cama por un par de días. Tomé un taxi para ir a casa. El tránsito era escaso y rápido en el bulevar. Me recosté en el asiento y miré pasar las luces, relampagueantes como cuchillos arrojados. Había noches en las que odiaba la ciudad.

Mi casa parecía deslucida y pequeña. Encendí todas las luces. El traje oscuro de George Wall yacía como un hombre amontonado sobre el suelo del dormitorio. ¡Al diablo con él!, pensé, y repetí el pensamiento en voz alta. Tomé un baño y apagué las luces y me fui a la cama.

De nada me sirvió. Un mundo de pesadilla surgió en el cuarto, un mundo de rostros variantes, que no querían quedarse quietos. La cara de Hester estaba allí refractada a través de la mente de

George Wall. Cambiaba, moría, volvía a vivir y a morir sonriendo, mirando fijamente con ojos sin amor desde la oscuridad roja. Di vueltas un rato y luego abandoné. Me levanté, me vestí y salí al garaje.

Entonces, y no antes, caí en la cuenta de que tenía un automóvil de menos. Si la Policía de Beverly Hills no se lo había llevado, mi auto estaba todavía estacionado en Manor Crest Drive, en la acera de enfrente de la casa de Hester. Llamé a otro taxi y pedí que me dejara en una esquina, a media manzana de la casa.

Mi auto estaba donde lo había dejado y tenía un aviso de infracción debajo del limpiaparabrisas. Crucé la calle para ver la casa desde más cerca. No había ningún auto en la carretera de acceso, ninguna luz tras las ventanas. Subí los escalones de la fachada y me apoyé sobre el timbre. Dentro, la campanilla eléctrica chirrió como un grillo en un hogar abandonado. Era un sonido de no-hay-nadie, blues de una sola nota, de casa vacía, de muchacha ausente.

Probé la puerta. Estaba cerrada con llave. Miré hacia uno y otro lado de la calle. En las intersecciones brillaba luz y también en las casas silenciosas. La gente estaba dentro. Había abandonado los paseos nocturnos desde la guerra fría.

Podría llamarme «Lío en busca de un sitio donde ocurrir». Di la vuelta por un lado de la casa, a través de un chirriante portón de madera, y entré en un patio interior. El pavimento de lajas era desigual bajo mis pies. Me abrí camino entre mesas de hierro forjado y tumbonas desarmadas, hacia una puerta balcón en la pared.

El haz de mi linterna cayó a través del cristal sucio de un invernadero repleto de obscenas sombras. Eran las que proyectaban eucaliptus y cactus que crecían en macetas de barro. Di la vuelta a la linterna y usé el extremo posterior para romper uno de los cristales, corrí un cerrojo obstinado y forcé la puerta.

La casa consistía casi exclusivamente en una fachada como los edificios de los escenarios de Graff. La parte de atrás había sido cedida a los fantasmas y a las arañas. Estas habían adornado los muebles de bambú del jardín de invierno y las vigas de roble oscuro

con lazos, hamacas y ruedas de telaraña polvorienta. Me sentía como un arqueólogo profanando una tumba.

La puerta al extremo del invernadero no estaba cerrada con llave. Pasé a través de un depósito lleno de desechos que habían sido caros: altas sillas españolas, no aptas para sentarse; un gran piano de sonrientes teclas amarillas; pinturas al óleo, parduscas, con marcos dorados; por otra puerta pasé al pasillo central de la casa. Lo crucé para llegar a la sala de estar.

Las paredes blancas y el techo con vigas surgieron ante mí sostenidos por el haz vertical de mi linterna. La dirigí hacia el suelo, que estaba tapizado con una alfombra color marfil. Los muebles eran modulares blancos y negros, bajos y cubistas y estaban agrupados en diseños angulares alrededor de la habitación. La chimenea estaba revestida de mayólicas negras y flanqueada por una banqueta de cuero blanco. Al otro lado de la chimenea, se veía una borrosa mancha oscura en la alfombra.

Me puse de rodillas para examinarla. Era una mancha húmeda, del tamaño de un plato grande, sin ningún color definido. Junto con el olor a detergente y a los otros olores de la habitación, perfumes, humo de cigarrillos y bebidas dulces mezcladas, podía oler a sangre. El olor a sangre es persistente, por más que uno frote.

Todavía arrodillado, dirigí mi atención a la chimenea elevada. Estaba equipada con un juego de utensilios de bronce colocados en un soporte: una escobilla, una pala, un fuelle de cuero con asas de bronce. El juego era nuevo y parecía no haber sido usado ni tocado jamás. Salvo que faltaba el atizador.

Más allá de la chimenea había una arcada sin puerta, que probablemente llevaría al comedor. La mayoría de las casas de este estilo y período tienen plantas similares y había estado en muchas. Me acerqué a la arcada con intención de recorrer el resto de la planta baja antes de ir al piso superior.

Rugió un motor en la calle. Una luz bañó la ventana delantera con sus cortinas y pasó de largo.

Fui hacia la ventana y miré hacia fuera a través de una rendija entre las cortinas y el marco. El viejo Lincoln negro se hallaba en la carretera de entrada. Marfeld estaba sentado al volante, con la cara grotescamente sombreada por el reflejo de los faros. Los apagó y descendió. Leroy Frost se apeó por el lado más alejado. Lo reconocí por su andar débil y rápido. Los dos hombres pasaron a uno o dos metros de mí y se dirigieron a la puerta principal. Frost llevaba una varilla de metal brillante que usaba como si fuera un bastón.

Atravesé la arcada hacia el cuarto de al lado. En medio, una mesa reflejaba la débil luz que se filtraba a través de las cortinas de encaje de las ventanas dobles.

Contra la pared, dentro de la arcada, había un alto aparador y en el rincón, detrás de éste, una silla. Me senté en la sombra densa, con la linterna en una mano y la pistola en la otra.

Oí girar una llave en la puerta principal, luego la voz de Leroy, insegura por el esfuerzo:

—Me quedaré con la llave. ¿Qué pasó con la otra?

—Lance se la dio a la cerda.

—¡Qué manera de ensuciar las cosas!

—Fue idea suya, jefe. Me dijo que no le hablara personalmente.

—Bien, con tal que ella la haya recibido —Frost murmuró algo ininteligible. Lo oí arrastrar los pies a la entrada de la sala. De pronto explotó—. ¿Dónde está la maldita luz? ¿Has estado entrando y saliendo de esta casa y esperas que ande a tientas en la oscuridad toda la noche?

Las luces de la sala de estar se encendieron. Unos pasos la cruzaron. Frost dijo:

—No hiciste muy bien el trabajo en la alfombra.

—Hice lo mejor que pude en ese momento. Nadie la va a mirar con lupa, de todos modos.

—Esperemos. Mejor que traigas para acá esa banqueta para tapar esto hasta que se seque. No queremos que ella la vea.

Marfeld gruñó por el esfuerzo. Oí que arrastraba la banqueta sobre la alfombra.

—Muy bien —dijo Frost—. Ahora borra mis huellas al atizador y déjalo en su sitio.

Hubo un ruido de metal contra metal.

—¿Está seguro de que lo limpió bien, j efe?

—No seas cabeza de pájaro, no es el mismo atizador. Encontré uno igual en una tienda.

—Condenado sea, piensa en todo —la voz de Marfeld estaba húmeda de admiración—. ¿Dónde tiró el otro?

—Donde nadie lo va a encontrar. Ni siquiera tú.

—¿Yo? ¿Para qué lo iba a querer?

—Olvídalo.

—Diablos, ¿no tiene confianza en mí, jefe?

—No tengo confianza en nadie. Apenas en mí mismo. Ahora, vámonos de aquí.

—¿Y la cerda? ¿No la esperamos?

—No. No llegará hasta dentro de un buen rato. Y cuanto menos nos vea, mejor. Lance le dijo lo que tenía que hacer y no queremos que nos ande haciendo preguntas.

—Creo que tiene razón.

—No necesito que me digas que tengo razón. Sé más de despistar chantajes que dos tipos juntos en esta ciudad. Tenlo en cuenta por si se te ocurre alguna idea.

—No lo entiendo, jefe. ¿Qué clase de ideas? —la voz de Marfeld estaba cargada de inocencia herida.

—Ideas de retirarte, tal vez, con una bonita jubilación.

—No, señor. Yo no, señor Frost.

—En realidad, no te creo capaz. No trates de chantajearme a mí o a cualquiera de mis amigos, porque esa será la manera más rápida de conseguir un agujero en la cabeza que haga juego con el que tienes.

—Ya lo sé, señor Frost. Dios Todopoderoso, soy *leal*. ¿No se lo he demostrado?

—Quizá. ¿Estás seguro de que viste lo que dijiste haber visto?

—¿Cuándo fue eso, jefe?

—Esta tarde. Aquí.

—Por Dios que sí —la mente lenta y pesada de Marfeld captó la duda y le molestó—. Cristo, señor Frost, nunca le mentiría.

—Me mentirías si lo hubieras hecho tú. Eso sería un buen truco, ¡cometer un asesinato y conseguir que la organización te encubriera!

—¡Vamos, jefe! Usted no me acusaría. ¿Por qué iba yo a matar a alguien?

—Por gusto. Lo harías por gusto si supieras que podrías hacerlo impunemente. O para hacerte el héroe, si tuvieras un poco más de seso.

Marfeld se quejó en tono *adenoidal*:

—¿Hacerme el héroe?

—Sí. Marfeld corre a por el rescate, saca las castañas del fuego para la compañía, otra vez. Es una coincidencia que hayas estado presente en los dos asesinatos, convidado de piedra, ¿no lo has pensado?

—Eso es una locura, jefe, lo juro por Dios —la voz de Marfeld trepidaba de sinceridad. Bajó de tono y empezó—. He sido fiel toda mi vida, primero al *sheriff* y ahora a usted. Nunca he pedido nada para mí.

—Salvo un premio en efectivo, cada tanto, ¿eh?

Frost rió. Ahora que Marfeld también se hallaba nervioso, Frost estaba dispuesto a perdonarlo. Su risa susurraba como un Santa Ana escarbando entre las hojas secas.

—Bien, tendrás tu recompensa si puedo hacerla pasar el control.

—Gracias, jefe. Lo digo muy sinceramente.

—Claro que sí.

La luz se apagó. La puerta principal se cerró tras ellos. Esperé hasta que dejé de oír el Lincoln y fui arriba. El dormitorio delantero era el único cuarto que estaba en uso. Tenía paredes tapizadas de rosa y una cama con dosel de seda, como algo salido de un sueño de adolescente. El contenido de la mesa de tocador y del ropero me dijo que la muchacha había gastado mucho dinero en ropa y cosméticos y que no se había llevado nada con ella.

15

SALÍ DE CASA como había entrado y me dirigí en mi automóvil hacia Canyon. Unas pocas estrellas se asomaban entre serpentinas de nubes que flotaban a lo largo de la cumbre. Las luces de las casas en las laderas eran islas en la oscuridad, a través de las que corría la carretera, blanca bajo la luz de mis faros. Al tomar una alta curva pude ver el resplandor de las ciudades costeras, lejos y abajo a mi izquierda como una fosforescencia dejada por el agua en la orilla.

La casa de Lance Leonard permanecía a oscuras. Estacioné en una zona cubierta de arena, treinta metros antes de su carretera de entrada. La pronunciada pendiente estaba resbaladiza por la neblina. La puerta principal estaba cerrada con llave y nadie contestó a mi llamada.

Probé la puerta del garaje. Se abrió fácilmente cuando levanté el pestillo. El Jaguar había vuelto al redil y la motocicleta se hallaba en su sitio. Pasé por entre medias de ellos para llegar a la entrada lateral. Esta puerta no estaba cerrada con llave.

Los óvalos de luz concéntricos que lanzaba mi linterna se deslizaron, precediéndome, por el suelo del depósito, por el linóleo a cuadros de la cocina, por el roble de la sala de estar; ascendieron por la pared de cristal contra la cual la noche gris se apretaba pesadamente, alrededor y por encima de la chimenea de piedra,

donde un tronco humeante se estaba desintegrando en cenizas como talco y copos de fuego de color rojo opaco. La repisa de la chimenea tenía un soporte con una hilera de pipas y un frasco de tabaco, un reloj *Atmos*, que señalaba las once menos tres minutos, un marco de plata con una atractiva fotografía de Lance Leonard sonriendo con su encanto gatuno.

Lance estaba muy cerca de la puerta principal. Vestía una chaqueta de etiqueta a cuadros, pantalones de color azul noche y zapatillas de baile azules, pero no iba a ninguna parte. Yacía de espaldas con sus pies señalando ángulos opuestos del techo. Un ojo asfáltico miraba la luz, sin pestañear. El otro había sido destrozado por una bala.

Me puse guantes, me arrodillé y vi la segunda herida de bala en la sien izquierda. No mostraba sangre. El pelo a su alrededor estaba chasmuscado, la piel salpicada de marcas de pólvora. Recorrí el suelo a gatas. Al mover a un lado una de sus piernas encontré una cápsula de cobre usada, de calibre mediano. Aparentemente había rebotado en la pared o en la ropa del asesino y rodado por el suelo antes de que Leonard cayera sobre ella.

Me llevó mucho tiempo encontrar la segunda cápsula. Finalmente abrí la puerta principal y la vi brillar en la rendija entre el umbral y el escalón de cemento. En cuclillas en el vano de la puerta, dándole la espalda al muerto, traté de reconstruir el asesinato. Parecía bastante sencillo. Alguien había llamado a la puerta y esperado con una pistola a que Leonard abriera. Le había disparado en un ojo; luego que Leonard cayó le había disparado otra vez, para estar seguro, y se había ido y cerrado la puerta. Tenía un mecanismo que la hacía cerrarse con llave por sí sola.

Dejé las cápsulas donde estaban y pasé revista al resto de la casa. La sala de estar era casi tan impersonal como un cuarto de hotel. Hasta las pipas de la chimenea habían sido compradas al mismo tiempo y sólo una de ellas había sido usada. El tabaco del frasco estaba seco como paja. No había nada más que tabaco en el frasco y nada más que leña en la leñera. El bar portátil del rincón

estaba bien provisto de botellas, la mayoría de las cuales no habían sido abiertas.

Fui al dormitorio. Las cómodas de roble claro estaban llenas del botín de las tiendas *Miracle Mile*: pilas de camisas a medida, hechas con tela inglesa de algodón, gabardinas de lana y tela de Madrás; corbatas pintadas a mano, calcetines a rombos, echarpes de seda, jerseys de *cachemir* en todos los colores del arco iris. Un cajón para pañuelos contenía gemelos de oro y pinzas para corbata con monogramas, una pulsera de identidad de oro con el nombre de Lance Leonard grabado; una medalla ennegrecida concedida a Manuel Torres (se leía en el reverso) por el campeonato intermedio de pista y campo, Escuela Secundaria de Serena, 1945; cinco relojes de pulsera muy caros y un cronómetro. El muchacho había estado corriendo contra el tiempo.

Miré en el ropero. Sobre unas barras de madera había una docena de pares de zapatos que acompañaban la docena de trajes y chaquetas que colgaban sobre ellos. Una escopeta de dos cañones estaba en un rincón, junto a una pila de sesenta centímetros de revistas de historietas y crímenes. Hojeé algunas de las que estaban encima: Terror, Deseo, Horror, Crimen, Pasión.

En las repisas, a la cabecera de la cama, había algunos libros de otra clase: un catecismo encuadernado en cuero marroquí, dedicado con letra de mujer. Manuel Purificación Torres, 1943; una vieja vida de Jack Dempsey, leída hasta quedar hecha jirones, cuya primera página decía: «Manny Terrible Torres, Calle West Nopal 1734, Los Ángeles, California, Estados Unidos, Hemisferio Occidental, la Tierra, el Universo». Un manual de inglés hablado, cuyas primeras páginas estaban fuertemente subrayadas con lápiz. El nombre en la primera página era Lance Leonard.

El cuarto y último libro era un álbum de recortes de cuero estampado. Una fotografía de periódico de la primera página mostraba un Lance juvenil inclinado hacia la cámara con sus anchos hombros y su talle de avispa. El pie decía que Manny Torres se estaba entrenando con su tío Tony, veterano luchador de *clubs*, y

que los expertos le veían una excelente posibilidad de alcanzar la categoría peso ligero de los *guantes de oro*. No figuraba el resultado. La segunda noticia era una corta información sobre el debut profesional de Lance Torres. Había dejado fuera de combate a otro peso mediano a los dos minutos del segundo, y así sucesivamente en veinte encuentros que iban desde los de seis hasta los de doce. Ninguno de los recortes mencionaba su arresto y suspensión.

Dejé el álbum en su sitio en el estante y regresé junto al muerto. En el bolsillo interior tenía una cartera de lagarto repleta de dinero, una libreta de direcciones, que hacía juego con aquélla, llena de nombres y números telefónicos de muchachas dispersas entre National City y Ojai. Dos de los nombres eran Hester Campbell y Rina Campbell. Anoté sus teléfonos de Los Ángeles.

Había una cigarrera de oro llena de cigarrillos de marihuana en el bolsillo externo de su smoking. En el mismo bolsillo encontré una invitación impresa en un sobre dirigido al Sr. Lance Leonard, con la dirección de Coldwater Canyon. El señor y la señora de Simon Graff se complacían en invitarle a una Saturnalia Romana que tendría lugar esa noche en el *Channel Club*.

Puse todo en su sitio y me levanté para irme; en la puerta me volví para echarle una última mirada al muchacho. Yacía exhausto por el salto increíble de la nada al sol. Su cara tenía el color del marfil viejo a la luz de la linterna. La apagué y dejé que la oscuridad se apoderara de él.

—Lance Manuel Purificación Torres Leonard —dije en voz alta a modo de epitafio.

Fuera, un manojo de nube me humedeció la cara, como lágrimas pobres y frías. Me encaminé al auto con las piernas pesadas. Antes de poner en marcha el motor oí otro motor quejándose al subir la cuesta desde el bulevar Ventura. Los faros treparon por la nube colgante. Dejé mis luces apagadas.

Los faros giraron al tomar la curva final, proyectados por un Sedán oscuro con un parachoques cromado macizo. Sin titubear

entraron en la carretera de Leonard e iluminaron la fachada de la casa. Un hombre se bajó del asiento del conductor y vadeó la luz que fluía hasta la puerta de la calle. Usaba un impermeable oscuro, con un cinturón muy ajustado y su paso era ligero y preciso. Lo único que podía ver de su cabeza era el pelo corto y oscuro que la remataba.

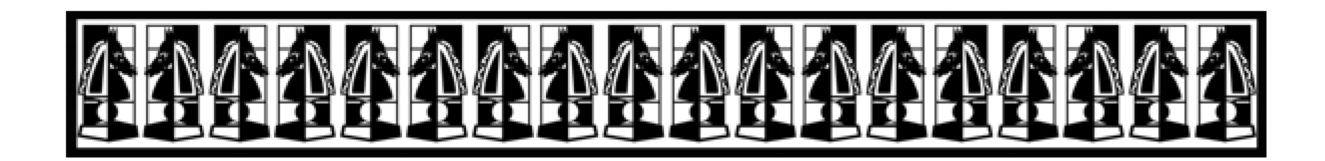
Al no obtener respuesta a su llamada, sacó un llavero brillante y abrió la puerta. Las luces se encendieron en la casa. Un minuto más tarde y apagada a medias por las paredes de madera, una voz de hombre surgió en un grito que parecía el graznido de un cuervo. Las luces se apagaron de nuevo. El graznido continuó durante un tiempo en el interior oscuro de la casa.

Hubo un intervalo de silencio antes de que se abriera la puerta. El hombre salió al resplandor de sus propios faros. Era Carl Stern. A pesar del pelo corto y del prolijo lacito de su corbata, su cara se asemejaba a la de una vieja que ha sufrido una pérdida irreparable.

Hizo girar el Sedán un tanto erráticamente y pasó junto a mi automóvil aparentemente sin verlo. Tenía que poner el mío en marcha y hacerlo dar la vuelta, pero le alcancé antes de que llegara al pie de la colina. Atravesaba los cruces del bulevar como si tuviera una escolta de motocicletas. Yo también. Lo tenía a él.

Después íbamos por Manor Crest Drive y yo estaba completando el circuito del tren que recorría la costa. Sin embargo, había una diferencia. La casa de Hester estaba iluminada en la planta alta y en la baja. En el primer piso, la sombra de una mujer se movía detrás de una persiana. Se movía como una mujer joven, con un ritmo ansioso.

Stern dejó su Sedán en la entrada con el motor en marcha; llamó, le abrieron y salió otra vez antes de que yo hubiera decidido qué hacer. Subió al auto y se alejó. No le seguí. Estaba empezando a parecer que Hester había regresado a su hogar.



16

ATRAVESÉ LA PUERTA rota invernadero. Me dirigí hacia la parte delantera. Oí pies que se movían en el suelo sobre mi cabeza, en un taconeo rápido y la tonada indefinida de una muchacha que tarareaba. Ascendí la escalera apoyando parte de mi peso sobre el pasamanos. Al final del descansillo del primer piso una luz emergía de la puerta del dormitorio delantero. Me deslicé a lo largo de la pared hasta un punto desde el cual podía ver el interior del cuarto. La chica estaba de pie junto a la cama de dosel, dándome la espalda. Estaba muy sencillamente vestida con una falda de *tweed* y una blusa blanca de mangas cortas. Su pelo brillante estaba cepillado y tirante alrededor de su cráneo. Una maleta de cuero blanco y forro de seda azul estaba abierta sobre la cama. Estaba guardando tiernamente algo como un vestido negro.

Se irguió y se fue al otro lado de la habitación, con las caderas balanceándose desde la cintura pequeña y flexible. Abrió la puerta de espejo de un guardarropas y entró en el interior iluminado. Cuando volvió a salir, con más ropas en los brazos, yo estaba en la habitación.

Su cuerpo se puso rígido. Los vestidos de brillantes colores cayeron al suelo. Retrocedió un paso hacia la puerta de espejo, que se cerró de golpe.

—Hola, Hester. Creí que estaba muerta.

Dejó ver sus dientes y apretó los nudillos contra ellos. Dijo desde detrás de los nudillos:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Archer. ¿No me recuerda de esta mañana?

—¿Es usted el detective, el que se peleó con Lance?

Asentí.

—¿Qué quiere?

—Hablar un poco.

—Váyase de aquí —miró el teléfono de color marfil que estaba sobre la mesilla de noche y dijo sin convicción—: Llamaré a la Policía.

—Lo dudo mucho.

Retiró la mano de la boca y se la puso a un lado, debajo de la curva del pecho, como si allí sintiera algún dolor. El enojo y la ansiedad la tiraban de la cara, pero era una de esas chicas que no pueden parecer feas. Había una belleza de escultura en sus huesos y se paraba como si su hermosura la fuera a proteger.

—Le advierto —dijo— que algunos amigos míos van a llegar de un momento a otro.

—Formidable. Me gustaría conocerlos.

—¿Le parece?

—Me parece.

—Quédese si quiere, entonces —dijo—. ¿Le importa que siga preparando mis maletas?

—Siga, siga, Hester. Es Hester Campbell, ¿verdad?

No me contestó, ni me miró. Recogió los vestidos caídos, llevó el crujiente montón hasta la cama y comenzó a guardarlos.

—¿Dónde va a estas horas de la noche?

—No es asunto suyo.

—Podría interesarle a la Policía.

—¿Sí? Vaya y cuénteselo. ¿Por qué no lo hace? Haga lo que quiera.

—Esa manera de hablar es bastante atrevida para una chica que está escapando de la Policía.

—No estoy escapando, como dice, y usted no me asusta.

—Sólo se va a pasar un fin de semana al campo.

—¿Por qué no?

—Le oí decirle a Lance esta mañana que quería irse.

No reaccionó ante el nombre, como había tenido una media esperanza que lo hiciese. Sus hábiles manos continuaron doblando los últimos vestidos. Me gustaba su coraje y desconfiaba de él. Podría haber una pistola en la maleta. Pero cuando por fin se volvió, tenía las manos vacías.

—¿Irse de dónde, de qué? —dije.

—No sé de qué está hablando y no me interesa en absoluto —pero le interesaba.

—Esos amigos suyos que vienen para acá… ¿Es Lance Leonard uno de ellos?

—Sí, y será mejor que se vaya antes que llegue.

—¿Está segura de que va a venir?

—Ya lo verá.

—Valdrá la pena verlo. ¿Quién cargará con la canasta?

—¿Qué canasta? —dijo con una vocecita aguda.

—Lance ya no anda por sí solo. Tienen que llevarle en una canasta.

Se puso la mano a un lado otra vez. El dolor había subido algo más. Su cuerpo se movía encolerizado, caderas y hombros trataron de pasar por el estrecho espacio entre la cama y yo. Le bloqueé el paso.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Esta noche.

—¿A qué hora?

—No sé. Hace varias horas. ¿Qué importa?

—Le importa a usted. ¿Cómo estaba cuando lo dejó?

—Estaba muy bien. ¿Le ha sucedido algo?

—Dígamelo a mí, Hester. Usted deja una huella de destrucción, como Sherman marchando sobre Georgia.

—¿Qué pasó? ¿Está herido?

—Malherido.

—¿Dónde está?

—En su casa. Pronto estará en la morgue.

—¿Se está muriendo?

—Está muerto. ¿No se lo dijo Carl Stern?

Movió la cabeza. Era más una convulsión que una negativa.

—Lance no puede estar muerto. Usted está loco.

—A veces pienso que soy el único que no lo está.

Se sentó sobre el borde de la cama. A lo largo del nacimiento en pico de su pelo había una hilera de pequeñas gotitas. Se las enjugó con la mano y su pecho derecho se levantó con el movimiento del brazo. Alzó la vista hacia mí, los ojos adormecidos por la impresión. Era muy buena actriz, si es que estaba actuando.

No pensaba que lo estuviera haciendo.

—Su buen amigo está muerto —dije—. Alguien le disparó.

—Miente.

—Quizá hubiera debido traer el cadáver. ¿Quiere que le diga dónde recibió las balas? Una en la sien, otra en el ojo. ¿O ya lo sabe? No quiero aburrirla a muerte…

Su frente se arrugó. La boca se le estiró en un rectángulo trágico.

—Usted es horrible. Está inventando eso, para que le diga cosas. Dijo lo mismo de mí: que estaba muerta —en sus ojos brotaron lágrimas—. Daría cualquier cosa con tal de hacerme hablar.

—¿Qué clase de cosas me diría si hablase?

—No tengo por qué contestar sus preguntas, ninguna de ellas.

—Piénselo un poco y tal vez quiera contestarlas. Parece que la están usando de chivo expiatorio.

Me dirigió una mirada perpleja.

—Es bastante ingenua, ¿no le parece?, a pesar de la compañía en que anda. ¡Bonita compañía! La están preparando para una acusación de asesinato. Vieron la oportunidad de matar dos pájaros de un tiro, liquidar a Lance y arreglarla a usted al mismo tiempo.

Estaba tocando de oído, pero la melodía me resultaba familiar y ella estaba escuchando en serio. Dijo con voz apagada:

—¿Quién haría eso?

—El que la convenció de que se fuera de viaje.

—Nadie me convenció. Yo quería hacerlo.

—¿De quién fue la idea? ¿De Leroy Frost?

Su mirada titubeó y se ensombreció.

—¿Qué le dijo Frost que hiciera? ¿Dónde le dijo que fuera?

—No fue el señor Frost. Fue Lance quien habló conmigo. Así que lo que usted dice no puede ser cierto. Él no planearía su propia muerte.

—No si supiera de qué se trataba. Es evidente que no lo sabía. Le hicieron chantaje como hicieron con usted.

—Nadie me hizo chantaje —dijo tercamente—. ¿Por qué iban a querer hacerlo?

—Vamos, Hester, no es una ingenua. Sabe mejor que yo lo que ha estado haciendo.

—No he hecho nada malo.

—La gente tiene diferentes reglas, ¿no es así? Algunos de nosotros creemos que el chantaje es el juego más sucio del mundo.

—¿Chantaje?

—Mire a su alrededor y déjese de actuar. No me va a decir que Graff le regala cosas porque le gusta su peinado. He visto mucho chantaje en este pueblo. Puedo olerlo en la gente. Y usted está metida hasta el cuello.

Se tocó el cuello. Su resistencia a la sugestión se estaba agotando. Miró las paredes rosas a su alrededor y lentamente fue tomando su color. Era un auténtico rubor de jovencita, el primero que veía en mucho tiempo y me hizo dudar. Dijo:

—Está inventando eso.

—Tengo que hacerlo. No me dice nada. Tengo que guiarme por lo que veo y oigo. Una muchacha abandona a su marido, se junta con un luchador descalificado que anda con delincuentes. Al instante aparece llena de dinero. Lance tiene un contrato de cine, usted tiene su bonita casa en Beverly Hills y Simon Graff se convierte en su hada madrina, ¿por qué?

No me contestó. Se miró las manos, que se retorcían sobre su falda.

—¿Qué le ha estado vendiendo? —dije—. Y, ¿qué tiene que ver Gabrielle Torres en esto?

Su cara había perdido el color y estaba pálida y sombreada de azul debajo de los ojos. Su mirada estaba vuelta hacia dentro, fija en una imagen mental que parecía aterrarla.

—Creo que sabe quién le mató —dije—. Si es así, será mejor que me lo diga. Es hora de sacar las cosas a la luz, antes de que muera más gente. Porque usted será la próxima, Hester.

Sus labios se abrieron como los de un muñeco controlado por un ventrílocuo:

—Yo no… —su voluntad se impuso, haciéndole cortar la frase.

Sacudió la cabeza violentamente, haciendo saltar las lágrimas de sus ojos. Se tapó la cara manchada con las manos y se arrojó de lado sobre la cama. El miedo la penetraba, con el silencioso rigor de una descarga eléctrica, haciendo temblar de frío su cuerpo. Algo que parecía compasión surgió del centro del mío. El problema con la piedad era que siempre se convertía en otra cosa: repulsión o deseo. Ella estaba quieta ahora, tirada en la cama, con una cadera arqueada en una curva desolada.

—¿Me va a contar lo de Gabrielle?

—No tengo nada que contarle —su voz era pequeña y ahogada.

—¿No sabe quién mató a Lance?

—No. Déjeme sola.

—¿Qué le dijo Carl Stern?

—Nada. Teníamos una cita. La quería postergar, eso es todo.

—¿Qué clase de cita?

—No es asunto suyo.

—¿La va a llevar a dar un paseo?

—Tal vez —parecía habérsele escapado la alusión.

—¿Un paseo sin retorno?

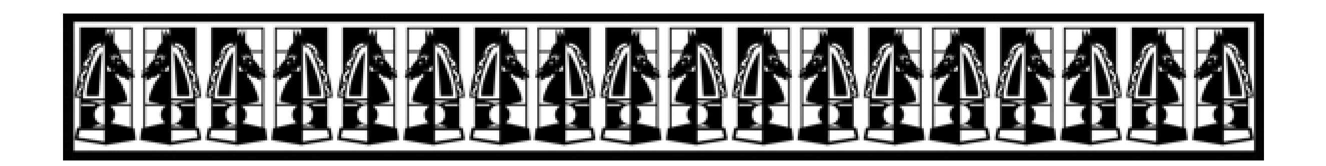
Esta vez lo entendió y se incorporó casi gritando.

—Váyase, sádico. Conozco a los de su clase; he visto a detectives de la Policía atormentar a gente indefensa. Si es hombre, váyase de aquí.

Su torso estaba vuelto de lado y sus pechos destacaban bajo la blusa blanca. Sus labios rojos se curvaron y sus ojos relampaguearon azules. Era una muchacha extraordinariamente hermosa, pero había algo más que eso: me parecía que era derecha.

Me sorprendí a mí mismo dudando de mis premisas, dudando de que ella fuera de algún modo una delincuente. Además, había bastante verdad en su acusación, bastante crueldad en mi voluntad de justicia, bastante deseo en mi compasión, como para que la habitación me resultara incómoda. Le dije buenas noches y salí de allí.

El problema era amar a la gente, tratar de ayudarla, sin querer nada de ella. Yo estaba aún muy lejos de la solución.



17

NO HABÍA GUARDIÁN de turno cuando llegué al *Channel Club*. El portón estaba abierto, sin embargo, y la fiesta aún continuaba. De un ala del edificio brotaban música y luz. Había varias docenas de autos en el estacionamiento. Dejé el mío entre un Porsche negro y un Cadillac convertible de color lavanda tapizado de cuero rojizo y filetes de oro; y entré pasando bajo el árbol de Navidad rojo invertido. Parecía un símbolo de algo, pero no podía imaginarme de qué.

Llamé a la puerta de la oficina de Bassett, pero no obtuve respuesta. La piscina era una losa de brillo verde, iluminada desde abajo con focos subacuáticos y desde arriba con reflectores. La gente estaba reunida en el extremo más alejado, bajo el trampolín alto de aluminio. Descendí por un tramo de escalones de poca altura y me dirigí a lo largo del borde de azulejos hacia la gente.

La mayoría eran potrancas de Hollywood, flacas y demasiado conscientes de sí mismas, con sus vestidos largos sin hombros. Entre los hombres, reconocí a Simon Graff y a Sammy Swift y al vigilante negro de la piscina con quien había hablado por la mañana. Sus caras estaban vueltas hacia arriba, hacia una joven absolutamente inmóvil, que se hallaba de pie sobre el trampolín de diez metros.

Corrió y se lanzó al aire cruzado de luces. Su cuerpo se arqueó, dio una vuelta y media y se transformó de pájaro en pez al entrar en

el agua. Los espectadores aplaudieron. Uno de ellos, un tipo ágil de cuarenta y tantos años, que vestía chaqueta de *smoking*, tomó una foto con *flash* de ella cuando subía chorreando agua por la escalerilla.

Sacudió la cabeza desdeñosamente para quitarse el agua del oscuro pelo corto y se fue a un rincón para secarse. La seguí.

—Bonito salto.

—¿Le parece? —levantó la cara hacia mí y pude ver que no era una chica y que hacía años que había dejado de serlo—. No trataría de hacerlo otra vez. Calculé mal el tiempo. Puedo hacerlo en tirabuzón cuando estoy en forma. Pero gracias igualmente.

Se pasó la toalla por una larga pierna tostada y luego por la otra, con una especie de afecto impersonal, como el de alguien cepillando un caballo de carreras.

—¿Salta en concursos?

—Lo hacía hace tiempo. ¿Por qué?

—Me estaba preguntando qué motivos podía tener una mujer para querer hacer eso. Ese trampolín es muy alto.

—Una tiene que hacer algo bien y no soy bonita —su sonrisa era delgada y agonizante—. El doctor Frey, un psiquíatra amigo mío, dice que el trampolín es un símbolo fálico. De todos modos, ya sabe lo que dicen los nadadores: una campeona de salto es una nadadora sin sesos.

—Creía que una campeona de salto era una nadadora con coraje.

—Eso es lo que dicen los *campeones de salto*. ¿Conoce muchos?

—No, pero me gustaría. ¿Hester Campbell era amiga suya por casualidad?

Su cara se volvió inerte.

—Conozco a Hester —dijo cautelosamente—. No la llamaría amiga.

—¿Por qué no?

—Es una historia muy larga y tengo frío —se volvió bruscamente y se dirigió corriendo hacia los vestuarios. Sus caderas no se movían.

—Silencio todos —dijo una fuerte voz—. Están a punto de presenciar la maravilla del siglo, traída para ustedes a un precio fabuloso.

Provenía de un hombre de cabello gris, parado en la plataforma del trampolín de cinco metros. Sus piernas eran flacas, su pecho caído, su vientre una pelota de cuero marrón que estiraba sus pantalones cortos. Lo miré de nuevo y vi que era Simon Graff.

—¡Señoras y caballeros! —Graff se dio sombra en los ojos con una mano y miró alrededor chistosamente—. ¿Hay señoras presentes? ¿Y caballeros?

Las mujeres reían ahogadamente. Los hombres a carcajadas. Sammy Swift, que estaba parado junto a mí, se parecía cada vez más a un fantasma que hubiese visto al coco.

—Miren, chicos y chicas —gritaba Graff con una voz alta y antinatural—. El gran Graffissimo, en su único salto mortal, ¡desafiando a la muerte!

Corrió un pequeño trecho sobre sus pies planos y se arrojó con los brazos a los lados imitando lo que los chicos solían llamar «chapuzón del soldado muerto». Su gente esperó hasta que salió a la superficie y luego empezaron a aplaudir, golpear las manos y silbar.

Sammy Swift notó mi silencio y se acercó. No me reconoció hasta que lo llamé por su nombre. Podía haber prendido fuego a su aliento.

—Lew Archer, maldito seas. ¿Qué estás haciendo en esta *galère*?

—Enterándome de chismes.

—Claro que sí. Hablando de chismes, ¿llegaste a ver a Lance Leonard?

—No, mi amigo se puso enfermo y cancelamos la entrevista.

—Mala suerte, ese chico ha hecho carrera. Hubiese sido un artículo interesante.

—Explícate.

—Ah, ah —movió la cabeza—. Dile a tu amigo que lo consulte en Publicidad. He oído decir que hay una versión oficial y una no-oficial.

—¿Qué detalles has oído?

No sabía que buscaras noticias para los diarios, Lew. ¿Cuál es tu intención? ¿Estás tratando de gastar una broma a Leonard? —Sus ojos nublados se habían aclarado y entrecerrado. No estaba borracho como había creído y el tema era escabroso. Me alejé de él.

—Estoy tratando de hacer un favor a un amigo.

—¿Estás buscando a Leonard ahora? No lo he visto aquí esta noche.

Graff alzó la voz de nuevo.

—*Achtung*, todos. Es hora de hacer prácticas con salvavidas —sus ojos estaban vacíos y su boca floja. Dio un paso hacia la hilera de chicas que se reían y señaló a una que vestía un traje plateado. Su índice se hundió en el hombro de ella.

—¡Tú! ¿Cómo te llamas?

—Martha Mathews —ella sonrió en una agonía de placer. La alcanzaba un rayo de luz.

—Eres una chica muy graciosa, Martha.

—Gracias —ella lo sobrepasaba en altura—. Muchas gracias, señor Graff.

—¿Te gustaría que te salvara la vida, Martha?

—Me encantaría.

—Adelante, entonces. Salta.

—¿Y mi vestido?

—Puedes quitártelo, Martha.

—¿Puedo?

—Acabo de decirlo.

Ella se sacó el vestido por la cabeza y se lo entregó a una de las otras chicas. Graff la empujó hacia atrás, y cayó a la piscina. El ágil fotógrafo tomó una instantánea de la acción. Graff se tiró tras ella y la arrastró hasta la escalerilla, con una mano venosa aferrada a su

carne. Ella sonreía. El vigilante de la piscina los observaba sin ninguna expresión en su rostro negro.

Sentía ganas de pegarle a alguien. No había nadie lo bastante cerca. Me alejé y Sammy Swift me siguió. En el extremo menos profundo de la piscina nos apoyamos contra una maceta elevada de opulentas begonias y encendimos cigarrillos. La cara de Sammy aparecía delgada y pálida en la media luz.

—Tú conoces bastante bien a Simon Graff —afirmé.

Sus ojos pestañearon.

—Hay que conocerlo bien para sentir por él lo que siento. He estado estudiando al Hombre desde el punto de vista de un gusano, desde hace alrededor de cinco años. Lo que no sé de él no merece saberse. Lo que sé, tampoco lo merece. Sin embargo es interesante. ¿Sabes por qué hace ese simulacro de salvar vidas, por ejemplo? Lo hace puntualmente como un reloj, en todas las fiestas, pero estoy seguro de que soy el único que sabe por qué. Seguramente ni siquiera él mismo lo sabe.

—Dímelo.

Sammy asumió un aire de sabiduría. Dijo en la jerga del psicoanalista:

—Sime tiene una neurosis compulsiva, tiene que hacerlo. Tiene una fijación por la chica que se mató el año pasado.

—¿Qué chica es esa? —dije tratando de mantener mi voz libre de excitación.

—La chica que encontraron en la playa llena de balas. Ocurrió cerca de aquí —señaló con un ademán al océano que se extendía, invisible, más allá del límite de la luz—. Sime estaba loco por ella.

—Interesante, si es verdad.

—Diablos, puedes tomarme la palabra. Estaba con Sime esa mañana cuando recibió la noticia. Tiene un teletipo en la oficina (siempre quiere ser el primero en saberlo todo) y cuando vio el nombre de ella en la cinta se puso blanco como una sábana, por compararlo con algo. Se encerró en su baño privado y no salió durante una hora. Cuando finalmente lo hizo simuló estar alterado por

la bebida. Estaba alterado. No es el mismo desde que murió esa chica. ¿Cómo se llamaba? —trató, sin éxito, de chasquear los dedos —. Gabrielle algo.

—Me parece recordar algo del caso. ¿No era ella un tanto joven para él?

—Diablos, él está en esa edad en que les gustan realmente las jóvenes. No es que Sime sea tan viejo. El año pasado comenzó a encanecer y fue por causa de la muerte de la muchacha.

—¿Estás seguro de eso?

—Seguro que estoy seguro. Los vi juntos un par de veces esa primavera y tengo rayos X en los ojos: es una de las ventajas de ser escritor.

—¿Dónde los viste?

—Por aquí y una vez en Las Vegas. Estaban tumbados junto a la piscina de uno de los grandes hoteles, fumando el mismo cigarrillo —miró el extremo encendido de su propio cigarrillo y lo arrojó girando al agua—. Tal vez no debería contar estos chismes, pero no vas a repetir lo que te cuente y de todos modos es una vieja historia. Salvo que sigue haciendo esta disparatada parodia de salvar vidas. Está reconstruyendo su muerte, ves, tratando de salvarla. Pero, por favor, fíjate que lo hace en una piscina de agua caliente.

—Esa es la idea, sin duda.

—Sí, pero tiene sentido —dijo con cierto fanatismo—. Hace años que lo vengo observando, como quien observa las moscas en la pared y lo *conozco*. Puedo leer en él como en un libro abierto.

—¿Quién escribió el libro? ¿Freud?

Sammy no parecía oírme. Su mirada se había alejado hacia el extremo más alejado de la piscina, donde Graff estaba posando para los fotógrafos, con algunas de las muchachas. Me pregunté por qué la gente de cine nunca se cansaba de fotografiarse.

Sammy dijo:

—Llámame Edipo, si quieres. Odio de veras a ese desgraciado.

—¿Qué mal te ha hecho?

—Es lo que le hace a Flaubert. Estoy escribiendo el guión de Cartago, versión número seis, y siempre tengo a Sime Graff respirando sobre mi nuca —su voz cambió—. Matho es nuestro protagonista joven, no podemos permitir que se nos muera. Tenemos que mantenerlo vivo para la chica, eso es fundamental. Ya lo tengo. Ya lo tengo. Ella lo cuida hasta que se cura, después que lo hacen trizas, ¿qué tal? No perdemos nada con ese truco y en cambio le damos más corazón, el toque de corazón. Salambó lo rehabilita, ¿ves? El muchacho era medio revolucionario antes, pero la influencia de una mujer buena lo salva de sí mismo. Termina con los bárbaros por ella. La chica lo mira desde cuarenta metros de distancia. Se abrazan. Se casan —Sammy retomó su propia voz—. ¿Leíste *Salambó*?

—Hace mucho, una traducción. No recuerdo la historia.

—Entonces no puedes saber de lo que estoy hablando. *Salambó* es una tragedia, su tema es la separación. Y entonces Sime Graff me dice que le agregue un final feliz. Y lo escribo así. Cristo —dijo en tono de sorpresa—, así es como lo he escrito. ¿Por qué me haré eso a mí mismo y a Flaubert? Sentía adoración por Flaubert.

—¿Dinero? —dije.

—Sí. Dinero. Dinero —repitió la palabra varias veces con diferentes inflexiones. Parecía encontrarle nuevos matices, sutiles significados ebrios y personales que le llenaban de lágrimas la voz. Pero estaba demasiado expuesto y frágil para soportar la emoción. Se dio una palmada en la frente y rió ahogadamente—: Bien, no vale la pena llorar sobre sangre derramada. ¿Quieres un trago, Lew? ¿Quieres un trago de Danziger Goldwasser, precisamente?

—Dentro de un momento. ¿Conoces a una muchacha llamada Hester Campbell? —La he visto por ahí.

—¿Últimamente?

—No. Últimamente no.

—¿Sabes qué relación puede tener con Graff?

—No, no lo sé —me contestó cortante. El tema le molestaba y se refugió en un tono burlón—: Nadie me dice nada, sólo soy un

mensajero intelectual. Un ineficaz, ineficaz mensajero intelectual. Hasta la vista —empezó a cantar con velada voz de tenor una melodía improvisada—: «Es tan censurable, pero tan indispensable, todo lo hace comprensible, es mi felicidad». Ese intelectual, tan ineficaz, mas, oh, tan sexual, mensajero intelectual, cuyo mérito no se puede desmerecer… ¿Captaste ese elegante «cuyo»?

—Lo capté.

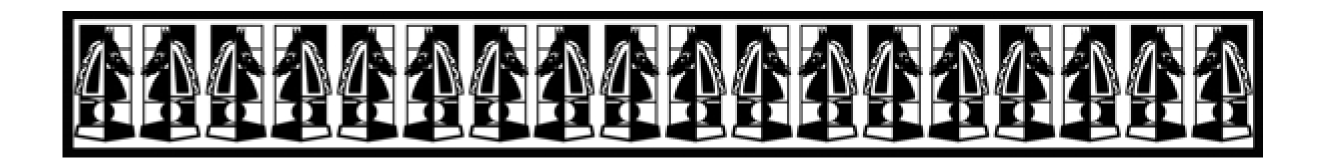
—Esa es la marca del genio, muchacho. ¿Te dije alguna vez que yo era un genio? Tenía un cociente intelectual de 183 cuando iba al colegio de secundaria en Galena, Illinois —su frente se arrugó—. ¿Qué pasa siempre conmigo? ¿Qué pasó? Me gustaba la gente, ¡demonios! Tenía talento. No supe lo que valía eso. Vine aquí para divertirme, por seguir el juego… Siete cincuenta por semana por barajar palabras. Después resultó que no era un juego. Es para siempre, es tu vida, la única que tienes. Y Sime Graff te tiene por la nariz y no te manejas más desde dentro. Dejas de ser tú mismo.

—¿Quién eres, Sam?

—Ese es mi problema —se rió y casi se ahoga—. Tuve una visión de mí mismo la semana pasada, la vi clara como en una película. Película es una mala palabra, pero déjala pasar. Era un conejo que cruzaba corriendo un desierto. Visto desde atrás —se rió y tosió nuevamente—. Un maldito conejo de cola blanca cruzando a toda velocidad el gran desierto norteamericano.

—¿Quién te perseguía?

—No sé —dijo con una sonrisa torcida—. Me dio miedo mirar.



18

GRAFF SE ACERCÓ a nosotros pavoneándose por el borde de la piscina, arrastrando su gorjeante harem y sus eunucos. No tenía ganas de hablar con él y me volví de espaldas hasta que pasó. Sammy estaba bostezando con hostilidad.

—De veras necesito un trago —dijo—. Mis ojos están enfocando. ¿Qué tal si vamos juntos al bar?

—Más tarde, quizá.

—Te veré. No repitas a nadie lo que te conté.

Le prometí que no lo haría y Sammy se alejó hacia las luces y la música. En ese momento no había nadie en la piscina, a excepción de su vigilante negro, que se movía bajo el trampolín. Vino corriendo en mi dirección, con los brazos cargados de toallas usadas, y las llevó a un cuarto iluminado al final de la hilera de cabañas.

Me acerqué y golpeé la puerta abierta. El vigilante se volvió desde un saco de lona donde había dejado caer las toallas. Vestía ropas de atleta de color gris con las palabras *Channel Club* sobre el pecho.

—¿En qué puedo servirle?

—En nada, gracias. ¿Cómo están los peces tropicales?

Me dirigió una fugaz sonrisa de reconocimiento.

—No hay problemas de peces tropicales esta noche. Solamente problemas de gente. Siempre hay problemas de gente. ¿Por qué

quieren nadar en una noche como esta? Supongo que es por la bebida. ¡La forma en que la hace bajar es una revelación!

—Hablando de hacerla bajar, tu jefe parece un especialista.

—¿El señor Bassett? Sí, bebe como una esponja últimamente, desde que murió su madre. Como una verdadera esponja. Estaba muy apegado a su madre —la cara negra estaba lisa y floja pero los ojos eran sardónicos—. Me dijo que era la única mujer a quien había querido.

—Bravo por él. ¿Sabes dónde está el señor Bassett ahora?

—Circulando —revolvió al aire con un dedo—. Circulando por todas las fiestas. ¿Quiere que se lo busque?

—Ahora no, gracias. ¿Conoces a Tony Torres?

—Lo conozco bien. Trabajamos juntos muchos años.

—¿Y a su hija?

—Un poco —dijo en guardia—. También trabajó aquí.

—¿Tony andará todavía por ahí? No está en el portón.

—No. Se retira de noche, haya o no fiesta. Su suplente no apareció esta noche. Tal vez el señor Bassett se olvidó de llamarlo.

—¿Dónde vive Tony? ¿Lo sabes?

—¡Cómo para no saberlo! Vive prácticamente bajo sus pies. Tiene una habitación al lado del cuarto de la caldera, se mudó allí el año pasado. Tenía mucho frío de noche, me dijo.

—¿Muéstramelo, quieres?

No se movió, excepto para mirar su reloj de pulsera.

—Es la una y media. No querrá despertarlo en mitad de la noche.

—Sí —dije—, quiero.

Se encogió de hombros y me llevó a lo largo de un pasillo cargado del olor jabonoso de las duchas, por un tramo de escalones de hormigón, hacia un ambiente de invernáculo, a través de un secadero en el que los trajes de baño colgaban en perchas de madera como serpientes desolladas, entre dos grandes calderas que calentaban la piscina y los edificios. Detrás de éstas habían levantado un cuarto dentro de otro cuarto, de madera terciada de dos por cuatro.

—Tony vive aquí porque quiere —dijo el vigilante, un tanto defensivamente—. No quiere vivir más en su casa de la playa, la tiene alquilada. No desearía que lo despertara. Tony es un hombre viejo, necesita descansar.

Pero Tony estaba despierto. Sus pies descalzos se deslizaron por el suelo. Se encendió una luz, iluminando las grietas de las paredes de madera terciada y enmarcando la puerta. Tony la abrió y nos miró parpadeando, un anciano de vientre abultado, con larga ropa interior y un relicario colgado al cuello.

—Lamento sacarlo de la cama. Me gustaría hablar con usted.

—¿Sobre qué? ¿Qué pasa? —se rascó la cabeza despeinada, canosa.

—Nada malo —sólo dos asesinatos en su familia, sobre uno de los cuales yo no debería saber nada—. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto que sí. Dicho sea de paso, estaba pensando que me gustaría hablar con usted.

Empujó la puerta para abrirla del todo y se echó a un lado con un gesto casi cortesano.

—¿Entras, Joe?

—Tengo que volver arriba —dijo el vigilante.

Le di las gracias y entré. La habitación era calurosa y pequeña, iluminada por una bombilla desnuda al final de un cable de prolongación. Nunca había visto una celda de monje, pero este cuarto probablemente podía haber hecho las veces de una. Una cómoda con barniz de roble, un catre de hierro, una silla de cocina, un armario de cartón sin puerta, que contenía un traje de sarga azul, una chaqueta de cuero y un uniforme limpio. El catre estaba cubierto con desteñidas sábanas de franela celeste y una vieja maleta con cerraduras de bronce, sobresalía de debajo. Dos retratos compartían la pared a la cabecera de la cama. Una era una fotografía de estudio coloreada a mano, de una bonita muchacha de ojos oscuros, con un vestido blanco que parecía el de graduación de la escuela secundaria. El otro era una Virgen en cuatro colores, que sostenía un corazón ardiente en la mano extendida.

Tony me señaló la silla de cocina y se sentó sobre la cama. Rascándose otra vez la cabeza, miraba el suelo con ojos tan impasibles como la antracita. Los grandes nudillos de su mano derecha estaban apretados e hinchados.

—Sí, he estado pensando —repitió— todo el día y la mitad de la noche. Usted es detective, dice el señor Bassett.

—Privado.

—Sí, privado. Así los quiero. Esos polis del condado, ¿quién puede tener confianza en ellos? Andan corriendo en sus bonitos autos arrestando a la gente por no tener luces atrás o por tirar una lata de cerveza en la cuneta de la carretera. Cuando pasa algo malo de verdad, nunca están allí.

—Generalmente están, Tony.

—Tal vez. He visto algunas cosas curiosas en mis tiempos. Como lo que pasó el año pasado, en mi propia familia.

Su cabeza giró lentamente hacia la izquierda, bajo una presión intangible pero irresistible, hasta que quedó mirando a la joven del vestido blanco.

—Supongo que habrá oído hablar de Gabrielle, mi hija.

—Sí, he oído hablar.

—La encontré en la playa con varios disparos en el cuerpo. El 21 de marzo del año pasado. Estuvo fuera toda la noche, se suponía que en casa de una amiga. La encontré por la mañana, dieciocho años, mi única hija.

—Lo siento.

Su mirada negra me examinaba la cara, midiendo la profundidad de mi compasión. Su ancha boca estaba distorsionada por el dolor de decir la verdad:

—No me estoy quejando. Fue culpa mía, lo veía venir. ¿Cómo podía criarla solo? ¿Una chica sin madre? ¿Una chica guapa? —otra vez su mirada giró noventa grados y volvió a mí—. ¿Cómo podía decirle lo que tenía que hacer?

—¿Qué le pasó a su mujer, Tony?

—¿Mi mujer? —la pregunta lo sorprendió. Tuvo que pensar un momento.

—Se fue de mi lado. Hace muchos años de eso. Se fue con un hombre, lo último que supe es que estaba en Seattle, siempre loca por los hombres. Mi Gabrielle salió a ella, creo. Fui a la Sociedad Católica de Beneficencia, a preguntar qué debía hacer, mi hija escapaba a mi control como una yegua alzada… No le dije eso al Padre, esas palabras. El Padre me dijo que la metiera en un colegio de monjas, pero era demasiado dinero. Demasiado dinero para salvar la vida de mi hija. Muy bien, me guardé el dinero. Tengo el dinero en el Banco y no tengo en quién gastarlo.

Se volvió y le dijo a la Virgen:

—Soy un sucio viejo idiota.

—No se puede vivir la vida de ellos, Tony.

—No. Lo que pude haber hecho, podía haberla mantenido encerrada con una buena gente que la cuidaran. Podía haber mantenido a Manuel lejos de mi casa.

—¿Tuvo algo que ver con su muerte?

—Manuel estaba en la cárcel cuando ocurrió. Pero fue quien la echó a rodar. No me di cuenta durante mucho tiempo: le enseñó a mentirme, a decir que había estado en un partido de *basquet* en el colegio, o nadando, o que había pasado la noche con una amiga. Siempre andaba dando vueltas en motocicletas por Oxnard, aprendiendo a ser una puerca… —su boca se cerró firmemente sobre la palabra no pronunciada.

Después de una pausa, prosiguió con más calma:

—Esa chica que vi con Manuel en Venice Speedway, la del convertible, Hester Campbell. Con ella se suponía que Gabrielle iba a pasar la noche, la noche que la mataron. Luego viene usted aquí esta mañana, preguntando por Manuel. Me hizo pensar, sobre quién la habrá matado. Manuel y la rubia, ¿por qué andan juntos, me lo puede decir?

—Más tarde tal vez pueda. Dígame, Tony, ¿todo lo que ha hecho es pensar?

—¿Eh?

—¿Salió del *club* hoy o esta noche? ¿Ha visto a su sobrino Manuel?

—No. No a las dos preguntas.

—¿Cuántas pistolas tiene?

—Sólo una.

—¿Qué calibre?

—Un revólver Colt cuarenta y cinco —su mente tenía una sola pista y estaba demasiado preocupada para captar la relación—. Aquí.

Buscó detrás de la almohada aplastada y me entregó su revólver. Su recámara estaba llena y no mostraba signos de haber sido disparada recientemente. De todos modos, las cápsulas que había hallado junto al cadáver de su sobrino eran de calibre mediano, probablemente treinta y dos. Sopesé el Colt.

—Bonita arma.

—Sí. Pertenece al *club*. Tengo permiso para llevarla —se la devolví. Apuntó al suelo mirando a lo largo del cañón. Habló en una voz muy vieja, seca, asexuada, terrible—: Si alguna vez llego a saber quién la mató, recibirá esto. No voy a esperar que los tramposos policías me hagan el trabajo —se inclinó hacia delante y me golpeó el brazo con el cañón muy suavemente—: Usted es detective; encuéntreme al que me mató a mi hija, le daré todo lo que tengo. El dinero en el Banco, más de mil dólares, *ahorro* dinero estos días. Una propiedad alquilada en la playa, la hipoteca está pagada.

—Consérvela así. Y guarde su pistola, Tony.

—Estuve en la artillería durante la primera guerra mundial. Sé manejar armas.

—Demuéstrelo. Demasiada gente sacaría provecho de ello si me hiciera matar en un accidente con armas de fuego.

Deslizó el revólver debajo de la almohada y se puso de pie.

—Es demasiado tarde, ¿eh? Casi dos años, un tiempo muy largo. No está interesado en búsquedas inútiles, tiene otras cosas que hacer.

—Estoy muy interesado. En realidad por eso quería hablarle.

—¿Es lo que llaman una coincidencia, eh? —estaba muy orgulloso del término.

—No creo mucho en las coincidencias. Si uno busca el origen generalmente tienen un significado. Estoy casi seguro de que ésta lo tiene.

—¿Quiere decir —dijo lentamente— Gabrielle, Manuel y la rubia de Manuel?

—Y usted y otras cosas. Todas encajan.

—¿Otras cosas?

—No las vamos a analizar ahora. ¿Qué le dijo la Policía en marzo?

—No había pruebas, dijeron. Anduvieron revolviendo por aquí unos días y cerraron el caso. Dijeron que había sido algún ladrón, pero no sé. ¿Qué ladrón va a matar a una chica por setenta dólares y cinco centavos?

—¿Fue violada?

Algo como polvo apareció en la superficie de sus ojos de antracita. Los músculos abultaban en su cara como nueces de varios tamaños en una bolsa de cuero, alterando su forma. Divisé la pasión de gallo de pelea que lo había sostenido durante seis *rounds* contra Armstrong en la vejez de sus piernas.

—No hubo violación —dijo dificultosamente—. El doctor en la autopsia dijo que un hombre había estado con ella en algún momento de la noche. No quiero hablar de eso. Tome.

Se agachó y sacó la maleta de debajo de la cama, la abrió violentamente, revolvió bajo una pila de camisas revueltas. Se levantó respirando fuertemente, con una revista manoseada en las manos.

—Tome —dijo con brusquedad—. Lea esto.

Era una revista de crímenes de la vida real, de portada sensacionalista y la abrió por en medio, en un artículo titulado «El asesinato de la virgen violada». Era una relación del asesinato de Gabrielle Torres, ilustrada con fotografías de ella y de su padre, una de las cuales era una reproducción borrosa de la que estaba en la

pared. Tony aparecía hablando con un policía vestido de civil, identificado en el pie como el comisario Theodore Marfeld. Marfeld había envejecido desde marzo del año anterior.

La narración comenzaba:

«Era una embalsamada noche primaveral en la playa de Malibú, el alegre campo de juegos de la capital del cine. Pero el cálido viento tropical que batía las olas hacia la costa resultaba de alguna manera amenazador a Tony Torres, exboxeador de peso ligero y actual guardián del exclusivo *Channel Club*. No se alteraba fácilmente después de tantos años entre las cuerdas, pero esta noche Tony estaba desesperadamente preocupado por su alegre hija adolescente, Gabrielle.

»¿Qué la retrasaría? Se preguntaba Tony una y otra vez. Le había prometido regresar a medianoche. Eran las tres de la mañana… Ahora las cuatro, y no llegaba. El despertador barato de Tony marcaba los minutos sin remordimientos. Las olas que tronaban en la playa bajo su modesta casa de la costa sonaban en sus oídos como el eco de la voz del propio destino…».

Perdí la paciencia con las frases estereotipadas y el exceso de palabras, índice seguro de que el cronista no había tenido mucho que decir. Así era. El resto de la narración, a la que eché un vistazo rápido, sugería mucho bajo un velo de prosa pseudopoética, en base a unos pocos hechos.

Gabrielle tenía mala reputación. Había habido hombres anónimos en su vida. Su cuerpo al ser encontrado contenía semen y dos balas. La primera había causado una herida superficial en su muslo. Había sangrado considerablemente. La contradicción era que habían transcurrido varios minutos entre el disparo de la primera y el de la segunda balas.

La segunda bala había penetrado en la espalda, buscando su salida a través de las costillas y deteniéndola el corazón.

Ambas balas eran del veintidós y habían sido disparadas por el mismo revólver de cañón largo, imposible de localizar. Eso era lo que habían dicho los expertos en balística. Theodore Marfeld había dicho (sus palabras concluían el artículo): «Nuestras hijas deben ser protegidas. Voy a esclarecer este hediondo crimen aunque me lleve el resto de mi vida. Por el momento, no tengo pistas definidas».

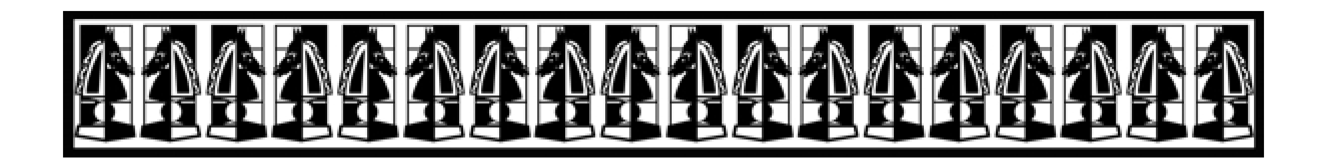
Alcé la mirada hacia Tony:

—Buen tipo, Marfeld.

—Sí —había oído la ironía—. Lo conoce, ¿eh?

—Lo conozco.

Me puse de pie. Tony me quitó la revista de las manos, la arrojó en la maleta y de un puntapié la metió bajo la cama. Alcanzó el interruptor que controlaba la luz y de un manotazo hundió el acongojado cuarto en la oscuridad.



19

FUI AL PISO SUPERIOR y a lo largo de una galería llegué a la oficina de Bassett. Todavía no estaba él allí. Fui a buscar un trago. Bajo el techo medio plegado del gran patio interior, los bailarines se deslizaban por las baldosas enceradas, al compás de una orquesta diezmada. JEREMY CRANE Y SUS ALEGRES MUCHACHOS, proclamaba un cartel en el tambor.

Las miradas tristes de los músicos resbalaban por sus narices hacia las parejas que se divertían. Estaba tocando diestramente al melancólico Gershwin: «Alguien que me cuide».

Mi amiga campeona de salto, la de las caderas que no se movían, estaba bailando con un individuo del tipo solterón perenne aficionado a la fotografía. Los brillantes de ella refulgían sobre el delgado hombro de él. No le gustó cuando los interrumpí, pero se alejó cortésmente.

Llevaba un vestido con rayas de tigre de profundo escote y falda acampanada, que no le sentaba bien. Su baile era un tanto felino. Se precipitaba de un lado a otro como si estuviera acostumbrada a guiar. Nuestro baile resultó cortésmente intenso, como una lucha entre aficionados, sin desperdiciar aliento en palabras. Cuando acabó dije:

—Me llamo Lew Archer. ¿Puedo hablar con usted?

—¿Por qué no?

Nos sentamos ante una de varias mesas de mármol, separadas de la piscina por un cristal. Dije:

—Permítame ir a buscar un trago.

—Gracias. No bebo. Usted no es socio y no es de los habituales de Sime Graff. Déjeme adivinar —se tocó con los dedos el mentón afilado y sus brillantes refulgieron—. ¿Periodista?

Adivine otra vez.

—¿Policía?

—¿Es muy sutil o soy muy evidente?

Me observó con los ojos entrecerrados y sonrió ligeramente.

—No, no diría que es evidente. Sólo que antes me preguntó algo sobre Hester Campbell y me hizo pensar que podía ser policía.

—No sigo su razonamiento.

—¿No? Entonces, ¿por qué está interesado por ella?

—Me temo que no puedo decírselo. Mis labios están sellados.

—Los míos, no —dijo ella—. Dígame, ¿para qué la busca? ¿Por robo?

—No dije que la estuviera buscando.

—Entonces debería hacerlo. Es una ladrona, ¿sabe? —su sonrisa tenía un dejo cortante—. Me robó. Dejé mi monedero en el vestuario de mi cabaña un día del verano pasado. Era por la mañana temprano, así que no había nadie más que los empleados y no me molesté en echar la llave. Hice unos saltos, me di una ducha y cuando me fui a vestir, el monedero había desaparecido.

—¿Cómo sabe que ella lo tomó?

—No hay ninguna duda de que fue ella. La vi escabullirse por el corredor del cuarto de duchas justo antes de descubrir que había desaparecido. Llevaba algo envuelto en una toalla en la mano y tenía una sonrisa de culpabilidad en la cara. No me pudo engañar ni por un momento. Más tarde me acerqué a ella y le pregunté a quemarropa si lo tenía. Por supuesto que lo negó, pero podía ver la mirada burlona de sus ojos.

—Una mirada burlona es poca prueba.

—Oh, no sólo fue eso. Otros socios también sufrieron pérdidas y siempre coincidían con la presencia de la señorita Campbell. Sé que parece que tengo prejuicios, pero en realidad no es así. Hice todo lo posible por ayudarla, ¿sabe? Durante un tiempo la consideré casi como una protegida. Así que me dolió bastante cuando la sorprendí robándome. Había más de cien dólares en el monedero y mi documentación y las llaves, que tuve que reponer.

—Dice que la sorprendió.

—Lo hice moralmente. Por supuesto no admitió nada. Entre tanto había escondido el monedero en alguna parte.

—¿Denunció el robo? —mi voz era más dura de lo que hubiera querido.

Tamborileó sobre la mesa con sus dedos romos.

—Debo decirle que no esperaba un interrogatorio como éste. Le estoy dando información voluntariamente y sin malicia. No entiende. *Apreciaba* a Hester. Había tenido mala suerte de pequeña y me daba lástima.

—Así que no la denunció.

—No, no lo hice ante las autoridades. Pero se lo comenté al señor Bassett, lo cual no sirvió para nada. Lo tenía totalmente enceguecido. Simplemente no podía creer que ella hiciera algo malo… Hasta que le sucedió a él mismo.

—¿Qué le sucedió?

—Hester también le robó —dijo con cierta complacencia—. Es decir, no podría jurar que fuera ella, pero estoy moralmente segura de que sí. La señorita Hamblin, su secretaria, es amiga mía y me cuenta cosas que se dicen. Él estaba muy alterado el día en que ella se fue —se inclinó hacia mí sobre la mesa: me dejaba ver sus costillas entre sus pechos—. Y la señorita Hamblin dijo que cambió la combinación de su caja fuerte ese mismo día.

—Todo esto está bastante en el aire. ¿Denunció él un robo?

—Por supuesto que no. Nunca le dijo una palabra a nadie. Estaba demasiado avergonzado de haber sido engañado por ella.

—¿Y usted tampoco le ha dicho nunca una palabra a nadie?

—Hasta ahora.

—¿Por qué lo saca a relucir ahora?

Permaneció silenciosa, salvo por el tamborilear de sus dedos. La parte inferior de su cara tenía una expresión sombría y densa. Había alejado la cara de la fuente de luz y no podía ver sus ojos.

—Usted me lo preguntó.

—No le pregunté nada específico.

—Habla como si fuera amigo de ella, ¿lo es?

—¿Lo es *usted*?

Se cubrió la boca con la mano, de manera que su cara quedaba oculta, y murmuró detrás de ella:

—Creía que era mi amiga. Podría haberle perdonado hasta lo del monedero. Pero la vi la semana pasada en la tienda de Myrin. Me acerqué, dispuesta a olvidar lo pasado, pero me ignoró. Hizo como que no me conocía —su voz se tomó profunda y dura y la mano que tenía delante de la boca se hizo un puño—. Así que pensé que si de pronto era rica como para comprarse ropa en la tienda de Myrin, lo menos que podía hacer era devolverme mis cien dólares.

—Necesita el dinero, ¿no?

Su puño rechazó la sugerencia, fieramente, como si la hubiera acusado de tener una debilidad moral o una enfermedad física.

—Por supuesto que no necesito el dinero. Es una cuestión de principios —después de pensar un momento, agregó—: No le gusto ni un poco, ¿verdad?

Había esperado la pregunta y no tenía una respuesta preparada. Ella tenía la peculiar combinación de fuerza y malicia que se encuentra tan a menudo en las mujeres ricas y solteras.

—Usted es rica —dije— y yo no, y no puedo olvidar la diferencia. ¿Importa?

—Sí, importa. Usted no comprende —sus ojos emergieron de la sombra y su pecho se apoyó violentamente contra el borde de la mesa—. No es tanto por el dinero. Sólo que creía que Hester me *apreciaba*. Creía que era una verdadera amiga. Le enseñé a tirarse,

le permitía usar la piscina de mi padre. Hasta di una fiesta para ella una vez: una fiesta de cumpleaños.

—¿Cuántos años cumplía?

—Dieciocho. Entonces era la chica más bonita del mundo y la más simpática. No entiendo, ¿dónde se fue su simpatía?

—Eso le ocurre a mucha gente.

—¿Es una indirecta por mí?

—Por mí —dije—. Por todos nosotros. Tal vez sea el polvo atómico o algo así.

Como estaba necesitando un trago más que nunca, le di las gracias, me excusé y me abrí camino hacia el bar. Un mostrador curvo de caoba ocupaba un extremo. Las otras paredes estaban decoradas con murales de fauvistas de Hollywood. La gran habitación contenía varias docenas de parejas surtidas, intercambiando los insultos propios de esa alta hora de la noche y pidiendo bebidas a gritos a los camareros filipinos. Había actrices de aspecto barnizado e insensible, y futuras actrices de aspecto expectante; ejecutivos jóvenes compitiendo diligentemente entre sí con sus perfiles; mientras sus mujeres se observaban sonrientes unas a otras; y otros tipos así.

Me senté a la barra entre desconocidos, le extraje un *whisky* con agua a uno de los filipinos de chaqueta blanca y escuché a la gente. Era gente de cine, pero gran parte de su conversación era sobre televisión. Hablaban de medios de comunicación, de la lista negra, del *gancho*, del pago por la segunda exhibición, de quién tenía dinero para películas piloto y de lo que habían dicho sus agentes. Dentro de su ruidosa charla se traslucía una sensación de suspenso. Algunos parecían esforzarse por oír el ruido de una opción al caer. Sus ojos conocían los preestrenos de ese alba gris y temblorosa como una postborrachera, cuando las hipotecas vencen al mismo tiempo y las opciones se derriten como nieve.

El hombre que estaba a mi derecha parecía un viejo actor y hablaba como un director, quizá era un actor convertido en director. Estaba explicando algo a una rubia de voz de rana:

—Significa que te está pasando a ti, ¿ves? Estás enamorada de la chica o del muchacho, como sea el caso. No estás actuando para la chica en la pantalla, sino para ti.

—Simpatía, su simpatía —dijo ella croando plácidamente—. ¿Por qué no llamarlo sexo, simplemente?

—No es sexo. Incluye el sexo.

—Entonces lo apoyo. Apoyo cualquier cosa que incluya al sexo. Esa es mi filosofía personal de la vida.

—¡Y qué buena filosofía! —dijo otro hombre—. Sexo y televisión son el opio de los pueblos.

—Creía que la marihuana era el opio de la gente.

—La marihuana es la *marihuana* de la gente.

Había una chica a mi izquierda. Alcancé a divisar su perfil, joven y bonito y liso como el cristal. Estaba hablando ansiosamente con un hombre sentado a su lado, un payaso maduro que había visto en veinte películas.

—Dijiste que me ibas a ayudar si caía —dijo ella.

—Me sentía más fuerte entonces.

—Dijiste que te casarías conmigo si sucediera alguna vez.

—Eres lo bastante inteligente como para no tomarme en serio. Estoy atrasado dos años en el pago de los alimentos.

—Eres muy romántico, ¿no?

—Eso es decirlo con suavidad, querida. Sin embargo, tengo algún sentido de la responsabilidad. Hare lo que pueda por ti, te daré un número telefónico. Y puedes decirle que me mande la cuenta.

—No quiero tu sucio número de teléfono. No quiero tu sucio dinero.

—Sé razonable. Considéralo como un tumor o algo así… Si es que realmente existe. ¿Otra copa?

—De cianuro —dijo ella sombríamente.

—¿Con hielo?

Dejé la mitad de mi copa. Necesitaba aire. Ante una de las mesas del patio, bajo la sombra dentada de un bananero, estaban sentados Simon Graff y su mujer. Su pelo gris estaba todavía oscuro y liso por

la ducha. Vestía *smoking*, una camisa rosa y una faja roja. Ella tenía un abrigo de visón azul sobre un vestido negro con dibujos dorados, pasado de moda. La cara de él aparecía bronceada y afilada mientras hablaba. A ella no le podía ver la cara. Estaba mirando a través del cristal hacia la piscina.

Tenía un micrófono de contacto en el auto y fui al estacionamiento a buscarlo. Había menos automóviles que antes y se había agregado uno: el Sedán de Carl Stern. Tenía una licencia de auto alquilado sin chófer. No perdí tiempo revisándolo.

Graff seguía hablando cuando regresé al borde de la piscina. Había quedado abandonada, pero pequeñas ondas bañaban los lados, brillantes a la luz subacuática. Oculto a la vista de Graff por el bananero, acerqué una silla contra la mampara y apreté el micrófono al cristal. El truco había dado resultado antes y lo dio ahora. El hombre estaba diciendo:

—Oh, sí, todo es culpa mía, soy tu *bête noire* personal y lo lamento profundamente.

—Por favor, Simon.

—Simon, ¿qué? No hay ningún Simon aquí. Yo soy Mefistófeles Bête Noire, el famoso marido infernal. ¡No! —su voz se levantó agudamente sobre la palabra—. Piensa un momento Isobel, si aún tienes cabeza con qué pensar. Piensa en lo que he hecho por ti, en lo que he soportado y sigo soportando. Piensa dónde estarías si no fuera por mi apoyo.

—¿Es esto apoyo?

—No discutiremos. Sé lo que quieres. Conozco tu intención al atacarme —su voz era lisa como manteca salada con lágrimas—. Has sufrido y quieres que sufra. Me niego a sufrir. No puedes hacerme sufrir.

—Dios te maldiga —dijo ella en un murmullo susurrante.

—Que Dios me maldiga, ¿eh? ¿Cuántas copas has tomado?

—Cinco, diez o doce, ¿qué importa?

—Sabes que no puedes beber, que el alcohol es la muerte para ti. ¿Debo llamar al doctor Frey para que te encierren de nuevo?

—¡No! —estaba asustada—. No estoy borracha.

—Por supuesto que no. Eres la sobriedad personificada. Eres la muchacha ideal de la Unión de Templanza de las Mujeres Cristianas, *mens sana in corpore sana*. Pero déjame que te diga una cosa, señora Sobriedad. No vas a estropearme la fiesta, de ninguna manera. Si no puedes o no quieres hacer de anfitriona, te tendrás que ir, Toko te llevará.

—Dile a *ella* que sea tu anfitriona, ¿por qué no lo haces?

—¿A quién? ¿De quién estás hablando?

—Hester Campbell —dijo ella—. No me digas que no la estás viendo.

—Por asuntos de negocios. La he visto por negocios. Si has contratado detectives, te arrepentirás…

—Yo no necesito detectives, tengo mis fuentes. ¿Le diste la casa por motivos de negocios? ¿Le compraste toda esa ropa por motivo de negocios?

—¿Qué sabes de la casa? ¿Has estado en esa casa?

—No te importa.

—Sí —la palabra silbó como el vapor que escapa de un sistema de presión sobrecargado—. Me importa. ¿Estuviste en esa casa hoy?

—Tal vez.

—Contéstame, loca.

—No puedes hablarme así —empezó a insultarlo en una voz baja y ronca. Sonaba como si algo se estuviera desgranando dentro de ella, permitiendo el nacimiento de una personalidad más violenta.

De pronto ella se levantó y la vi cruzar el patio en línea recta, moviéndose entre los bailarines como si fuesen fantasmas, criaturas de su mente. Su cadera chocó contra el marco de la puerta al entrar en el bar.

Salió en seguida, por otra puerta. Alcancé a divisar su cara a la luz de la piscina. Estaba blanca y asustada. Tal vez la gente la asustase. Rodeó el extremo menos profundo de la piscina,

repiqueteando sus tacones altos y entró en una cabaña del lado más alejado.

Me dirigí lentamente hacia el otro extremo de la piscina. El trampolín se erguía brillante contra un banco de niebla que ocultaba el mar. El extremo cercano al océano estaba rodeado por una gruesa alambrada. Desde un portón cerrado en la cerca, un tramo de escalones de hormigón descendía hasta la playa. Las mareas altas habían carcomido y destruido los últimos peldaños.

Me apoyé en el poste del portón y encendí un cigarrillo. Tuve que proteger con las manos el fósforo contra la ráfaga de aire frío que subía del agua. Esto y el cielo cargado sobre mi cabeza creaban la ilusión de que estaba en la proa de un barco lento que se dirigía hacia la oscuridad nebulosa.

20

DE ALGÚN LUGAR DETRÁS de mí surgió la aguda voz de una mujer. Una voz masculina contestó y la ahogó. Me volví y miré alrededor de la piscina brillante y desierta. Ambos se hallaban de pie muy cerca uno del otro, al margen oscilante de la luz, tan cerca que podían haber sido un solo cuerpo oscuro sin facciones. Estaban en el extremo más alejado de la galería, tal vez a trece metros de mí, pero sus voces me llegaban muy claramente a través del agua.

—¡No! —repetía ella—. Estás loco, yo no lo hice.

Crucé la galería y fui hacia ellos, manteniéndome en la sombra.

—Yo no soy el que está loco —decía el hombre—. Sabemos quién está loca, mi amor.

—Déjame. No me toques.

Conocía la voz de la mujer. Pertenecía a Isobel Graff. No pude identificar la del hombre. Decía:

—Perra. Perra infame. ¿Por qué lo hiciste? ¿Qué te hizo?

—No lo hice. ¡Déjame, basura! —y le dio otros nombres que reflejaban la ascendencia de él y el vocabulario de ella.

Él le contestó en una voz baja y borrosa que no reconocí. Tenía el acento del Lower East Side, como de una boca llena de bolitas. Ahora yo estaba lo bastante cerca como para reconocerlo. Carl Stern.

Dejó escapar un sonido felino, un quejido lloroso y le abofeteó la cara fuertemente, dos veces. Ella trató de alcanzarle la cara con los dedos como ganchos. Él la asió por las muñecas. El abrigo de visón resbaló de sus hombros y quedó tirado en el suelo de hormigón como un gran animal azul sin cabeza. Empecé a correr de puntillas.

Stern la arrojó lejos de sí. Golpeó sordamente contra la puerta de una cabaña y se apoyó contra la puerta. Estaba inclinado sobre ella, bajo y ancho, con su impermeable oscuro. La luz verdosa de la piscina ponía en su cabeza una cruel pátina bronceada.

—¿Por qué le mataste?

Ella abrió la boca, la cerró y la abrió, pero ningún sonido salió de ella. Su cara vuelta hacia arriba se parecía a una luna con sus cráteres. Se inclinó sobre ella con furia silenciosa, tan absorto en ella que no sabía que yo estaba allí, hasta que le pegué.

Le di con un hombro, le inmovilicé los brazos, le palpé los flancos en busca de armas. Estaba limpio en ese sentido. Corcoveaba y bufaba como un caballo, tratando de desprenderse de mí. Era casi tan fuerte como un caballo. Sus músculos crujían bajo mis manos. Me pateó las piernas, me pisoteó los dedos de los pies y trató de morderme el brazo.

Lo solté y, cuando se volvió, le golpeé un lado de la mandíbula con el puño derecho. No me gustan los hombres que muerden. Giró sobre sí mismo y cayó dándome la espalda. Su mano se metió bajo la pierna del pantalón. Se incorporó y giró en un solo movimiento. Sus ojos eran como cabezas de clavos negros, de los que pendía su cara macilenta. Una línea blanca le rodeaba la boca y dibujaba los bordes de las ventanillas negras de su nariz, que me miraban como otro par de ojos. Asomando del puño que mantenía en el centro de su cuerpo estaba la hoja de diez centímetros de la navaja que llevaba en la pierna.

—Guárdela, Stern.

—Le tallaré las tripas —su voz era aguda y raspante como el sonido del metal en una máquina.

No esperé a que se moviera. Le lancé un derechazo insidioso que explotó en su cara y lo hizo balancearse. Su quijada giró para recibir el gancho izquierdo que completaba la combinación y que acabó con Stern. Se balanceó unos segundos sobre sus pies, luego cayó sobre sí mismo. La navaja resonó y relampagueó sobre el hormigón. La recogí y la cerré.

Por la galería se acercaban pasos corriendo. Era Clarence Bassett, que respiraba rápidamente bajo su camisa almidonada.

—¿Qué diablos…?

—Pelea de gatos. Nada serio.

Ayudó a la señora Graff a ponerse de pie. Ella se apoyó contra la pared y se enderezó las medias torcidas. Él recogió su abrigo, lo cepilló cuidadosamente con la mano, como si el visón y la mujer fuesen igualmente importantes.

Carl Stern se incorporó con dificultad. Sus ojos opacos me dirigieron una mirada de odio.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Archer.

—Usted es el ojo, ¿eh?

—Soy el ojo que cree que no se debe pegar a las mujeres.

—Caballeresco, ¿eh? Se va a odiar a sí mismo por esto, Archer.

—No lo creo.

—Lo creo yo. Tengo muchos amigos. Tengo relaciones. Para usted, Los Ángeles se terminó, ¿sabe? Se terminó todo.

—Dígamelo por escrito, ¿quiere? Hace rato que quiero salir de este aire contaminado.

—Hablando de relaciones —le dijo Bassett tranquilamente a Stern—, usted no es socio de este *club*.

—Soy invitado de un socio. Y a usted también lo van a crucificar.

—Oh, sí. ¡Qué gracioso! ¿De qué socio es invitado?

—De Simon Graff. Quiero verlo. ¿Dónde está?

—No molestaremos al señor Graff ahora. Y si puedo sugerir algo, se está haciendo un poco tarde, más para unos que para otros. ¿No le parece que sería mejor que se fuera?

—No recibo órdenes de sirvientes.

—¿De veras que no? —la sonrisa de Bassett era una máscara dientuda que dejaba tristes sus ojos. Se volvió hacia mí.

Dije:

—¿Quiere que le peguen otra vez, Stern? Será un placer.

Stern me miró con fiereza durante un largo rato, con luces rojas bailándole en los ojos chatos. Las luces se apagaron. Y dijo:

—Muy bien. Me iré. Devuélvame mi navaja.

—Si me promete degollarse con ella.

Trató de enfurecerse otra vez, pero le faltaba energía. Parecía enfermo. Le arrojé la navaja cerrada. La tomó y se la metió en el bolsillo de la chaqueta, giró y se alejó hacia la entrada. Tropezó varias veces. Bassett marchaba tras él, a corta distancia, como un vigilante avizor.

La señora Graff estaba chapuceando con una llave en la puerta de la cabaña. Sus dedos temblaban, fuera de todo control. Le abrí la puerta y encendí la luz. Era indirecta e iluminaba desde cuatro costados un techo panzudo de red de pescar color marrón. La habitación estaba decorada en estilo Pacífico primitivo, con cortinas de varillas de bambú, alfombras de paja en el suelo, sillones y divanes de caña de la India. Hasta el bar del rincón era de caña. Junto a él, al fondo del cuarto, dos puertas persianas comunicaban con los cuartos de vestir. De las paredes pendían telas de tapa y reproducciones de Douanier Rousseau, con marcos de bambú.

La única nota discordante era un *poster* de Matisse litografiado en brillantes colores, propaganda de Niza. La señora Graff se detuvo delante de él y dijo sin dirigirse a nadie en particular:

—Tenemos una villa cerca de Niza. Fue el regalo de bodas de mi padre. Era todo para Simon en ese tiempo. Todo para mí, todos para uno —rió sin ninguna razón aparente—. Ahora ni siquiera quiere llevarme a Europa con él. Dice que siempre le causo problemas cuando nos vamos juntos. No es cierto, ni se me oye. Se va en sus vuelos transpolares y me deja pudrirme aquí de calor y de frío.

Se tomó la cabeza fuertemente con ambas manos, durante un largo rato. El pelo se le pegaba entre los dedos como plumas negras y desordenadas. El silencioso dolor que estaba luchando por dominar era más fuerte que un grito.

—¿Se siente bien, señora Graff?

Le toqué la espalda de visón azul. Me esquivó dando un paso hacia un lado. Se quitó el abrigo violentamente y lo arrojó sobre el diván. Su espalda y sus hombros eran deslumbrantes y su busto rebasaba la delantera de su vestido sin adornos, como crema batida. Sostenía su cuerpo con una especie de orgullo torpe mezclado con vergüenza, como una joven repentinamente consciente de su carne.

—¿Le gusta mi vestido? No es nuevo. Hace años y años que no voy a una fiesta. Simon nunca me lleva.

—Simon malo —dije—. ¿Se siente bien, señora Graff?

Me respondió con una brillante sonrisa de actriz que no concordaba con la rigidez de la parte superior de su cara, la desesperación de sus ojos:

—Estoy magníficamente bien. Magníficamente.

Para demostrarlo ejecutó un breve paso de baile, haciendo chasquear los dedos con los brazos rígidos. En sus antebrazos blancos estaban apareciendo moratones del tamaño y color de las uvas de Concord. Su baile era mecánico. Al dar un traspiés se le salió un zapato dorado. En vez de volver a ponérselo se quitó el otro de un tirón. Se sentó en uno de los taburetes del bar, moviendo los pies enfundados en las medias, apretando y frotando uno contra otro. Parecían dos animales ciegos de color piel, haciéndose furtivamente el amor bajo el círculo de su falda.

—Incidental —dijo— y accidentalmente, no le he dado las gracias. Gracias.

—¿Por qué?

—Por salvarme de un destino peor que la vida. Ese desgraciado traficante de drogas me podía haber matado. Es terriblemente fuerte, ¿no? —y agregó con resentimiento—. Se supone que no son fuertes.

—¿Quiénes? ¿Los traficantes de drogas?

—Los invertidos. Se supone que los invertidos son débiles. Así como que los fuertes son cobardes y que los griegos tienen restaurantes. Sin embargo, ese no es un buen ejemplo. Mi padre era griego, o por lo menos chipriota y, por Dios, tenía un restaurante en Newark, New Jersey. De las pequeñas bellotas crecen los grandes robles. Milagros de la ciencia moderna. De una cuchara grasienta en Newark a la abundancia y la decadencia en una fácil generación. Es el nuevo ritmo acelerado, automatizado.

Miró alrededor la habitación que le era ajena.

—Hubiera hecho bien en quedarme en Chipre, por Dios. ¿De qué me valió? Acabé en una sala de terapia haciendo cerámica y tejiendo alfombras como en una maldita industria casera. Sólo que les pago. Siempre soy la que pago.

Su contacto parecía haber mejorado, lo cual me alentó a decir:

—¿Siempre habla tan bien?

—¿Estoy hablando demasiado? —me ofreció otra vez la sonrisa brillante y desorganizada, como si su boca apenas pudiera contener sus dientes.

—¿Tiene algún sentido lo que digo, por el amor de Dios?

—De vez en cuando lo tiene, por el amor de Dios.

Su sonrisa se tomó ligeramente menos intensa y más real.

—Lo siento. A veces me da por hablar y las palabras me salen mal y no significan lo que quiero decir. Como en James Joyce, sólo que a mí me ocurre simplemente. ¿Sabe que su hija era *esquizo*? —no esperó una respuesta—. Así que a veces soy genial y a veces boba, según me dicen —extendió un brazo salpicado de hematomas —. Siéntese y tome una copa y cuénteme quién es *usted*.

—Archer —repitió pensativamente, pero no le interesaba. Su memoria se encendía y humeaba dentro de ella como un fuego expuesto a un viento variable—. Tampoco soy nadie en particular. Solía creer que lo era. Mi padre fue Peter Heliopoulos, por lo menos así se llamaba a sí mismo, su verdadero nombre era mucho más largo y complicado. Y yo era mucho más complicada también. Era la

princesa de la corona; mi madre me llamaba Princesa. Así que ahora… —su voz sonaba áspera y discordante—, así que ahora un traficante de drogas cualquiera, en Hollywood, puede tratarme como una basura y salirse con la suya. En tiempos de mi padre lo hubiera degollado vivo. Y mi marido, ¿qué hace? Hace negocios con él. Son carne y uña. Uñas encarnadas mentales.

—¿Se refiere a Carl Stern?

—¿A quién, si no?

—¿Qué clase de negocios hacen?

—Los que se hacen en Las Vegas: entre el juego y el infierno. Nunca voy allí; nunca voy a ninguna parte.

—¿Cómo sabe que es traficante?

—Yo misma le compré drogas cuando me quedé sin médicos. Las de envoltura amarilla y *dimerol* y esas pequeñas con la raya roja. Sin embargo, ahora salí de las drogas. Volví a la bebida otra vez. Es una de las cosas que le debo al doctor Frey —sus ojos se centraron en mi cara y dijo con impaciencia—. No se ha preparado una copa. Vaya y prepare una para usted y otra para mí.

—¿Le parece una buena idea, Isobel?

—No me hable como si fuera una niña. No estoy borracha. Puedo tolerar el alcohol —la sonrisa brillante atravesó su cara—. El único problema que tengo es que estoy algo chiflada. Pero no en este momento. Me sentí mal un instante, pero usted es muy sedante y tranquilizador, ¿no? Amablemente amable —se estaba burlando de sí misma.

—Nunca más —dije.

—Nunca más. Pero usted no se burlará de mí, ¿verdad? Me pongo tan loca a veces… Loca de furia, quiero decir…, cuando la gente menoscaba mi dignidad. Tal vez esté llegando a mi fin, no lo sé, pero aún no he despegado. En mi vuelo transpolar —agregó irónicamente— hacia el salvaje y negro más allá.

—Bravo por usted.

Asintió, congratulándose:

—Ese era uno de los geniales, ¿no es cierto? Sin embargo, no es verdad. Cuando sucede no es como volar, ni una llegada, ni una partida. La sensación de las cosas cambia, eso es todo, y no puedo distinguir entre yo y las otras cosas. Como cuando murió mi padre y lo vi en el ataúd y tuve mi primer colapso. Creía que yo estaba en el ataúd. Me sentía muerta, mi carne estaba fría. El líquido para embalsamar corría por mis venas y podía olerme. Estaba al mismo tiempo muerta en la caja y sentada en el banco de la Iglesia ortodoxa, llorando mi propia muerte. Y cuando lo enterraron, la tierra… podía oler la tierra que caía sobre el ataúd y luego me asfixiaba y no era la tierra.

Me tomó la mano y la retuvo, temblando.

—No me deje hablar tanto. Me hace daño. Casi me *fui*.

—¿A dónde se fue?

—A mi cuarto de vestir —dejó su mano y señaló una de las puertas de celosía—. Por un momento estuve allí, mirándonos a través de la puerta y escuchándome. *Por favor*, sírvame una copa. Me hace bien, de veras. *Whisky* con hielo.

Estuve moviéndome detrás del bar, sacando cubitos de la pequeña nevera beige y abriendo una botella de Johnnie Walker. Preparé un par de copas no muy fuertes. Me sentía más cómodo detrás del bar. La mujer me alteraba básicamente, de la misma manera en que puede alterarlo a uno ver a un niño morirse de hambre, un pájaro herido o un gato destemplado dando vueltas en círculos amarillos. Parecía estar al borde de un episodio psicótico. Además, parecía saberlo. Sentía miedo de decir algo que la empujase más allá del borde.

Alzó la copa. El temblor regular de su mano hacía que el líquido salpicara entre los cubitos de hielo. Como para demostrar su autocontrol, lo tomaba a sorbitos. Bebí el mío, apoyé el codo sobre la mesa de formica en la actitud del tabernero dispuesto a escuchar.

—¿Cuál era el problema, Isobel?

—¿Problema? ¿Se refiere a Carl Stern?

—Sí. Se puso bastante grosero.

—Me hizo daño —dijo sin lástima. El sabor del *whisky* había cambiado su estado de ánimo, así como el toque del ácido puede cambiar el color del papel de tornasol—. Dato médico interesante. Se me hacen hematomas muy fácilmente —mostró sus brazos—. Estoy segura de que todo mi cuerpo está cubierto de moretones.

—¿Por qué querrá Stern hacerle esto?

—La gente como él es sádica, por lo menos muchos lo son.

—¿Conoce a muchos?

—He conocido a unos cuantos. Por lo visto los atraigo ¡y no sé por qué! O quizá sepa por qué. Las mujeres como yo no esperamos demasiado. Yo no espero nada.

—¿Lance Leonard es uno de ellos?

—¿Cómo puedo saberlo? Supongo que sí. Apenas conocí al… apenas conocía a ese rufián.

—Era vigilante de la piscina aquí.

—No me meto con vigilantes —dijo ásperamente—. ¿Qué es esto? Creí que íbamos a ser amigos, creí que nos íbamos a divertir. Nunca me divierto.

—Nunca más.

No le pareció gracioso.

—Me encierran y me castigan, no es justo —dijo—. Hice una cosa terrible en mi vida y ahora me echan la culpa de todo lo que pasa. Stern es un embustero asqueroso. No toqué a su querido amiguito, ni siquiera sabía que estaba muerto. ¿Por qué habría de matarlo? Tengo bastante sobre mi conciencia.

—¿Por ejemplo?

Me atisbó la cara. La de ella estaba tiesa como una tabla.

—Por ejemplo, usted está tratando de sonsacarme algo, ¿no es así? Tratando de sonsacarme cosas.

—Sí, es cierto. ¿Qué cosa terrible hizo?

Algo especial le sucedió a su cara: uno de sus ojos se hizo pequeño y astuto, el otro duro y abierto. Del lado astuto, se levantó su labio superior y sus dientes blancos brillaron debajo de él. Dijo:

—Soy una niña mala, mala, mala. Los miré cuando lo hacían. Me paré detrás de la puerta y los observé. Milagros de la ciencia moderna. Yo estaba en el cuarto, detrás de la puerta.

—¿Qué hizo usted?

—Maté a mi madre.

—¿Cómo?

—Deseándolo —dijo astutamente—. Deseé que mi madre muriese. ¿Eso contesta a sus preguntas, señor interrogador? ¿Es psiquíatra? ¿Lo contrató Simon?

—La respuesta es no y no.

—También maté a mi padre. Le destrocé el corazón. ¿Quiere que le cuente mis otros crímenes? Es casi un decálogo. Envidia y malicia y orgullo y deseo y furia. Me sentaba en casa a planear su muerte, ahorcado, quemado, fusilado, ahogado, envenenado. Solía sentarme en casa a imaginármelo con ellas, las chicas con sus cuerpos, balanceando sus blancas piernas. Y me sentaba en casa y trataba de hacerme amigos. Nunca resultaba. Estaban exhaustos por el calor o el frío o si no los asustaba. Uno de ellos me dijo que yo era quien los espantaba, el pequeño piojo invertido. Se tomaban mis bebidas y no volvían —bebió un sorbo de su copa—. Vamos —dijo—, bébase su trago.

—Termine el suyo, Isobel. La llevaré a su casa. ¿Dónde vive?

—Bastante cerca de aquí, sobre la playa. Pero no voy a casa. No me hará ir a mi casa, ¿verdad? Hace tanto tiempo que no voy a una fiesta. ¿Por qué no vamos a bailar? Soy muy fea para mirarme, pero bailo muy bien.

—Es muy hermosa, pero bailo pésimamente.

—Soy fea —dijo—. No debe burlarse de mí. Sé lo fea que soy. Nací fea de arriba abajo y nadie me ha querido nunca.

Detrás de ella, la puerta se abrió de par en par. Simon Graff apareció en el vano. Su cara era pétrea.

—¡Isobel! ¿Qué clase de *Walpurgisnacht* es ésta? ¿Qué estás haciendo aquí?

La reacción de ella fue lenta, casi medida. Se volvió y se bajó del taburete. Su cuerpo estaba tenso e insolente. La copa le temblaba en la mano.

—¿Qué estoy haciendo? Estoy contando mis secretos. Estoy contándole mis sucios secretitos a mi querido amigo.

—Estúpida. Ven a casa conmigo.

Se acercó. Ella le arrojó el vaso a la cabeza. Erró y manchó la pared junto a la puerta. Parte del líquido le salpicó la cara.

—Mujer loca —dijo—. Ven ahora a casa conmigo. Llamaré al doctor Frey.

—No tengo por qué ir contigo. Tú no eres mi padre —se volvió hacia mí, mirándome todavía con maniática astucia—. ¿Tengo que ir con él?

—No lo sé. ¿Es su guardián legal?

Graff respondió:

—Sí, lo soy. No se entrometa en esto —le dijo a ella—. Sólo habrá dolor para ti, para todos nosotros, si tratas de escapar de mí. Estarías realmente perdida —había una nueva inflexión en su voz, una inmensidad y oscuridad y vacío.

—Estoy perdida ahora. ¿Cuánto puede perderse una mujer?

—Ya lo sabrás, Isobel. A menos que vengas conmigo y hagas lo que te diga.

—Svengali —dije—. Es un recurso muy viejo.

—No se entrometa, se lo advierto —sentí su mirada como un carámbano en mi pelo—. Esta mujer es mi esposa.

—Feliz de ella.

—¿Quién es usted?

Se lo dije.

—¿Qué está haciendo en este *club*, en la fiesta?

—Mirando los animales.

—Espero una respuesta específica.

—Trate de usar otro tono y tal vez la tenga —di la vuelta al extremo del bar y me paré junto a Isobel Graff—. Está mal

acostumbrado por todos esos hombres que sólo saben decir que sí. Yo soy un hombre que dice no.

Me miró con verdadero horror. Quizá nadie lo había contradicho en muchos años. Luego recordó que debía enfadarse y acusó a su mujer.

—¿Vino aquí contigo?

—No —parecía intimidada—. Creí que era uno de tus invitados.

—¿Qué está haciendo en esta cabaña?

—Lo convidé a un trago. Me ayudo. Un hombre me pegó —su voz era monótona y estaba mezclada con un lamento quejumbroso.

—¿Quién te pegó?

—Su amigo Carl Stern —dije—. La abofeteó y la tiró al suelo. Bassett y yo lo echamos.

—¿Lo echaron? —la alarma de Graff se trocó en ira, que dirigió otra vez hacia su mujer—. ¡Permitiste eso, Isobel!

Bajó la cabeza y asumió una pose absurda y fea apoyada sobre un solo pie, como una colegiala.

—¿No me oyó, Graff? ¿O es que no se opone a que cualquier bruto atropelle a su mujer?

—Cuidaré de mi mujer a mi modo. Está mentalmente perturbada, a veces necesita que la traten con firmeza. Está de más. Váyase.

—Primero terminaré con mi copa, gracias —agregué en tono de conversación—. ¿Qué hizo con George Wall?

—¿George Wall? No conozco ningún George Wall.

—Sus matones, sí. Frost, Marfeld y Lashman.

Los nombres despertaron su curiosidad.

—¿Quién es George Wall?

—El marido de Hester.

—No conozco ninguna Hester.

Su mujer le echó un vistazo rápido y sombrío, pero no dijo nada. Fijé en él mi mirada más acerada y traté de derribarlo. No resultó.

Sus ojos parecían agujeros en una pared; se podía ver a través de ellos, un gran sitio gris y vacío.

—Es un mentiroso, Graff.

Su cara se puso violácea y blanca. Fue hasta la puerta y llamó a Bassett con voz fuerte y temblorosa. Cuando éste apareció, Graff dijo:

—Quiero que echen a este hombre. No permito que alguien que se ha colado…

—El señor Archer no se ha colado —dijo Bassett, con tranquilidad.

—¿Es amigo suyo?

—Lo considero como un amigo, sí. Un amigo reciente, digamos. El señor Archer es detective, detective privado. Lo contraté por motivos particulares.

—¿Qué motivos?

—Un chiflado me amenazó anoche. Contraté al señor Archer para que investigara el caso.

—Entonces indíquele que debe dejar en paz a mis amigos. Carl Stern es socio mío. Quiero que se le trate con respeto.

Los ojos de Bassett brillaban húmedamente, pero le hizo frente a Graff.

—Soy gerente de este *club*. Mientras lo siga siendo impondré las normas para el comportamiento de los socios. No interesa de quién sean amigos.

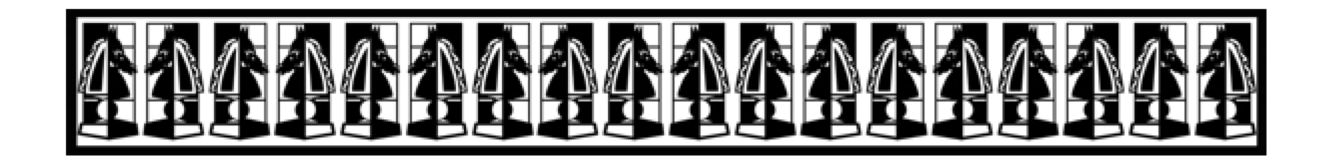
Isobel Graff rió metálicamente. Se había sentado sobre su abrigo y estaba tirando de la piel.

Graff apretó los puños a los lados de su cuerpo y comenzó a temblar.

—Salgan de aquí los dos.

—Vamos, Archer. Le vamos a dar al señor Graff una oportunidad de recobrar sus buenos modales.

Bassett estaba blanco y asustado, pero se sobrepuso. No lo hubiera creído capaz.



21

NOS DIRIGIMOS A su oficina a lo largo de la galería. Andaba con paso, de marcha, la espalda rígida y los hombros levantados. Sus movimientos parecían controlados por un sistema de presiones externas que lo ajustaban como un corsé.

Sacó vasos de su bar portátil y sirvió una medida generosa de *whisky* para mí y una más generosa para sí mismo. La botella no era la misma que había visto por la mañana y estaba casi vacía. Sin embargo, el largo día de tragos, como el paso de los años, le había sentado bien a Bassett en cierto modo. Había perdido su ostentoso amor propio y no estaba tratando de aparentar menos edad de la que tenía. El cráneo afilado era como una mascarilla mortuoria bajo la piel delgada de su cara.

—Este sí que fue un espectáculo —dije—. Creía que le tenía un poco de miedo a Graff.

—Le tengo miedo cuando estoy totalmente sobrio. Pertenece a la junta directiva, se podría decir que controla mi trabajo. Pero lo que un hombre puede soportar tiene sus límites. Es bastante maravilloso no sentir miedo, para variar.

—Espero que no se haya metido en un lío.

—No se preocupe por mí. Soy lo bastante grande como para cuidarme solo —me indicó una silla y se sentó tras su escritorio con

su medio vaso de *whisky* puro en la mano. Al beber me contempló por encima del borde.

—¿Qué le trae por aquí? ¿Ha sucedido algo?

—Ha sucedido bastante. Vi a Hester esta noche.

Me miró como si hubiera dicho que había visto un fantasma.

—¿La vio? ¿Dónde?

—En su casa de Beverly Hills. Tuvimos una pequeña conversación que no nos llevó a ninguna parte…

—¿Esta noche?

—Alrededor de medianoche, sí.

—¡Entonces está viva!

—Salvo que le hayan conectado un circuito sonoro. ¿Creía que estaba muerta?

Tardó un rato en responder. Sus ojos estaban húmedos y vidriosos. Detrás de ellos algo oscuro le sucedía. Supuse que se sentía inmensamente aliviado.

—Tenía un miedo mortal de que estuviera muerta. Todo el día he estado temiendo que George Wall la matase.

—Eso es ridículo. Wall mismo ha desaparecido. Puede tener problemas. La gente de Graff puede haberlo matado —a Bassett no le interesaba Wall. Dio la vuelta alrededor del escritorio y puso una mano tensa sobre mi hombro—. ¿No me está mintiendo? ¿Está seguro de que Hester está bien?

—Estaba bien, físicamente, hace un par de horas. No sé qué pensar de ella. Tiene el aspecto y la manera de hablar de una buena chica, pero está complicada con la banda más despreciable del sudoeste. Por ejemplo, Carl Stern. ¿Qué piensa de ella, Bassett?

—No sé qué pensar. Nunca lo supe.

Se apoyó en el escritorio, apretó una mano contra su frente y acarició su larga cara de caballo. Sus párpados se levantaron lentamente. Podía ver el dolor sordo que asomaba por ellos.

—Le tiene cariño, ¿no?

—Mucho cariño. Me pregunto si puede comprender lo que siento por esa chica. Es lo que podría llamarse un cariño de tío. No hay

nada…, nada carnal en ello. Conozco a Hester desde que era una criatura, y a su hermana también. Su padre era uno de nuestros socios y uno de mis más queridos amigos.

—¿Hace mucho tiempo que usted está aquí?

—Veinticinco años de gerente. Fui socio fundador del *club*. Originariamente éramos veinticinco. Cada uno de nosotros aportó cuarenta mil dólares.

—¿Usted puso cuarenta mil?

—Así es. Mamá y yo estábamos en bastante buena posición en esa época hasta que la crisis del veintinueve nos arruinó. Cuando pasó eso mis amigos del *club* me ofrecieron el puesto de gerente. Este es el primer y único empleo que he tenido.

—¿Qué le sucedió a Campbell?

—La bebida lo mató. Lo mismo que me está pasando a mí con un poco de retraso —sonriendo irónicamente, alzó su copa y la vació—. Su esposa era una mujer tonta, sin ningún sentido práctico. Vivía en Topanga Canyon después de la muerte de Raymond. Hice lo que pude por las niñas huérfanas.

—No me dijo nada de esto ayer por la mañana.

—No. Me enseñaron a no alardear con mis actividades filantrópicas.

Su lenguaje era muy formal y ligeramente confuso. El *whisky* le estaba haciendo efecto. Paseaba la mirada entre la botella y yo, con los ojos girando pesadamente. Moví la cabeza. Se sirvió otra cuádruple medida para sí y comenzó a sorberla. Si bebiera lo suficiente no tendría más dolor detrás de sus párpados. O el dolor tomaría extrañas formas. Ese era el inconveniente del alcohol como sedante. Lo hace flotar a uno lejos de la realidad durante un rato, pero lo trae de vuelta por una carretera que serpentea entre los rescoldos del infierno.

Le arrojé una pregunta, un arpón al azar, antes de que se hundiera en el río del olvido:

—¿Hester fue falsa con usted?

Pareció sorprendido, pero manejó con cuidado sus palabras saturadas de alcohol.

—¿De qué diablos me está hablando?

—Me insinuaron que Hester cuando se fue le había robado algo.

—¿Robarme algo? Es ridículo.

—¿No le robó nada de la caja fuerte?

—Cielos, no, Hester no haría una cosa así. No es porque tenga algo que valga la pena robar. No manejamos efectivo en el *club*, ¿entiende? Todo lo que sea dinero se hace por medio de comprobantes…

—Eso no me interesa. Sólo quiero que me dé su palabra de que Hester no le robó nada de la caja fuerte en septiembre.

—Por supuesto que no lo hizo. No puedo comprender de dónde sacó esa idea. La gente tiene lenguas tan venenosas —se inclinó hacia mí, tambaleándose algo—: ¿Quién fue?

—No importa.

—Digo que sí importa. Debería controlar sus fuentes de información, amigo mío. Esto es un atentado a la personalidad. ¿Qué clase de persona le parece que es Hester?

—Eso es lo que estoy tratando de averiguar. Usted la conocía mejor que nadie y dice que era incapaz de robar.

—A mí no me robó nada.

—¿Y a algún otro?

—No sé de qué es capaz.

—¿Es capaz de hacer un chantaje?

—Hace las preguntas más extrañas, más y más extrañas.

—El chantaje no le resultaba tan ilógico hoy más temprano. Será mejor que sea franco conmigo. ¿Están haciendo chantaje a Simon Graff?

Movió solemnemente la cabeza.

—¿Para qué querrían hacer chantaje al señor Graff?

Eché una mirada a la fotografía de los tres campeones de salto.

—Gabrielle Torres. He oído que había una conexión entre ella y Graff.

—¿Qué clase de conexión?

—No se haga el tonto, Clarence. Porque no lo es. Conocía a la muchacha; trabajaba para usted. Si había algo entre ella y Graff, probablemente lo sabría.

—Si había algo —dijo impasiblemente—, nunca llegué a saberlo —meditó un rato, balanceándose sobre los pies—. Dios mío, hombre, ¿no estará insinuando que *él* la mató?

—Podría haberlo hecho. Pero estaba pensando en la señora Graff.

Bassett me dirigió una mirada estupefacta y sombría.

—¡Qué ocurrencia atroz!

—Eso es lo que diría si los estuviera encubriendo.

—Pero *eshto esh shimplemente*… —hizo una mueca y comenzó de nuevo—. Esto es simplemente absurdo y ridículo…

—¿Por qué? Isobel está lo bastante loca como para matar. Tenía un motivo.

—No está loca. Estaba…, tuvo problemas emocionales muy graves en un tiempo.

—¿Estuvo recluida?

—Creo que recluida, no. Ha estado en una clínica privada de cuando en cuando. En la del doctor Frey, en Santa Mónica.

—¿Cuándo fue la última vez?

—El año pasado.

—¿Qué época del año pasado?

—Todo. *Ashí* que ya ve… —movió la mano delante de su cara, como si una mosca hubiera invadido zumbando su boca—. Ya sé, es imposible. Isobel estaba encerrada en la época que la chica fue asesinada. Absolutamente *imposhible*.

—¿Está absolutamente seguro de esto?

—Por *shupuesto* que *shí*. La visitaba a menudo.

—¿*Isobel* es otra de sus viejas amistades?

—*Sheguramente*. Muy querida vieja amiga.

—¿Lo bastante vieja y querida como para mentir por ella?

—No sea tonto. *Isobel* no podría dañar a ninguna criatura viviente.

Sus ojos se estaban nublando, así como su voz, pero el vaso no temblaba en su mano. Se lo llevó a la boca y lo vació, luego se sentó algo abruptamente en el borde de su escritorio. Se mecía suavemente de un lado al otro, asiendo el vaso en ambas manos como si fuera su único sostén seguro.

—Una muy querida y vieja amiga —repetía sentimentalmente—. Pobre Isobel, la suya es una historia trágica. Su madre murió joven, su padre le dio de todo, menos cariño. Necesitaba amistad, alguien con quien hablar. Traté de *sher eshe* alguien.

—¿Ah, sí?

Me dirigió una mirada astuta y triste. El impacto del alcohol lo había puesto sobrio en parte temporalmente, pero había llegado al punto en que volvía a decaer. Su rostro tenía el color de la carne hervida y su pelo fino le colgaba lacio sobre las sienes. Desprendió una mano de su ancla de cristal y se empujó hacia atrás el pelo.

—Sé que le parecerá raro. Recuerde que de esto hace veinte años. No fui siempre viejo. En todo caso, a Isobel le gustaban los hombres mayores. Adoraba a su padre, pero no podía darle la comprensión que necesitaba. Había desertado del colegio por tercera o cuarta vez. Era terriblemente retraída. Solía pasar los días aquí sola, en la playa. Poco a poco descubrió que podía hablar conmigo. Hablamos durante un verano hasta entrado el otoño. No quiso volver al colegio. No quería alejarse de mí. Estaba enamorada de mí.

—Está bromeando.

Lo estaba provocando deliberadamente y reaccionó con emotividad alcohólica. Un color violento penetró sus capilares, salpicando de rojo sus mejillas grises:

—Es cierto. Me amaba. Por mi parte, también tenía problemas emocionales y era el único que podía comprenderla. ¡Y me respetaba! Soy licenciado en Harvard, ¿sabía eso? Y pasé tres años en Francia durante la primera guerra mundial. Era camillero.

Entonces andará por los sesenta, pensé. Y veinte años atrás tendría cuarenta contra los veinte probables de Isobel.

—Qué sentía por ella, ¿afecto de tío?

—La quería. Ella y mi madre han sido las dos únicas mujeres a quienes he querido en mi vida. Y me hubiese casado con ella si su padre no se hubiera opuesto. Peter Heliopoulos me desaprobaba.

—Así que se casó con Simon Graff.

—Con Simon Graff, sí —tiritaba con la pasión del hombre débil y tímido que rara vez deja traslucir sus sentimientos—. Con un trepador, atropellador, corruptor y estafador. Conocí a Simon Graff cuando era un desconocido inmigrante, un don nadie en este pueblo. Un ayudante de director de películas del oeste, con un solo traje decente de su propiedad. Lo apreciaba y él aparentaba apreciarme. Le presté dinero. Lo inscribí como socio visitante en el *club*, le presenté gente. Se lo presenté a Heliopoulos, ¡cielo! Menos de dos años después era productor en Helio y estaba casado con Isobel. Todo lo que tiene, todo lo que ha hecho es el resultado de ese matrimonio. ¡Y no tiene la decencia suficiente para tratarla con delicadeza!

Se puso de pie e hizo un gesto amplio y fuerte que lo envió de lado hasta la pared. Dejando caer el vaso, extendió los dedos de ambas manos contra la pared para afirmarse. La pared se le vino encima lo mismo. Su frente chocó contra el revoque. Se dobló a la altura de las caderas y se sentó de un golpe sordo en el suelo alfombrado.

Me miró, riendo tontamente en voz baja. Uno de sus ojos azules estaba derecho y el otro girado hacia fuera. Le daban un aspecto de suave, ridícula chifladura.

—El mar está picado —dijo.

—Vamos a cerrar las escotillas —lo tomé de los brazos y lo hice andar hasta su silla. Cayó en ella con las manos y la mandíbula colgando. Su mirada bifurcada se unificó en la botella. Trató de alcanzarla. Cinco o seis onzas de *whisky* chapotearon en el fondo. Temía que otro trago podría hacerle perder el conocimiento o aun

matarlo. Le quité la botella de las manos, la tapé y la guardé. La llave del bar portátil estaba en la cerradura. La hice girar y me la metí en el bolsillo.

—¿Con qué orden secuestra esa bebida?

Moviendo elaboradamente los labios en torno a las palabras, Bassett semejaba un camello rumiando.

—Esto es ilegal… ¡Falso embargo! Exijo un mandato de *habeas corpus*.

Se inclinó hacia delante para tratar de alcanzar mi vaso. Se lo arranqué.

—Ha bebido bastante, Clarence.

—Esa decisión la tomo yo. Hombre de decisiones. Hombre de distinción. Una botella por día, por Dios. Bebiendo bajo la mesa.

—No lo dudo. Volviendo a Simon Graff, ¿no lo aprecia mucho, no?

—Le odio —dijo—. *Sheré franco*. Me robó la única mujer que yo *quishe. 'Shepto* mi madre. Me robó mi *maître* también. Mejor *maître* del sur, Stefan. Le ofrecieron doble de *shueldo*, lo entusiasmaron con Las Vegas.

—¿Quién?

—Graff y Stern. Lo querían para su casi llamado *club*.

—Hablando de Graff y Stern, ¿por qué Graff encubriría a un delincuente?

—La pregunta de los sesenta y cuatro dólares. No conozco la respuesta. No se la diría si la supiera. No me aprecia.

—Ánimo, Clarence. Lo aprecio mucho.

—Mentiroso. Cruel e inhumano —dos lágrimas se desprendieron por sus mejillas surcadas, como pequeños gusanitos plateados—. No quiere darme un trago. Tratando de hacerme hablar, privándome de mi bebida. No *'sta* bien, no *'sh* humano.

—Lo siento. Basta de bebida por hoy. No quiere suicidarse.

—¿Por qué no? Solo en el mundo. Nadie me quiere —de pronto lloró copiosamente, hasta que su cara estuvo mojada. Un líquido

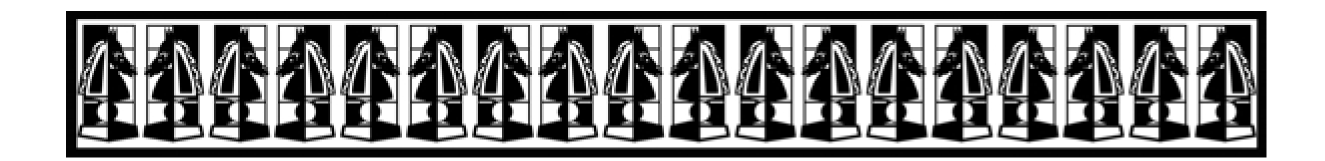
transparente le chorreaba de la nariz y la boca. Los grandes sollozos lo sacudían como olas rompiendo en su cuerpo.

No era una escena agradable. Empecé a irme.

—No me deje… —dijo entre sollozos—. No me deje solo…

Dio la vuelta al escritorio, dobló las rodillas como si hubiera tropezado contra un alambre invisible y cayó cuan largo era sobre la alfombra, ciego, sordo y mudo.

Le hice girar la cabeza hacia un lado para que no se asfixiara y salí.



22

EL AIRE SE ESTABA volviendo fresco. Del bar aún brotaban risas y otros sonidos de fiesta, pero la música en el patio había cesado. Un auto trepó hacia la carretera y luego otro. La fiesta estaba terminando.

Había luz en la habitación del vigilante de la piscina, al final de la hilera de cabañas. Me asomé. El joven negro estaba sentado, leyendo un libro. Lo cerró al verme y se puso de pie. El título del libro era *Elementos de Sociología*.

—Lee tarde.

—Mejor tarde que nunca.

—¿Qué hace con Bassett cuando se pasa al otro lado?

—¿Se pasó otra vez?

—En el suelo de su oficina. ¿Tiene una cama por ahí?

—Sí. En el cuarto del fondo —puso cara de resignación—. Supongo que será mejor que lo meta en ella, ¿no?

—¿Necesita ayuda?

—No, gracias. Puedo arreglarme solo, tengo bastante práctica —me sonrió menos automáticamente que antes—. ¿Es amigo de Bassett?

—No exactamente.

—¿Le han dado algún trabajo?

—Podría decirse que sí.

—¿Trabaja aquí, en el *club*?

—En parte.

Era demasiado educado para preguntarme cuáles eran mis obligaciones.

—Hagamos una cosa, mientras meto en cama al señor Bassett, se queda por aquí y le haré una taza de café.

—Me vendría bien una taza de café. A propósito, me llamo Lew Archer.

—Joseph Tobias —su apretón era de los que pueden doblar una herradura—. Un nombre algo raro, ¿verdad? Puede esperarme aquí si quiere.

Se alejó corriendo. El depósito estaba atiborrado de sombrillas cerradas, sillas de tijera apiladas, flotadores de plástico desinflados y pelotas de playa. Armé una de las sillas de tijera y me senté. El cansancio me venció como *pentotal*. Casi inmediatamente me quedé dormido.

Cuando me desperté, Tobias estaba de pie a mi lado. Había descubierto un tablero de luces en la pared. Movió una serie de interruptores y la noche que centelleaba más allá de la puerta abierta se tomó gris antracita. Se volvió y vio que estaba despierto.

—No quise despertarlo. Parecía cansado.

—¿No se cansa nunca?

—No. Por alguna razón nunca me canso. La única vez en mi vida fue en Corea. Allí sí estaba muerto de cansancio, empujando un *jeep* en ese barro blando que tienen allí. ¿Quiere el café ahora?

—Lléveme a él…

Me guió hasta una habitación iluminada, de paredes blancas, donde ponía *Snack Bar* sobre la puerta. Detrás del mostrador, el agua de una cafetera de cristal hervía a borbotones. Un reloj eléctrico en la pared le daba mordiscos espasmódicos al tiempo. Eran las cuatro menos cuarto.

Me senté en uno de los taburetes tapizados del mostrador. Tobias saltó sobre éste y aterrizó frente a mí con expresión inmutable.

—Chuchulain, El Sabueso del Ulster —dijo sorprendentemente—. Cuando Chuchulain estaba cansado y agotado de luchar en las batallas se iba a la orilla del río a hacer ejercicio. Esa era su manera de descansar. Puse la sartén al fuego por si queríamos huevos. Personalmente me vendrían bien dos o tres.

—A mí también.

—¿Tres?

—Tres.

—¿Qué le parece un poco de jugo de tomate, para empezar? Clarifica el paladar.

—Excelente.

Abrió una lata grande y sirvió dos vasos de jugo de tomate. Levanté mi vaso y lo miré. A la luz fluorescente el jugo era espeso y rojo oscuro.

—¿Le pasa algo al jugo?

—Me parece que está bien —dije sin mucho convencimiento. El muchacho estaba azarado por ese fallo de su hospitalidad.

—¿Qué es? ¿Hay algo en el jugo? —se apoyó sobre el mostrador, con el entrecejo fruncido de preocupación—. Acabo de abrir la lata, así que si tiene algo lo trae de la envasadora. Algunas de estas grandes compañías creen que pueden llegar hasta el crimen, especialmente ahora que estamos gobernados por comerciantes. Abriré otra lata.

—No se moleste.

Tragué el líquido rojo. Sabía a jugo de tomate.

—¿Está bien?

—Está muy bueno.

—Por un momento tuve miedo de que algo no anduviera bien.

—No había nada que no anduviera bien. Era yo el que no andaba bien.

Sacó seis huevos de la nevera y los rompió sobre la sartén. Chisporrotearon alegremente, poniéndose blancos en los bordes. Tobias dijo por encima del hombro:

—Eso no cambia lo que dije sobre las grandes compañías. La producción en masa y el gran mercado dan algunos beneficios sociales, pero por su mismo tamaño tienden a ir en contra del elemento humano. Hemos llegado a un punto en el cual tendríamos que tener en cuenta el costo humano. ¿Cómo le gustan los huevos?

—Muy hechos.

—Así van a estar —los dio la vuelta con una espátula y puso pan en las cuatro ranuras del tostador.

—¿Quiere ponerle usted la manteca o quiere que lo haga yo? Tengo un pincel para la manteca. Personalmente, lo prefiero.

—Póngamela usted.

—Cómo no. Y ahora, ¿cómo le gusta el café?

—A esta hora de la mañana, negro. Es un servicio de primera.

—Tratamos de cumplir lo mejor posible. Trabajaba aquí en el bar, antes de ser vigilante de la piscina. Con esto no gano más, pero me deja más tiempo para estudiar.

—¿Es estudiante, entonces?

—Así es —repartió los huevos y sirvió el café—. Estoy seguro de que está sorprendido por la facilidad que tengo para expresarme.

—Me ha quitado las palabras de la boca.

Irradiaba satisfacción y dio un mordisco a la tostada. Después de masticarlo y tragarlo, dijo:

—Generalmente no dejo fluir el idioma por estos lugares. A la gente, cuanto más rica es, más le desagrada oír a un negro expresarse en términos correctos. Creo que les parece inútil ser ricos si no se pueden sentir superiores a alguien. Estudié inglés a nivel secundario, pero si hablara así, perdería mi empleo. La gente es muy sensible.

—¿Va a la U.C.L.A.?[1]

—Al *Junior College*. Estoy trabajando para pagarme los estudios en U.C.L.A. Diablos —dijo—, sólo tengo veinticinco años. Tengo mucho tiempo por delante. Estaría mucho más adelantado si hubiera empezado antes. El enganche en el ejército me hizo despertar de mi complacencia de ser irracional —hizo rodar amorosamente la grasa

por su lengua—. Me desperté una noche en una colina helada, regresando de Yalu. Y de pronto se me ocurrió. ¡Zas! Y no sabía de qué se trataba.

—¿La guerra?

—Todo. La guerra y la paz. Los valores en la vida —se metió un bocado de huevo en la boca y lo masticó mientras me miraba con franqueza—. Comprendí que no sabía quién era yo. Usaba una especie de máscara, sabe, sobre la cara y sobre la mente, una especie de máscara negra y las cosas llegaron al punto en que no sabía quién era. Decidí que, si podía, tenía que descubrirlo y ser un hombre. ¿Suena como una cosa disparatada que una persona como yo decidiera hacer eso?

—Me parece razonable.

—Entonces a mí también me pareció así. Y todavía hoy. ¿Otro café?

—Para mí no, gracias. Tómese otro.

—No, también soy hombre de una sola taza. Comparto su afición a lo moderado —sonrió al oír el sonido de las palabras.

—¿Qué piensa hacer más adelante?

—Enseñar. Enseñar y adiestrar.

—Es una buena vida.

—Seguro que sí. La estoy viendo de antemano —se detuvo, tomándose el tiempo para gozar de antemano—. Me encanta decirle cosas importantes a la gente. Especialmente a los chicos. Me encanta transmitir valores, ideas. ¿Qué hace, señor Archer?

—Soy detective privado.

Tobias parecía un poco desilusionado de mí.

—¿No es una vida algo aburrida? Quiero decir que no lo pone en contacto con muchas ideas. No es —agregó rápidamente por temor a haber herido mis sentimientos— porque sitúe las *ideas* sobre los otros valores. Las emociones. La acción. La acción honrada.

—Es una vida dura —dije—. Se ve a la gente desde el peor punto de vista. A propósito, ¿cómo está Bassett?

—Ajeno al mundo. Lo acosté. Duerme sin problemas y no me importa meterlo en la cama. Me trata bastante bien.

—¿Cuánto hace que trabaja aquí?

—Más de tres años. Comencé en el bar y cambié a vigilante de la piscina el penúltimo verano.

—Entonces aquí conoció a Gabrielle.

Contestó sin demostrar interés:

—La conocí, ya se lo dije.

—¿Cuándo la mataron?

Su rostro se cerró completamente. El brillo de sus ojos se retiró como algo veloz y tímido que huyera hacia su agujero.

—No sé dónde quiere llegar.

—Nada tiene que ver con usted. No se escurra, Joseph, sólo porque le hice un par de preguntas.

—No me estoy escurriendo —pero su voz era opaca y monótona —. He contestado las preguntas.

—¿Qué quiere decir?

—Sabe lo que quiero decir, si es detective. Cuando Gabrielle… Cuando la señorita Torres fue asesinada, fui el primero en ser detenido. Me llevaron a la oficina del *sheriff* y me interrogaron por turno, durante un día y la mitad de una noche.

Agachó la cabeza bajo el peso del recuerdo. Me dolía verlo perder su magnífico *élan*.

—¿Por qué lo eligieron?

—Por ningún motivo —levantó la mano y la hizo girar delante de sus ojos. En la luz fluorescente se la veía de un negro bruñido.

—¿No interrogaron a nadie más?

—Claro que sí, cuando les demostré que había estado en casa toda la noche. Se llevaron algunos borrachos y pervertidos que viven en los alrededores de Malibú y en Canyon y algunos vagabundos que pasaban por aquí. ¿Y le hicieron preguntas a la señorita Campbell?

—¿A Hester Campbell?

—Sí. Se creía que Gabrielle había pasado la noche con ella.

—¿Cómo lo sabe?

—Tony lo dijo.

—¿Dónde pasó realmente la noche?

—¿Cómo puedo saberlo?

—Pensé que podía tener alguna idea.

—Pensó mal entonces —su mirada, que me había estado evitando, regresó lentamente a mi cara—. ¿Está reabriendo el caso del asesinato? ¿Para eso lo contrató el señor Bassett?

—No exactamente. Comencé investigando otra cosa, pero me lleva inevitablemente a Gabrielle. ¿La conocía bien, Joseph?

Respondió cuidadosamente:

—Trabajábamos juntos. Los fines de semana tomaba los pedidos de *sandwichs* y bebidas alrededor de la piscina y en las cabañas. Era demasiado joven para servir las bebidas ella misma, así que lo hacía yo. La señorita Torres era una joven muy agradable para trabajar con ella. Me dolió ver lo que le ocurrió.

—¿Vio lo que le ocurrió?

—No quise decir eso. No vi lo que le pasó cuando ocurrió. Pero estaba aquí mismo, en este cuarto, cuando Tony regresó de la playa. Alguien le disparó, supongo que lo sabe, le disparó y la dejó tendida justamente debajo del *club*. Tony vivía en la orilla, a corta distancia de aquí. Esperaba que Gabrielle regresara hacia medianoche. Como no llegó, llamó por teléfono a casa de Campbell. Le dijeron que no la habían visto, así que salió a buscarla. La encontró por la mañana, con los balazos y las olas salpicando a su alrededor. Tenía que ayudar a la señora Lamb ese día y Tony vino aquí primero para decírselo.

Tobías se relamió los labios secos. Sus ojos miraban el pasado a través de mí.

—Se paró ahí mismo, delante del mostrador. Durante un largo rato no pudo decir ninguna palabra. No podía abrir la boca para decirle a la señora Lamb que Gabrielle estaba muerta. Sin embargo, ella se dio cuenta de que él necesitaba un consuelo. Dio la vuelta al mostrador y lo estrechó entre sus brazos, sosteniéndolo como a un

niño. Entonces se lo dijo. La señora Lamb me mandó llamar a la Policía.

—¿La llamó usted mismo?

—Iba a hacerlo. Pero el señor Bassett estaba en su oficina. Él los llamó. Fui hasta el extremo de la piscina para atisbar por la cerca. Yacía allí en la arena, mirando el cielo. Tony la había arrastrado fuera del agua. Podía ver arena en sus ojos, quería ir allí abajo para quitarle la arena de los ojos, pero tenía miedo de hacerlo.

—¿Por qué?

—No estaba vestida. Parecía tan *blanca*. Tenía miedo de que vinieran, me sorprendieran allí y se les ocurriera pensar alguna locura de mí. Pero se les ocurrió igual. Me detuvieron esa misma mañana. En cierto modo lo estaba esperando.

—¿Lo estaba esperando?

—La gente tiene que echar la culpa a alguien. Hace trescientos años que nos están echando la culpa a nosotros. Supongo que me lo busqué. No tenía que haberme hecho… amistad con ella. Y encima de todo, para empeorar las cosas, tenía uno de sus aros en el bolsillo.

—¿Qué aro era ése?

—Un arito redondo, de nácar, que ella tenía. Tenía la forma de un salvavidas, con un agujero en medio y las letras U.S.S. Malibú grabadas. Lo peor del caso era que todavía… El otro aro todavía estaba en su oreja.

—¿Por qué tenía el aro?

—Lo había recogido —dijo— e iba a devolvérselo. Lo encontré cerca de la piscina —agregó un momento después.

—¿Esa misma mañana?

—Sí. Antes de enterarme de que estaba muerta. Ese Marfeld y los otros polis hicieron aspavientos por ello. Supongo que pensaron que les venía todo servido, hasta que pude demostrar mi coartada —hizo un sonido que era mitad bufido y mitad gemido—. ¡Como si hubiera tocado un pelo a Gabrielle para hacerle daño!

—¿Estaba enamorado de ella, Joseph?

—No dije eso.

—Sin embargo es cierto, ¿no?

Apoyó un codo en el mostrador y el mentón en la mano como para estabilizar sus pensamientos.

—Podía haber sido —admitió—, si hubiera tenido una oportunidad. Pero no había retribución. Sólo era medio latinoamericana y nunca me vio realmente como un ser humano.

—Ese podría ser un motivo de asesinato.

Observé su cara. Se alargó, pero no mostró ningún otro signo de emoción. Los planos de sus mejillas, sus labios gruesos, tenían el aspecto de una máscara tallada, apoyada en la palma de su mano.

—¿No la mató usted mismo, Joseph?

Hizo una mueca, pero no de sorpresa, sino como si hubiera tocado la cicatriz de una vieja herida.

—No dañaría un pelo de su cabeza, usted lo sabe.

—Muy bien. Déjelo pasar.

—No lo dejaré pasar. Retire lo dicho o váyase de aquí.

—Muy bien. Retiro lo dicho.

—Para empezar, no debería haberlo dicho. Era mi amiga. Creía que usted era mi amigo.

—Lo siento, Joseph. Tengo que hacer estas preguntas.

—¿Por qué tiene que hacerlas? ¿Quién lo manda? Debería tener cuidado cuando dice quién hizo qué por aquí. ¿Sabe lo que haría Tony Torres si pensara que maté a su chica?

—Matarlo.

—Eso es. Me amenazó con matarme cuando la Policía me soltó. A duras penas pude convencerlo de que no lo hiciera. Se le meten esas ideas fijas en la cabeza y se le quedan ahí como un abrojo. Todavía hay mucha violencia en él.

—Como en todos nosotros.

—Ya lo sé, señor Archer. Lo sé de mí mismo. Tony tiene más que la mayoría. Mató a un hombre con los puños una vez, cuando era joven.

—¿En el *ring*?

—No fue en el *ring*, pero no fue un accidente. Fue a causa de una mujer y lo hizo a propósito. Una noche me invitó a su cuarto, se emborrachó con moscatel y me lo contó todo.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace un par de meses. Supongo que en realidad lo estaba carcomiendo. La mujer era la madre de Gabrielle, sabe. Mató al hombre que andaba con ella y ella lo dejó. El otro tenía un cuchillo, así que el juez en Fresno lo declaró legítima defensa, pero Tony se echaba la culpa a sí mismo. Lo relacionó con Gabrielle; decía que lo que le había pasado a ella era un castigo de Dios para él. Tony es muy supersticioso.

—¿Conoce a su sobrino Lance?

—Lo conozco —la cara de Joseph describió su actitud. Era negativa—. Hace años, cuando comencé en el bar, él tenía el puesto que ahora tengo yo. Sé que ahora es un punto alto, aunque me cuesta creerlo. Era tan haragán que no hubiera podido conservar su puesto de vigilante si su tío no le hubiera hecho de suplente. Tony le hacía el trabajo sucio mientras Lance practicaba saltos de competición.

—¿Ahora qué piensa Tony de él?

Joseph se rascó el pelo apretado.

—Finalmente se ha dado cuenta de cómo es. Diría que casi lo odia.

—¿Lo bastante como para matarlo?

—¿Por qué habla tanto de matar, señor Archer? ¿Han matado a alguien?

—Se lo diré, si puede guardar un secreto.

—Puedo guardarlo.

—Cuídese de hacerlo. Su amigo Lance fue asesinado anoche.

No levantó la vista del mostrador.

—No era amigo mío. No significaba nada en mi vida.

—En la de Tony, sí.

Movió la cabeza lentamente, de un lado al otro.

—No debería haberle dicho lo de Tony. Hizo algo una vez, cuando era joven y chiflado. No volvería a hacer una cosa así. No mataría ni una pulga, salvo que lo estuviese picando.

—No se puede quedar bien con Dios y con el Diablo, Joseph. Antes me dijo que él odiaba a Lance.

—Dije que casi.

—¿Por qué lo odiaba?

—Tenía sus buenas razones.

—Cuénteme.

—No si lo va a usar contra Tony. Ese Lance no merecería limpiarle los zapatos a Tony.

—Usted mismo cree que Tony pudo haberlo hecho.

—No le estoy diciendo lo que pienso. No estoy pensando nada.

—Dijo que él tenía un buen motivo. ¿Cuál era?

—Gabrielle —le dijo al suelo—. Lance fue el primero con quien ella anduvo en la época en que aún era una colegiala. Me lo dijo ella. Él le enseñó a beber, de todas las maneras posibles. Si Tony mató a ese tipo le hizo un favor a la humanidad.

—Quizá, pero no a sí mismo. ¿Dice que Gabrielle le contó eso?

Asintió con la cabeza y su sombra negra y desesperanzada se movió con él.

—¿La conocía íntimamente?

—No, si está queriendo decir lo que me parece. Me trataba como si yo no tuviera sentimientos humanos. Solía torturarme contándome estas cosas… Las cosas que él le enseñaba a hacer —su voz estaba ahogada—. Supongo que no sabía que me estaba torturando. Simplemente ignoraba que yo tenía sentimientos.

—Tiene demasiados sentimientos.

—Sí. Así es. A veces estallan dentro de mí. Como la vez que me dijo lo que él quería que hiciera: quería que se fuera a Los Ángeles con él a vivir en un hotel y él le conseguiría citas con hombres. Esa vez se me saltaron los tapones y fui a ver a Tony. Fue cuando rompió con Lance, lo hizo despedir de aquí y lo echó a puntapiés de la casa.

—¿Gabrielle se fue con él?

—No, no se fue. Creía que estando libre de él, cambiaría. Pero resultó ser demasiado tarde. Ya estaba perdida.

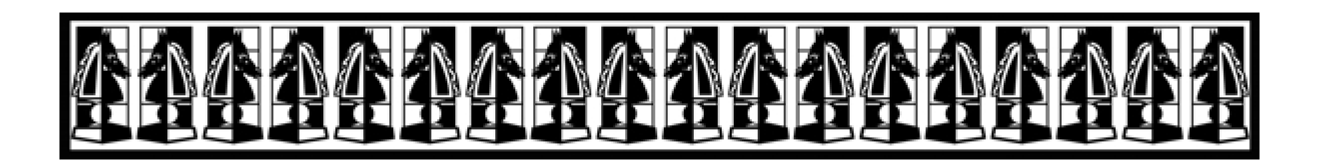
—¿Qué le sucedió después?

—Escuche, señor Archer —dijo con voz estrangulada—. Podría meterme en líos. Espiar a los socios no es parte de mi trabajo.

—¿Qué es un empleo?

—No es el empleo en sí. Podría conseguirme otro. Quiero decir líos sucios.

—Lo siento. No quise asustarlo. Pensé que quería colaborar.



23

MIRÓ LA LUZ de arriba. Su cara estaba lisa. No traslucía ningún esfuerzo moral. Pero sentía la tensión que se quebraba en él.

—Gabrielle está muerta —le dijo a la luz imperturbable—. ¿Qué favor puedo hacerle hablando de ella?

—Hay otras muchachas y podría ocurrirle a ellas.

Su silencio se dilató. Finalmente dijo:

—No soy tan cobarde como cree. Traté de hablar a los policías, cuando me estaban interrogando sobre el aro. Pero no les interesaba escuchar.

—¿Escuchar, qué?

—Si tengo que decirlo, lo diré. Gabrielle solía ir a una de las cabañas prácticamente todos los días y se quedaba allí una hora o más.

—¿Sola?

—Sabe que no es eso lo que quise decir.

—¿Quién estaba con ella, Joseph?

Estaba casi seguro de cuál sería su respuesta.

—El señor Graff estaba con ella.

—¿Está seguro de eso?

—Estoy seguro. No entiende lo de Gabrielle. Era joven y tonta, estaba orgullosa de que un hombre como el señor Graff se interesara por ella. Además quería que la encubriera tomando los

pedidos de las otras cabañas mientras estaba… ocupada en otra cosa. No se avergonzaba de que lo supiera —agregó amargamente —. Sólo tenía vergüenza de que se enterara la señora Lamb.

—¿Se encontraban a veces de noche? —dije—. ¿Graff y Gabrielle?

—Tal vez. No lo sé. Yo nunca trabajaba de noche en aquella época.

—Ella estaba en el *club* la noche que murió —dije—. Sabemos eso.

—¿Cómo lo sabemos? Tony la encontró en la playa.

—El aro que encontró usted. ¿Dónde lo encontró?

—En la galería, delante de las cabañas. Pero se le podría haber caído en cualquier momento.

—No si aún llevaba puesto el otro. ¿Lo sabe como un hecho seguro o es algo que le dijeron?

—Lo sé con certeza. Yo mismo lo vi. Cuando me estaban interrogando me llevaron a donde estaba ella. Abrieron la caja y me la hicieron ver. Vi el arito blanco en su oreja.

Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos, del color de la tinta azul-negra. La memoria le había dado una punzada repentina. Dije:

—Entonces debió de estar en el *club* poco antes de que la mataran. Cuando una chica pierde un aro, no sigue usando el otro. Lo cual significa que Gabrielle no tuvo tiempo de darse cuenta de su falta. Es posible que lo haya perdido en el preciso instante en que la estaban matando. Quiero que me muestre dónde lo encontró, Joseph.

Fuera, las primeras luces bañaban las laderas orientales del cielo. Las escasas estrellas se estaban derritiendo en él como granos de nieve sobre la piedra. Bajo el viento del alba la piscina estaba gris e inquieta como un pedazo del mar en un ataúd.

Tobias me guió por la galería, más o menos hasta la mitad del largo de la piscina. Pasamos delante de las puertas cerradas de media docena de cabañas, incluyendo la de Graff. Noté que el andar

del muchacho había perdido elasticidad. Sus pies en zapatillas golpeaban el suelo de hormigón desconsoladamente. Se detuvo para volverse hacia mí:

—Fue justamente por aquí, en esta rejilla —un tejido circular de alambre que cubría el desagüe estaba encajado en una pequeña depresión del suelo—. Al lavar la galería con la manguera lo habían corrido hasta el desagüe. Por casualidad lo vi brillar.

—¿Cómo sabe que habían lavado la galería?

—Había todavía algunos pequeños charcos.

—¿Sabe quién lo hizo?

—Podría haber sido cualquiera de los que trabajan alrededor de la piscina. O cualquiera de los socios. Nunca se puede saber lo que los socios son capaces de hacer.

—¿Quién trabajaba cerca de la piscina en esa época?

—Yo y Gabrielle, principalmente, y Tony y el vigilante de la piscina. No, no había vigilante entonces…, hasta que me hice cargo yo en el verano. La señorita Campbell hacía las veces de vigilante.

—¿Estaba allí esa mañana?

—Supongo que sí. Sí, recuerdo que estaba. ¿Qué está tratando de descubrir, señor Archer?

—Quién mató a Gabrielle, por qué, dónde y cómo.

Se apoyó contra la pared, con los hombros en alto. Sus ojos y su boca brillaban en el rostro de basalto negro.

—Por el amor de Dios, señor Archer, ¿no me estará señalando otra vez?

—No. Me gustaría saber su opinión. Creo que Gabrielle fue asesinada en el *club*, tal vez en este mismo sitio. El asesino la arrastró hasta la playa, allí abajo, o si no ella se arrastró hasta allí por sus propios medios. Dejó un rastro de sangre, que tuvo que ser lavado. Y dejó caer un aro que no se lavó.

—Un arito no es gran cosa como pista.

—No —dije—. No lo es.

—¿Cree que la señorita Campbell hizo todo esto?

—Sobre eso quiero su opinión. ¿Tenía alguna razón, algún motivo?

—Puede ser que lo tuviera —se pasó la lengua por los labios—. Por su parte estaba interesada en el señor Graff, pero él la ignoraba.

—¿Gabrielle le dijo esto?

—Me dijo que la señorita Campbell estaba celosa de ella. No hacía falta que me lo dijera; puedo ver las cosas por mí mismo.

—¿Qué cosas vio?

—Las miradas sucias entre ambas durante esa primavera. Eran todavía amigas en cierto modo, y sabe cómo son las chicas, pero no se querían como antes. Después, inmediatamente después de lo sucedido, después de la investigación, la señorita Campbell partió con rumbo desconocido.

—Pero volvió.

—Más de un año después volvió, cuando todo se había acallado. Sin embargo, estaba muy interesada en el caso. Me hizo muchas preguntas este último verano. Me contó el cuento de que ella y su hermana Rina lo iban a escribir para una revista, pero me parece que no era por eso por lo que estaba interesada.

—¿Qué clase de preguntas le hicieron?

—No sé —dijo fatigadamente—. Supongo que algunas de las que usted me ha hecho. Me ha hecho casi un millón.

—¿Le dijo lo del aro?

—Tal vez lo hice. No lo recuerdo. ¿Tiene importancia? —se alejó de la pared con esfuerzo, cruzó la galería arrastrando los pies y miró el cielo que palidecía—. Tengo que ir a casa a dormir un poco, señor Archer. Vuelvo a trabajar a las nueve.

—Creía que nunca se cansaba.

—Estoy deprimido. Me hizo recordar muchas cosas que prefiero olvidar. En realidad, me ha hecho pasar un mal rato.

—Lo siento. También estoy cansado. Sin embargo, valdría la pena si podemos aclarar este caso.

—¿Valdría de veras? Supongamos que lo aclare, ¿qué pasará después?

Su rostro estaba serio en la luz gris y su voz se alimentaba de alguna vieja reserva de amargura.

—Pasará lo mismo que pasó antes. La policía le robará el caso, lo cerrará y no pasará nada, nadie será detenido.

—¿Es eso lo que sucedió antes?

—Le estoy diciendo que sí. Cuando Marfeld vio que no tenía pruebas para meterme en la cárcel, perdió interés por el caso. Bueno, también lo perdí yo.

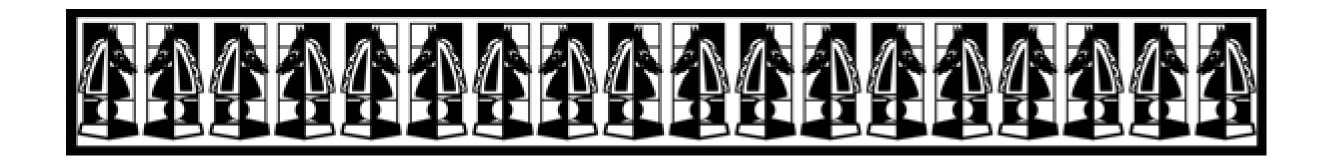
—Puedo llegar más arriba que Marfeld, si tengo que hacerlo.

—Y si lo hace, ¿qué? Es demasiado tarde para Gabrielle, demasiado tarde para mí. Siempre fue demasiado tarde para mí.

—¿Puedo acercarlo a algún lado?

Giró sobre los talones y se alejó. Le dije:

—Tengo mi propio auto.



24

TENDRÍA QUE HABERLO manejado mejor. Me encaminé hacia el final de la piscina, el último de la fiesta, sintiendo ese decaimiento del corazón en la madrugada, cuando la sangre corre lenta y fríamente. La niebla había empezado a alejarme mar adentro. Se volvía espuma para volcarse como una lenta catarata hacia el oeste oscuro. Manchas de mármol negro se traslucían aquí y allá.

Seguramente lo había visto y sabía lo que era antes de tomar conciencia de ello. Era un pedazo de madera negra, con un nudo de raíz en un extremo, que flotaba en el agua poco profunda cercana a la orilla. Se acercaba despacio e irregularmente, impulsado por una serie de olas rompientes. Las ramas eran demasiado flexibles para el tronco. Una ola lo encajó en la arena mojada y morena. Era un hombre de abrigo oscuro con cinturón tendido boca arriba.

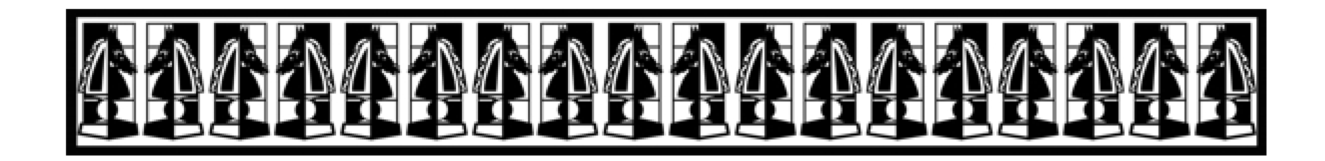
El portón de la cerca estaba cerrado con candado. Levanté un cartel que decía NO CORRER, cuya base era de pesado hormigón y lo golpeé contra el candado. El portón se abrió de golpe. Bajé los escalones de cemento y di la vuelta a Carl Stern. Su frente estaba profundamente hundida donde había golpeado o había sido golpeada con un objeto duro. La herida de su garganta se abría como una boca sin dientes que gritara en silencio.

Me dirigí hacia el automóvil, recordando de mis días de buceador que había una corriente hacia el sur a lo largo de esta costa, de un

kilómetro y medio por hora. A poco menos de cinco kilómetros hacia el norte del *Channel Club*, un mirador pavimentado para contemplar el paisaje sobresalía de la carretera hasta el borde cercano de unos riscos que se proyectaba sobre el mar. El Sedan alquilado de Stern estaba estacionado con su pesado frente cromado junto a la cerca de cable. Había salpicaduras de sangre en el parabrisas, el tablero y el asiento delantero. Y manchas de sangre en la hoja del cuchillo que yacía sobre la alfombra. Parecía el propio cuchillo de Stern.

No me metí en nada. No quería tener nada que ver con la muerte de Stern. Me fui a casa con el piloto automático y me acosté.

Soñé con un hombre que vivía solo en un paisaje de piedras derruidas. Pasaba gran parte de su tiempo tratando sin mucho éxito de reconstruir en su mente los monumentos y los edificios de los cuales las piedras diseminadas eran el último vestigio. Vagamente recordaba alguna tradición oral sobre que allí se había levantado una vez una ciudad. Y una tradición más vaga aún; o quizá un sueño dentro del sueño: que la gente que había construido la ciudad o sus descendientes, volverían alguna vez para reconstruirla. Quería estar allí cuando se llevara a cabo esa tarea.



25

LA ENCARGADA DE contestar mis llamadas telefónicas me despertó a las siete y media.

—¡Levántese y brille, señor Archer!

—¿Tengo que estar brillante? Me siento más bien opaco. Hace sólo una hora que me acosté.

—Yo aún no me he acostado. Y, después de todo, usted podía haber cancelado sus órdenes.

—Desde ahora quedan canceladas para siempre —estaba en uno de esos estados de ánimo agotados y volubles cuando todo parece de risa o de llanto, según la posición en que uno tenga la cabeza—. Ahora cuelgue ese maldito teléfono y déjeme seguir durmiendo. Este es un castigo cruel y poco común.

—Caramba. ¡Tiene un espléndido ánimo esta mañana! —su instinto de secretaria se hizo cargo—. Espere, no cuelgue. Hay un par de llamadas de Las Vegas. La primera a la una y cuarenta, una joven que parecía ansiosa de hablar con usted, pero no quiso dar su nombre. Dijo que volvería a llamar pero no lo ha hecho. ¿Entendido? La segunda a las tres y quince, el doctor Anthony Reeves, médico interino del Memorial Hospital, dijo que llamaba de parte de un paciente llamado George Wall, a quien recogieron en el aeropuerto con heridas en la cabeza.

—¿En el aeropuerto de Las Vegas?

—Sí. ¿Significa algo para usted?

Significaba una oleada de alivio, pero en seguida me di cuenta de que tendría que arrastrarme hasta el Aeropuerto Internacional y subir a un avión.

—Resérveme un billete, por favor, Vera.

—¿Primer avión a Las Vegas?

—Exacto.

—Una llamada más, ayer por la tarde. Un hombre llamado Mercero de la Patrulla de Carreteras, dijo que el Jaguar estaba registrado bajo el nombre de Lance Leonard. ¿Es el actor que mataron a tiros anoche?

—Viene en los diarios de la mañana, ¿eh?

—Es probable. Lo oí por radio.

—¿Qué más oyó?

—Eso era todo. Era sólo un programa de noticias cortas.

—No —dije—. No era el mismo. ¿Cuál me dijo que era el nombre?

—No lo recuerdo —esa mujer era una joya.

Poco antes de las diez estaba hablando con el doctor Anthony Reeves en su habitación del hospital de Nevada del Sur. Había hecho la guardia nocturna de emergencia y había hecho a George un examen preliminar cuando éste había sido internado por los hombres del *sheriff*. Lo habían hallado deambulando por el aeropuerto de McCerran en estado de confusión. Tenía un pómulo fracturado, una probable conmoción cerebral y tal vez fractura de cráneo. George necesitaba reposo absoluto una semana como mínimo y probablemente quedaría internado durante un mes. No podía recibir visitas. Era inútil discutir con el joven Reeves. La manteca no se hubiera derretido en su boca.

Fui en busca de una enfermera más sensible y finalmente encontré a una pequeña pelirroja rechoncha, con el gorro del Hospital General de Los Ángeles, que se dejó impresionar por una vieja chapa de Delegado Especial que yo llevaba y me llevó a una habitación semiprivada, que tenía un aviso de *Prohibidas las visitas* en la

puerta. George era el único ocupante y estaba durmiendo. Le prometí no despertarlo.

Las persianas estaban herméticamente cerradas y no había luz encendida en el cuarto. Estaba tan oscuro que apenas podía distinguir la blanca cabeza vendada de George sobre la almohada. Me senté en un sillón entre su cama y la otra vacía y escuché el susurro de su respiración. Era lenta y regular. Transcurrido un rato casi me dormí.

Me sacudió un grito de dolor. Al principio creí que provenía de George, pero era de un hombre al otro lado de la pared. Gritó fuertemente otra vez.

George se movió, gimió y se incorporó, llevándose ambas manos a su cara semi-momificada. Se balanceó amenazando con caerse de la cama. Lo retuve por los hombros.

—Tranquilo, muchacho.

—Déjeme ir. ¿Quién es usted?

—Archer —dije—. El Florence Nightingale de los pobres.

—¿Pero qué pasó? ¿Por qué no puedo ver?

—Se ha bajado las vendas sobre los ojos. Además está oscuro.

—¿Dónde estoy? ¿En la cárcel? ¿Estoy en la cárcel?

—Está en el hospital. ¿No recuerda haberle pedido al doctor Reeves que me llamara a larga distancia?

—Creo que no lo recuerdo. ¿Qué hora es?

—Es sábado por la mañana, casi mediodía.

Esta información lo impresionó. Se quedó acostado y quieto durante un rato y luego dijo en tono intrigado:

—Parece que he perdido un día.

—Tranquilícese. No querrá volver atrás.

—¿Hice algo malo?

—No sé lo que hizo. Hace demasiadas preguntas, George.

—Me está engañando, ¿no es así? —la turbación se espesó en su garganta como una flema—. Supongo que me porté como un burro.

—La mayoría de nosotros lo hace de vez en cuando. Pero siga creyéndolo.

Buscó a tientas el interruptor de la luz en la cabecera del lecho y una vez hallado, lo pulsó. Tocándose las vendas de la cara, me atisbó por unas angostas ranuras entre ellas. Sus labios hinchados estaban secos y resquebrajados debajo de las vendas. Dijo con una especie de respeto en la voz:

—El pequeño campeón en pijama… ¿Fue quién me hizo esto?

—En parte. ¿Cuándo lo vio por última vez, George?

—Debería saberlo, puesto que estaba conmigo. ¿Qué quiso decir con eso de «en parte»?

—Tuvo algo de ayuda.

—¿Ayuda de quién?

—¿No lo recuerda?

—Recuerdo algo —parecía infantilmente inseguro. El impacto físico y moral había rebajado su ego—. Debe haber sido una pesadilla. Es como una mezcla de viejas películas pasando por mi cabeza. Solo que estaba allí. Un hombre con una pistola me perseguía. La escena cambiaba continuamente… No puede haber sido real.

—Era real. Tomó parte en una pelea con los guardianes de la compañía en el estudio de Simon Graff. El nombre de Simon Graff, ¿significa algo para usted?

—Sí. Estaba en la cama en una casa pobretona en Los Ángeles, y alguien que hablaba por teléfono mencionó ese nombre. Me levanté, llamé un taxi y le pedí al conductor que me llevara a ver a Simon Graff.

—Era yo, George. Es mi casa.

—¿Estuve en su casa?

—Ayer —su memoria parecía estar funcionando de modo muy conveniente. No dudaba de su sinceridad, pero estaba irritado.

—También recogió un pobre traje mío de color gris oscuro que me había costado uno-dos-cinco.

—¿Sí? Lo siento.

—Lo va a sentir más cuando reciba la cuenta. Pero olvídelo. ¿Cómo llegó desde el estudio Graff hasta Las Vegas? ¿Y qué ha estado haciendo desde entonces?

La mente, detrás de sus ojos inyectados en sangre, andaba a tientas en un limbo oscuro.

—Creo que vine en avión. ¿Tiene sentido?

—Tanto como lo demás. ¿Avión de pasajeros o particular?

Luego de una larga pausa dijo:

—Debe de haber sido particular. Sólo éramos dos, yo y otro tipo. Creo que era el mismo que me persiguió con la pistola. Me dijo que Hester estaba en peligro y necesitaba mi ayuda. Me desmayé, o algo así. Después iba andando por una calle con muchas luces que me encandilaban. Entré en el hotel donde se suponía que estaba ella, pero se había ido y el empleado no me quiso decir dónde.

—¿Qué hotel?

—No estoy seguro. El cartel tenía forma de una copa de vino. O de una copa de Martini. ¿*El Dry Martini*? ¿Le parece posible?

—Hay uno en la ciudad. ¿Cuándo estuvo allí?

—En algún momento de la noche. Había perdido la noción del tiempo. Debo haber pasado el resto de la noche buscándola. Vi una gran cantidad de chicas que se parecían a ella, pero siempre resultaban ser otra persona. Todo el tiempo me estaba desmayando y volviendo en mí en otro sitio. Era horrible. Me tomaban por un borracho. Hasta el agente creyó que estaba borracho.

—Olvídelo, George. Ya pasó todo.

—No lo olvidaré. Hester está en peligro, ¿no es así?

—Puede ser. No lo sé. Olvídela también. ¿Por qué no lo hace? Enamórese de la enfermera o algo así. Con un promedio de triunfos y derrotas como el suyo le convendría casarse con una enfermera. Y, a propósito, será mejor que se acueste o la enfermera nos matará a los dos.

En vez de acostarse se sentó más erguido, con los hombros arqueados bajo la bata de hospital. Entre los vendajes, sus ojos rojos estaban fijos en mi cara.

—Algo le ha pasado a Hester. Está tratando de impedirme que lo sepa.

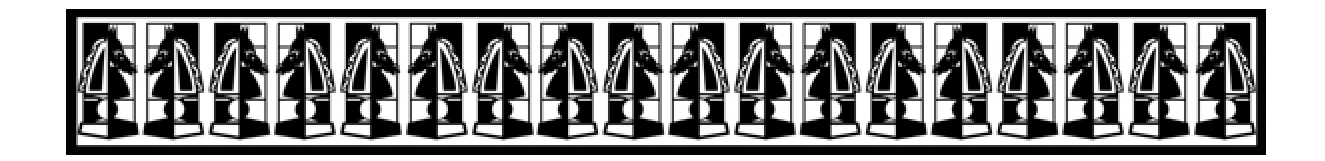
—No sea chiflado, muchacho. Tranquilícese. Ya ha provocado bastantes líos.

—Si no quiere ayudarme, me levanto y me marcho de aquí. Alguien tiene que hacer algo.

—No llegará muy lejos.

Por toda respuesta se quitó las sábanas, pasó las piernas sobre el borde de la alta cama, tocó el suelo con los pies descalzos y se puso de pie tambaleándose. Luego cayó hacia delante, sobre las rodillas, con la cabeza suelta y floja como la de un ciervo muerto. Lo icé de nuevo sobre la cama. Se quedó inerte, respirando rápida y suavemente.

Apreté el timbre de llamada a la enfermera y me crucé con ella al salir.



26

EL *DRY MARTINI* ERA un hotel en los límites del distrito de juego más antiguo de la ciudad. Dos señoras estaban jugando a la canasta con dinero en un vestíbulo con aspecto de nudoso cajón de pino. El empleado del escritorio era un hombre gordo con chaqueta de *rayón*. Su cara roja tenía fija la expresión permanentemente jovial que la gente espera en los hombres gordos.

—¿En qué puedo servirle?

—Tengo una cita con la señorita Campbell.

—Mucho me temo que la señorita Campbell no haya llegado aún.

—¿A qué hora salió?

Entrelazó las manos sobre su vientre y giró los pulgares.

—Vamos a ver, empecé mi turno a medianoche, ella entró alrededor de una hora después, se quedó el tiempo suficiente como para cambiarse el vestido y salió de nuevo. No puede haber sido mucho después de la una.

—Se fija siempre tanto.

—En un bomba como ella, sí me fijo —la punta de su lengua se asomó entre sus dientes, que tenían mucho de plástico.

—¿Había alguien con ella al ir o venir?

—No. Vino y se fue sola. Es amigo de ella, ¿eh?

—Sí.

—¿Conoce a su marido? ¿Un tipo grandote de pelo rojizo?

—Lo conozco.

—¿De qué va? Entró aquí a mitad de la noche, hecho un basilisco. Tenía ronchas en la cara, sangre en el pelo y hablaba una cháchara de loco. Se le había metido en la cabeza que su mujer tenía problemas y que yo tenía algo que ver con ella. Porfiaba que yo sabía dónde estaba. Me costó un trabajo de mil demonios quitármelo de encima.

Miré mi reloj.

—Después de todo podría tener problemas. Hace once horas que salió.

—No le dé importancia. Algunas se quedan en la ciudad veinticuatro horas o treinta y seis cada vez. Tal vez haya tenido una buena racha y la esté siguiendo. O tal vez tuviera una cita. Alguien debe haber dado una paliza al marido. Porque es el marido, ¿no?

—Sí, lo es y varias personas le han pegado. Tiene la costumbre de abrirse camino con el mentón. En este momento está en el hospital y estoy tratando de encontrarla para llevársela.

—¿Detective privado?

Asentí.

—¿Tiene alguna idea de dónde puede haber ido?

—Quizá pueda averiguarlo, si es importante —me miró de arriba abajo midiendo el valor de mi ropa y el contenido de mi cartera—. Me costará algo.

—¿Cuánto?

—¿Veinte? —era una pregunta.

—¡Epa! No lo estoy comprando.

—Muy bien, diez —dijo rápidamente—. Es mejor que dejarse tapar un ojo con una zanahoria.

Tomó el billete y se fue contoneándose al cuarto del fondo, desde donde lo oí hablar por teléfono con alguien llamado Rudy. Volvió con expresión de estar satisfecho de sí mismo.

—Pedí un taxi para ella anoche y acabo de hablar con el que lo mandó. Va a enviar al conductor que atendió la llamada.

—¿Cuánto me va a costar?

—Eso está entre usted y él.

Esperé detrás del cristal de la puerta principal, observando el tránsito del mediodía. Procedía de todos los estados de la Unión, pero la mayoría de las matrículas eran de California del Sur. Este pueblo de carnaval era en realidad el suburbio más alejado de Los Ángeles.

Un taxi amarillo y estropeado se desprendió de la corriente que iba hacia el oeste y se acercó al bordillo. El conductor se bajó y empezó a cruzar la acera. No era viejo, pero tenía la cara marchita y la pose de un sabueso alimentado demasiado tiempo con sobras. Salí.

—¿Es el señor que está interesado en la rubia?

—Soy yo.

—No deberíamos dar información sobre nuestros pasajeros. Salvo que sea oficial…

—¿Un billete de diez es lo bastante oficial?

Se puso en posición de firme y parodió un saludo.

—¿Qué quería saber?

—¿A qué hora la recogió?

—Una y quince. Lo anoté en mi cuaderno.

—¿Y dónde la dejó?

Me dirigió una sonrisa desde sus dientes amarillos y se echó hacia atrás la gorra de visera, que quedó colgando casi verticalmente de la punta posterior de su cráneo.

—No me meta prisa. Primero veamos el color de su dinero.

Le pagué.

—La dejé en la calle —dijo—. No me gustó hacerlo a esa hora de la noche, pero supongo que sabría lo que estaba haciendo.

—¿Dónde fue eso?

—Un poco más allá del *Strip*. Si quiere le puedo enseñar el sitio. Es un viaje de dos dólares.

Abrió la puerta trasera del taxi y subí. Según su tarjeta de identificación, se llamaba Charles Meyer. Me contó sus cuitas mientras pasábamos por delante de las fachadas de estilo Disney

moderno, donde los nombres de Hollywood y de Times Square eran señuelos para los millonarios anónimos. Charles Meyer tenía muchos problemas. La bebida había sido su perdición. Las mujeres le habían estropeado la vida. El juego lo había arruinado. Me contó esto es un insistente lamento monótono.

—Hace tres meses que estoy trabajando en este maldito poblado tratando de ganar bastante para comprarme un poco de ropa y un cacharro, y largarme de aquí. La semana pasada creí que lo había conseguido: doscientos treinta dólares y las deudas saldadas. Así que fui a la farmacia a comprar la insulina y me dieron la vuelta en monedas de plata, dos dólares y una de cuatro centavos y por gusto las metí en las máquinas, porque iba a ser la última vez —cloqueó—. Ahí se fueron los doscientos treinta. Me llevó poco más de tres horas perderlos. Trabajo rápido.

—Podía comprarse un billete de autobús.

—No, señor. Me quedo aquí hasta que consiga un auto, uno de postguerra como el que perdí y ropa decente. No voy a volver a Dago con la cola entre las piernas como un vago.

Pasamos varios edificios en construcción, con carteles que los identificaban como *hoteles-clubs* adicionales con nombres exóticos. Uno de ellos era el *Casbah* de Simon Graff. Sus cercas se levantaban al borde del desierto como armazones para que la gente construyera sus sueños sobre ellos.

El *Strip* degeneró en una larga línea de moteles que parecían aferrados a los flecos del *glamour*. Charles Meyer retomó la calle y se detuvo delante de uno de ellos, el *Fiesta Motor Court*. Apoyó su cara de sabueso en el respaldo del asiento.

—Aquí la dejé.

—¿Alguien la esperaba?

—No que yo viera. Estaba sola en la calle cuando me fui.

—¿Pero había tránsito?

—Claro. Siempre hay algo de tránsito.

—¿Parecía estar buscando a alguien?

—¿Cómo puedo saberlo? Lo que hacía no parecía lógico, estaba medio confundida.

—¿Cómo confundida?

—Ya sabe. Alterada. Histérica. No me gustó dejarla así sola, pero me dijo que me largara. Y me largué.

—¿Qué ropa llevaba?

—Vestido rojo, abrigo de tela oscura, sin sombrero. Una cosa más: tenía tacones realmente altos. En ese momento pensé que no llegaría muy lejos con ellos.

—¿Hacia qué lado se fue?

—Hacia ningún lado, se quedó ahí parada junto al bordillo mientras la pude ver. ¿Quiere regresar al *Martini* ahora?

—Espere unos minutos.

—Muy bien, pero dejo el taxímetro en marcha.

El propietario del *Fiesta Motor Court* estaba sentado ante una mesa con sombrilla en el pequeño patio junto a su oficina. Estaba fumando una pipa y abanicándose con una hoja de palmera deshilachada. Parecía un macedonio feliz o un armenio desilusionado. Al fondo, varias jóvenes de ojos oscuros, que podían haber sido sus hijas, entraban y salían de las casitas empujando carritos de ropa blanca.

No, no había visto a la joven de vestido rojo. No había visto nada después de las once y treinta; había colocado su cartel de *completo* a las once y veinticinco y se había ido directamente a la cama. Mientras me alejaba comenzó a ladrarle órdenes a una de las jóvenes de ojos oscuros, como para enseñarme con el ejemplo cómo debía hacer para mantener a mis mujeres alejadas de los líos.

El *Colonial Inn*, al lado, tenía una pequeña oficina ordenada, presidida por un hombrecillo prolijo de bigote recortado y acento nor-noreste con sobretonos asmáticos. No, no se había fijado en la joven en cuestión, pues tenía cosas más importantes que responder preguntas sobre las esposas de los demás.

Yendo hacia el centro, con el silo de neón apagado del *Flamingo*, probé en el *Bar-X Tourist Ranch*, en el *Wellcome Traveller* y en el

Oasis. Recibí respuestas diferentes, todas negativas. Charles Meyer me seguía en su taxi, con muchas sonrisas y cabeceos.

El *Rancho Eldorado* era una doble hilera de gallineros color pastel, festoneados de tubos de neón. No había nadie en la oficina. Llamé hasta que obtuve respuesta, porque estaba cerca de la calle y en una esquina. Una mujer abrió la puerta y me deslizó una mirada por su nariz larga y marcada por antiguos cráteres de acné. Sus ojos eran negros y pequeños y su pelo estaba sujeto en anillos. Era tan fea que sentí lástima por ella. Era prácticamente un insulto darle la descripción de una rubia hermosa de vestido rojo.

—Sí —dijo—. La vi —sus ojos negros chispearon con malicia—. Anoche estuvo parada en la esquina durante diez o doce minutos. No me hago juez de la otra gente, pero me fastidió verla allí pavoneándose y haciendo todo lo posible para que la levantaran. Me doy cuenta cuando una chica está tratando de que la levanten. ¡Pero no le dio resultado! —su voz nasal sonaba triunfante—. Los hombres de ahora no se dejan atrapar tan fácilmente como antes y nadie se detuvo.

—¿Qué le hizo?

—Nada. No me gustó la manera como se pavoneaba bajo la luz, en mi esquina. Esta clase de cosas es perjudicial para mi negocio. Este es un motel familiar. Así que por fin salí a la puerta y le dije que se fuera. Lo hice con muy finos modales. Simplemente le dije con toda calma que se fuera a ofrecer su mercancía a otra parte —su boca se cerró, alargándose hasta una línea horizontal con ángulos rectos en los extremos—. ¿Es amiga suya, supongo?

—No. Soy detective.

Su rostro se iluminó.

—Ya veo. Bueno, la vi entrar al *Dewdrop Inn*, que queda dos casas más allá. Ya es hora de que alguien limpie ese antro de perdición. ¿La busca por algún *crimen*?

—Pulcritud en tercer grado.

Se quedó masticando esto como un camello y me cerró la puerta en la cara. El *Dewdrop Inn* era una estropeada pared de revoque con

persianas vencidas y puertas que necesitaban pintura. La puerta de la oficina la abrió una mujer que se sujetaba un sucio albornoz alrededor de la cintura. Tenía el pelo rojo y crespo. Su piel había sido quemada por una lámpara solar, salvo donde el descuidado pecho resplandecía de blancura en la V de su bata. Aceptó y devolvió mi mirada descendente, permitiendo que la V y la puerta se abrieran algo más.

—Estoy buscando una mujer.

—¡Qué feliz coincidencia! Estoy buscando un hombre. Sólo que es un poco temprano para mí. Todavía estoy un poco alegre de anoche.

Bostezó, cerrando su puño y estirando el otro brazo verticalmente sobre su cabeza. Su aliento era una mezcla de *gin* y fermentada femineidad. Sus pies descalzos eran de un blanco sucio.

—Entre, no me lo voy a comer.

Subí a la oficina. Se apoyó contra el marco de la puerta de manera que la rocé desde el hombro hasta la rodilla. No estaba realmente interesada; sólo quería mantenerse en forma.

La habitación estaba sucia y desordenada. Había un par de copas manchadas de lápiz de labios sobre el escritorio y revistas de secretos femeninos diseminadas por el piso.

—¿Gran juerga la de anoche? —dije.

—¡Oh, seguro que sí! Gran farra. Tomar copetines hasta las cuatro, y despertarse a las seis y no poderse volver a dormir. La alegría del divorcio. La cosa es como la cuentan.

Me preparé para otra historia de la vida. Algo en mi cara, tal vez cierta mirada crédula, debía invitarlas. Pero me perdonó:

—Muy bien, amigo, no le demos largas al asunto. Está buscando a la nena del vestido rojo.

—Es muy despierta.

—Sí. Bueno, no está aquí. No sé dónde está. ¿Es una pistolero, o qué?

—Esa es una pregunta divertida.

—Seguro que sí, explosiva. Tiene una pistola en la sobaquera, y no es Davy Crockett.

—Está destrozando mis ilusiones.

Me dirigió una mirada dura y turbia. Sus ojos parecían muestras de mineral, malaquita o sulfato de cobre, cubiertos del polvo que almacenaron en alguna repisa olvidada.

—Vamos, ¿qué es lo que está pasando? La chica dijo que los pistoleros iban tras de ella. No es uno de ellos, ¿verdad?

—Soy detective privado. Su marido me contrató para que la encontrara —de pronto me di cuenta de que había vuelto a mi punto de partida, veintiocho horas más tarde y en otro Estado. Me parecían veintiocho días.

La mujer estaba diciendo:

—Se la encuentra y, ¿él qué piensa hacer con ella?, ¿darle una paliza?

—Cuidarla. Lo necesita.

—Podría ser. ¿Lo de los pistoleros eran cuentos chinos? Quiero decir, ¿estaba mintiendo?

—No lo creo. ¿Mencionó algún nombre?

Asintió con la cabeza.

—Uno. Carl Stern.

—¿Lo conoce?

—Sí. El diario *El Sol* desenterró su historia y la desparramó en la primera plana en el otoño pasado, cuando él pidió la licencia de juego. ¿No será el marido?

—Su marido es un buen muchacho de Toronto, George Wall. Unos amigos de Stern lo mandaron al hospital. Quiero llegar a su esposa antes de que ellos la maten.

—¿No me está cargando?

—Lo digo en serio.

—¿Qué le hizo ella a Stern?

—Eso es lo que quiero preguntarle. ¿Dónde está ahora?

Nuevamente me dirigió la mirada mineral.

—A ver su licencia. No es porque tenga mucho valor. El tipo que me consiguió el divorcio era detective particular con licencia y era el sinvergüenza más grande que he conocido.

—Yo no lo soy —dije con la imprescindible sonrisa—, y le enseñaré mi licencia.

Levantó la vista bruscamente.

—¿Su nombre es Archer?

—Sí.

—¿Es una extraña casualidad o qué? Ella trató de llamarlo anoche, persona a persona. Me golpeó la puerta a eso de las dos, bastante pálida y temblando, y me pidió que le dejara usar el teléfono. Le pregunté qué problema tenía. Rompió a llorar y me dijo que los pistoleros la seguían o que lo harían pronto. Quería llamar al aeropuerto, tomar un avión y largarse rápido de aquí. Le pedí la comunicación pero no pude conseguirle un vuelo hasta esta mañana. Entonces trató de llamarlo

—¿Para qué?

—No me lo dijo. Si es amigo de ella, ¿por qué no me lo dijo? ¿Es amigo de Rina Campbell?

—¿Quién?

—Rina Campbell, la chica de quien estamos hablando.

No me repuse demasiado fácilmente.

—Creo que sí. ¿Está todavía aquí?

—Le di un *nembutal* y la metí en la cama. Todavía no ha dicho ni pío. Probablemente siga durmiendo, pobre tesoro.

—Quiero verla.

—Sí. Lo ha dicho bien claro. Sólo que éste es un país libre y si ella no quiere verlo, no tiene derecho a obligarla.

—No pienso darle órdenes.

—Mejor que no lo haga. Si trata de hacerle la menor cosa, le pego un tiro personalmente.

—La quiere, ¿no?

—¿Y por qué no? Es de veras una buena chica, de las mejores. No me importa lo que haya hecho.

—Usted está haciendo algo bueno.

—¿Sí? Lo dudo. En un tiempo tuve algo de buena, cuando tenía la edad de Rina. Traté de conservar algo para una emergencia. Si uno no puede dar algo de cariño en este mundo, tanto daría ser un topo en un agujero.

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—No lo dije. Me llamo Carol, señora Carol Busch —me tendió una mano roja, fea—. Recuerde que si cambió de idea y no lo quiere ver, usted se larga.

Abrió una puerta interior y la cerró firmemente. Me fui fuera, desde donde podía vigilar las salidas. Charles Meyer estaba esperando en su taxi.

—¡Hola! ¿Tuvo suerte?

—Nada de suerte. Abandono. ¿Cuánto le debo?

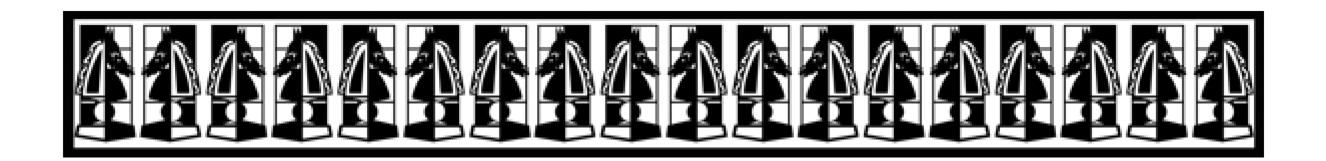
Se inclinó de lado para mirar el taxímetro.

—Tres setenta y cinco. ¿No quiere que lo lleve al centro? Le cobro la mitad.

—Andaré. Necesito ejercicio.

Su mirada era triste y canina. Sabía que estaba mintiendo y sabía la razón: no tenía confianza en él. La señora Carol Busch me llamó desde la puerta del apartamento adjunto a la oficina.

—Bueno, está levantada, quiere hablar con usted.



27

LA SEÑORA BUSCH se quedó fuera y me dejó entrar solo. La habitación estaba fresca y en penumbra. Las persianas y las pesadas cortinas impedían entrar el sol. Una lámpara con pantalla era la única fuente de luz. La chica estaba sentada al pie de la cama sin hacer, con la cara oculta a la luz de la lámpara.

Comprendí la razón de esto cuando olvidó su pose y levantó la cara para mirarme. El *nembutal* o las lágrimas habían hinchado sus párpados. Su pelo brillante estaba desaliñado. Llevaba el traje de lana roja como si fuera de arpillera. Durante la noche parecía haber perdido la seguridad de que su belleza velaría por ella. Su voz era pequeña y aguda.

—Hola.

—Hola, Rina.

—Sabe quién soy —dijo con voz opaca.

—Ahora sí. Debí haber adivinado que era una pantomima entre hermanas. ¿Dónde está su hermana, Rina?

—Hester está en apuros. Tuvo que salir del país.

—¿Está segura de eso?

—No estoy segura de nada desde que descubrí que Lance está muerto.

—¿Cómo lo supo? No me creyó cuando se lo dije anoche.

—Tengo que creerle ahora. Vi un diario de Los Ángeles en el hotel y había un titular sobre el… sobre su asesinato —sus párpados se levantaron pesadamente. Sus ojos de color azul oscuro habían cambiado sutilmente en trece horas: veían más y les gustaba menos.

—¿Fue mi hermana…, fue Hester quién lo mató?

—Puede haber sido, pero lo dudo. ¿Hacia dónde dijeron que se había ido? ¿México, Canadá o Hawai?

—No lo dijeron. Carl Stern dijo que sería mejor que no lo supiera.

—¿Qué debe suponerse que está haciendo aquí? ¿Dándole una coartada?

—Creo que sí. Esa era la intención —otra vez levantó la vista—. Por favor no se separe de mi lado. Quiero contarle todo lo que sé pero por favor no me interrogue. He pasado una noche terrible.

Se llevó los dedos a la frente y quedaron húmedos. Había una caja de pañuelos de papel en la mesita de noche. Le di uno, que usó para enjugarse la frente y sonarse. Sorprendentemente dijo, con un hilo de voz delgada como de flauta:

—¿Es usted un hombre bueno?

—Me gusta pensar que sí —pero su candor me detuvo—. No —dije—, no lo soy. Siempre estoy tratando de serlo, cuando me acuerdo, pero cada año resulta más difícil. Es como tratar de levantarse en la barra con una sola mano. Uno puede entrenarse toda la vida y no conseguirlo nunca.

Trató de sonreír. Las suaves comisuras de sus labios no querían subir.

—Habla como un hombre decente. ¿Por qué vino a casa de mi hermana anoche? ¿Qué hizo para entrar?

—Entré por la fuerza.

—¿Por qué? ¿Tiene algo en contra de ella?

—Nada personal. Su marido me pidió que la encontrara. He estado tratando de hacerlo.

—Ella le dijo que estaba muerto, ¿eh?

—¿No es cierto?

—Nunca dice la verdad cuando puede decir una mentira.

—Lo sé —agregó con un tono despojado de sentimentalismos—: Pero Hester es mi hermana y la quiero. Siempre he hecho lo que he podido por ella y siempre lo haré.

—Y por eso está aquí.

—Por eso estoy aquí. Lance y Carl Stern me dijeron que podía evitar a Hester mucha pena y tal vez una condena en la cárcel. Todo lo que tenía que hacer era venir aquí en avión bajo el nombre de ella, registrarme en un hotel y desaparecer. Debía tomar un taxi hasta el límite del desierto, pasando el aeropuerto y Carl Stern me recogería. Pero no le encontré. Me volví aquí. Perdí el coraje.

—¿Por eso trató de llamarme?

—Sí. Me puse a pensar, cuando vi la noticia sobre Lance en el diario. Usted me dijo la verdad sobre eso, quizá me haya dicho la verdad sobre todo lo demás. Y recordé algo que usted había dicho anoche… La primera cosa que me dijo cuando me vio en el cuarto de Hester. Me dijo —su voz era cuidadosa, como la de una criatura que repite una lección de memoria—. Creía que era Hester y dijo que creía que yo estaba muerta, que *ella* estaba muerta.

—Dije eso, sí.

—¿Es cierto?

Titubeé. Se puso de pie, un poco insegura. Su mano apretó fuertemente mi brazo.

—¿Está muerta Hester? No tema decírmelo si lo está. Puedo soportarlo.

—Lo siento. No conozco la respuesta.

—¿Qué cree?

—Me parece que sí. Creo que la mataron en la casa de Beverly Hills ayer por la tarde. Y la coartada que están tratando de preparar no es para Hester, es para el que la mató.

—Lo siento. No lo comprendo.

—Supongamos que la mataron ayer. Usted asumió su identidad, vino aquí, se registró, desapareció. Nadie haría preguntas en Los Ángeles.

—Yo las haría.

—Siempre que regresara con vida.

Tardó un segundo en asimilar la idea y otro más en aplicarla a su situación actual. Pestañeó y la impresión la sacudió. Sus ojos parecían huevos de pascua celestes rajados.

—¿Qué le parece que debo hacer?

—Hágase humo. Desaparezca, hasta que pueda arreglar esto. Pero primero quiero escucharla. No me ha explicado por qué se dejó utilizar. Ni qué sabe de las actividades de su hermana. ¿Le dijo lo que estaba haciendo?

—No tuvo intención de hacerlo, pero lo adiviné. Estoy dispuesta a hablar, señor Archer. En cierto modo, soy tan culpable como Hester. Me siento responsable del asunto.

Se detuvo y paseó la mirada por las paredes de yeso amarillo. Parecía desanimada por la fealdad de la habitación. Su mirada se detuvo en la puerta detrás de mí y se endureció. La puerta se abrió de golpe cuando me volvía. La luz del sol me golpeó los ojos y centelleó sobre tres pistolas. Frost tenía una. Lashman y Marfeld lo flanqueaban. Detrás de ellos, la señora Busch se arrastraba por la grava.

En la calle, el taxi amarillo y deslucido de Charles Meyer se alejaba hacia el centro. No miró hacia atrás.

Vi todo esto mientras me llevaba la mano a la axila izquierda. No completé el movimiento.

El día, la noche y otra vez el día me habían embotado y no estaba reaccionando bien, pero sabía que una pistola en mi mano era lo que ellos necesitaban. Me quedé parado con la mano derecha helada sobre mi pecho. Frost se sonrió como una calavera contra el doloroso cielo azul. Tenía puesta una camisa de seda multicolor, un sombrero Panamá con la banda haciendo juego y un pantalón de franela blanco de los que usan los jugadores de tenis profesionales. El arma que tenía en la mano era una ametralladora alemana. Me puso la boca del arma contra el plexo solar y tomó mi pistola.

—Manos sobre la cabeza. Es una sorpresa realmente bonita.

Me puse las manos en la cabeza.

—A mí también me agrada.

—Ahora dese la vuelta.

La señora Busch se había puesto de pie. Gritó:

—¡Asquerosos bastardos! —y se arrojó sobre las espaldas del pistolero más próximo. Era Marfeld. Giró y le pegó en la cara con el cañón del arma. Cayó dándose la vuelta y quedó tendida boca abajo con el pelo desparramado como fuego.

Dije:

—Voy a matarlo, Marfeld.

Se volvió hacia mí con los ojos gozosos, si es que Marfeld podía gozar.

—¿Tú y quién más, nene? No vas a tirar la pelota. Sólo vas a recibirla, ¿sabes?

Me golpeó un lado de la cabeza con el arma. El cielo osciló como un globo azul sujeto a un hilo.

Frost le habló ásperamente a Marfeld:

—¡Para! Y por Dios, deja a la mujer —me habló más suavemente—. Deje las manos en la cabeza y dese la vuelta.

Le obedecí, sintiendo el cosquilleo de la sangre que me surcaba el pelo y me bajaba por un lado de la cara. Rina permanecía sentada sobre la cama, contra la pared. Estaba sentada encima de sus piernas y temblaba.

—Me desilusionas, muñeca —dijo Frost—. Usted también, Lew.

—Me desilusiono a mí mismo.

—Sí, después del trabajo que me tomé, dándole buenos consejos y nuestros años de amistosa relación…

—Me emociona profundamente. No me he emocionado tanto desde que oí aullar una hiena.

Frost empujó la boca del arma fuertemente contra mi riñón derecho. Marfeld dio la vuelta a mi alrededor, balanceando repetidamente los hombros.

—Así no se le habla al señor Frost.

Blandió el canto de su mano hacia mi garganta. Metí el mentón para protegerme la laringe y recibí el golpe en la boca. Hice un ruido

que sonó como «gah» y traté de alcanzarlo. Lashman asió mi brazo derecho y colgó su peso de él. El hombro derecho de Marfeld bajó. En el extremo de su brazo derecho, curvado como un gancho, su puño me dio en el vientre. Me dobló. Me enderecé, devolviendo amargo café.

—Basta de eso —dijo Frost—. Apúntale, Lash.

Frost pasó a mi lado, hacia la cama. Andaba flojamente, con los hombros caídos. Su voz era seca y cansada:

—¿Estás lista para marchar, nena?

—¿Dónde está mi hermana?

—Sabes que tuvo que irse del país. Quieres hacer lo que sea mejor para ella, ¿no es así? —se inclinó hacia ella en una parodia de zalamería y encanto.

Ella le silbó sonriendo con los dientes:

—Con usted no quisiera ni cruzar la calle. ¡Apesta! Quiero a mi hermana.

—Vendrás aunque te tengan que llevar en brazos. Así que andando.

—No. Déjeme salir de aquí. Mató a mi hermana.

Se bajó velozmente de la cama y corrió hacia la puerta. Marfeld la asió por la cintura y forcejeó con ella, riendo, con el vientre contra la cadera. Ella le arañó la mejilla con las uñas. Él le tomó la mano y le dobló los dedos hacia atrás, golpeándole salvajemente la cabeza con la mano de plano. Ella se apoyó sumisamente contra la horrible pared.

A mis espaldas la pistola había perdido contacto, dejando un vacío frío. Giré rápidamente. Lashman había estado observando cómo golpeaban a la chica, con los ojos cálidos y soñadores del *voyeur*. Le obligué a bajar el arma antes de que pudiese dispararla. Se la quité y la arrojé al ángulo frontal de su cráneo. Se vino abajo en el vano de la puerta.

Marfeld estaba sobre mi espalda. Era pesado y fuerte y tenía un sentido innato de la ventaja. Su brazo se enroscó alrededor de mi cuello y se ciñó. Lo mandé contra el marco de la puerta. Casi me

arrancó la cabeza, pero cayó encima de Lashman, con la cara vuelta hacia arriba. Con la culata de la pistola le di entre los ojos.

Me volví hacia Frost, en el preciso instante en que hacía fuego, y me eché a un lado. Sus balas zumbaron contra la pared, lejos de mi cabeza. Le disparé al brazo derecho. Su pistola resonó contra el suelo. Le puse mi mano libre encima, me puse de pie y retrocedí para contemplar la habitación.

El acondicionador de aire palpitaba y zumbaba como un pájaro herido, en la pared, detrás de mi cabeza. La chica, con la cara blanca, estaba apoyada inmóvil contra la pared opuesta. Frost estaba sentado en el suelo entre nosotros dos, sosteniendo su brazo derecho con su mano izquierda. La sangre corría entre sus dedos. Paseaba la mirada entre ellos y yo. El miedo a la muerte, que nunca había dejado sus ojos, se había apoderado del resto de su cara. En el vano de la puerta yacía Marfeld, con la cabeza en el pecho de Lashman. Sus ojos surcados de venas giraban hacia arriba y hacia dentro, hacia la hendidura azul de su frente. Salvo por su respiración y el ruido del acondicionador, el cuarto estaba muy tranquilo.

La señora Busch apareció en la puerta, tambaleándose levemente. Uno de sus ojos estaba hinchado y negro y su boca sonriente sangraba. Sostenía una 45 automática en ambas manos. Frost fijó la vista en el ojo que se movía y trató de arrastrarse bajo la cama. Era demasiado baja para él. Se quedó tendido junto a ella gimiendo.

—Por favor, soy un hombre enfermo. No dispare.

La pelirroja rió.

—Mírenlo arrastrarse. Escúchenlo cómo lloriquea.

—No lo mate —dije—. Por raro que parezca, tengo un uso para él.

28

RINA CONDUCÍA el cadillac de Frost. Yo viajaba en el asiento posterior con Frost. Ella le había hecho un vendaje a presión y un cabestrillo para el brazo, con varias toallas del *Dewdrop Inn*. Él estaba sentado, acunando su brazo, negándose a hablar, salvo para dar indicaciones.

Más allá del aeropuerto giramos a la derecha, hacia las montañas que yacían desnudas y arrugadas al sol. La carretera se encaramaba hacia el sol y a la par que subía empeoraba, convirtiéndose en grava. Pasamos la primera loma baja para dominar con la vista un valle de suelo blanco, donde no crecía nada.

Cerca de la cresta de la ladera interna, un edificio de cemento, con techo redondeado, se hallaba incrustado en la colina. Era chato y no tenía ventanas; parecía un fuerte militar. En realidad era un vaciadero de municiones en desuso.

Frost dijo:

—Está ahí dentro.

Rina miró por encima de su hombro. Su pie nervioso sobre el freno hizo detener bruscamente el auto. Nos apeamos bajo un cielo brillante. La huella de un *jet* lo cruzaba como una larga cicatriz blanca. Le dije a Rina que se quedara en automóvil.

—Puede guardar su pistola —dijo Frost—. No hay nadie dentro más que ella.

Lo hice trepar la pendiente delante de mí hasta la única puerta del edificio. Blindada con acero oxidado, la puerta estaba medio abierta. Un candado roto pendía de su aldaba. Abrí la puerta de par en par mientras cubría a Frost con mi pistola. Una bocanada de aire caliente llegó del interior. Olía como un horno en el cual se hubiera quemado carne.

Frost se quedaba atrás. Lo obligué a entrar delante de mí. Nos quedamos de pie sobre una angosta plataforma, tratando de penetrar la oscuridad con la vista. El suelo de hormigón del vaciadero estaba casi dos metros por debajo del nivel de la entrada. Nuestras sombras caían sobre él en un marco de luz. Empujé a Frost fuera del rectángulo iluminado y vi lo que yacía en el suelo, una cosa marchita como una momia, ennegrecida y consumida por el fuego en vez de por el tiempo.

—¿Le hizo esto?

Frost dijo sin convicción:

—Diablos, no, fue su marido. Debería hablar con él. La siguió hasta aquí desde Los Ángeles. ¿Sabía eso? La liquidó y prendió fuego al cuerpo.

—Tendrá que mejorar eso, Frost. He hablado con el marido. Lo hizo venir en el avión de Stern para echarle la culpa del homicidio. Probablemente trajo el cuerpo en el mismo vuelo. El cuadro no encaja en ese marco, ni encajará. Su repugnante tramoya va a fracasar totalmente.

Estuvo callado por un período de tiempo, dividido en períodos más cortos por el tic nervioso de su párpado.

—No fue idea mía, sino de Stern. Y lo de la gasolina fue idea suya. Me dijo que le prendiera fuego de manera que cuando encontraran el cuerpo no pudieran determinar cuándo había muerto. La chica estaba muerta, ¿sabe?, lo único que hicimos fue cremarla.

Miró el cadáver. Era la imagen de lo que más temía y le imponía silencio. De pronto extendió su brazo sano y se agarró a mi hombro sin soltarlo.

—¿No podemos salir de aquí, Lew? Soy un hombre enfermo y no puedo estar de pie aquí.

Me desprendí de él de un empujón.

—Cuando me haya dicho quién mató a la muchacha.

Hubo otro silencio palpitante.

—Isobel Graff la mató —dijo finalmente.

—¿Cómo lo sabe?

—Marfeld la vio. Marfeld la vio salir corriendo de la casa, frenética. Entró y Hester estaba en la sala. Tenía la cabeza hundida por un atizador. El atizador estaba atravesado sobre su cuerpo. No podíamos dejarla allí. La policía descubriría la relación con Graff en un abrir y cerrar de ojos…

—¿Qué relación tenía Hester con Graff?

—Isobel creía que vivían juntos, dejémoslo así. De todos modos, yo era el encargado de hacer algo con el cadáver. Quería tirarlo al océano, pero Graff dijo que no…, tiene una casa sobre el océano en Malibú. Entonces a Lance Leonard se le ocurrió esta otra idea…

—¿Cómo se metió Leonard en esto?

—Era amigo de Hester. Ella le pidió prestado el auto y él vino a recogerlo. Tenía la llave de la casa de ella y al entrar se topó con Marfeld y el cuerpo. Tenía sus propias razones para querer encubrirlo, así que sugirió traer a la hermana de ella para ayudar. Las dos se parecían mucho, casi como mellizas, y Leonard las conocía a ambas. Convenció a la hermana de que viniera en avión.

—¿Qué iba a ocurrirle a ella?

—De eso se ocupaba Carl Stern. Pero parecía que Stern se zafó del asunto. No sé cómo puede permitirse el lujo de hacer eso.

—Está fuera de órbita —dije—. Antes era el cerebro. ¿Desde cuándo permite que los matones y criminales piensen por usted?

Frost hizo una mueca y agachó la cabeza.

—No estoy bien. Estoy lleno de *demerol* desde hace tres meses.

—¿Así que le está dando al *demerol*?

—Me estoy muriendo, Lew. Se me están destruyendo las entrañas. Estoy sufriendo horribles dolores en este mismo momento.

No debería andar.

—No andará. Estará sentado en una celda.

—Es un hombre duro, Lew.

—Y sigue llamándome Lew. No lo haga más. Debería dejarlo aquí para que regresara por sus propios medios.

—¿No me va a hacer eso? —me agarró nuevamente tiritando—. Escúcheme, Lew… señor Archer. Respecto de ese trato en Italia, puedo conseguirle quinientos por semana durante veintiséis semanas. Sin obligaciones, ni nada que hacer. Unas vacaciones pagadas…

—Guárdeselas. No tocaría un centavo suyo ni con guantes de goma.

—¿Pero no me dejará aquí?

—¿Por qué no? La dejó a ella.

—No entiende. Sólo hice lo que tuve que hacer. Estábamos atrapados. Ella misma lo arregló todo para que nos atraparan. Ella tenía algo contra el Hombre y su mujer, tenía pruebas contra ellos y se las entregó a Carl Stern. Él nos obligó a hacer un trato, en cierto modo. Yo lo hubiera manejado de otra manera.

—Así que lo que hizo fue culpa de Stern.

—No digo eso, pero él tenía las riendas. Teníamos que cooperar con él. Hace meses que tenemos que hacerlo. Stern ha llegado a forzar al Hombre a prestarle su nombre para su nueva gran operación.

—¿Qué pruebas tiene Stern contra los Graff?

—¿Le parece que se lo diría?

—Me lo va a decir. Me estoy hartando de usted, Frost.

Retrocedió contra el marco de la puerta. La luz le caía sobre un lado de la cara y hacía aparecer su perfil pálido y delgado como un papel. Como si la corrupción lo hubiera comido hasta que sólo quedara de él una superficie en la oscuridad.

—Una pistola —dijo—. Una pistola de tiro al blanco que pertenece a la señora de Graff. Isobel la usó para matar a una chica hace un par de años.

—¿Dónde guarda Stern la pistola?

—En la caja de seguridad. Averigüé eso pero no pude llegar a ella. Pero anoche él la llevaba consigo en el auto. Me la mostró —sus ojos opacos se iluminaron de amarillo—. Usted sabe, Lew, estoy autorizado a pagar cien mil por esa pistola. Usted es un muchacho fuerte, despierto. ¿Puede quitársela a Stern?

—Alguien lo hizo. Le cortaron el pescuezo durante la noche. Tal vez ya lo sepa, Frost.

—No. No lo sabía. Si es cierto, las cosas cambian.

—Para usted, no.

Fuimos fuera. Abajo el valle brillaba con su propio calor blanco. La huella del *jet* que cercenaba el cielo se estaba desdibujando. En ese sitio antihumano, el Cadillac, en la carretera, parecía tan fuera de lugar como una nave espacial posada sobre las montañas de la luna. Rina estaba al pie de la pendiente, con la cara vuelta hacia arriba, inexpresiva. Eran graves noticias las que le llevaba.

29

MUCHO MÁS TARDE, en el avión del atardecer, pudimos hablar de ello. Leroy Frost, negando, protestando y pidiendo médicos y abogados, había sido depositado con Marfeld y Lashman en el pabellón de seguridad del hospital. Los restos de Hester Campbell se hallaban en el sótano del mismo edificio esperando la autopsia. Les dije al *sheriff* y al fiscal del distrito lo bastante como para que Frost y sus hombres quedaran detenidos para la posible extradición, bajo sospecha de asesinato. No esperaba que diera resultado. Los pasos finales del caso deberían darse en California.

El DC6 dejó la pista y subió por la rampa de aire azul. Había sólo una docena de pasajeros más, y Rina y yo teníamos la parte anterior del avión para nosotros solos. Cuando se apagó el letrero de *No fumar*, cruzó las piernas y encendió un cigarrillo. Sin mirarme directamente dijo con voz frágil:

—Supongo que le debo la vida, como dicen en las novelas. No sé qué puedo hacer para pagarle. Sin duda debo ofrecerle acostarme con usted. ¿Le gustaría eso?

—No lo haga —dije—. Ha pasado un mal rato, ha cometido un error y yo he estado complicado. Pero no tiene por qué tomarla conmigo.

—No quise ser vil —dijo, un poco vilmente—. Estaba ofreciéndole seriamente mi cuerpo. No tengo nada mejor que ofrecerle.

—Rina, termine con eso.

—No soy bastante atractiva, ¿es eso lo que me quiere decir?

—Está diciendo cosas absurdas. No le echo la culpa. Se ha llevado un buen susto.

Me guardó rencor durante un rato, mirando hacia abajo la Muralla China de montañas que estábamos cruzando. Finalmente dijo en un tono más tranquilo:

—Tiene mucha razón. Estaba asustada, realmente asustada, por primera vez en mi vida. Eso le produce cosas raras a una chica. Me hacía sentir…, bueno, casi como una ramera…, como si no tuviera ningún valor ante mí misma.

—Así es como esos canallas quieren que me sienta. Si actuaran como autómatas estaríamos al mismo nivel. Y los sinvergüenzas podrían salirse con la suya en todo. Sin embargo, no es así. Ser sinvergüenza no es tan respetable como antes, ni siquiera en Los Ángeles. Y por eso tuvieron que construir Las Vegas.

No sonrió.

—¿Es un sitio tan terrible?

—Depende de los que elija como compañeros de juego. ¡Usted eligió los peores que encontró!

—No los elegí. Y no son mis compañeros. Nunca lo fueron. Los desprecio. Le advertí a Hester hace años que Lance era un veneno para ella. Y le dije a Carl Stern lo que pensaba de él en su propia cara.

—¿Cuándo fue esto? ¿Anoche?

—Hace varias semanas. Salí con Lance y Hester. Tal vez fue una tontería de mi parte, pero quería averiguar lo que estaba pasando. Hester trajo a Carl Stern para mí, ¿puede imaginárselo? Se supone que es millonario y Hester siempre creyó que el dinero era lo más importante. No podía entender, ni siquiera en ese último encuentro, por qué yo no le seguía el juego a Stern.

»No es que me hubiera servido de algo —agregó irónicamente—. No estaba más interesado en mí de lo que yo en él. Se pasó la noche en diversos *nights-clubs* haciendo juegos de pies bajo la

mesa, con Lance. Hester no se daba cuenta, o tal vez no le importaba. Ella podía ser muy densa respecto a ciertas cosas. Sin embargo, a mí me importaba, por ella. Finalmente les dije lo que pensaba y los dejé a los tres».

—¿Qué fue lo que les dijo?

—La verdad lisa y llana. Que Carl Stern era un pederasta y quizá mucho peor, y que Hester era una chiflada por andar con él y su amiguito.

—¿Se refirió al chantaje?

—Sí. Les dije que sospechaba algo.

—Eso era peligroso. Le dio a Stern un motivo para querer verla muerta. Estoy casi seguro de que pensó matarla anoche. Por suerte para usted, él murió antes.

—¿De veras? No lo puedo creer… —pero lo creía. Su garganta seca se negó a funcionar. Ella se quedó sentada, tragando saliva—. ¿Sólo porque…, porque sospechaba algo?

—Sospechaba que él era un chantajista y lo llamó homosexual. Matar siempre le resultó fácil a Stern. Revisé su ficha esta tarde. Las autoridades de Nevada tienen un legajo completo sobre él. No es extraño que no haya podido conseguir la licencia de juegos a su nombre. Allá por el treinta era uno de los muchachos de Anastasia, bajo sospecha de estar complicado en más de treinta asesinatos.

—¿Por qué no fue detenido?

—Lo fue, pero no pudieron condenarle. No me pregunte por qué. Pregúntele a los políticos que manejaban la Policía en Nueva York, Jersey, Cleveland y otros sitios. Pregúnteselo a los que votaron a esos políticos. Stern acabó en Las Vegas, pero pertenecía a todo el país. Trabajó para Lepke, para Juego Miller en Cleveland, para Lefty Clark en Detroit, para la gavilla Trans America en Los Ángeles. Completó su aprendizaje con Siegel y cuando se la dieron a Siegel, se metió en negocios por su cuenta.

—¿Qué clase de negocios?

—Contactos para los sentenciados, narcóticos, prostitución, cualquier cosa que le dejara dinero rápido y sucio. Era millonario, de

veras, varias veces. Metió un millón en el *Casbah* solamente.

—No entiendo por qué se dedicó al chantaje. No necesitaba dinero.

—Había sido entrenado por el Sindicato y el chantaje ha sido una de sus principales fuentes de poder desde los días de la Mafia. No, no era dinero lo que buscaba. Era *status*. El nombre de Simon Graff le dio la oportunidad de volverse legal, de ser alguien en ese campo.

—Y lo ayudé —los huesos de su cara destacaban tanto que era casi fea—. Lo hice posible. Quisiera morderme la lengua.

—Antes de hacer eso, por favor, explíqueme qué quiere decir.

Aspiró bruscamente.

—Bueno, en primer lugar, soy enfermera psiquiátrica —se quedó callada. Le costaba mucho empezar.

—Eso me dijo su madre —dije.

Me miró de reojo.

—¿Cuándo vio a mi madre?

—Ayer.

—¿Qué piensa de ella?

—Me gustó.

—¿De veras?

—Me gustan las mujeres en general, y no soy hipercrítico.

—Yo sí —dijo Rina—. Siempre he sospechado de mamá, sus aires, sus concesiones y sus grandes ideas. Y era recíproco. Hester era su favorita, su pequeña compinche. O ella la pequeña compinche de Hester. La consentía y al mismo tiempo tenía exigencias para con ella: sólo quería que Hester destacara. Estuve sentada a un lado durante quince años mirando a las dos niñas que jugaban un *ping-pong* emocional. O *pong-ping*. Yo era la espectadora no tan inocente, como parecía, la tercera, la que estaba de más y no caía bien.

Parecía un discurso que hubiera ensayado muchas veces para sus adentros. Había amargura en su voz, mezclada con resignación.

—Puse punto final —continuó— en cuanto mamá me lo permitió, en cuanto terminé la escuela secundaria. Empecé a estudiar para

enfermera en Santa Bárbara y luego trabajé profesionalmente en Camarillo.

Hablar de su profesión o decir lo que pensaba de su familia le habían devuelto algo de seguridad. Sus hombros estaban más erguidos y sus pechos eran atrevidos.

—Mamá pensaba que estaba loca. Tuvimos una discusión de rompe y rasga el primer año y desde entonces no la visito mucho. Me gusta hacer algo por los enfermos, especialmente trabajar con los que están alterados. Creo que necesito que me necesiten. Mi principal interés es en este momento la terapia ocupacional. Es lo que estoy haciendo con el doctor Frey.

—¿Es el mismo doctor Frey que dirige el sanatorio en Santa Mónica?

Asintió con la cabeza.

—Hace más de dos años que trabajo allí.

—¿Así que conoce a Isobel Graff?

—¡Si la conoceré! Entró en el sanatorio al poco tiempo de estar yo allí. Había estado internada antes, más de una vez. El médico dijo que estaba peor que de costumbre. Es esquizofrénica, ¿sabe?, desde hace veinte años y en períodos agudos tiene delirios paranoicos. El doctor dice que solían ser dirigidos contra su padre cuando vivía. Esta vez estaban dirigidos contra el señor Graff. Creía que él estaba tramando algo contra ella y quería ganarle la mano. El doctor Frey pensaba que el señor Graff debía hacerla recluir para su propia protección. Cada tanto, un delirio paranoico puede hacer erupción en acciones. Lo he visto. El doctor Frey le dio una serie de tratamientos con *metrazol* y poco a poco salió de la fase aguda y se tranquilizó. Pero todavía estaba bastante remota cuando pasó eso. Yo todavía no le daba la espalda, pero el doctor Frey dijo que no era peligrosa y sabía más que yo y, después de todo, era el médico.

»A mediados de mayo la dejó salir al parque. No pretendo saber más que él, pero ese fue un error. No estaba preparada para esa libertad. La primera cosa que sucedió la hizo estallar».

—¿Qué fue lo que pasó?

—No lo sé exactamente. Tal vez alguien le hizo un comentario indiscreto o en un tono de voz que la desagradó. Los paranoicos son así, casi como receptores de radio. Recogen una pequeña señal del aire y la aumentan con su propia fuerza hasta que no pueden oír otra cosa. Sea lo que fuere, Isobel se fue y estuvo fuera toda la noche.

»Cuando volvió estaba realmente mal. Con esa horrible mirada vidriosa en los ojos, como un pez con un anzuelo en la boca. Había vuelto al punto de donde había partido en enero, pero mucho peor».

—¿Qué noche se fue?

—El veintiuno de marzo, el primer día de primavera. No olvidaré fácilmente la fecha. Una chica que conocía en Malibú, Gabrielle Torres, fue asesinada esa misma noche. Entonces no asocié ambas cosas.

—¿Pero sí ahora?

Bajó la cabeza sombríamente.

—Hester me hizo ver la conexión. Sabía algo que yo ignoraba: que Simon Graff y Gabrielle eran… amantes.

—¿Cuándo salió eso a la luz?

—Un día del verano pasado en que almorzábamos juntas: Hester estaba prácticamente tocando fondo. La invitaba a almorzar cada vez que podía. Estábamos charlando de una cosa y otra y sacó el tema. Parece que le preocupaba; había vuelto al *Channel Club* para dar clases de salto. Me contó lo de la aventura amorosa; aparentemente Gabrielle le había hecho confidencias. Sin pensar lo que estaba haciendo, le dije que Isobel Graff se había fugado esa noche. Hester reaccionó como un contador Geiger y empezó a hacerme preguntas. Creía que su único interés era descubrir a la persona que había matado a su amiga. En plan de confidencias le dije lo que sabía sobre Isobel, su escapada y su estado mental cuando regresó.

»Ese día tenía el turno de la mañana temprano y tenía que cuidarla hasta que llegara el doctor Frey. Isobel llegó hacia el amanecer arrastrándose. Estaba en muy mal estado, y no sólo mentalmente. Estaba francamente exhausta. Creo que debió andar, correr y arrastrarse por la costa desde Malibú. Las olas también

debieron alcanzarla, porque tenía las ropas mojadas y llenas de arena. Lo primero que hice fue darle un baño caliente».

—¿Le dijo dónde había estado?

—No, no dijo una palabra. En realidad, no habló durante varios días. Durante un tiempo el doctor Frey estuvo un tanto preocupado, temiendo que cayera en una catatonia. Incluso cuando reaccionó y volvió a hablar, nunca mencionó esa noche… por lo menos no con palabras. Sin embargo, la vi en el taller manual, casi al final de la primavera. Vi algunos de los objetos que hizo con arcilla. No tendría que impresionarme después de lo que he visto en los pabellones de mentales, pero algunos de esos objetos me impresionaron —cerró los ojos como para borrarlos de su vista y continuó en voz apagada —. Hacía muñecas, les quitaba la cabeza a pellizcos, y las destruía parte por parte como una bruja de la jungla, y horribles muñecos con enormes… órganos. Animales con caras humanas, copulando. Pistolas y… partes del cuerpo humano, todas mezcladas.

—Nada bonito —dije—, pero no significaban algo necesariamente, ¿verdad? ¿Alguna vez discutió estas cosas con usted?

—Conmigo no. El doctor Frey no alienta a las enfermeras a practicar la psiquiatría.

Al volverse en el asiento, su rodilla rozó la mía, y la retiró rápidamente. Su mirada de color azul oscuro se volvió hacia mi cara. Resultaba extraño que una muchacha que había visto tanto tuviera unos ojos tan inocentes.

—¿Va a ver al doctor Frey? —dijo.

—Probablemente, sí.

—Por favor, no le hable de mí, ¿quiere?

—No tengo motivo para hacerlo.

—Para una enfermera hablar de sus pacientes es quebrar terriblemente la ética, ¿sabe? Me he preocupado hasta enfermarme durante estos últimos meses, desde que se lo conté a Hester. Fui tan tonta. Pensé que por primera vez en su vida era sincera y que lo único que quería era saber la verdad sobre la muerte de Gabrielle.

Nunca le debí confiar una información tan peligrosa. Está claro para qué la quería. La quería para hacer chantaje a la señora Graff.

—¿Cuánto hace que sabe esto, Rina?

Su voz o su candor le fallaron durante un rato. Esperé que continuara. Sus ojos estaban casi negros de pensamientos. Dijo:

—Es difícil decirlo. Uno puede hacer una cosa y no saberla. Cuando uno quiere a una persona cuesta tanto tiempo verla cómo es. En realidad, he sospechado todo casi desde el principio. Desde que Hester dejó el *club* y empezó a vivir sin ningún ingreso evidente. Hizo crisis durante esa horrible salida de dos parejas de que le he hablado. Carl Stern se emborrachó y empezó a vanagloriarse de su nuevo negocio en Las Vegas y de cómo tenía a Simon Graff en un puño. Y Hester se quedó allí sentada, bebiéndose todo con estrellas en los ojos. Se me ocurrió la extraña idea de que planteó que estuviera presente para ver lo bien que le iba a ella; el éxito que había sido su vida, después de todo. Fue entonces cuando perdí los estribos.

—¿Cómo reaccionaron?

—No esperé sus reacciones. Me fui de allí (estábamos en el Bar de Dixie) y tomé un taxi para irme a casa, sola. Nunca volví a ver a Hester. No volví a ver a ninguno de ellos hasta ayer, cuando Lance me llamó.

—¿Para pedirle que volara a Las Vegas bajo el nombre de Hester?

Asintió con la cabeza.

—¿Por qué aceptó?

—Sabe por qué. Se suponía que le tenía que hacer una coartada.

—Eso no explica por qué aceptó.

—¿Tengo que explicarlo? Simplemente quería hacerlo —después de un momento agregó—: Sentí que tenía una deuda con Hester; en cierto modo, soy tan culpable como ella. Este terrible asunto no hubiera empezado si no hubiera sido por mí. La metí en esto y me parecía que tenía que sacarla. Pero para entonces Hester estaba muerta, ¿no?

Empezó a tiritar, temblando de tal modo que sus dientes castañeteaban. Puse mi brazo alrededor de ella hasta que hubo pasado el espasmo.

—No se sienta demasiado culpable.

—Tengo que hacerlo. ¿No ve que si Isobel Graff mató a Hester, yo tengo la culpa?

—No lo veo. La gente es responsable de lo que hace. De todas maneras todavía tengo mis dudas sobre si Isobel mató a su hermana. Ni siquiera estoy seguro de que disparara contra Gabrielle Torres. No lo estaré hasta que consiga pruebas seguras; una confesión, un testigo ocular o el arma que usó.

—Eso es lo que dice.

—No, no lo estoy diciendo solamente. Saqué algunas conclusiones demasiado pronto en este caso.

No me preguntó qué quería decir y quizá fuera mejor. Todavía no tenía las respuestas finales.

—Escúcheme, Rina. Es una chica muy consciente y ha recibido algunos golpes duros. Tiene tendencia a echarse la culpa a sí misma por las cosas. Probablemente esté acostumbrada a echarse la culpa siempre —estaba sentada, tiesa dentro del círculo de mi brazo.

—Es cierto. Hester era joven y siempre se estaba metiendo en líos y mamá me echaba la culpa. Pero ¿cómo lo supo? Tiene una gran agudeza.

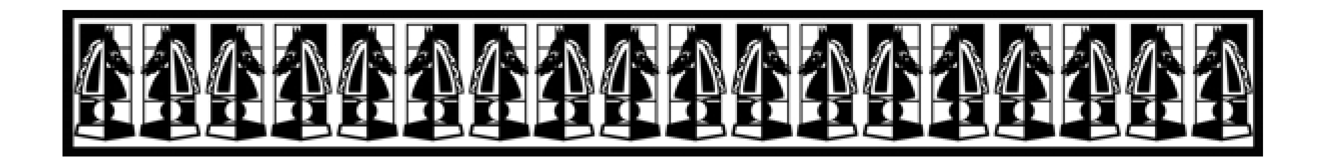
—Lástima que generalmente tome la forma contraria. De todos modos, hay una cosa de la cual estoy seguro, y es que no es responsable de lo que le pasó a Hester y de que no hizo nada malo.

—¿Realmente cree eso? —parecía muy sorprendida.

—Naturalmente, lo creo.

Como había dicho la señora Busch, era una buena chica. También era una chica muy cansada, triste y nerviosa. Permanecimos sentados en un silencio incómodo durante un rato. El zumbido de los motores había cambiado. El avión había sobrepasado la máxima altura de su vuelo para comenzar el largo descenso hacia Los

Ángeles y el sol rojo. Antes de que el avión tocara tierra, Rina había llorado un poco sobre mi hombro. Luego durmió otro poco.



30

MI AUTOMÓVIL estaba en el estacionamiento del Aeropuerto Internacional. Rina me pidió que la dejara en casa de su madre, en Santa Mónica. Así lo hice. Luego me dirigí por Wilshire y San Vicente hasta el sanatorio del doctor Frey. Ocupaba un terreno totalmente rodeado de paredes, que había pertenecido a una gran propiedad privada en las afueras entre Sawtelle y Brentwood. Un empleado en traje de calle abrió el portón automático y me dijo que el doctor Frey probablemente estaría cenando.

El edificio central era una mansión de estilo eduardino, con partes agregadas recientemente, que se levantaba sobre una loma en terrazas. El doctor Frey vivía en una casa para huéspedes, a un lado.

Gente que parecía como cualquier otra salvo que tenían un muro alrededor de sus vidas, paseaba por las terrazas. Desde la galería de la casa del doctor Frey podía ver por encima del muro hasta el océano. La niebla y la oscuridad se estaban acumulando sobre su curvada superficie. Debajo del horizonte el sol perdido ardía como un gran avión caído e incendiado.

Hablé con una sirvienta de uniforme, un ama de llaves de pelo canoso y finalmente con el mismo doctor Frey. Era un anciano encorvado, con traje de etiqueta, y tenía un vaso de *whisky* en la mano. La inteligencia y las dudas habían dejado profundas huellas en

su rostro. Se acentuaron cuando le dije que sospechaba que Isobel Graff fuera una asesina. Puso su vaso en la repisa de la chimenea y se paró delante, más bien beligerante, como si hubiese amenazado el centro de su casa.

—¿Debo entender que es policía?

—Detective privado. Más tarde iré a la Policía. Vine a verlo a usted primero.

—No me siento muy favorecido —dijo—. No puede pretender seriamente que discuta semejante asunto, semejante acusación, con un desconocido. No sé nada de usted.

—Sabe bastante sobre Isobel Graff.

Extendió sus largas manos grises.

—Sé que soy médico y es mi paciente. ¿Qué quiere que diga?

—Podría decirme que esto es infundado.

—Muy bien, se lo digo. Es infundado. Ahora, si me permite, tengo invitados a cenar.

—¿Está la señora Graff aquí, ahora?

Me contestó con otra pregunta:

—¿Puedo inquirir cuál es su intención al hacer esas preguntas?

—Cuatro personas han sido asesinadas, tres de ellas en los últimos días.

No demostró ninguna sorpresa.

—¿Esas personas eran amigas suyas?

—En absoluto. Pero eran miembros del género humano.

Dijo con la amarga ironía de la vejez:

—Así que es un altruista, ¿eh? ¿Un héroe de la cultura hollywoodense con chaqueta *sport*? ¿Se propone limpiar sin ayuda las caballerizas de Augias?

—No soy tan ambicioso. Y no soy problema suyo, doctor. Isobel Graff sí lo es. Si mató a cuatro personas o a una, debería ser encerrada en un sitio donde no pudiera matar más, ¿no está de acuerdo?

Por un minuto no contestó. Luego dijo:

—Esta mañana firmé sus papeles de reclusión voluntaria.

—¿Eso significa que está en camino hacia el hospital del estado?

—Así debería ser, pero me temo que no. Antes de que los papeles pudieran ser…, mmm…, aplicados, la señora Graff se escapó. Estaba muy decidida, mucho más de lo que esperábamos. Reconozco mi error. Debía haberla rodeado de la máxima seguridad. Rompió con una silla una ventana reforzada y se fugó en la parte posterior de un camión de la lavandería.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Esta mañana, poco antes de la hora del almuerzo. Todavía no la han encontrado.

—¿Con qué intensidad se lleva a cabo la búsqueda?

—Tendrá que preguntárselo al marido. Su policía privada la está buscando. Él prohibió… —el doctor Frey apretó los labios y alcanzó su vaso. Cuando bebió un sorbo dijo—: Me temo que no puedo someterme a más interrogatorios. Si fuera un oficial… —encogió los hombros y el hielo tintineó en su vaso.

—¿Quiere que traiga a la Policía aquí?

—Si tiene pruebas.

—Le estoy pidiendo pruebas. ¿La señora Graff mató a Gabrielle Torres?

—No tengo forma de saberlo.

—¿Y a los otros?

—No puedo decirlo.

—¿Usted la ha visto y ha hablado con ella?

—Por supuesto. Muchas veces. La última vez, esta mañana.

—¿Su estado mental era propenso al asesinato?

Sonrió fatigosamente.

—Esto no es un tribunal. Pronto me estará haciendo preguntas hipotéticas, que me negaría a contestar.

—La pregunta no es hipotética. ¿La señora Graff mató a Gabrielle Torres en la noche del veintiuno de marzo del año pasado?

—Tal vez no sea hipotética, pero la pregunta es ciertamente académica. La señora Graff ahora está mentalmente enferma y estaba enferma el veintiuno de marzo del año pasado. No puede ser

condenada por asesinato, ni por ningún otro crimen. Así que está perdiendo su tiempo y el mío, ¿no le parece?

—Sólo es tiempo y creo que estoy consiguiendo algo. Prácticamente ha reconocido que ella cometió los asesinatos.

—¿Le parece? A mí, no. Es un joven muy pertinaz y se está perjudicando a sí mismo.

—Estoy acostumbrado.

—Yo, no —se acercó a la puerta y la abrió. Desde el otro lado de la casa llegaron risas masculinas—. Y ahora, si quisiera transportar su deslucido encanto a otro sitio, me ahorraría el trabajo de hacerlo echar.

—Una pregunta más, doctor. ¿Por qué ella eligió ese día de marzo para fugarse? ¿Tuvo alguna visita ese día o el anterior?

—¿Visita? —había conseguido sorprenderlo—. No sé nada de visitas.

—Tengo entendido que Clarence Bassett la visitaba regularmente.

Me miró, con los ojos velados como los de un viejo pájaro.

—¿Tiene un espía entre mis empleados?

—Es más sencillo que eso. He hablado con Bassett. En realidad, fue quien me trajo este caso.

—¿Por qué no lo dijo antes? Conozco a Bassett muy bien —cerró la puerta y dio un paso en mi dirección—. ¿Lo contrató para investigar estas muertes?

—Empezó con la desaparición de una joven y se convirtió en un caso de asesinato antes de que pudiese hallarla. El nombre de la chica era Hester Campbell.

—¡Caramba! Conozco a Hester Campbell. Hace años que la conozco del *club*. Le di un empleo a su hermana —se detuvo y lo recorrió una ligera excitación que se perdió en seguida. El único rastro que dejó fue un temblor en la mano que sostenía el vaso. Bebió un sorbo para disminuir el tintineo.

—¿Hester Campbell es una de las víctimas?

—La mataron a golpes con un atizador ayer por la tarde.

—¿Y tiene motivos para creer que la señora Graff la mató?

—Isobel Graff está complicada y no sé hasta qué punto. Aparentemente estuvo en el lugar del crimen. Su marido parece aceptar la culpabilidad de ella. Pero eso no es decisivo. Isobel puede ser una víctima inocente. Otra posibilidad es la siguiente: que haya sido utilizada como instrumento en estos asesinatos. Quiero decir que los cometió físicamente, pero que fue incitada a hacerlos por algún otro. ¿Se prestaría ella a ese tipo de sugestiones?

—Cuanto más sé de la mente humana, menos sé —trató de sonreír y fracasó miserablemente—. Predije que haría preguntas hipotéticas.

—Trato de no hacerlo, doctor. Usted parece provocarlas y no ha contestado ni una pregunta sobre las visitas de Bassett.

—Bueno, no había nada de raro en ellas. Visitaba a la señora Graff todas las semanas, creo, y con más frecuencia cuando ella lo pedía. Eran muy íntimos; incluso habían estado comprometidos para casarse en una época, hace muchos años, antes de su matrimonio actual. A veces pienso que debería haberse casado con Clarence Bassett en lugar de con el otro. El tiene una capacidad de comprensión casi femenina, precisamente lo que ella tanto necesita. Ninguno de los dos es capaz de defenderse solo. Juntos, si se hubieran casado, podían haber formado una unidad funcional —su tono era elegíaco.

—¿Qué quiere decir con que ninguno de los dos es capaz de defenderse?

—En el caso de la señora Graff es obvio. Ha sido víctima de episodios esquizofrénicos desde los quince años. En cierto modo, ha permanecido una adolescente en el cuerpo de una mujer madura, incapaz de enfrentarse con las exigencias de la vida adulta —agregó con un dejo de amargura—. Ha recibido poca ayuda del señor Graff.

—¿Sabe lo que provocó su enfermedad?

—La etiología de esta enfermedad es todavía un misterio, pero creo que sé algo de este caso particular. Perdió a su madre cuando aún era muy joven y Peter Heliópoulos no fue un padre muy sagaz. La empujó hacia la madurez y al mismo tiempo la privó de verdadero

contacto humano. En sentido social se convirtió en su segunda mujer, aun antes de alcanzar la pubertad. Se le exigió mucho como pequeña anfitriona y como punta de lanza de sus ambiciones sociales. Una punta de lanza muy vulnerable. Estas demandas eran demasiado grandes para quien tenía desde su nacimiento, quizá, una predisposición para la esquizofrenia.

—¿Y Clarence Bassett? ¿Está mentalmente enfermo?

—No hay ningún motivo para creerlo. Es el gerente de mi *club*, no mi paciente.

—Dijo que no estaba capacitado para defenderse.

—Quise decir en un sentido social y sexual. Clarence es el soltero perenne, el que da fiestas para los demás, el hombre que se conforma con vivir en las afueras de la vida. Su interés por las mujeres se limita a las jovencitas y a las que tienen un defecto, como Isobel, que no han podido dejar atrás su infancia. Todo esto es típico y parte de su adaptación.

—¿Su adaptación a qué?

—A su propia naturaleza. Su debilidad requiere que evite los centros tormentosos de la vida. Desgraciadamente su adaptación recibió una fuerte sacudida hace varios años, cuando murió su madre. Desde entonces bebe mucho. Me arriesgaría a decir que su alcoholismo es esencialmente un gesto suicida. Está literalmente ahogando sus penas. Sospecho que se sentiría feliz de unirse a su querida madre en la tumba.

—¿No lo considera potencialmente peligroso?

El doctor respondió, después de hacer una pausa para pensar:

—Tal vez podría serlo. El deseo de la muerte es poderosamente ambivalente. Puede volverse contra uno mismo o contra los demás. Se ha sabido de hombres incapacitados que trataron de completarse por medio de la violencia. Un Jack el Destripador, por ejemplo, es probablemente un hombre con un fuerte componente femenino que está tratando de anularlo en sí mismo mediante la destrucción de mujeres reales.

Sus palabras abstractas revoloteaban y giraban como murciélagos en la penumbra de la habitación.

—¿Está sugiriendo que Clarence Bassett podría ser un asesino vulgar?

—De ningún modo. He estado hablando en términos muy generales.

—¿Por qué se toma ese trabajo?

Me dirigió una mirada compleja. En ella había compasión, sabiduría trágica y cansancio. Se había agotado en las caballerizas de Augias y había desesperado de la acción humana.

—Soy un hombre viejo —dijo—. Me quedo despierto durante las guardias nocturnas y reflexiono sobre las posibilidades humanas. ¿Está familiarizado con las últimas teorías interpersonales de la psiquiatría? ¿Con el concepto de *folie à deux*?

Le dije que no.

—Podría traducirse por *locura para dos*. Una locura, una violencia, puede surgir de una relación aun cuando sus componentes sean individualmente inofensivos. Mis especulaciones nocturnas han incluido a Clarence Bassett e Isobel. Hace veinte años su relación podía haber finalizado en un matrimonio. Tal relación puede también echarse a perder, deteriorarse y ser algo infinitamente peor. No estoy diciendo que éste haya sido el caso. Pero es una posibilidad digna de ser tenida en cuenta, una posibilidad que surge cuando dos personas tienen el mismo deseo inconsciente y prohibido. El mismo deseo de muerte.

—¿Visitó Bassett a la señora Graff antes de su fuga en marzo del año pasado?

—Creo que sí. Tendría que consultar el archivo.

—No se moleste, se lo preguntaré personalmente. Dígame una cosa, doctor Frey, ¿tiene algún otro fundamento además de la especulación?

—Quizá lo tenga. Si lo tuviera, no querría y no podría decírselo —levantó una mano delante de su cara en un vacilante ademán de defensa—. Me apabulla con sus preguntas, y no tienen fin. Soy un

hombre viejo, como le he dicho. Esta es, o mejor dicho era, la hora de mi cena.

Abrió la puerta por segunda vez. Le di las gracias y salí. Cerró de un portazo la pesada puerta principal. Las personas que estaban en las terrazas en el crepúsculo volvieron sus rostros pálidos, sorprendidos, de purgatorio, hacia el origen del ruido.

31

CUANDO LLEGUÉ A MALIBÚ era noche cerrada. Sólo había un automóvil en el estacionamiento del *Channel Club*, un deslucido Dodge de preguerra, con el nombre de Tony en la tarjeta adherida a la barra de la dirección. Dentro del *club*, alrededor de la piscina, no se veía a nadie. Llamé a la puerta de la oficina de Clarence Bassett sin obtener respuesta.

Anduve a lo largo de la galería y descendí los escalones hasta la piscina. El agua temblaba bajo el viento frío y tranquilo de la costa. El sitio aparecía muy desolado. Era ciertamente el último hombre de la fiesta.

Me aproveché de esta circunstancia para entrar en la cabaña de Simon Graff. La puerta tenía una cerradura de tipo Yale, fácil de romper. Entré y encendí la luz, casi esperando encontrar a alguien en el cuarto. Pero estaba vacío, su moblaje intacto, sus cuadros brillantes e inmóviles en las paredes, atrapados fuera del tiempo.

El tiempo me estaba recorriendo, áspero sobre mis nervios, cálido en mis arterias, impalpable como el aliento en mi boca. Tenía la sensación de insomnio que se tiene a veces al final de un caso difícil, cuando uno puede ver, si lo desea, a la vuelta de las esquinas y en las profundidades oscuras de los seres humanos.

Abrí las puertas gemelas de los cuartos de vestir. Cada uno tenía una puerta trasera que daba a un corredor que llevaba a las duchas.

La de la derecha contenía un armario de acero gris y una variedad de ropa para playa de hombre: albornoces y pantalones de baño, camisas deportivas y zapatillas. La de la izquierda, que debía haber sido la de la señora Graff, estaba completamente desocupada salvo por un banco de madera y un armario vacío.

Encendí la luz del techo, no muy seguro de lo que estaba buscando. Era algo vago y sin embargo específico: una impresión segura de lo que había sucedido aquella noche de primavera, cuando Isobel Graff había andado suelta y la primera joven había muerto. *Por un momento*, había dicho Isobel, *estuve allí dentro, mirándonos a través de la puerta y escuchándome a mí misma. Por favor, sírvame una copa*.

Cerré la puerta de su cuarto de vestir. Las tablillas de la celosía, que estaba situada en la parte superior de la puerta, estaban bastante separadas entre sí y flojas, para que el cubículo sin ventanas se ventilara. Poniéndome de puntillas podía mirar hacia abajo, por entre las tablillas, al cuarto exterior. Isobel Graff hubiera tenido que subirse sobre el banco.

Acerqué el banco a la puerta y me subí sobre él. Veinte centímetros por debajo del nivel de mi vista, en el borde de una de las tablillas, había una serie de muescas que parecían marcas de dientes y alrededor de ellas una leve media luna de lápiz de labios, oscurecida por el tiempo. Examiné la parte inferior de la tablilla de madera blanda y encontré huellas similares. El dolor atravesó mi mente como una cuerda anudada que arrastrara una imagen. Era dolor por la mujer que se había parado sobre este banco en la oscuridad, observando la habitación externa a través de las rendijas de la celosía y mordiendo la madera en su agonía.

Apagué la luz y atravesé el cuarto externo y me detuve frente a la litografía de la Costa Azul de Matisse. Sentía una salvaje nostalgia por ese mundo brillante y ordenado que nunca había llegado a existir del todo. Un mundo donde nadie vivía ni moría, atrapado en el ojo de un sol que no se ponía nunca.

Detrás de mí, alguien carraspeó delicadamente. Me volví y vi a Tony en el vano de la puerta, entrecerrando los ojos por la luz. Su mano estaba en la culata de la pistola.

—Señor Archer, ¿rompió la puerta?

—La rompí.

Movió la cabeza a modo de advertencia y se inclinó para ver el daño que había hecho. Un rasguño brillante cruzaba el montaje de la cerradura y el borde de la madera estaba ligeramente hundido. El índice grueso y oscuro de Tony recorrió el rasguño y la muesca.

—Al señor Graff no le va a gustar esto, está loco por su cabaña, la amuebló él mismo, no como los demás.

—¿Cuándo hizo eso?

—El año pasado, antes de empezar la temporada de verano. Trajo sus propios decoradores, la limpió hasta que relucía y puso cosas nuevas —su mirada era seria, negra, fija. Se quitó la gorra y se rascó la cabeza salpicada de gris—. ¿También rompió la cerradura del portón?

—Sí. Parece que hoy tengo ánimo destructivo. ¿Es importante?

—A la Policía le parecía que sí. El capitán Spero me preguntó varias veces quién había roto el portón. Encontraron otro muerto en la playa, ¿sabe, señor Archer?

—Carl Stern.

—Ajá, Carl Stern. Fue el *manager* de mi sobrino durante un tiempo. El capitán Spero dijo que era uno de esos ajustes de cuentas entre pistoleros, pero yo no sé. ¿Qué le parece a usted?

—Lo dudo.

Tony estaba en cuclillas junto a la puerta abierta. Parecía ponerlo nervioso el hecho de estar en la cabaña de los Graff. Se rascó de nuevo la cabeza y deslizó el pulgar y el índice por las huellas gire hacían de paréntesis a su boca.

—Señor Archer, ¿qué le pasó a mi sobrino Manuel?

—Fue asesinado anoche.

—Ya lo sé. El capitán Spero me dijo que había muerto de un tiro en un ojo —Tony se tocó el párpado izquierdo con el índice derecho.

Su cara levantada hacia mí semejaba una máscara mortuoria de yeso resquebrajado.

—¿Qué más dijo Spero?

—No sé. Dijo que quizá era otra muerte como consecuencia de un ajuste de cuentas, pero no sé. Me preguntó si Manuel tenía enemigos. Le dije que sí, que tenía un gran enemigo, llamado Manuel Torres. ¿Qué sabía de su vida, sus amigos? Que rompió conmigo hace mucho y siguió su propio camino, derecho al infierno, en un convertible con la capota baja.

A través de la estoica máscara del indio, sus ojos brillaban con una pena oscura, viviente.

—No sé. No podía arrancar a ese muchacho de mi corazón. Fue como un hijo para mí, durante una época.

Sus hombros arqueados se movían al ritmo de su respiración. Dijo:

—Me voy a ir de aquí, trae mala suerte para mí y mi familia. Todavía tengo amigos en Fresno. Me hubiera debido quedar en Fresno. No hubiera debido salir de allí. Cometí el mismo error que Manuel, pensando que podía venir y tomar lo que quisiera. No me dejaron tomarlo. Me dejan sin nada, ni mujer, ni hija, ni Manuel.

Cerró el puño, se golpeó la mejilla y paseó la vista por la habitación con un respeto confuso, como si hubiera profanado la morada de los dioses. El cuarto le recordó su deber:

—¿Qué está haciendo aquí, señor Archer? No tiene derecho a estar aquí.

—Estoy buscando a la señora Graff.

—¿Por qué no me lo dijo antes? No necesitaba romper la puerta. La señora Graff llegó hace unos minutos. Buscaba al señor Bassett, pero no está.

—¿Dónde está la señora Graff ahora?

—Se fue a la playa. Traté de detenerla, no parecía estar bien. No quiso venir conmigo. ¿Cree que tendría que telefonear al señor Graff?

—Si puede ponerse en contacto con él. ¿Dónde está Bassett?

—No sé, estaba guardando sus cosas. Quizá se vaya de vacaciones. Siempre se va a México durante un mes, fuera de temporada. Solía mostrarme fotos en colores…

Lo dejé hablando al cuarto vacío y me dirigí al extremo de la piscina. El portón de la cerca estaba abierto. Seis o siete metros más abajo la playa iba en pendiente hacia el agua, limitada por una ondulante línea de espuma. La vista del océano me produjo náuseas: me recordó a Carl Stern haciendo la plancha, muerto.

Las olas surgían como apariciones en la rompiente y caían como mampostería. Detrás de ellas, un muro acolchado de niebla se deslizaba hacia la costa. Bajé los escalones de cemento y me topé con una ráfaga de ruido que había llegado hasta mí entre los golpes sordos de las olas. Era Isobel Graff que hablaba al océano con una voz como el graznido de una gaviota. Lo desafiaba a que viniera a buscarla. Estaba sentada, recogida sobre sus rodillas, apenas fuera del alcance de las olas, y amenazaba con el puño al agua murmurante:

—Vieja cloaca sucia, no te tengo miedo.

Su perfil se proyectaba hacia delante, blanco brillante, con un brillante ojo oscuro en él. Me oyó acercarme y se alejó como asustada, poniéndose un brazo sobre la cara.

—Déjeme. No quiero volver. Antes me moriría.

—¿Dónde ha estado todo el día?

Sus ojos negros y húmedos me atisbaron por debajo de su brazo.

—No le interesa. Váyase.

—Creo que me voy a quedar.

Me senté junto a ella sobre la arena marcada, tan cerca que nuestros hombros se tocaban. Se encogió ante el contacto, pero no hizo ningún otro movimiento. Su cabeza de pájaro, oscura y desaliñada, se volvió hacia mí de pronto. Dijo con su propia voz:

—Hola.

—Hola, Isobel. ¿Dónde ha estado todo el día?

—En la playa; tenía ganas de dar un largo paseo. Una nena me dio un cucurucho de helado, se puso a llorar cuando se lo quité, soy

una vieja horrible. Pero eso es todo lo que comí. Le prometí mandarle un cheque, pero tengo miedo de volver a casa. Ese viejo sucio estará allí.

—¿Qué viejo sucio?

—El que se quiso aprovechar de mí cuando tomé las píldoras para dormir. Lo vi cuando perdí el conocimiento. Tenía mal aliento, como Papá cuando murió. Y tenía gusanos que eran sus ojos —hablaba en un sonsonete.

—¿Quién tenía?

—El viejo Papá Noel de la Muerte con su larga, blanca y sucia barba —su humor era malo y ambiguo. No estaba tan enajenada como para no saber lo que estaba diciendo, sólo lo bastante mal como para decirlo.

—Se quiso aprovechar de mí, pero estaba demasiado cansada y por la mañana yo había vuelto al mismo sitio con la misma gente común, caliente y fría. ¿Qué puedo hacer si tengo miedo al agua? No puedo soportar la idea de los métodos violentos y las píldoras para dormir no sirven. Ellos la atontan a una, la hacen andar de aquí para allá y le dan mucho café y una está de vuelta en el mismo sitio.

—¿Cuándo probó las píldoras para dormir?

—Oh, hace mucho tiempo, cuando Papá me casó con Simon. Estaba enamorada de otro hombre.

—¿Clarence?

—Fue el único. Era tan dulce conmigo.

El muro de niebla había cruzado la línea de la espuma y estaba casi sobre nosotros. Detrás de él la marejada golpeaba como una visita desalentada. No sabía si reír o llorar. Miré su cara, inclinada cerca de la mía; una pálida cara fantasmal con dos agujeros-ojos y un agujero-boca. Estaba corroída por la enfermedad y estaba lejos de ser joven, pero en la noche neblinosa se parecía más a una niña que a una mujer. Una criatura desorientada que había perdido su camino y había encontrado a la muerte.

Su cabeza se apoyó en mi hombro.

—Estoy atrapada —dijo—. Todo el día he estado tratando de tener coraje para entrar andando en el agua. ¿Qué haré? No puedo aguantar siempre en un cuarto.

—El suicidio es un pecado para la religión que le enseñaron.

—He cometido otros peores.

Esperé. Ahora la niebla nos rodeaba por completo, un elemento compuesto de aire, agua y un frío de peces. Constituía una especie de limbo fuera de este mundo, donde cualquier cosa podía decirse. Isobel Graff dijo:

—Cometí el peor pecado de todos. Ellos estaban juntos en la luz y yo estaba sola en la oscuridad. Luego la luz parecía cristal roto en mis ojos, pero podía ver para disparar. Le disparé en la ingle y ella se murió.

—¿Eso ocurrió en su cabaña?

Asintió levemente. Más bien que ver su movimiento lo sentí.

—La pesqué allí con Simon. Se arrastró hasta aquí fuera y se murió en la playa. Las olas subieron y se la llevaron. ¡Ojalá me llevaran a mí!

—¿Qué le pasó a Simon esa noche?

—Nada. Se escapó. Para hacerlo otra vez, otro día y hacerlo, hacerlo, hacerlo. Estaba aterrado cuando salí del cuarto de atrás con el arma en la mano. Era el único a quien realmente quería matar, pero se escurrió por la puerta.

—¿Dónde consiguió el arma?

—Era la pistola de tiro al blanco de Simon. La guardaba en su armario. Él mismo me enseñó a dispararla, en esta misma playa.

Se movió dentro de la curva de mi brazo.

—¿Qué piensa de mí ahora?

No tuve que contestar. Una voz se estaba moviendo en la niebla sobre nuestras cabezas. Estaba diciendo su nombre, Isobel.

—¿Quién es? No deje que me lleven —se volvió de rodillas y me tomó la mano. La suya estaba helada. Por los escalones de cemento descendían pasos y luces. Me levanté para ir a su encuentro. El rayo de luz vacilante se acercó a mí. La figura borrosa y débilmente

iluminada de Graff estaba detrás. La nariz larga y fina de una pistola de tiro al blanco sobresalía de su otra mano. Mi arma estaba en la mía.

—Le estoy apuntando, Graff. Déjela caer delante de usted.

Su pistola golpeó suavemente la arena. Me agaché y la recogí. Era uno de los primeros modelos de Walther calibre 0.22 alemana, con una culata de nogal hecha a medida, demasiado pequeña para mi mano. Estaba cargada. Desconfiando de su gatillo celoso, le puse el seguro y me la metí en el cinturón.

—Deme la luz, también.

Me entregó su linterna. Dirigí el rayo hacia arriba a su cara y por un instante pude verla desnuda. Su boca blanda estaba torcida y sus ojos asustados.

—Oí a mi mujer. ¿Dónde está?

Barrí la playa con el rayo de la linterna. Su cono de luz se llenó de niebla arremolinada. Isobel Graff huía de ella. Negra y enorme en el aire gris, su sombra corría delante de la mujer. Parecía estar descargando una furia que la empequeñecía y la atormentaba e imitaba todos sus movimientos.

Graff la llamó de nuevo por su nombre y corrió tras ella. Los seguí y la vi caer, levantarse y volver caer. Graff la ayudó a ponerse de pie. Se volvieron en mi dirección, lenta y torpemente. Ella arrastraba los pies y agachaba la cabeza, alejando su cara de la luz. El brazo de Graff que le rodeaba la cintura la empujaba hacia adelante.

Me saqué la pistola de tiro del cinturón y se la mostré.

—¿Es ésta la pistola que usó para matar a Gabrielle Torres?

La miró y asintió en silencio.

—No —dijo Graff—. No reconozcas nada, Isobel.

—Ya ha confesado —dije.

—Mi mujer está mentalmente incapacitada. Su confesión no es válida como prueba.

—La pistola lo es. El departamento de balística del *sheriff* tendrá las balas que faltan. El arma y las balas juntas serán una prueba

irrefutable. ¿Dónde consiguió el arma, Graff?

—Me la hizo Carl Walther, en Alemania, hace muchos años.

—Me refiero a las últimas veinticuatro horas. ¿Dónde la encontró esta vez?

Contestó cuidadosamente:

—Hace más de veinte años que la tengo continuamente en mi poder.

—¡Qué diablos la va a tener! Stern la tenía anoche antes de que lo mataran. ¿Lo mató por eso?

—¡Ridículo!

—¿Lo hizo matar?

—No.

—Alguien liquidó a Stern para quitarle la pistola. Debe saber quién fue y será mejor que me lo diga. Ahora todo saldrá a relucir. Ni siquiera su dinero puede evitarlo.

—¿Es dinero lo que quiere de mí? Tendrá dinero —su voz se arrastraba de desdén. Desdén por mí y tal vez por sí mismo.

—No me vendo como Marfeld —dije—. Su jefe de pistoleros trató de comprarme. Está entre rejas en Las Vegas y tiene un cadáver que explicar.

—Ya lo sé —dijo Graff—. Pero estoy hablando de una gran suma de dinero. Cien mil dólares en efectivo. Ahora. Esta noche.

—¿Dónde conseguiría esa cantidad en efectivo, esta noche?

—De Clarence Bassett. La tiene en la caja fuerte de la oficina. Se la di esta noche. Es el precio que le puso a la pistola. Quítesela y será suya.

32

HABÍA LUZ EN la oficina de Bassett. Golpeé tan fuerte que se me amorataron los dedos. Abrió la puerta en mangas de camisa. Su cara tenía el color de la masilla con huecos azules bajo los ojos. Estos tenían la mirada de Lázaro y apenas parecieron reconocerme.

—¿Archer? ¿Qué problema hay, hombre?

—Usted es el problema, Clarence.

—Oh, *espero* que no —se fijó en la pareja que estaba detrás de mí y reaccionó exageradamente.

—¡Oh, la ha encontrado, señor Graff! Me alegro mucho.

—¿De veras? —dijo Graff tristemente—. Isobel ha confesado todo a este hombre. Quiero que me devuelva mi dinero.

El rostro de Bassett sufrió un cambio. El resultado del proceso fue una sonrisa brillante y nerviosa semejante al rictus de un caballo muerto.

—¿Debo entenderlo así? ¿Devuelvo el dinero y no se toca más el tema? ¿No se dirá ni una palabra más?

—Se dirán unas cuantas más. Dele su dinero, Clarence.

Se quedó tenso en el vano de la puerta, cerrándome el paso. Detrás de sus ojos de color celeste pálido mariposeaban y morían visiones de acciones posibles.

—No está aquí.

—Abra la caja y lo comprobaremos.

—*Ustedes* no tienen orden de registro.

—No la necesito. Está dispuesto a colaborar, ¿no es así?

Levantó la mano y comenzó a pellizcarse la garganta por encima del cuello abierto de la camisa, estirando la piel floja y dejándola volver a su sitio.

—Esto ha sido una desagradable sorpresa. En realidad, deseo cooperar. No tengo nada que ocultar.

Se volvió repentinamente, atravesó la habitación y descolgó la foto de los tres campeones de salto. Detrás había una caja fuerte cilíndrica, empotrada en la pared. Le apuntaba con la pistola de tiro al blanco mientras giraba el dial cromado. El arma que había usado contra Leonard probablemente estuviera en el fondo del mar, pero podía haber otra en la caja fuerte. Sin embargo, todo lo que contenía era dinero, fajos de billetes envueltos en papel marrón.

—Tómelo —dijo Graff—, es suyo.

—Sólo serviría para convertirme en un sinvergüenza. Además no podría pagar los impuestos sobre eso.

—Está bromeando. Debe necesitar dinero. Trabaja para ganarlo, ¿no?

—Me hace mucha falta —dije—. Pero no puedo aceptar ese dinero. No me pertenecería, yo le pertenecería a él. Esperaría que hiciera cosas y las tendría que hacer. Me taparía la boca sobre este lío suyo, como a Marfeld, hasta el día del juicio final.

—Sería fácil ocultarlo —dijo Graff.

Volvió un ojo de basilisco hacia Clarence Bassett. Bassett se acható contra la pared. El temor a la muerte invadía su cara y galvanizaba su cuerpo. Me arrancó el arma de la mano, cayó en cuatro patas y aferró la culata. Logré quitársela antes de que apretara la zarpa, lo levanté por el cuello y lo dejé caer en la silla al extremo de su escritorio.

Isobel Graff se había derrumbado en un sillón detrás del escritorio. Su cabeza estaba caída hacia atrás y su pelo despeinado se desparramaba como aceite negro sobre el respaldo de la silla.

Bassett evitó mirarla. Estaba sentado, encorvado, en el lado más distante de ella, temblando y respirando fuerte.

—No he hecho nada de lo que deba avergonzarme. He protegido a una vieja amiga de las consecuencias de sus actos. Su marido pensó que debía recompensarme.

—Esa es la más delicada descripción del chantaje que he oído jamás. Pero el chantaje no incluye lo que ha hecho usted. ¿Me va a decir que liquidó a Leonard y a Stern para proteger a Isobel Graff?

—No tengo ni idea de lo que está diciendo.

—Cuando trató de hacer responsable a Isobel del asesinato de Hester Campbell, ¿eso era parte de su servicio de protección?

—No hice nada por el estilo.

La mujer repitió como un eco:

—Clare no hizo nada por el estilo. Me volví hacia Isobel.

—¿Fue a casa de ella, en Beverly Hills, ayer por la tarde?

Asintió con la cabeza.

—¿Por qué fue?

—Clare me dijo que era su último amorío. Es el único que me dice las cosas, el único que se interesa por lo que me pasa. Clare dijo que si los atrapaba juntos podía obligar a Simon a concederme el divorcio. Pero estaba muerta. Entré en su casa y estaba muerta.

Hablando con resentimiento, como si Hester Campbell la hubiera defraudado deliberadamente.

—¿Cómo sabía dónde vivía?

—Clare me lo dijo —le sonrió con alegre reconocimiento—. Ayer por la mañana, cuando Simon se estaba dando su chapuzón.

—Esto es absurdo —dijo Bassett—. La señora Graff se lo está imaginando. Yo ni siquiera *sabía* dónde vivía, usted es testigo de eso.

—Quería hacerme creer que lo ignoraba, pero lo sabía muy bien. La había hecho seguir y la había amenazado. No podía permitir que George Wall la encontrara viva. Pero quería que la encontrara por casualidad. Y allí entré yo. Necesitaba alguien que llevara a George Wall hasta ella y lo ayudara a usted a hacerle aparecer culpable a él.

Por si no salía bien, mandó a la señora Graff a la casa, para estar doblemente seguro. La segunda trampa es la que resultó: por lo menos resultó para Graff y su brillante cohorte. Le ayudaron mucho para encubrir ese asesinato.

—No tuve nada que ver con eso —dijo Graff a mis espaldas—. No soy responsable de la estupidez de Frost y Marfeld. Ellos actuaron sin consultarme —estaba parado, solo, junto a la puerta, como si fuera a evitar el tomar parte en el juicio.

—Eran sus agentes —le dije— y es responsable de lo que hicieron. Son accesorios del asesinato. Debería estar esposado con ellos.

Bassett se envalentonó con nuestro altercado.

—Está tratando de pescarme —dijo—. Tenía cariño por Hester Campbell, como sabe. No tenía nada contra ella. No tenía motivo para hacerle daño.

—No dudo que le tuviera cariño, a su manera. Probablemente estuviera enamorado de ella. Pero ella no lo estaba de usted. Ella estaba tratando de aprovechar la situación. Lo abandonó en septiembre y se llevó su más valiosa joya.

—Soy un hombre pobre. No tengo joyas valiosas.

—Me refiero a este arma —mantuve la pistola Walther fuera de su alcance—. No sé exactamente cómo lo consiguió la primera vez. Ha pasado por bastantes manos en los últimos cuatro meses desde que Hester Campbell la robó de su caja fuerte. Ella se la entregó a su amigo Lance Leonard. Él no tenía ganas de encargarse del chantaje solo, así que buscó la cooperación de Stern, que tenía experiencia en la materia. Stern también tenía relaciones que lo ponían fuera del alcance de los pistoleros de Graff. Pero no fuera del suyo.

»Le reconozco una cosa, Clarence. El coraje de enfrentarse a Stern, aunque yo se lo había ablandado. Más coraje del que tuvieron Graff y su ejército privado».

—No lo maté —dijo Bassett—. Sabe que no lo hice. Usted lo vio salir.

—Sin embargo, lo siguió, ¿no? Y no volvió durante un rato. Tuvo tiempo de dispararle en el estacionamiento, meterlo en su auto y llevarlo hasta el acantilado, donde podía cortarle el pescuezo y tirarlo al mar. Fue un esfuerzo bastante grande para un hombre de su edad. Debe haber deseado mucho esta pistola. ¿Tenía tanta necesidad de cien grandes?

Bassett miró por encima de mí la caja fuerte abierta.

—El dinero no tiene nada que ver —fue su primera afirmación verdadera—. No sabía que tenía ese arma en el automóvil hasta que trató de usarla contra mí. Le pegué con una llave de neumáticos y lo dejé seco. Era cuestión de matar o dejarse matar. Lo maté en defensa propia.

—No le cortó el pescuezo en defensa propia.

—Era un hombre malvado, un criminal que se inmiscuía en asuntos que no entendía. Lo destruí como quien destruye un animal peligroso —estaba orgulloso de haber matado a Stern. El orgullo resplandecía en su rostro. Lo hacía parecer tonto.

—Un delincuente y traficante de drogas, ¿es más importante que yo? Soy un hombre civilizado, vengo de buena familia.

—Así que degolló a Stern. Disparó en el ojo a Lance Leonard. Hundió el cráneo a Hester Campbell con un atizador. Hay mejores maneras de demostrar que se es civilizado.

—Lo merecían.

—¿Admite haberlos matado?

—No admito nada. No tiene derecho a atropellarme. No puede probar nada en contra mía.

—La Policía podrá hacerlo. Investigarán sus movimientos, encontrarán testigos que lo acusarán, hallarán la pistola que usó con Leonard.

—¿Lo harán, realmente? —le quedaba bastante clase como para aparecer sardónico.

—Seguro que lo harán. Les mostrará dónde la arrojó. Ya ha empezado a descubrirse. No es un profesional, Clarence, y no debería tratar de actuar como si lo fuera. Anoche, cuando había

terminado su obra y los tres estaban muertos, tuvo que recurrir a la botella. No podía afrontar la idea de lo que había hecho. ¿Cuánto cree que puede resistir sentado en una celda, sin botella?

—Me odia —dijo Bassett—. Me odia y me desprecia, ¿no?

—Creo que no voy a contestar esa pregunta. Responda una mía. Es el único que puede hacerlo. ¿Qué clase de hombre usaría una mujer enferma como chivo expiatorio? ¿Qué clase de hombre le quitaría la vida a una chica joven como Gabrielle para poder cobrar una prima por su muerte?

Bassett lo negó con un repentino gesto retorcido de negación. El movimiento afectó la parte superior de su cuerpo como una convulsión.

Con las mandíbulas tiesas, dijo:

—Ha interpretado todo al revés.

—Entonces explíquemelo al derecho.

—¿Para qué? Nunca podría entenderlo.

—Entiendo más de lo que cree. Entiendo que espió a Graff cuando su mujer estaba en el sanatorio. Lo vio usar su cabaña para encontrarse con Gabrielle. Sin duda sabía que tenía un arma en el armario. Todo lo que sabía o averiguaba se lo pasaba a Isobel Graff. Probablemente la ayudó a fugarse del sanatorio y le dio las llaves necesarias. Todo se resume en asesinatos por control remoto. Hasta ahí lo entiendo. Lo que no entiendo es qué tenía contra Gabrielle. ¿Es que trató de conquistarla y perdió contra Graff? ¿O era simplemente que ella era joven y usted se estaba haciendo viejo, y no podía soportar verla vivir?

Tartamudeó:

—No tuve nada que ver con su muerte —pero se volvió en su silla como si una mano poderosa lo tuviera por la nuca. Por primera vez miró a Isobel Graff, rápida y culpablemente.

Ahora estaba sentada erguida, inmóvil como una estatua. La estatua de una justicia ciega y esquizofrénica, devolviendo la mirada de Bassett con la suya de piedra.

—Sí que tuviste, Clarence.

—No, quiero decir que no lo había planeado así. No pensé en el chantaje. No quería verla asesinada.

—¿A quién quería ver asesinado?

—A Simon —dijo Isobel Graff—, debía haber sido Simon. Pero lo estropeé, ¿no, Clarence? Fue por culpa mía que salió mal.

—Cállate, Belle —era la primera vez que Bassett le hablaba directamente—. No digas nada más.

—¿Pensaba matar a su esposo?

—Sí. Clarence y yo íbamos a casarnos.

Graff dejó escapar un gruñido, medio enojado y medio burlón. Ella se volvió hacia él:

—No te atrevas a reírte de mí. Me encerraste y me robaste mis bienes. Me trataste como una bestia de tu propiedad —su voz se levantó—. *Lamento* no haberte matado.

—¿Para que tú y tu apolillado cazador de fortunas pudieseis vivir felices para siempre?

—Podíamos haber sido felices —dijo ella—. ¿No es cierto, Clare? Tú me amas, ¿no es así, Clare? Me has amado durante todos estos años.

—Todos estos años —dijo él. Pero su voz estaba hueca de sentimientos, sus ojos estaban muertos—. Si me amas, te callarás ahora, Belle —su tono, brusco y poco amistoso, negaba sus palabras. La había humillado y ella poseía una intuición profunda y errática. Su humor viró violentamente.

—Te conozco —dijo con voz ronca y monótona—. Quieres echarme la culpa. Quieres que me metan en un cuarto para siempre y tiren la llave. Pero tú también eres culpable. Me dijiste que nunca podría ser condenada por ningún crimen. Dijiste que si mataba a Simon *in fragrantis… in fragrantis…* lo más que podrían hacerme sería encerrarme durante un tiempo. ¿No dijiste eso, Clare? ¿No lo dijiste?

Se negaba a contestar o a mirarla. El odio desdibujaba sus facciones como una ajustada máscara de goma. Ella se dirigió a mí:

—Así que ve que fue a Simon a quien pensaba matar. Su amiguita sólo era un animalito para su uso, un animalito con dos lindas piernas. No mataría a un lindo animalito.

Se detuvo y dijo con extraña sorpresa:

—Pero la maté. Le disparé y rompí las conexiones. Apareció en la oscuridad, detrás de la puerta. Apareció como una representación del pecado, puesto que era el origen del mal. Y era de ella de quien se quería aprovechar el viejo sucio. Así que rompí las conexiones, Clare se enojó conmigo. Pero no había visto las cosas malas que ella hacía.

—¿No estaba él con usted?

—Después sí. Estaba tratando de limpiar la sangre… Sangró sobre mi bonito suelo limpio. Estaba tratando de limpiar la sangre cuando entró Clare. Debió haber estado esperando fuera y vio a la mocosa arrastrándose fuera de la puerta. Se arrastró lejos como un perrito blanco y se murió. Y Clare se enfadó conmigo. Me echó a gritos.

—¿Cuántas veces disparó, Isobel?

—Sólo una.

—¿En qué parte del cuerpo?

Dejó caer la cabeza con espantosa modestia.

—No me gusta nombrarlo en público. Se lo dije antes.

—Gabrielle Torres recibió dos tiros, uno en la parte superior del muslo, el otro en la espalda. La primera herida no fue mortal. Ni siquiera fue grave. La segunda le perforó el corazón. Fue el segundo tiro el que la mató.

—Sólo le disparé una vez.

—¿No la siguió a la playa y le disparó en la espalda?

—No —miró a Bassett—. Díselo, Clare. Sabes que no pude haber hecho eso.

Bassett la miraba con odio, sin hablar. Sus ojos abultaban como pequeños globos pálidos inflados por la presión interior de su cráneo.

—¿Cómo puede saberlo él, señora Graff?

—Porque él llevaba el arma. Yo la dejé caer al suelo de la cabaña. Él la recogió y salió tras ella.

La presión forzó las palabras a salir de la boca de Bassett.

—No la escuche. Está loca…, tiene alucinaciones, yo no estaba a menos de seis kilómetros…

—Sí que estabas, Clare —dijo ella tranquilamente. Al mismo tiempo se inclinó sobre el escritorio y le propinó un golpe salvaje en la boca. Él lo recibió estoicamente. Fue la mujer quien empezó a llorar. A través de sus lágrimas decía:

—Tú tenías la pistola cuando la seguiste fuera. Después volviste y me dijiste que estaba muerta, que la había matado. Pero que guardarías el secreto por mí, porque me querías.

Bassett paseaba su mirada entre ella y yo. Un hilo de sangre corría desde una comisura de su boca como una raya roja en su máscara lívida. El gusano ciego que era su lengua salió para tocar la sangre.

—Me vendría bien un trago. Hablaré si me deja beber algo antes.

—Dentro de un momento. ¿La mató usted, Clarence?

—Tuve que hacerlo —había bajado la voz hasta hacerla un susurro apenas audible, como si un ángel hubiera puesto micrófonos en la habitación.

Isobel Graff dijo:

—Mentiroso, ¡hacerte pasar por amigo mío! Me dejaste vivir en el infierno.

—Te evité un infierno peor, Belle. Iba camino de la casa de su padre, hubiera contado todo.

—¡Así que lo hacías por mí, maldito mentiroso! ¡El Joven Loquinvar lo hizo por Rocío Helioupoulos, la chica del dorado oeste! —sus emociones se habían adueñado de ella. Ahora no lloraba. Su voz era salvaje.

—Por sí mismo —dije—. Perdió el gran premio cuando usted no mató a su marido. Vio la oportunidad de ganarse un premio de consuelo con sólo convencer a su marido de que usted había matado

a Gabrielle. Estaba perfectamente maquinado para echarle a usted la culpa, tan perfectamente que hasta la convenció.

La convulsión negativa volvió a recorrer a Bassett, dejándole la boca torcida a un lado.

—No fue así en absoluto. Nunca pensé en el dinero.

—¿Qué es lo que encontramos en su caja fuerte?

—Ese fue el único dinero que recibí y que pedí. Lo necesitaba para irme, había planeado irme a México y vivir. Nunca pensé en el chantaje hasta que Hester robó la pistola y me denunció a esos criminales. Me forzaron a matarlos, ¿no lo ve?, con su avaricia y su indiscreción. Tarde o temprano el caso se reabriría y saldría a relucir la verdad.

Miré a Graff para pedirle confirmación, pero se había ido de la habitación. El vano de la puerta daba a la oscuridad. Le dije a Bassett:

—Nadie lo obligó a matar a Gabrielle. ¿Por qué no pudo dejarla irse?

—Simplemente no pude —dijo—. Se arrastraba hacia su casa por la playa. Había empezado el asunto, tenía que terminarlo. Nunca he soportado ver a un animalito herido, ni siquiera un bicho, ni una araña.

—¿Así que es un asesino piadoso?

—No. Parece que no puedo hacérselo comprender. Estábamos ahí los dos, solos en la oscuridad. La marea estaba subiendo y ella gemía y se arrastraba por la arena. Desnuda y sangrando, una muchacha que había conocido hacía tantos años, cuando era una niña inocente. La situación era tan espantosamente horrible. No ve, tuve que ponerle fin de algún modo. Tuve que hacer que dejara de arrastrarse.

—¿Y ayer tuvo que matar a Hester Campbell?

—Esa era otra. Se hacía la inocente para infiltrarse como un gusano en mi buena voluntad. Me llamaba Tío Clarence, aparentaba tenerme afecto, cuando lo único que quería era la pistola que tenía en la caja fuerte. Le di dinero, la traté como a una hija, y me

traicionó. Es trágico cuando las chicas crecen y se vuelven groseras, falsas y lascivas.

—Así que se encarga de que no crezcan.

—Están mejor muertas.

Miré su rostro. No tenía nada fuera de lo común. Era bastante corriente, vulgar y avejentado, con un toque caricaturesco dado por los largos dientes y los ojos saltones. No era el tipo de rostro que la gente podría considerar perverso. Pero era la cara de la perversidad atraída por un deseo vago y apasionado hacia el oscuro acto que aborrecía.

Bassett levantó la vista hacia mí como si hubiese estado muy lejos y me hubiera comunicado con él por transmisión de pensamiento. Bajó los ojos a sus manos entrelazadas. Estas se separaron para extenderse y cerrarse sobre sus muslos delgados. Las manos también parecían estar lejos de él, separadas por algún ignorado desastre de sus intenciones y deseos.

Descolgué el teléfono, que estaba en el escritorio, y llamé a la Policía del distrito. Para ellos sería un asunto de rutina. Quería quitármelo de las manos. Bassett se inclinó hacia delante cuando colgué.

—Mire —dijo cortésmente—, me había prometido un trago. Lo necesito de manera tremenda.

Fui al bar portátil que estaba al otro extremo del escritorio y saqué una botella. Pero Bassett iba a recibir un sedante mucho más potente. Tony Torres entró por la puerta abierta. Andaba agachado y arrastrando los pies, llevando su pesado revólver Colt. Sus ojos eran de un negro terroso. El fuego de su arma fue pálido y breve, pero el estampido fue muy fuerte. Sacudió la cabeza de Bassett hacia un lado. Quedó en esa posición, apoyada en su hombro.

Isobel Graff lo miró con insensible sorpresa. Se levantó y enganchó sus dedos en el escote de su blusa de algodón. Al rasgarla descubrió su pecho al arma.

—Mátame. Mátame a mí también.

Tony movió la cabeza solemnemente.

—El señor Graff dijo que el señor Bassett era el culpable.

Metió el revólver en la cartuchera. Graff entró tímidamente. Andaba en silencio, como un enterrador. Graff cruzó la habitación hasta donde Bassett estaba sentado. Su mano se extendió para tocar el hombro del muerto. El cuerpo se derrumbó haciendo un ruido al golpear el suelo. Era un sonido quejumbroso como el llanto débil y lejano de una criatura por su madre.

Graff saltó alarmado, como si una descarga eléctrica hubiera terminado con la vida de Bassett. En cierto modo, era así.

—¿Por qué meter a Tony en esto? —dije.

—Me pareció lo mejor. A la larga el resultado será el mismo. Le estaba haciendo un favor a Bassett.

—Pero no a Tony.

—No se preocupe por mí —dijo Tony—. Hace dos años en marzo que sólo vivo para esto, para dársela al tipo que le hizo eso a ella. No importa si nunca regreso a Fresno —se enjugó la frente con el dorso de la mano y la sacudió para quitarle el sudor. Cortésmente dijo—: ¿Hay inconveniente, caballeros, en que me vaya fuera? Hace calor aquí dentro. Me quedaré por acá.

—Me parece bien —dije.

Graff lo miró salir y se dirigió a mí con renovado aplomo:

—Me fijé que no trató de detenerlo. Pero estaba armado, hubiera podido impedir ese disparo.

—¿Le parece que hubiera podido?

—Por lo menos ahora podemos evitar que los diarios publiquen lo peor.

—¿Se refiere a su acción de seducir a una adolescente y abandonarla a las primeras de cambio?

Me chistó y miró nerviosamente a su alrededor, pero Tony no podía oírnos.

—No estoy pensando en mí solamente.

Miró intencionadamente a su mujer. Estaba sentada en el suelo, en el rincón más oscuro del cuarto. Tenía las rodillas recogidas hasta

tocarle el mentón. Sus ojos estaban cerrados y estaba tan quieta y callada como Bassett.

—Es un poco tarde para pensar en Isobel.

—No, está equivocado. Tiene un gran poder de recuperación. La he visto en peor estado que éste. Pero no puede obligarla a enfrentarse a un juicio público, no es tan inhumano.

—No tendrá que hacerlo. El tribunal psiquiátrico puede reunirse en la sala privada de un hospital. Usted es el único que tiene que hacerle frente al juicio público.

—¿Por qué? ¿Por qué debo sufrir más? He sido víctima de un Yago. No sabe lo que he tenido que soportar en mi matrimonio. Tengo una personalidad creadora, necesitaba un poco de dulzura y suavidad en mi vida. Le hice el amor a una joven, ése es mi único crimen.

—Encendió el fósforo que puso todo en marcha. Encender un fósforo puede ser un crimen si se incendia un edificio.

—Pero no hice nada malo, nada fuera de lo común. Una aventurita, ¿qué importancia puede tener? No me va a destruir por tan poca cosa. ¿Es honesto hacerme el chivo expiatorio del público, destruir mi carrera? ¿Es justo?

Su ansiosa elocuencia carecía de convicción. Graff había vivido demasiado tiempo entre actores. Era un habitante de la ciudad irreal, una falsa fachada sujeta con tirantes.

—No me hable de justicia, Graff. Ha estado encubriendo asesinatos desde hace casi dos años.

—He sufrido terriblemente durante esos dos años. He sufrido y pagado bastante. Me ha costado sumas enormes.

—Lo dudo. Usó su nombre para pagar a Stern. Usó su corporación para pagar a Leonard y a la chica de Campbell. Es un truco ingenioso, si le sale bien conseguir que Impuestos Internos le ayude a pagar sus chantajes.

Debí acertar porque Graff no trató de discutir. Bajó la mirada a la valiosa pistola que tenía en la mano. Era la única prueba física que lo forzaría a figurar en el caso. Dijo urgentemente:

—Deme mi arma.

—¿Para que me pueda liquidar con ella?

En algún punto de la carretera, por encima de los techos, ululó una sirena.

—Dese prisa —dijo—, viene la Policía. Saque las cápsulas y deme el arma. Tome el dinero de la caja fuerte.

—Lo siento, Graff. No necesito la pistola. Es la prueba de homicidio justificado que necesita Tony.

Me miró como si fuera un idiota. No sé cómo lo miré, pero le hice bajar la vista y darse la vuelta. Cerré la caja fuerte. Hice girar el dial y volví a colgar el cuadro de los tres jóvenes campeones de salto. Atrapados en un vuelo inmutable, las dos jóvenes y el muchacho planeaban entre el mar y la brillante desolación del cielo.

La sirena rugió más cerca y más fuerte, como un animal sobre el techo. Antes de que entraran los hombres del *sheriff*, puse la pistola Walther en el suelo, junto a la mano extendida de Bassett. Los expertos en balística harían lo demás.

— FIN —



ROSS MACDONALD. Seudónimo utilizado por Kenneth Millar. Nacido en Los Gatos, en las afueras de San Francisco, en 1915, en el seno de una familia de origen canadiense, tras la separación de sus padres Ross Macdonald creció y se educó junto a su madre, en Ontario, Canadá. Estudió en la Universidad de Ontario Oeste, interrumpiendo sus estudios para realizar un viaje a la Alemania nazi, una extraña y dura experiencia que se convertiría en fuente de inspiración para su primera novela. Fue precisamente allí, en la Universidad, durante sus años de estudiante, donde conoció a la que pocos años después, en 1938, se convertiría en su mujer, la también escritora (de novelas de suspense en su caso). Margaret Strumm, que firmaría sus libros como Margaret Millar. En 1941 se trasladó a residir en los Estados Unidos donde se doctoró en la Universidad de Michigan, donde ejerció como profesor. Fue en ese período cuando siguiendo el ejemplo de su esposa, Macdonald (aún firmando Kenneth Millar) escribió su primera novela, *The Dark Tunnel*. El libro

cuenta la historia de Chet Gordon, un profesor universitario que a partir de un viaje a la Alemania nazi se ve involucrado en un plan de espionaje que se está desarrollando en el campus de su universidad.

Durante la guerra fue alistado en la Marina donde, de 1944 a 1946 ejerció como oficial de comunicaciones. Finalizada la guerra Macdonald se trasladó con su mujer a California, donde residió hasta su muerte, en 1983.

Inicialmente publicó cuatro novelas bajo su propio nombre Kenneth Millar, pero posteriormente decidió comenzar a usar un seudónimo (para evitar confusiones con su esposa quien a esa altura ya tenía cinco libros en su haber) y crear un nuevo personaje para su nuevo libro. El seudónimo elegido fue John Macdonald, la novela *El blanco móvil* (1949) y el personaje se llamó Lew Archer. El seudónimo empeoró las cosas ya que John D. Macdonald era otro ascendente escritor policial. Por eso, los cuatro siguientes libros de Kenneth Millar serían firmados por John Ross Macdonald, nombre que terminaría abreviándose en el nombre definitivo del escritor: Ross Macdonald. La elección del nombre del protagonista, sin embargo, se revelaría como una de las mejores de toda su carrera: su mejor y casi único personaje fijo había nacido.

Escribió 18 novelas con Lew Archer como protagonista. Y en 1974 recibió el Grand Master Award, que le reconoce como uno de los grandes de la novela negra.

Macdonald murió en 1983, víctima del Mal de Alzheimer, después de haber actuado como presidente de la sociedad de Escritores de Misterio de América durante cerca de veinte años.

Notas

[1] U.C.L.A. Universidad de California, Los Ángeles. (*N. de la T.*) <<